



Roja & Negra

EL BUEN HIJO

YOU-JEONG JEONG

«Un thriller original y laberíntico que deleitará a los lectores de Jo Nesbø y Patricia Highsmith.»

A. J. FINN, AUTOR DE LA MUJER EN LA VENTANA

El buen hijo

You-Jeong Jeong

Traducción de
Luis Alfredo de los Frailes



ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

El sol ardía plateado. Jirones de nubes se movían veloces por el profundo cielo de mayo. Una curruca japonesa gorjeaba en las ramas de las espíreas que rodeaban el patio interior de la iglesia. Yu Min y yo cruzamos el arco cubierto de rosales sujetando sendas velas grabadas con nuestros nombres bautismales. Caminamos juntos hacia el altar exterior coronado por un crucifijo, acompañados con el canto del coro.

*Hermoso, hermoso,
Jesús es hermoso,
y Jesús hace mi vida hermosa.
Tocándome con cuidado,
haciéndome ver,
Jesús hace mi vida hermosa.*

Nos seguían varias parejas de niños con túnica blanca y gorro rojo y niñas con vestido blanco y corona de flores. Frente al altar, el deán y el segundo sacerdote aguardaban a que llegara la procesión. Era un día de celebración, el último día laborable del Mes de María, y la misa tenía lugar en el patio interior. Estaban a punto de comenzar los ritos de la Primera Comunión. La ceremonia giraba en torno a Yu Min, de nueve años, yo, de ocho, y otros veintidós niños.

Todos los adultos se volvieron para vernos entrar. Nuestro abuelo materno, que nos apadrinaría, sonreía en primera fila. Desde los asientos reservados para los familiares, mamá y papá contemplaban a Yu Min encabezando la procesión. Mi madre me miraba de vez en cuando, pero no parecía percatarse

de que me temblaba la vela de lo mucho que tiritaba. Su mirada ausente resbalaba por encima de mí antes de regresar a Yu Min.

Yo no me encontraba bien desde la víspera. Tenía frío, me dolía la cabeza y las pesadillas me habían acosado toda la noche. Me desperté con la garganta inflamada; me costaba tragar hasta el agua. Empezó a subirme la temperatura en el coche de camino a la iglesia. Quizá tuviera anginas otra vez. Pero no dije nada. Fingí encontrarme bien. No sacaría nada bueno de demostrar lo enfermo que estaba. Mi madre daría media vuelta con el coche y saldría disparada hacia urgencias. Y yo sabía lo que pasaría una vez allí. Análisis de sangre, radiografía pectoral y una inyección. En el peor de los casos, me pasaría varias horas en el hospital enganchado a una intravenosa para que me bajara la fiebre. La ceremonia seguiría adelante sin mí, yo sería el único rezagado, me vería obligado a esperar al año siguiente. Tendría que repetir los últimos seis meses agotadores de estudiar la doctrina, transcribir la Biblia y asistir a misa diaria y volver a examinarme. Y tendría que renunciar al puesto junto a Yu Min que tanto me había costado ganar. Justo cuando se acercaba el final, después de haber superado con él todos los obstáculos. Por algo tan trivial como unas anginas.

Sentí unos escalofríos repentinos al entrar al pasillo central. Antes de medio camino ya estaba temblando. Empezaron a fallarme las piernas a escasos pasos del altar. Trastabillé y me pisé el dobladillo de la túnica. Si Yu Min no me hubiera agarrado del codo, me habría caído de morros.

¿Qué pasa?, preguntó en silencio Yu Min.

Me enderecé y continué avanzando. Miré a los asientos para los familiares. Mi madre me miraba con los ojos como platos, preguntándome lo mismo: ¿Qué pasa?

Bajé la vista y negué con la cabeza porque no podía responder lo que de verdad quería decir. Mamá, si me prometes que no tengo que hacer la Primera

Comunión, me derrumbo en el acto. Pero era demasiado tarde. Ya estábamos en el altar. El deán tendió una mano. Yu Min le entregó su vela.

–Han Yu Min Michael –dijo el deán, y depositó la vela bajo el altar.

Le entregué la mía.

–Han Yu Jin Noel.

El deán me sujetó un segundo la mano temblorosa antes de coger la vela. Sus ojos me miraron tratando de tranquilizarme, como quien calma a un cachorro asustado. No tengas miedo, hijo mío.

Me ardían las mejillas y notaba la piel tensa. Me giré para colocarme junto a Yu Min. La siguiente pareja de niños entregó sus velas. Los diez pares restantes tardaron una eternidad. La misa proseguía despacio. Me sentía como un bebé cruzando una autopista de ocho carriles bajo el sol abrasador de la canícula, y cada vez que me giraba a comprobar cuánto había avanzado, descubría que seguía en el mismo sitio. El trino de la curruca iba y venía.

–Grabad estas palabras mías en vuestros corazones, y en vuestras almas, y traedlas atadas a la memoria en vuestras manos, y pendientes en vuestros ojos.

En un momento dado de la ceremonia alcé la mirada y vi a mi padre leyendo en el facistol en representación de la familia. Su voz, de normal grave y gruesa, temblaba y se rompía. Tenía las anchas espaldas tías como un robot y las mejillas salpicadas de barba. Miré a los asientos de la familia al otro lado del pasillo. Mi madre no me quitaba ojo. Por lo visto se había dado cuenta de que no me encontraba bien. Quizá tuviera la cara roja como el gorro. O quizá viera los temblores por debajo de la voluminosa túnica.

–Ya veis que hoy os pongo delante la bendición y la maldición: la bendición... que yo os ordeno hoy...

La voz de mi padre seguía entrecortándose. Mis pensamientos vagaban y se perdían. El tiempo se fragmentaba. El canto de la curruca pasaba de largo a toda velocidad.

–¿Qué pasa? ¿Te estás durmiendo? –me despertó la voz de Yu Min.

Abrí los ojos y vi a los sacerdotes en el altar, sosteniendo la hostia y el cáliz de vino. Para cuando pensé que debía adelantarme, ya estaba delante. La mano morena y flaca del deán se doblaba como una rama muerta. La hostia redonda colgaba de su punta como una luna llena.

–El cuerpo de Cristo –dijo el deán.

–Amén –respondió Yu Min.

Sacó la lengua para recibir la hostia.

Yo levanté la cabeza, pero mi boca no quiso abrirse. Me quemaba la garganta. Me ardía la piel; tenía los ojos encendidos. El polvo revoloteaba ante mí y todo se alargaba de formas extrañas. El crucifijo se dio la vuelta; el altar flotaba; los arbustos se transformaron en dedos descarnados. Levitaba. El mundo giraba alrededor. Me derrumbé.

–¡Yu Jin! –gritó mi madre, atravesando la confusión de mi mente–.
¡Despierta, Yu Jin!

Conseguí abrir los ojos.

Ví por encima de mí la cara pálida de mi madre.

–¿Te encuentras bien?

Miré a mi alrededor. Yacía en brazos de mi madre frente al altar. Sus grandes pupilas negras temblaban. Quería decirle que tenía frío, pero no podía mover los labios.

–¿Has cogido una insolación? ¿Aviso a la ambulancia? –preguntó una sombra negra y enorme cerniéndose sobre mí.

Debía de ser mi padre; mi madre chillaba «¡Rápido!» y había otra sombra más delgada al lado: Yu Min. Detrás, las nubes oscuras se expandían como un reguero de pólvora. La curruca trinaba muy lejos. El sol ardía rojo en el centro de un cielo cada vez más negro.

Una llamada en la oscuridad

Me despertó el olor de la sangre, un olor que no estaba solo en mi nariz sino que me impregnaba todo el cuerpo. El olor resonaba y se amplificaba en mi interior como un sonido que pasara por un tubo. En mi mente desfilaban insólitas imágenes a la deriva, hileras de farolas blancas y amarillas en la niebla, las arremolinadas aguas de un río, un paraguas rojo rodando por una carretera encharcada, una lona de plástico sacudida por el viento. Y en alguna parte un hombre cantaba arrastrando las palabras:

*Una mujer inolvidable bajo la lluvia...
No me la quito de la cabeza.*

No tardé demasiado en comprender lo que estaba ocurriendo, y tampoco es que se requiriera mucha imaginación para aventurar lo que estaba a punto de suceder. Aquello no era real, ni siquiera los vagos restos de un sueño. Se trataba de una señal que mi mente le enviaba a mi cuerpo: «No te muevas; sigue tumbado... Es el precio que tienes que pagar por no haber tomado las pastillas».

La interrupción del tratamiento era una lluvia en el desierto de mi vida, incluso cuando caía en forma torrencial y me ocasionaba un ataque epiléptico. Los fenómenos de los que acababa de tomar conciencia, esos delirios tipificados clínicamente como «síntomas preictales», no eran sino emisarios de lo que estaba a punto de suceder. No había puerto en que pudiera

resguardarme. Nada podía hacer sino esperar a que pasara. Al estallar, la tempestad me empujaba a un pozo de oscuridad donde me veía caer indefenso, y del que, atendiendo a experiencias previas, ni siquiera conservaba recuerdos. Hasta que llegaba el despertar espontáneo de la conciencia, permanecía sumergido en un prolongado y profundo sueño. Y después me notaba agotado y sin pizca de energía, como si hubiera hecho un esfuerzo físico duro e intenso. Me lo merecía; sabía perfectamente dónde me metía cuando decidía dejar el tratamiento. Era una adicción; a pesar de conocer los riesgos lo hacía una y otra vez.

Muchos adictos se drogan para tener alucinaciones. En mi caso era lo contrario: dejaba la medicación precisamente para experimentar delirios. Al poco tiempo de dejar las pastillas, entraba en una dimensión mágica. Desaparecían los dolores de cabeza y los zumbidos en el oído —efectos secundarios de la medicación—, y los sentidos se me agudizaban. Mi olfato se volvía sensible como el de un perro, la mente me iba más rápido que nunca y captaba la realidad por intuición antes que por la razón. Me sentía dueño de mi vida, y me parecía que todo era fácil y sencillo.

Aun así, nada es perfecto. Y es que en la esfera de las cosas fáciles y sencillas no se encontraban ni mi madre ni mi tía. Mi vida transcurría como un cojín aplastado por las nalgas de ambas. Y mis ruegos de que me liberaran de esos traseros que me ahogaban no servían de nada. Si mi madre me sorprendiera en plena crisis, los acontecimientos se sucederían de la forma siguiente. Apenas despertara, mi madre me llevaría a ver a su hermana, reputada psiquiatra y directora del Hospital de Pediatría Futuro. Mi tía me miraría a los ojos, y, empleando un tono afable, me sometería a un férreo interrogatorio que no cesaría hasta arrancar de mí una confesión coherente. «¿Por qué has dejado de tomar las pastillas? —me diría—. Solo puedo ayudarte si me dices la verdad.»

Eso de decir la verdad no es precisamente mi punto fuerte, ni la sinceridad es una cualidad a la que aspire. Prefiero ser práctico, y práctica sería mi respuesta a la pregunta. Diría que un día se me había olvidado tomar la pastilla, que al día siguiente se me había olvidado que se me había olvidado y que, a partir de ese momento, se me había seguido olvidando sin más. «Interrupción adictiva del tratamiento», sentenciaría mi tía, sentada plácidamente en su poltrona y mirando al infinito. Y mi madre me ordenaría que tomase la medicación con cada comida cuando ella pudiera verme. Me recordaría el precio que debía pagar por esos pocos días de euforia que me traían a la memoria las experiencias pasadas. Me haría comprender que no me libraría del peso de su trasero mientras no dejara de hacer tonterías.

–Yu Jin...

De golpe oí la voz de mi madre, que ya había percibido antes de despertarme. Leve como el viento en un sueño, pero firme como su mano apretándome el brazo. En cuanto desperté, no había rastro de mi madre. El silencio era tan absoluto que creí haber ensordecido. La habitación estaba a oscuras, parecía no haber amanecido aún. Si era así, aún no eran las cinco y media y quizá mi madre todavía dormía. Entonces tal vez la crisis hubiera empezado y terminado sin que ella se diera cuenta. Al igual que la noche anterior.

Alrededor de la medianoche cruzaba resollando el paso de peatones cercano al malecón cuando regresaba del Mirador de la Vía Láctea, ubicado en el Parque Marítimo de Kundo. Siempre corría cuando me sentía inquieto y con los músculos sobresaturados de energía. A esa sensación la llamaba «síndrome de cuerpo ansioso». A veces corría en plena noche; no habría sido exagerado referirse a esa compulsión como un «impulso de locura».

Como era habitual a aquellas horas de la noche, la carretera del malecón estaba desierta y Yongi's, el puesto callejero de tortas dulces, se encontraba

cerrado. El muelle bajo el malecón estaba envuelto en tinieblas y la carretera de seis carriles que parecía una pista de aterrizaje se hallaba cubierta por una espesa niebla. Era una noche de invierno típica en una ciudad costera, y soplaba un viento recio y cortante. Además llovía de forma torrencial, como si estuviéramos en verano. A pesar del tiempo inclemente, notaba el cuerpo tan ligero como el aire ondulando bajo los rayos del sol. Me sentía tan bien que podría haber llegado a casa volando. Habría sido perfecto de no ser por aquel olor a sangre que transportaba el viento.

Era un olor dulce, fétido, un poco metálico. Un olor que me golpeaba en la cara como si se tratara de un viento en contra. El olor no era tan fuerte como ahora, pero sí lo bastante intenso para advertir la inminencia de un ataque. Una mujer se bajó del último autobús destino Ansan y se puso a andar en mi dirección. Con el paraguas abierto y de espaldas al viento, andaba a pequeños pasos como un pingüino. Me dije que debía volver a casa. No quería que una completa desconocida presenciara el espectáculo de un joven tirado en el suelo y retorciéndose como un calamar en la parrilla.

En ese punto la película se detiene. Supongo que llegué a mi cuarto y me desplomé en la cama sin quitarme la ropa. Después de este ataque, el tercero de mi vida, debí de caer en un profundo sueño. La diferencia entre ese ataque y los dos precedentes es que al despertar presentí que estaba a punto de sufrir otro. Y la densidad y la fuerza del olor eran muy distintas. Me picaba la piel, me ardía la nariz y tenía la mente confusa; era como estar tumbado en medio de la polvareda que se levanta tras una detonación. Tuve el presentimiento de que el episodio que estaba a punto de sufrir sería más severo que cualquiera de los anteriores.

Aunque la severidad no me inquietaba; tanto si lloviznaba como si caía una tormenta, iba a terminar empapado. Lo único que quería es que apareciera pronto para que cuando se despertase mi madre ya hubiera terminado. Cerré

los ojos y me quedé quieto. Volví la cabeza a un lado en previsión de una posible insuficiencia respiratoria. Relajé todos los músculos y respiré hondo. Compadeciendo el cuerpo que estaba a punto de retorcerse y retorcerse sobre sí mismo, empecé a contar en voz baja: «Uno, dos...». Cuando llegué al cinco, el teléfono de la mesilla se puso a sonar y me sacó de mi estado contemplativo. Me estremecí al pensar que el teléfono debía de estar sonando también en el piso de abajo. Mi madre se habría despertado sobresaltada. ¿Quién demonios llamaba a aquellas horas de la madrugada?

En cuanto el teléfono dejó de sonar, el reloj de pie del salón lo relevó y repicó una sola vez. El reloj daba las horas pero también sonaba una vez cada treinta minutos. Alcancé el despertador de la mesilla de noche y miré la hora: 5.30. Levantarme pronto era un hábito que había adquirido en la época en que participaba en competiciones de natación. Daba igual a qué hora me hubiese dormido, siempre abría los ojos una hora antes del entrenamiento. En ese momento mi madre estaría sentada al escritorio de su habitación rezando a la figura de la Virgen.

*Ave María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo, bendita tú eres
entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*

Después de rezar, se daría una ducha. Agucé el oído por si percibía el ruido de una silla al moverse o del agua corriendo, pero lo único que oí fue el timbre del teléfono. Esta vez era el móvil. Quizá la llamada anterior también había sido para mí.

Alargué la mano por encima de la cabeza y palpé alrededor de la almohada buscando el móvil. ¿Dónde estaba? ¿En la mesa? ¿En el cuarto de baño? El ruido cesó. Y comenzó nuevamente a sonar el fijo. Di un respingo y descolgué.

–¿Hola?

–¿Estabas durmiendo? –me respondió una voz familiar.

Era He Jin. Por supuesto. ¿Quién sino él me llamaría a esas horas?

–Estaba despierto.

–¿Qué hace mamá?

Qué pregunta más extraña. ¿Acaso no había venido a casa el día anterior después de su reunión con el estudio cinematográfico?

–¿No estás en casa? –pregunté.

–¿Qué te pasa? ¿Sigues medio dormido, o qué? ¿Por qué te iba a llamar si estuviera en casa? Estoy en Sangam-dong.

Me contó que el director de *Clases particulares*, con quien He Jin había trabajado el verano anterior, le había ofrecido un nuevo trabajo. Para celebrar la firma del contrato, habían salido a tomar unos vinos y luego habían ido al estudio de un amigo para editar el vídeo de una fiesta de sesenta cumpleaños que había filmado durante el día. Pero en el estudio hacía mucho calor y se había quedado dormido.

–Acabo de despertarme y he visto que madre me ha llamado al móvil durante la noche. Me extrañó que no estuviese dormida a esas horas.

Había pensado que ya estaríamos despiertos, pero se había preocupado al ver que nadie cogía el teléfono.

–¿Ha pasado algo en casa?

Me llevé una mano a los ojos. Hasta entonces no me había percatado de que tenía adherido algo rígido y quebradizo a la mano. Al mismo tiempo supe que aquella sustancia reseca impregnaba también los cinco orificios de mi rostro, los ojos, las fosas nasales y la boca. La sensación era tan nítida que no necesitaba tocarme el rostro para estar seguro. En palabras de mi tía, la más sabia de la familia, eran los síntomas subjetivos de un cuerpo extraño captados sin estimular los sensores del tacto.

–No sé... –mascullé–. ¿Qué iba a pasar?

Me toqué la cabeza con los dedos y descubrí que aquella sustancia rígida y encostrada estaba también en mi cabello.

–Entonces –respondió He Jin– ¿por qué no contesta mamá? La he llamado al fijo y al móvil...

–Pues estará rezando –respondí–, o habrá ido al baño, o a la terraza... Estará haciendo algo y no habrá oído el teléfono.

Me toqué el pecho, el vientre, las piernas. Aunque, según parecía, llevaba la misma ropa con la que había salido a correr unas horas antes, ahora el tacto era totalmente distinto. El suéter, que debía ser blando y suave, estaba duro como un trapo que llevara meses colgado al sol. El pantalón estaba endurecido, como si fuera de cuero. Aún tumbado en la cama, levanté los pies y palpé los calcetines. El mismo tacto que el suéter.

–¿Tú crees?

He Jin parecía dudar. Casi podía verlo inclinar la cabeza a un lado.

–¿Estás seguro de que no pasa nada? –insistió.

Irritado, asentí con la cabeza. ¿Qué podía estar pasando en la casa aparte de que tenía la sensación de haberme sumergido en un mar de fango antes de meterme en la cama?

–No sé –repliqué–, si tanto te preocupa, no tienes más que llamarla.

–No. De todas formas, no tardaré en llegar a casa.

–¿Vienes ahora?

¿Qué podría haberme sucedido durante la noche para acabar de barro hasta las cejas? ¿Había tropezado y caído cuando corría hacia casa? No recordaba nada. Y aunque así hubiera sido, ¿dónde había tanto barro? A menos que hubiese pasado por el solar en construcción o resbalado al saltar el seto de mi edificio.

–Me ducho y salgo –dijo–. Como muy tarde a las nueve estoy en casa.

He Jin colgó. Me senté en la cama, dejé el teléfono en la mesilla de noche y cogí el mando a distancia de la luz situado en el cabezal de la cama. Tomé el control remoto de la luz de mi cuarto, pulsé el botón de encendido y por encima de mi cabeza se produjo una explosión de luz LED blanca al mismo tiempo que en mis oídos estallaba la voz de mi madre:

—¡Yu Jin!

Al pasear la mirada por la habitación se me hizo un nudo en la garganta. La saliva me inundó los bronquios, me atraganté y comencé a toser. Me golpeé el pecho, las lágrimas asomaron a mis ojos y me tumbé boca abajo en la cama.

En la época en que competía, justo después de ganar la medalla de oro en un 1.500 de natación, un periodista me preguntó: «¿Cuál es tu punto fuerte?». Con humildad, tal como me había enseñado mi madre, respondí que mi punto fuerte era mi respiración relativamente estable. Menos humilde fue la respuesta de mi entrenador a la misma pregunta: «Tiene los pulmones más impresionantes de todos los chicos que he entrenado en mi vida». Entre las pocas cosas en la vida capaces de ahogar aquellos pulmones estaban las dos mujeres que me aplastaban continuamente como si yo fuese un cojín y el torpedo que parecía haberme explotado en la garganta al mirar mi habitación.

El suelo de mármol plateado estaba lleno de gotas de sangre y de huellas ensangrentadas. Las pisadas empezaban en la entrada, atravesaban el cuarto y parecían morir al pie de la cama. A menos que el autor de las huellas hubiese caminado hacia atrás, su origen debía de estar al otro lado del umbral. La cama estaba en el mismo estado, las sábanas, la colcha, la almohada, o sea, todo lo que había estado en contacto conmigo, estaba rojo. En ese momento examiné mi cuerpo; la sangre coagulada cubría el suéter negro y el pantalón de chándal hasta los calcetines. Al parecer, el olor que me había despertado no era la señal de un ataque inminente como había pensado. Era real.

Me sumí en la confusión más absoluta, la cabeza me daba vueltas. ¿Eran

mías esas pisadas? ¿Qué demonios había sucedido al otro lado de la puerta para que el cuarto estuviese lleno de sangre? ¿Había sufrido un ataque epiléptico fuera del cuarto? ¿Me había mordido la lengua en una convulsión particularmente virulenta? ¿Hasta el punto de cubrirlo todo de sangre? ¿Estaba en el más allá, bañándome en un mar de hemoglobina? La hipótesis más probable era que alguien que me guardase rencor me hubiese volcado encima un barreño de sangre de cerdo estando en pleno ataque, o me hubiera apuñalado cuando estaba inconsciente. Pero esta hipótesis tampoco se sostenía, pues no me dolía ninguna parte del cuerpo.

Por otro lado, ¿dónde estaba mi madre cuando ocurría todo eso? Aunque en realidad la probabilidad de que nos cruzáramos por la casa era bastante baja. Por no decir nula. Mi madre seguía una rutina muy estricta en muchas cosas. No solo en las comidas, en ir al baño y en hacer ejercicio: la mayoría de sus actividades seguían reglas. Todas las noches, a las nueve en punto, se tomaba unos somníferos prescritos por mi tía y se metía en la cama. Yo tenía que estar en casa antes. Pues las únicas excepciones que obligaban a mi madre a infringir sus normas eran las ocasiones en que yo volvía después de las nueve.

Esta norma no se le aplicaba a He Jin, que también era de la familia. El motivo de tal discriminación era, según ella, que con He Jin no existía el riesgo de que sufriera un ataque en la calle en plena noche.

Aquella noche no había sido una excepción. Interrumpí la velada con los profesores y llegué a casa a las 20.55. Había tomado tres o cuatro soju mezclados con cerveza, aunque normalmente apenas bebía, y caminé bajo la lluvia desde la parada del autobús hasta mi casa para refrescarme el rostro enrojecido por el alcohol. Los calores no se me fueron, pero seguía lo bastante achispado para estar de muy buen humor. Quizá estaba algo más que achispado, porque olvidé que el mecanismo de apertura de la entrada, cuando estaba subido, solo funcionaba bajando y subiendo nuevamente la tapa. El

resultado fue que me estuve veinte minutos forcejeando con la puerta. Con una mano en el bolsillo, lanzando miradas sombrías al bloqueado mecanismo de apertura. Durante esos minutos, me sonó cuatro o cinco veces el móvil. Sabía que eran mensajes de mi madre. Y podía adivinar su contenido, incluso las palabras exactas.

¿ESTÁS VINIENDO?

¿DÓNDE ESTÁS?

¿ESTÁS CERCA?

ESTÁ LLOVIENDO. VOY A RECOGERTE A LA PARADA.

A los cinco segundos de recibir el último mensaje, se abrió la puerta. Gorra de béisbol, suéter blanco, chaqueta marrón, vaqueros, deportivas blancas. Mi madre, elegante incluso cuando se vestía para ir al supermercado, salió con las llaves del coche en la mano. Apreté los labios y bajé la vista a los pies. Ni la respuesta más acertada por mi parte podría evitar una situación incómoda. Casi tenía ganas de gritar.

—¿Cuándo has llegado?

Mi madre bloqueó el mecanismo de apertura dejando la puerta entreabierta y se plantó en el umbral. No iba a dejarme entrar tan fácilmente. Miré el reloj de soslayo: 21.15.

—En realidad, he llegado hace un rato...

No pude terminar la frase. Bajo mis pies se abrió un abismo. Y la puerta me pareció el vientre de una embarazada de nueve meses. Alcé la cabeza y noté que la columna vertebral me flaqueaba. El cráneo me pesaba una tonelada. Me ardía la cara como si viniera de prender un fuego. Debía de tener la cara como un tomate. Para no delatarme, dirigí los ojos a mi madre sin volver la cabeza. Lo hice lenta y cuidadosamente como si estuviera manipulando un mecanismo explosivo ultrasensible. Cuando nuestras miradas se cruzaron, dije:

—Pero la puerta no se abría.

Ella lanzó una mirada al mecanismo de apertura, movió la tapa arriba y abajo y, con una rapidez pasmosa, tecleó los siete dígitos de la contraseña. El pestillo se desbloqueó con un bip. Volvió a mirarme. ¿Dónde está el problema?

–Ah.

Asentí con la cabeza como para convenir con ella que la puerta no tenía ningún problema.

Tenía el pelo empapado por la lluvia. Una gota me resbaló por la frente, siguió bajando entre mis ojos, y se quedó colgando en la punta de mi nariz. Soplé para hacerla caer. Cuando levanté la cabeza, mi madre me estaba clavando los ojos en la frente. Miraba justo en el centro, donde tenía una cicatriz del tamaño de una uña de meñique. Quizá creyera que todas mis mentiras salían de ese punto.

–¿Has bebido?

Esa era una pregunta delicada. Según mi tía, el alcohol era una de las sustancias más susceptibles de provocarme ataques. Y en la lista de prohibiciones de mi madre estaba en el primer puesto.

–Un poco –respondí colocando la uña del pulgar a un centímetro del índice.

La mirada de mi madre era todo menos tierna. Y la cicatriz de la frente me ardía como si un pájaro picoteara en ella.

–Solo una cerveza.

Mi madre pestañeó. Conque solo una, ¿eh?

–Yo no quería beber –me excusé—. Pero el profesor me insistió...

Me interrumpí. ¡Ahí estaba yo, recibiendo una bronca de mi madre por haber bebido un poco a los veinticinco años! Todo por la maldita puerta. Si hubiera funcionado, habría entrado sigilosamente, habría exclamado «¡Ya estoy aquí!» al pasar por delante de su habitación y habría subido a mi habitación. De ese modo no habría infringido el toque de queda, mi madre no

habría salido a buscarme y no habría descubierto que había bebido. Me flaqueaban las piernas; se me doblaba la rodilla derecha. Al dar un paso, mi cuerpo se inclinó hacia la izquierda.

–¡Yu Jin! –gritó mi madre alarmada, y me agarró por el codo.

Asentí con la cabeza.

–No es nada. No estoy borracho. Te juro que solo he tomado una cerveza...

–Lo hablamos dentro.

Yo quería entrar en casa, pero no para hablar. Retiré su mano de mi codo. Esta vez fue la pierna izquierda la que se dobló y me incliné hacia mi madre. Y me encontré apoyándome en sus hombros. Mi madre respiró hondo. Su cuerpo menudo y flaco se puso tenso. Quizá estaba sorprendida o emocionada o pensó que no era típico de mí que la tocara. La agarré con más fuerza mientras pensaba: «¿Qué sentido tiene hablar, mamá? Total, el alcohol ya me lo he tomado».

–¿Qué pretendes?

Se zafó de mi abrazo y pareció recuperar el control de sus sentimientos. Había vuelto a su sosiego habitual. Sentí que se me pasaba la borrachera. Bajé los brazos que aún mantenía suspendidos en el aire, y crucé el umbral. Mientras me descalzaba, mi madre a mi espalda me preguntó:

–¿Te ha pasado algo?

Negué con la cabeza sin volverme. Al entrar en el salón, le di las buenas noches.

Mi madre no insistió.

–¿Quieres que te acompañe arriba?

Negué nuevamente con la cabeza. Subí las escaleras sin correr pero tampoco despacio. Recuerdo haberme quitado la ropa en cuanto entré en mi cuarto, tirarme en la cama sin siquiera lavarme y oír a mi madre cerrar la puerta de su dormitorio. Aquel ruido acabó de disipar la borrachera. Después

imagino que estuve mirando al techo unos cuarenta minutos, hasta que me puse demasiado ansioso y salí de casa por la puerta metálica de la azotea.

«Acabo de despertarme y he visto que madre me ha llamado al móvil durante la noche. Me extrañó que no estuviese dormida a esas horas.» Recordé las palabras que He Jin me había dicho por teléfono. Palabras a las que en su momento no había prestado atención y que ahora me resultaban de lo más extrañas. ¿Por qué le había llamado mi madre? ¿Le había extrañado mi comportamiento? ¿Me había oído salir por la azotea? ¿A qué hora había llamado a He Jin para que este se inquietara tanto? ¿A las once? ¿A las doce? Si después de llamar a He Jin se había quedado un rato despierta, tal vez me hubiese oído volver.

Imposible. Si me hubiera pillado volviendo de mi escapada nocturna, jamás me habría dejado tranquilo. Me habría agarrado y acribillado a preguntas. Igual que hacía cuando de pequeño me obligaba a confesar. No me habría dejado dormir hasta que hubiera desembuchado. ¿Adónde había ido a esas horas? ¿Cuánto tiempo había pasado fuera de casa? ¿Desde cuándo salía solo? Y cosas por el estilo. Incluso podía volver a castigarme como hacía años que no lo hacía: obligándome a pasar la noche rezando avemarías arrodillado ante la figura de la Virgen. Si me hubiera visto cubierto de sangre, no habría bastado con los rezos. De modo que el hecho de haber despertado en mi cuarto constituía, en sí mismo, una prueba de que mi madre y yo no nos habíamos cruzado.

Me levanté de la cama. Tenía que ver lo que había al otro lado de la puerta. No sabía lo que descubriría, pero no podía eludirlo. Lentamente, y con cuidado de no pisar las huellas, caminé en dirección a la puerta. Al llegar al escritorio me detuve de golpe. Tras este, y junto a la puerta corredera de cristal que daba a la terraza, vi a un desconocido. Tenía el cabello encrespado como los cuernos de una cabra, el rostro de un rojo intenso como un fruto al

que le hubieran arrancado la piel, y el blanco de sus ojos brillaba de un modo angustioso. El impacto de aquella visión me dejó aturdido. ¿Aquella bestia colorada era yo...?

A través de la puerta de cristal no se veía nada debido a la niebla que ascendía del océano. Solo se atisbaba una vaga luz amarilla. Provenía de un farol que mi madre había hecho instalar en la pérgola cuando acondicionó el jardín de la azotea. Debía de habérmela dejado encendida al salir esa noche. Y lo normal habría sido que la hubiera apagado al volver a mi habitación.

Por el mismo motivo, tampoco era normal que la puerta de cristal no estuviera cerrada. Esa puerta disponía de un mecanismo que se bloqueaba completamente cuando se cerraba. Por esa razón, siempre que salía por la terraza, la dejaba abierta medio palmo. De lo contrario, habría tenido que entrar por la puerta de la planta baja. Solía dejar el intersticio que separa los ojos de una cara. Al volver a mi cuarto siempre la cerraba. Estuviera dormido o despierto, una vez en casa no la habría vuelto a abrir. No estábamos en verano, sino en pleno diciembre, el 9 de diciembre. Además, mi cuarto estaba en el piso superior de un dúplex situado en la última planta de un edificio de veinticuatro plantas en una ciudad nueva construida a la orilla del mar. No tenía motivo alguno para abrir la puerta y dejar que entrara el frío. Era diferente el caso de mi madre, que estaba en plena crisis menopáusica y sufría sofocos un montón de veces al día.

Solo había una explicación: esa noche había salido de casa por una puerta y entrado por otra. Seguramente había vuelto por la entrada principal. Eso justificaría la dirección de las pisadas en el suelo, la puerta de cristal entreabierta y que el farol de la pérgola estuviese encendido. Pero ¿por qué había utilizado la puerta principal? ¿Por qué tenía ese aspecto? ¿Qué había pasado en mi habitación?

Miré la hora en el reloj del escritorio. Cuatro cifras en rojo alineadas en la

pantalla negra: 05.45. Aunque no se oía correr el agua, era lógico suponer que en ese momento mi madre estaba en la ducha. Al cabo de diez minutos, saldría de su dormitorio y se dirigiría a la cocina. Entonces yo inspeccionaría la casa rápidamente.

Abrí la puerta y salí al pasillo. Pulsé el interruptor de la pared. Las pisadas y los restos de sangre recorrían el pasillo desde la puerta de mi habitación hasta la escalera. El efecto que me causó no fue muy diferente a si hubiera visto unos peces rojos alzar el vuelo en el cielo o un mar erizado de olas doradas. Apoyé la espalda en la puerta y en mi cabeza oí la voz optimista que me susurraba: «Es un sueño. Aún no has despertado. ¿No ves que estas cosas no pueden pasar en la realidad?».

A regañadientes me separé de la puerta. Arrastrado por una mano invisible seguí las pisadas ensangrentadas. Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera, la luz del sensor se activó. El panorama que se abría a mis pies se grabó en mi retina en un instante. Marcas de manos ensangrentadas por toda la barandilla. Gotas de sangre y huellas sanguinolentas en todos los peldaños. Con la conciencia aturdida de un sonámbulo, contemplé las salpicaduras de sangre en la pared del rellano, y el charco de sangre en el suelo. Un charco que estaba a otro nivel que las huellas de manos o de pies. Si lo que estaba viendo era real, el rellano de la escalera debía de ser el lugar donde todo había ocurrido.

Me miré una vez más. Parecía haber metido las manos en un cubo de sangre; tenía el suéter, el pantalón, todo el cuerpo cubierto por una costra de sangre seca. ¿Me había manchado de sangre en el rellano? Pero ¿de quién era la sangre? Las preguntas se multiplicaban, y mi perplejidad era cada vez mayor, si por perplejidad se entiende el estado en el que no es posible pensar, ni oír ningún sonido ni sentir ninguna emoción porque todo es un caos en nuestra cabeza.

Con paso vacilante, entumecido, un oso llevando la máscara de un hombre, fui bajando las escaleras. Pasé los charcos de sangre del rellano y giré en dirección al piso inferior. La visión a mis pies fue como un relámpago. Lancé un grito ahogado. Se me cortó la respiración por segunda vez en pocos minutos. Retrocedí echando hacia atrás la cabeza como si me hubieran golpeado con una piedra en la frente. Mi cabeza y mis pies retrocedieron. Sin darme cuenta, cerré los ojos. Enseguida vino en mi rescate la voz optimista: «No hay ningún problema. Esto no es real. Vuelve a la habitación antes de que salga tu madre. Te metes en la cama y duermes un rato más. Venga. Cuando despiertes, será una mañana como cualquier otra».

«¡No! –intervino entonces la voz pragmática–. ¡No, no puedes aceptar una hipótesis tan tranquilizadora! Tendrías que verificarla. ¿Es un sueño o no? Si no lo es, tendrás que saber qué ha ocurrido en el piso de abajo, por qué has despertado en este estado tan espantoso. En caso contrario, podrás irte a dormir tranquilo.»

Abrí los ojos. La luz del piso inferior estaba encendida y vi, en el espacio que separaba la cocina de las escaleras, en un charco de sangre, dos pies descalzos. Los talones encima del suelo de mármol, las puntas. La pared impedía ver el resto más arriba de los tobillos. Parecía una instalación artística en torno a dos pies seccionados.

¿Se trataría de pies humanos? ¿O de una muñeca? ¿O acaso de un fantasma? Mi voz pragmática tenía razón. Quedándome en el rellano no encontraría ninguna explicación. Debía bajar y averiguar qué había ocurrido. Tragué saliva para humedecer la garganta reseca y emprendí el descenso. Como en el tramo superior, los peldaños estaban llenos de gotas de sangre y huellas. Peor, un hilo de sangre caía desde el charco del rellano hasta el suelo del salón. Al llegar al último peldaño, la aparición de los pies descalzos se prolongó en un cuerpo visible hasta el mentón, atrocamente realista.

Los dedos con articulaciones marcadas, el empeine alto y estrecho, el talón atrapado en el espantoso charco, la pulsera del tobillo izquierdo, el colgante con forma de mano enganchado a la pulsera: mi cuerpo se sacudió con un hipo devastador. Se me retorció el estómago. Aunque ya era demasiado tarde para dar media vuelta, me habría gustado correr a mi habitación. Antes de ver algo de lo que me arrepintiera de haber visto.

Me obligué a avanzar al menos hasta el salón. Titubeante, eché una mirada hacia la derecha, hacia la entrada. Había un rectángulo de sangre desde debajo de las escaleras hasta la cocina. En medio del charco, había una mujer. Una mujer tendida de espaldas, con los pies descalzos y ensangrentados que apuntaban a la escalera y con la cabeza en dirección a la entrada. Una mujer vestida con ropa holgada y blanca que asemejaba un camisón. Una mujer con las pantorrillas alineadas como dos palillos, las manos juntas sobre el pecho, el rostro oculto tras una larga melena. Una mujer que parecía sacada de los sueños de un demente.

Di un paso y me acerqué a las pantorrillas. Con el segundo paso llegué a los muslos cubiertos por el camisón. Un paso más y me detuve a la altura de los codos. En el cuello extendido, siguiendo la curva de la barbilla, se veía un corte fino y limpio. Desde la oreja derecha hasta la izquierda. Una escisión hecha por una hoja afilada y sostenida por una mano fuerte. Un corte con la forma de una cimitarra que dejaba ver una carne roja que recordaba las branquias de un pez. Casi tuve la ilusión de ver que palpitaban como si ella aún respirara. Debajo del pelo enmarañado una negra pupila se clavó en mi rostro. Fue una garra, una flecha que me traspasó. Aquella pupila me ordenó: «Acércate». Mi cuerpo reaccionó de inmediato a esa orden. Me acuclillé al lado de la mujer, doblé las piernas, rígidas como dos barras metálicas, y tendí las manos hacia su rostro. Temblando como un flan. Con un movimiento amedrentado, le retiré el cabello de la cara.

—¡Yu Jin!

De nuevo retumbó la voz de mi madre. La misma que había oído en mi sueño. Una voz quejumbrosa, una voz que resonaba y se extinguía dentro de su garganta. Por tercera vez, se me aceleró la respiración. En mi cabeza, dos trenes chocaron de frente. Se me nubló la vista, sacudida por olas inmensas. Apoyé una mano en el suelo y me dejé caer.

Los ojos abiertos, los ojos de un gato loco; unas gotas de sangre, trágicas lágrimas, prendidas en sus largas y negras pestañas, las mejillas hundidas, el mentón puntiagudo, los labios abiertos formando un círculo. Esa era la mujer que tenía una pulsera en el tobillo con la mano de Fátima. La mujer a quien el marido y el primogénito se le habían muerto ahogados dieciséis años atrás. La que había vivido solo para mí durante esos dieciséis años. La que me había traspasado la mitad de sus genes. Mi madre.

Todo se oscureció ante mis ojos. Sentí náuseas. Era incapaz de moverme, de respirar. Tuve la sensación de que mis pulmones se llenaban de arena ardiente. Nada podía hacer sino permanecer allí, en el suelo, junto a mi madre, y esperar. Esperar a que en mi mente sumida en la oscuridad se encendiese una luz. A que pudiera hacer algo. En realidad, rezaba para que mi insistente voz optimista prevaleciera, que todo fuera un sueño. Rezaba para que sonara el despertador y me librara de aquella pesadilla.

El tiempo pasaba muy despacio. Reinaba un silencio sepulcral. De repente el reloj de pared empezó a sonar. Eso significaba que había transcurrido media hora desde que había abierto los ojos. Era la hora en que mi madre trajinaba en la cocina. Las seis en punto, el momento en que ella se aprestaba a subir a mi cuarto con un batido de leche, dos plátanos, piñones, nueces.

Resonaron las seis campanadas, pero mi madre continuó tendida contra mis rodillas. Yo seguía paralizado. Me sumí en una desesperación absoluta,

profunda. Entonces ¿no había sido un sueño? ¿Mi madre me había llamado realmente? ¿Para pedirme ayuda? ¿Socorro?

Noté un hormigueo en las rodillas, un enorme peso en el estómago, una aguja atravesándome el ombligo. Un instante después se me hinchó tanto la vejiga que pensé que iba a reventar. Sentí unas ganas enormes y violentas de mear. Una presión tan insoportable como la que sentía en el momento en que el tren me arrollaba en aquel sueño recurrente de mi infancia. Una presión que me clavaba al suelo por mucho que quisiera levantarme. Tiré de mis piernas y me puse de rodillas. Junté los muslos, puse las dos manos encima y apreté con todas mis fuerzas. Me inundó un sudor frío.

Me inundó un sudor frío. Lo que acababa de hacer era deplorable. Las sábanas y la colcha estaban empapadas, tenía el pijama pegado al trasero y a la espalda. El olor a orina lo invadía todo. Hacía tres noches que sufría el mismo percance. Si mi madre se enteraba, seguramente montaría en cólera. «¿Eres un bebé? ¿Qué te ha dado de repente?». Nos habría puesto de rodillas a mi hermano mayor y a mí y nos habría sometido a otro de sus interrogatorios: «¿Decidme la verdad! ¿Dónde fuisteis anteayer después de la escuela? ¿Qué demonios pasó?».

Mi hermano y yo cursábamos el primer año de secundaria en un centro privado de las cercanías de Sinchon. Mi madre, que era editora, nos llevaba todas las mañanas en coche y nos dejaba a la puerta del colegio, que le quedaba de camino al trabajo. Al terminar las clases, acudíamos a un taller de pintura cerca de la editorial. Aunque este era más bien una guardería. El taller no estaba lejos del colegio y mi hermano y yo siempre íbamos andando. A menudo parábamos para comprar golosinas y nos distraíamos por el camino. Mi madre siempre se preocupaba.

–No vayáis a las vías del tren. E id siempre por las calles más anchas.

–Vale –respondíamos, pero no le hacíamos caso.

A veces, o, mejor dicho, a menudo, seguíamos la vía férrea de Gyeonggi, donde la hierba nos llegaba al tobillo. Y, por supuesto, no nos limitábamos a caminar. Ideábamos juegos sobre la marcha, y competíamos para ver quién ganaba. En uno de ellos, el del espantapájaros, estirábamos los brazos y, con la vista puesta en el cielo, avanzábamos por la vía palpando los raíles con la punta del pie. Otro juego consistía en ver quién cubría más traviesas de un salto... Pero nuestro favorito era el juego de supervivencia que se desarrollaba en las vías de tren y en los terrenos que las rodeaban. Como competíamos con la misma arma, siempre empatábamos. Las metralletas que aprobaba mi madre hacían mucho ruido, pero poca cosa más.

Pero tres días antes, habíamos metido una pistola de verdad y gafas protectoras de verdad en la mochila. Nos la había comprado mi padre en uno de sus viajes de negocios a Estados Unidos. Mi madre había fruncido el ceño diciendo que era un regalo peligroso, pero a nosotros nos encantó. Era la primera vez que teníamos una pistola de seis disparos, balines y gafas de protección. Ese día las cuatro horas de clase nos habían parecido excepcionalmente largas, pues los dos solo pensábamos en ir a disparar con la pistola a la estación de Sinchon y a las vías.

Después del colegio corrimos hacia allí. Con la cartera a la espalda, disparamos a troche y moche sin dejar de correr por las vías y por los terrenos baldíos. Nos olvidamos de todo, de la inquietud de nuestra madre, del taller de pintura, qué sé yo. Perdimos la noción del tiempo. Cuando se nos terminó la munición, nos encontramos parados frente a frente en una zona desierta desde donde se divisaba a lo lejos la estación de Sinchon. La partida había terminado en empate, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a aceptar ese

resultado. Acordamos hacer una carrera para desempatar. La meta sería el vestíbulo de la estación.

Una, dos, y tres... Eché a correr como catapultado por un resorte. Al principio iba delante, pero después nos pusimos a la par y hacia el final corría unos pasos por detrás. Cuando me aproximaba a las vías, el último obstáculo, vi que Yu Min ya descendía por el talud del otro lado de los raíles. Un tren se aproximaba a lo lejos. La carrera estaba perdida irreversiblemente, pero no me daba por vencido. Salté por encima de la vía. La mochila que me sacudía la espalda me golpeó el codo y como tenía la mano sudada la pistola se me cayó de las manos. Aterricé al otro lado de las vías y rodé por el talud.

Me levanté y miré detrás de mí. La pistola había caído junto al raíl del otro lado. El tren avanzaba en medio de una nube de polvo. Si no hacía nada, el tren haría añicos mi pistola. No lo pensé ni un instante. Volví a saltar por encima de la vía. En ese momento el tren estaba lo bastante cerca para que pudiera ver que se trataba de un tren de mercancías, pero no podía abandonar la pistola.

—¡Yu Jin! —gritó mi hermano, y añadió algo más que no entendí.

Oí el silbato del tren, pero no me volví. Con los ojos clavados en la pistola, me lancé a las vías. Aferrando el arma, rodé por el talud mientras la locomotora pasaba traqueteando como un vendaval.

—¡Corre!

Así lo hice. No quería que el maquinista parase el tren y se bajara para detenerme, o que el jefe de estación que estuviera vigilando desde algún lugar llamase a la policía. Me sentía sobreexcitado, como si alguien estuviese a punto de asirme por la nuca. Me reuní con Yu Min delante del taller de pintura. Yo tenía el pantalón del uniforme escolar roto por la entrepierna, el rostro cubierto de arena, el pelo revuelto. El profesor de pintura me arregló los pantalones y me lavó la cara. Le dijimos que me había caído en el patio del

cole mientras hacíamos una carrera, y no contamos a nadie lo que había ocurrido realmente.

El problema empezó aquella noche. En cuanto me dormí, volví a encontrarme en el terreno junto a las vías. Para repetir la carrera, vivir la misma situación. Me aferraba a la pistola con fuerza, y cuando el tren se abalanzaba sobre mí, sentía una enorme presión en la vejiga. Cuando el tren pasaba y yo abría los ojos, la cama y mi cuerpo estaban empapados. Eso se repitió tres noches seguidas. No sabía qué hacer.

Pese a la angustia que sentía, seguía teniendo sueño. Nada de eso tenía la menor importancia; yo solo quería volver a dormirme. La primera noche me quité el pijama mojado y lo arrojé sobre la cama. Cogí la almohada y fui al cuarto de mi hermano. Me tendí a su lado y me tapé con las sábanas. Pegado a él, olí el aroma de la hierba cenagosa de aquella tarde. La peste a orina se desvaneció; cerré los ojos y me dormí. Volví a soñar lo mismo, pero esa vez no me oriné. Sin duda porque justo antes de que yo saltara a las vías Yu Min me retenía gritando: «¡Un tren! ¡Viene un tren!».

A partir de ese día empecé a dormir en la habitación de mi hermano. Durante el resto del año y el siguiente. Hasta su muerte, acaecida en la primavera en que cumplí nueve años. Durmiendo a su lado, apenas soñaba con el incidente de las vías. Si alguna vez volvía a encontrarme junto a los raíles, la voz de mi hermano evitaba que me meara encima.

Ahora me encantaría poder arrastrarme hasta la cama de Yu Min. Solo con tumbarme a su lado, él me ayudaría a sobrellevar esa pesadilla. «Tu hermano murió hace mucho tiempo –me recordó la voz pragmática–, tendrás que solucionar esto solo.»

Una ráfaga de viento sacudió la ventana del balcón y el sonido me perforó los tímpanos. Se me aceleró el pulso en los ojos. Tragué la saliva que se me había acumulado en la boca. Yu Min ya no estaba. Apreté los muslos para

contener las ganas de mear y me senté recto. Alcé una mano y la acerqué al rostro de mi madre. Al instante se me contrajo el diafragma y tuve arcadas. Tenía los hombros tan rígidos que no podía mover los codos. Me temblaban las manos. Todo mi cuerpo estaba paralizado. El rostro de mi madre estaba a años luz de la punta de mis dedos.

«Ni que tuvieras que pegarle un bocado —dijo la voz pragmática enfadada—, solo tienes que comprobar si respira o no, si le late el corazón, si se le ha enfriado el cuerpo. Venga, estira la mano y tócala.»

Respiré hondo. Puse el dedo corazón debajo de la nariz de mi madre y esperé unos instantes. No noté nada. La mejilla, llena de sangre oscura, estaba fría y rígida. En lugar de carne, daba la impresión de tocar un pegote de arcilla a medio endurecer. Bajé la mano hacia su pecho, a un lado y a otro. Palpé los doce pares de costillas sin percibir latido alguno. Tampoco calor corporal. No había duda de que mi madre estaba muerta.

Se me hundieron los hombros y me invadió el abatimiento. ¿Qué esperaba? ¿De verdad había albergado esperanzas de que aún estuviese viva? ¿Había tenido la ilusión de que podía estar soñando? Eso no era un sueño. Estaba en medio de la escena de un crimen.

«¿Ha pasado algo en casa?»

La voz de He Jin surgió en mi recuerdo. De haber sabido lo que había pasado, yo no me habría movido de la cama hasta su llegada... Eso no habría convertido a ese «algo» en «nada», pero al menos ahora no estaría junto al cadáver de mi madre, traumatizado, atónito, sin saber qué hacer.

Alcé la cabeza. Ante mí, firmemente cerrada, estaba la puerta del recibidor. Un corto pasillo conducía al salón, a la izquierda de ese corredor estaba la habitación de He Jin y enfrente de esta el cuarto de baño. El otro lado del salón daba a una cocina abierta con su isla; la entrada de la cocina y la escalera que conducía al piso superior estaban separadas por una pared; a un

lado de la escalera, había otro pasillo corto que daba a dos habitaciones: el dormitorio de mi madre y su despacho. Al final del pasillo había una vitrina decorativa y sobre esta el reloj de pie cuyo péndulo seguía con su movimiento regular. Ahora todos esos espacios y objetos que siempre había conocido me parecían de lo más extraños, infinitamente irreales. En mi mente volvían una y otra vez las mismas preguntas: «¿Quién ha hecho esto? ¿Cuándo? ¿Por qué?».

Alguien se había introducido en la casa a hurtadillas. Pensé en el rumor que corría últimamente de que en la ciudad nueva de Kundo abundaban los ladrones y los atracadores. Aunque no era un rumor carente de credibilidad, presentaba el insignificante problema de que lo acababa de crear yo.

La ciudad de Kundo había empezado a habitarse recientemente, pero solo estaban ocupadas la mitad de las viviendas. Apenas había infraestructuras; los comercios, los transportes y los servicios públicos escaseaban. Solo había un puesto policial para los dos distritos, Kundo I y Kundo II. Era el lugar idóneo para que los delincuentes camparan a sus anchas. Cualquier intruso que, aprovechando la entrada o salida de algún vecino, se colara en el edificio podría introducirse en una vivienda por la azotea. Si esta hipótesis era correcta, los áticos, todos provistos de terraza privada, eran los objetivos ideales. Así pues, basándome en que la noche anterior uno o más intrusos habían entrado en nuestra casa, desarrollé la siguiente hipótesis:

Él o ellos –digamos «él»– penetra en el piso a través de la puerta de hierro de la azotea. Para ello debe desbloquear el mecanismo de cierre, pero eso probablemente no le supone ningún problema. Unas horas antes yo he salido por esa misma puerta y he quitado el doble pestillo de seguridad. Después se cuela dentro de la casa y merodea a sus anchas por las habitaciones. Los ocupantes del dormitorio superior y del cuarto de la entrada están ausentes, el salón y el despacho están vacíos. Mi madre, que tiene un sueño ligero a pesar de tomar somníferos, se despierta al oír al extraño. Gracias a su intuición

excepcional, que todo el mundo le reconoce, discierne que no se trata de He Jin ni de mí. Se levanta de la cama y...

¿Se arma de valor y abre la puerta para inspeccionar el salón? Quizá sale de su dormitorio y grita: «¿Quién hay ahí?». También puede que coja el móvil para llamarme. Pero yo he dejado el móvil en casa, así que no he recibido su llamada de socorro. A continuación llama a He Jin. Eso explicaría la llamada perdida que este encontró en su teléfono.

En ese instante, después de recorrer el resto de la casa, el intruso entra en el dormitorio de mi madre. ¿Cómo reacciona ella? Quizá finja dormir. Tal vez se oculte en el vestidor, en el cuarto de baño o abra la puerta de cristal y se refugie en el balcón. Puede que grite pidiendo auxilio. Quizá se vaya a la cocina en busca de un cuchillo con el que enfrentarse a su agresor, que le da alcance junto a la isla de la cocina, donde luchan cuerpo a cuerpo. En cualquier caso, algo ocurre junto a la pared que separa la cocina de la escalera. Al cabo de unos minutos, todo ha terminado. Por mucho carácter que tenga mi madre, por muy torpe que sea el intruso, una mujer no tiene nada que hacer contra un hombre en cuanto a fuerza física. Puede que ocurriera justo cuando llegué al exterior del apartamento. Debía de encontrarme en un estado zombi si estaba a punto de sufrir un ataque. Mi madre se cayó al suelo y gritó mi nombre; después yo imaginé que lo había soñado. Al oírla habría corrido hacia la entrada principal. Mi madre ya estaría medio muerta y el intruso avanzaría hacia mí con el cuchillo en la mano. Por un instante me imaginé luchando con el ladrón. De haber sido más de un asaltante, las cosas podrían haber sido distintas, pero si solo era uno, le habría resultado difícil someterme. Luego habría subido por la escalera para huir por la azotea, pero yo le habría atrapado en el rellano. ¿Y luego qué?

No me acordaba de nada que pudiera apoyar ninguna de esas conjeturas. En mi memoria, todo lo que hubiera ocurrido pasada la medianoche estaba a

oscuras. Pese a todo, mis hipótesis no carecían de sentido. Si había sufrido un ataque justo después de reducir al asaltante, habría caído en un profundo sueño tras arrastrarme de cualquier manera hasta la cama, y era posible que no recordara nada de lo ocurrido. ¿Y ahora qué? Tenía que denunciarlo. Iba a denunciarlo.

Avancé a gatas hasta la mesa del salón. Arranqué el teléfono de su base. ¿Qué número debía marcar? ¿El de las ambulancias? ¿El de la policía? Mi dedo se deslizó una y otra vez sobre las teclas. Los números bailaban ante mi vista. De pronto oí la voz de la operadora: «Apreciado cliente, ¿en qué puedo ayudarle?». De mi garganta brotó un sonido extraño. Me froté la mano contra el muslo y comencé de nuevo. Marqué los números con cuidado, uno detrás de otro: 1, 1, 2. Alcé la mirada y pensé lo que debía decir a fin de realizar una exposición coherente. Al instante, me quedé helado. En la puerta de cristal que daba al balcón, arrodillado, estaba el hombre a quien había visto nada más despertar, el hombre cubierto de rojo con los ojos brillantes. Al oír el tono de llamada en el auricular, me volví hacia mi madre. Contemplé el panorama que encontraría la policía al llegar: una mujer degollada, tendida sobre un charco de sangre; a su lado, el hijo de rodillas, empapado de sangre y con el auricular del teléfono en la mano.

—Comisaría de Incheon. ¿En qué podemos ayu...?

Colgué. ¿Qué les diría? ¿Que al despertar había encontrado a mi madre muerta y que según parecía la había asesinado un intruso? ¿Que, por alguna razón que desconocía, tanto yo como mi habitación estábamos empapados de sangre, pero que por favor me creyeran cuando les dijera que yo no había sido? ¿Les diría eso? ¿Y la policía me creería? La voz pragmática me dio la respuesta: «Sería mejor que les dijeras que se ha cortado el cuello ella misma».

Para probar la hipótesis del intruso, necesitaba encontrar al mismo intruso o

su cadáver. Los únicos indicios de su presencia estaban en la escalera y en el rellano. Si había resultado herido en nuestra pelea, debía de estar aún dentro de la casa. Si se había ocultado y muerto durante la noche, su cuerpo tenía que estar en alguna parte. Eso bastaría para aclararlo todo: por qué me había despertado cubierto de sangre, por qué había tanta sangre en el rellano y en el salón, por qué mi madre había telefonado a He Jin, por qué era incapaz de recordar lo ocurrido después de la medianoche, y todas mis otras preguntas.

Devolví el teléfono a su base. Mi corazón latía con violencia. Mis pensamientos empezaron a sucederse a toda velocidad. Mis manos y pies empezaron a moverse y tuve la impresión de que un motor ponía en marcha y reanimaba mis circuitos neuronales. Pensé en los escondrijos que el asaltante podría haber usado. Debía ser algún lugar cálido donde poder tumbarse y oculto a las miradas para evitar ser descubierto. En toda la casa estos requisitos los reunían unos diez lugares.

Me puse en pie y, conteniendo la respiración, me dirigí de puntillas al dormitorio de mi madre. Giré el pomo, le di una patada a la puerta e irrumpí en la habitación. Me detuve al lado de la cama de mi madre.

La habitación estaba impoluta. No había nada fuera de lo habitual: ni sangre, ni pisadas, ni señales de pelea. La doble cortina que colgaba de la puerta del balcón estaba perfectamente cerrada. Y parecía que nadie se hubiera echado en la cama. Las almohadas se apoyaban ordenadamente en la cabecera y la colcha blanca de lana no tenía una arruga. Sobre la mesilla de noche, ubicada entre la cama y la puerta de cristal, había una lámpara y un reloj; y en el banquito al pie de la cama unos cojines rectangulares alineados. La estancia estaba ordenada como si mi madre la hubiera limpiado después de levantarse.

Solo se notaba un ligero desorden al otro lado de la cama. En una esquina del secreter situado contra la pared había un bolígrafo, y la silla de cuero de

respaldo alto estaba desplazada hacia atrás. Una mantita marrón perfectamente doblada yacía en el suelo. No parecía haberse caído de las rodillas de mi madre sino del brazo de la silla.

Salté por encima de la cama y descorrí las cortinas. Nada. Detrás de las cortinas y en el balcón no había nadie. Una a una, fui abriendo las puertas del armario. El primer compartimento tenía almohadas, cojines y cortinas; el central, una cantidad de sábanas y mantas suficiente para acomodar holgadamente a diez grupos de estudiantes de excursión; en el tercero había cajas con objetos pequeños. Abrí la puerta del vestidor que daba al estudio y encendí la luz. Todo estaba igual que en el dormitorio de mi madre. El limpiísimo suelo de mármol blanco relucía como una pista de patinaje, el ordenadísimo tocador tenía todos los productos cosméticos perfectamente dispuestos en fila; los cajones tenían la ropa perfectamente doblada y apilada, y en el armario las prendas colgaban perfectamente cubiertas por plásticos y divididas según la estación. No había nada fuera de lo normal. Tampoco en el baño. El suelo de parqué estaba impoluto, sin rastros de sangre. En el aire flotaba un ligero aroma a champú.

Entré en el estudio. Era una especie de biblioteca donde mi madre guardaba las cosas de mi difunto padre y sus propios libros. Tenía el aspecto de siempre. Crucé el salón y entré en la cocina, que encontré igual de limpia que las demás habitaciones. No había pisadas ni sangre en ninguna parte. La sangre solo estaba donde mi madre se hallaba tendida. Era extraño. Si había ocurrido en ese lugar, todo debería estar salpicado de sangre, desde el suelo del salón al de la cocina, desde la isla de la cocina hasta la mesa, desde el fregadero hasta el escurridor, todo. Como ocurría en el rellano de la escalera. Con una simple ojeada uno se daría cuenta de que allí había sucedido algo.

Inspeccioné el resto del piso. El balcón que daba a la cocina, el baño de He Jin, incluso la habitación de He Jin. Todo estaba en orden. Cuando salía del

dormitorio eché una mirada a la cama, al enorme televisor, al armario, al escritorio y a los pantalones de chándal y las camisetas que colgaban de la silla.

Algo no cuadraba. He Jin siempre venía a casa a dormir, salvo cuando estaba de viaje o tenía un trabajo fuera de la ciudad. Incluso cuando salía con sus colegas o amigos por la noche, o cuando trabajaba en un montaje. Aunque mi madre no le obligaba a volver a casa, él siempre lo hacía. Pero la noche anterior... ¿por qué no había vuelto la noche anterior? Además, me había llamado prácticamente a la misma hora en que yo me despertaba para preguntarme si pasaba algo en la casa. Como si supiera que estaba pasando algo. Para obligarme a bajar la escalera.

En mi mente se dibujó un nuevo escenario. He Jin llega a casa cuando estoy dormido después del ataque. Por alguna razón desconocida, ataca a mi madre. Esta trata de huir, pero él le da alcance y la mata. Para cargarme el crimen a mí, sube las escaleras y deja huellas y sangre por todas partes y luego me echa sangre encima. Después, abandona el piso tranquilamente.

Enseguida me quité esa idea de la cabeza. Mientras cerraba la puerta de la habitación de He Jin decidí cerrar también la puerta a ese tipo de divagaciones. Aquello no era un escenario; era una locura. Yo conocía bien a He Jin. Al menos me parecía que lo conocía después de haber vivido diez años en la misma casa. La probabilidad de que él hubiese matado a mi madre era mucho menor a la de que ella lo hubiese matado a él. Y no era la naturaleza de su relación lo que me llevaba a pensar así, sino la naturaleza del mismo Kim He Jin. La mayor fechoría que había cometido en toda su vida había sido ir a ver una película para mayores de dieciocho años antes de terminar la secundaria. Aun así, le pidió a mi madre que le acompañara y hasta me invitó a mí.

Abrí la puerta que daba al recibidor, donde la gente se quitaba los zapatos

antes de entrar en casa. Había cuatro pares alineados. Las zapatillas de mi madre, las de He Jin, las deportivas blancas de mi madre y las mías de correr, negras, mojadas y sucias de barro. Nunca dejaba esas zapatillas en la entrada. Las escondía en el techo de mi cuarto de baño, de donde únicamente las sacaba cuando salía de casa por la azotea. Si hubiera vuelto a casa por allí como hacía normalmente, no tenía sentido que las zapatillas estuvieran en el recibidor. Ahí estaba la primera prueba material de que esa noche había entrado por la puerta principal.

Pero vi algo que me intrigó: las zapatillas de deporte de mi madre también estaban mojadas. No un poco húmedas, sino empapadas, como si las hubieran sacado de una piscina. Volví a pensar en la noche anterior, cuando volví de la velada de fin de año. Cuando mi madre fue a abrirme la puerta, llevaba esas deportivas blancas. ¿Ya estaban mojadas? Imposible saberlo, pero mi madre no era el tipo de persona que metería los pies en unas zapatillas mojadas. Eso significaba que había salido después. ¿Y no había cogido el coche? ¿Había corrido mientras llovía como yo? Esa era la única explicación de que sus zapatillas estuvieran tan mojadas.

Cerré la puerta del recibidor y me volví. Vi que había una cazadora negra de goretex y un chaleco acolchado arrugados en un rincón. Eran las prendas que había llevado encima del suéter aquella noche. ¿Qué hacían allí? Intenté encajarlas en mi hipótesis.

Al oír el grito de mi madre, voy corriendo hacia el recibidor. Al ir a la cocina me la encuentro tendida en el suelo en medio de un charco de sangre. Confuso, me quito la cazadora y el chaleco mojados, los voy a dejar en el recibidor y entro en casa... Eso no tenía sentido. De todas las cosas que no tenían sentido desde que me había despertado esa mañana, esa era la que menos sentido tenía.

Cuando cogí la cazadora y el chaleco oí una melodía. Era «Hakuna Matata»,

de la película *El Rey León*. Hacía poco mi madre se la había puesto como tono de llamada en su teléfono móvil. Sonaba cerca del sofá del salón.

Corrí al salón con la cazadora y el chaleco aún en la mano. Sin casi buscarlo, el móvil apareció ante mis ojos. Estaba en un extremo de la mesa de centro. Cuando había llamado a la policía, me había pasado desapercibido. Mi madre solía dejarlo allí cuando se movía por el piso. En la pantalla, apareció un nombre que no me esperaba: «Hye Won».

¿Por qué llamaba mi tía? ¿Y en una mañana como esa? El móvil sonó media docena de veces hasta que se quedó en silencio. Luego empezó a sonar el teléfono fijo. También era mi tía. La pantalla del teléfono indicaba las 6.45. He Jin y mi tía habían hecho lo mismo con apenas una hora y media de diferencia. A mi cabeza asomó una pregunta: aparte de He Jin, ¿también mi tía había recibido una llamada de mi madre esa noche?

Para encontrar la respuesta, cogí el móvil de mi madre. Desbloquear la pantalla no era difícil, pues yo sabía tanto sobre mi madre como ella sobre mí. Según la lista de llamadas había marcado el teléfono de He Jin a la 1.30, pero no habían hablado. Y había llamado a mi tía a la 1.31, y la conversación había durado tres minutos. Por lo que mi madre había estado viva al menos hasta la 1.34.

Hice memoria para reconstruir la noche anterior desde el momento en que mis recuerdos eran más nítidos. A medianoche había cruzado por el paso de peatones cerca del malecón donde aquella mujer se bajó del último autobús de Ansan. El paso de peatones estaba a unos dos kilómetros de mi casa. Andando habría tardado unos veinte minutos, quince si hubiese andado una parte y corrido otra, y diez si hubiera corrido de principio a fin. Recordaba haber corrido todo el rato; en ese caso habría llegado al edificio a las 0.10. Si hubiera subido corriendo la escalera, habría llegado a la puerta del piso a las

0.15. Incluso si hubiera vuelto caminando, lo que no recordaba haber hecho, habría llegado antes de las 0.30.

Así pues, había entrado en el salón alrededor de las 0.30 y mi madre había muerto después de la 1.34 entre el salón y la cocina.

Me sumí en la confusión. Me pareció haber entrado en un extraño juego. Las horas no coincidían, los indicios a partir de la escena del crimen eran contradictorios y mis débiles hipótesis no se sostenían. El intruso al que había perseguido hasta entonces se desvaneció. Quizá se me había escapado algo crucial e invisible hasta el momento, la pieza que haría encajar todos los elementos.

Aún con la cazadora y el teléfono móvil en la mano, me volví hacia mi madre. Yacía en medio del charco de sangre y parecía dormida. Advertí algo que me había pasado desapercibido hasta ese momento: no tenía el aspecto de alguien que ha sido asesinado. Una persona que se desangra por una herida mortal en la garganta no tiene tiempo de colocarse el pelo hacia delante para taparse el rostro, cruzar las manos sobre el pecho y tenderse en el suelo cuidadosamente antes de morir.

Miré más allá de sus talones y observé cosas que no había visto hasta ese momento. Parecía que hubieran arrastrado un objeto pesado y voluminoso por la escalera manchándolo todo de sangre. El cuerpo de mi madre, por ejemplo. Cerca de las manchas de sangre estaban las pisadas subiendo y bajando la escalera, y huellas dactilares. Al sumar estas huellas con la postura del cuerpo y la orientación de la cabeza hacia el recibidor, se imponía una hipótesis.

Alguien había asesinado a mi madre en el rellano de la escalera y había arrastrado el cuerpo hasta dejarlo en ese lugar y en esa postura.

En esa hipótesis faltaba lo más importante. ¿Por qué? ¿Quién lo había hecho? Si no había sido un intruso ni He Jin, solo quedaba una opción... Me volví hacia mi madre lleno de espanto. Negué con la cabeza. Recordé a mi voz

pragmática: «Sería mejor que les dijeras que se ha cortado el cuello ella misma».

Bueno, ¿y por qué no? Mi madre, por algún motivo desconocido, se corta el cuello en el rellano de la escalera, y yo, por algún motivo desconocido, no soy capaz de impedirselo. Porque, supongamos, estoy a punto de sufrir un ataque. O, imaginemos, estoy en un estado letárgico similar al de un oso en hibernación, consecuencia de mi ataque. Mi madre se desploma y cae escaleras abajo. Desciendo la escalera a mi vez y la arrastro hasta donde está ahora. Actúo mecánicamente, como por reflejo, esperando que el ataque termine para poder ocuparme bien del asunto. Si no, ¿cómo explicar que la haya acomodado de tal forma que parezca estar dormida? En ese caso, es posible que hasta le haya dado las buenas noches como solía.

En mi mente se encendió una luz. Me pareció ver un camino, una esperanza. Si conseguía responder a esas dos preguntas –por qué mi madre se había cortado el cuello, y por qué yo no había podido detenerla–, podría llamar a la policía sin miedo a convertirme en sospechoso. Lograría entender lo ocurrido. O al menos conseguiría darle un sentido. Siempre había tenido el talento de reestructurar una escena para hacerla comprensible, aunque mi madre menospreciaba esa cualidad llamándola «mentir».

Subí las escaleras rápidamente, con cuidado de no pisar la sangre o las huellas. La sangre del rellano empezaba a coagularse. Las pisadas apuntaban en todas direcciones de un modo caótico. Eran las huellas de alguien que había ido de un lado para otro sin sentido.

«Yu Jin...» Mi madre me llamó desde algún lugar de mis recuerdos, con una voz apagada y carente de emoción, de un modo que obligaba a responder. Me detuve y miré el panel de madera, lleno de manchas rojas. Podía verme apoyándome contra la pared, acorralado.

«¿Dónde has estado?»

¿De dónde procedía ese recuerdo? ¿De la noche anterior? ¿De cuando había vuelto del malecón? Una luz tenue brilló en el fondo de mi conciencia confusa, pero cuando pestañeeé mi imagen fantasmal apoyada contra la pared desapareció. También se esfumó la voz de mi madre. Subí hasta la planta superior y seguí las huellas secas en el suelo de mármol del pasillo. Aunque apoyaba con fuerza los talones en el suelo, me daba la impresión de deslizarme. Giré el ensangrentado pomo de la puerta, entré en mi cuarto y me detuve al pie de mi cama.

«Quédate ahí.» La voz de mi madre otra vez.

Permanecí junto a las pisadas, del mismo tamaño que mis pies. Recorrí el cuarto con la vista, la puerta de cristal abierta medio palmo, la persiana bajada hasta la mitad, la luz de la pérgola brillando en la niebla, el escritorio meticulosamente ordenado, la silla con la ropa de estar por casa, el teléfono inalámbrico en la mesilla de noche, la manta y la almohada empapadas de sangre. El móvil de mi madre se me resbaló de la mano y cayó al suelo. Todas las pruebas apuntaban a una sola persona. El intruso, el asesino, era yo.

Me senté con la espalda recta en el borde de la cama. ¿Por qué lo habría hecho? Yo había llegado a casa alrededor de las 0.30. Si había tropezado con mi madre, era probable que ella me hubiera retenido un buen rato, presionándome para que le explicase dónde había estado. Debía de haberse dado cuenta de que yo estaba a punto de sufrir un ataque, y de que por tanto no estaba tomando la medicación. En ese momento habría empezado con su especialidad: reprenderme con suavidad. Pero eso no explicaba por qué la habría asesinado yo. ¿Cuántas madres continuarían vivas si sus hijos las mataran solo porque los habían pillado haciendo algo que no debían?

Me sentí desfallecer. Nadie me apoyaría. Necesitaba que alguien me creyera, independientemente de lo que dijese los demás y de las pruebas que pudieran encontrarse. Bajé la vista y advertí la cazadora negra de goretex con

una gran capucha y el chaleco que aún sostenía en la mano. Leí las palabras estampadas en azul a la espalda: «Clases particulares». ¿Me creería He Jin? ¿Me ayudaría?

Me acordé del día de agosto en que acababa de presentarme a las pruebas de acceso para entrar en la facultad de derecho. Tomé un tren rumbo a Mokpo, adonde me había invitado He Jin. Por entonces estaba trabajando como asistente de producción en una película titulada *Clases particulares*. Rodaban en la isla de Imja Do, en la comarca de Shin An, y He Jin llevaba allí desde mayo. Se aburría y se sentía solo, por lo que llamaba casi todos los días para preguntarme qué hacía. Si tenía algo para beber, me llamaba todo el rato: «¿Qué estás haciendo en este momento?». Siempre me insistía para que fuera a verlo en cuanto acabara los exámenes.

–Quiero enseñarte algo.

–¿Qué es?

–Ven y lo verás.

Pero yo no me tomaba en serio sus palabras. Por entonces todo me molestaba porque sufría migrañas atroces y solo me dedicaba a estudiar; apenas tenía tiempo para pensar en el viaje a la isla. Pero sobre todo no tenía ganas de enfrentarme a la reacción de mi madre.

Aunque tenía veinticinco años, nunca había viajado solo, ni siquiera de excursión o a estudiar idiomas al extranjero como hacía todo el mundo. Mi madre había ido tan lejos como para asegurarse de que trabajara en el Ayuntamiento a fin de evitar que hiciera el servicio militar para escapar de su control. Ese era el motivo de que el toque de queda fuera a las nueve de la noche: evitar que me diera un ataque estando solo y en un lugar desconocido.

Cuando He Jin me llamó después de que terminara los exámenes, me encontraba sentado a la mesa del comedor.

–Mañana es el último día de rodaje. Tienes que venir. Pasas una noche aquí

y pasado mañana volvemos juntos.

Vacilé y miré a mi madre de soslayo. Aunque He Jin no podía verme, entendió enseguida lo que ocurría. Me pidió que le pasara con mamá.

–Déjame intentarlo.

He Jin era persuasivo. Mamá escuchó sin protestar, y al final dijo: «Vale». Aunque continuó dándome la lata: «No te olvides de tomar la medicina; no bebas, no molestes a la gente». Y de camino a la estación de Kwang Myong agregó «No te bañes lejos de la orilla», como si hubiera olvidado que su hijo había sido una promesa de la natación.

El viaje a Mokpo fue muy bien, y también el recorrido en autobús hasta Shin An. Cuando comenzaron a manifestarse los síntomas, ya había embarcado en el ferry en el muelle de Jom Am. Durante los veinte minutos de travesía hasta Imja Do, me envolvió un fuerte olor a pescado y sufrí la alucinación de que el sol me estaba quemando los ojos. La peste a pescado se parecía a la de la sangre, por lo que no sabía si estaba a punto de sufrir un ataque o tenía una insolación.

Si me hubiera tomado la medicación, habría sabido que se trataba de una insolación. Pero había dejado de medicarme dos días antes del examen. Era la primera vez que lo hacía desde que había tenido el único episodio a los quince años. Pensaba volver a tomar las pastillas la noche después del examen, pero cambié de idea tras la llamada de He Jin. Decidí retomar la medicación el día que regresara a casa desde Imja Do. ¿Qué eran dos días más? Quería disfrutar de mi verdadero ser, libre de las usuales restricciones.

Para cuando el ferry atracó en el muelle de Imja Do, mis alucinaciones se habían intensificado al punto de que no podía mantener los ojos abiertos. Al subirme al taxi, el olor de la sangre estalló en mis fosas nasales. El sudor me empapaba la espalda, pero estaba helado. Supe que estaba a punto de sufrir un ataque, pero me encontraba demasiado lejos para volver a casa. Tenía que

llegar a donde trabajaba He Jin lo más pronto posible. Pedí al taxista que me llevase volando al puerto de Hauri.

–De acuerdo, allá vamos –dijo el taxista.

Mientras el coche recorría las calles a toda velocidad, me quedé dormido. Seguramente incluso perdí la conciencia. Abrí los ojos al oír:

–Por favor. –El conductor se había girado en su asiento y me sacudía la rodilla–. Ya hemos llegado.

Abrí los ojos. Estábamos en el puerto. Me las arreglé para pagar y salir del taxi. No tenía que ir muy lejos; el equipo estaba rodando allí mismo. Dos hombres corrían por el malecón seguidos por una cámara mientras un enorme camión arrojaba agua a los actores. La gente se apiñaba entre los monitores. Al otro lado de una valla un grupo de lugareños presenciaba el rodaje. Me detuve a unos diez metros de allí. Tenía que tenderme en el suelo, pero no podía moverme. Estaba atrapado en una luz blanca. El mundo desapareció. El último sonido que percibí fue probablemente la voz de He Jin:

–¡Yu Jin!

Cuando abrí los ojos, me encontraba tendido. Mi visión aún era borrosa, pero reconocí los ojos marrones que me miraban. He Jin.

–¿Estás bien?

–Sí –balbucí, carraspeando, y me sobrevino una espantosa migraña.

No era la habitual punzada de dolor detrás de los ojos, sino un dolor atroz en toda la cabeza.

–¿Me ves? –preguntó He Jin.

Veía una sombrilla de playa por encima de su cabeza. Debajo de la mía tenía algo blando. Noté los pantalones mojados, y que me cubría una cazadora negra. Debía de haberme meado encima durante el ataque. Seguramente He Jin me había tapado con su cazadora.

–¿Te duele algo?

Me dolía todo el cuerpo. La mandíbula me dolía; quizá había rechinado los dientes. Debía de haber sido un ataque muy fuerte. Me llegaban unas voces del otro lado de la sombrilla; podía verme cayendo en redondo delante de todo el mundo, He Jin corriendo hacia mí, colocando una sombrilla para protegerme de las miradas, un cojín para que mantuviera alta la cabeza, y cubriéndome con la cazadora para ocultar mi pérdida de control de esfínteres. Me habría gustado ir a casa.

—¿Puedes levantarte?

Me senté. Fuimos a la pensión de He Jin, que estaba cerca del puerto. Me di un baño y me cambié de pantalones, mientras He Jin hacía las maletas y llamaba a un taxi. Yo había llegado cuando la filmación estaba concluyendo, y ahora solo faltaba la fiesta de fin de rodaje.

Yo era consciente de lo mucho que las películas significaban para He Jin; mi hermano había soñado con dedicarse al cine desde que tenía doce años o incluso antes. Gracias a ese sueño había mantenido la moral alta mientras vivía con su abuelo alcohólico y tras la muerte de este, cuando se quedó solo. Los tres meses en la isla eran los primeros escalones hacia el escenario de sus sueños. Sin duda, le habría gustado quedarse a la fiesta.

Aunque era consciente de ello, no intenté detenerlo. No quería volver a casa solo; ni siquiera creía que pudiera salir de esa habitación solo. Notaba un extraño frío debajo de las costillas. Me senté arrebujado con la cazadora de He Jin en un rincón para esperar el taxi. La cazadora, que llevaba a la espalda la inscripción «Clases particulares», desprendía un olor que no había percibido en mucho tiempo: la hierba del campo desierto de hacía muchos años, en la época en que mojaba la cama.

Al cabo de una hora, He Jin y yo estábamos sentados en la cubierta del ferry rumbo a Jom Am. Apenas hablamos. Cuando me preguntó si tenía hambre, negué con la cabeza, y cuando me preguntó si estaba mejor, asentí en silencio.

El sol de la tarde brillaba entre las islas rocosas que flanqueaban nuestro viaje a casa. Las olas rojas resplandecían y cabeceaban bajo el cielo anaranjado. La espuma del mar y la brisa marina también eran rojas. El viejo ferry se abría camino entre un mar de llamas.

–Un atardecer mortal, ¿eh? –comentó He Jin.

Me levanté para mirar el mar. Abrí la cremallera de la cazadora y respiré hondo. El aire caliente pareció disipar el frío de mi pecho.

He Jin se puso en pie también.

–¿Recuerdas cuando te dije que quería enseñarte algo? Era esto.

Me quité la capucha y me giré hacia He Jin. Sus ojos sonreían afectuosamente. Me pareció que me hacía un regalo. Mientras mi madre me inyectaba miedo en las venas, He Jin era la única persona que me daba calor como el sol, y siempre estaba de mi lado.

Yo quería creer que también ahora estaría a mi lado. De hecho, confiaba en ello. Me levanté de la cama y cogí el teléfono inalámbrico de la mesilla de noche. Con cuidado, marqué el número de He Jin. Empezó a sonar el tono de llamada. Algo que había caído entre la mesilla de noche y la cama captó mi atención. Con el teléfono en la oreja, me incliné para cogerlo. Era una navaja de afeitar abierta. Tanto la alargada empuñadura de madera como la fina hoja estaban llenas de sangre coagulada. Al otro lado del teléfono, se oyó entonces la voz de He Jin:

–¿Sí? ¿Madre?

La voz de He Jin se alejó. Me quedé mirando la navaja de afeitar, atónito.

–¿Yu Jin?

Con la uña del pulgar, rasqué la sangre del extremo de la empuñadura. Aparecieron unas iniciales conocidas.

H.M.S.

Han Min Seok. La navaja de mi padre. La había encontrado años atrás en

una caja de la biblioteca y me la había llevado a mi habitación. Apenas recordaba nada de mi padre. No me acordaba de sus gestos, ni de su voz, incluso su rostro me resultaba borroso. Solo recordaba que tenía una barba cerrada y muy oscura y que se afeitaba con esa cuchilla ante el espejo del lavabo. Como yo siempre estaba estreñado, permanecía sentado en la taza del baño con la barbilla entre las manos y observando cómo le desaparecía la barba con la espuma. Me gustaba el sonido de la hoja al deslizarse y rascar su piel. En una ocasión, le pregunté qué se sentía al afeitarse. Aunque no recuerdo con exactitud su respuesta, debió de ser algo así: «Siento que corto el pelo de raíz, y luego noto la cara fresca y despejada». Añadió que había que aprender a usar bien la navaja y que hasta que no lo conseguías la barbilla no salía indemne del afeitado. Y aunque era pesado estar afilándola constantemente, la sensación que te dejaba no tenía punto de comparación con ninguna máquina de afeitar.

Recuerdo lo que yo le dije después. Le pregunté si podría tener aquella navaja cuando se muriera. Recuerdo su reacción; una burbuja de la espuma de afeitar estalló en una de sus fosas nasales y puso los ojos como platos. De su boca salió un sonido similar a las piedras arrastradas por el agua: se estaba riendo. Envalentonado, le pedí que me lo prometiera. Mi padre dijo: «Claro, no sé cuándo voy a morirme, pero cuando lo haga, te aseguro que te la dejaré a ti». Sellamos el acuerdo engancho los meñiques y golpeando los pulgares al uso coreano. Mi madre no debía de saber nada del asunto, y cuando mi padre murió no me apeteció contárselo o insistir en reclamar mi propiedad. Me limité a coger la navaja sin decírselo a nadie.

–¿Diga? ¿Sí? –La voz de He Jin se elevó al otro lado de la línea.

–Soy yo –conseguí musitar al fin.

–¡Pero qué...! –He Jin bajó la voz, y a continuación gritó enfadado–: ¿Por qué no me contestabas? ¡Por poco me da un ataque de corazón!

–Te escucho. Dime.

–¿Dime? –gruñó–. Has sido tú el que me has llamado.

Sí, le había llamado yo. Iba a decirle: «Me he metido en un buen lío y necesito ayuda». Levanté la navaja de modo que la hoja quedó debajo de mi barbilla. Nunca la había usado para afeitarme. La barba me había comenzado a salir pasados los veintiún años y, a diferencia de la de mi padre, no era cerrada ni crecía rápido, así que me afeitaba con maquinilla eléctrica. La navaja no era un objeto útil, sino un recuerdo. Tampoco es que la guardara como un tesoro, sino que la escondía en el techo del baño para que mi madre no la descubriera. Nunca la había llevado a ninguna parte hasta la noche anterior, cuando salí por la puerta de la azotea con la navaja en el bolsillo de la cazadora de «Clases particulares».

–Han Yu Jin –dijo He Jin.

Me quedé sin saber qué decir. Antes de descubrir la navaja podría haber dicho muchas cosas. Pero ahora solo conseguí balbucir:

–¿Dónde estás?

–Acabo de llegar al metro. No me encuentro muy bien, así que me he tomado un ramen antes de salir.

Probablemente se había tomado dos. Siempre que tenía resaca se preparaba dos bolsas de tallarines instantáneos, costumbre que había heredado de su abuelo, que se emborrachaba los siete días de la semana. Gracias a ello He Jin seguía en Sangam-dong.

–¿Por qué? –replicó–. ¿Ha pasado algo?

–Qué va... –Enseguida rectificó–: Sí... –¿Obtendría alguna ventaja si ganaba tiempo?–. Tengo que pedirte un favor.

He Jin se mantuvo en silencio, esperando.

–¿Recuerdas el restaurante de pescado crudo en Yeong Jeong Do? ¿Aquel en que celebramos el cumpleaños de mamá?

–Ah, sí; se llamaba León o algo parecido...

–No, León se llamaba el lugar donde fuimos a tomar el café. Kosili está cincuenta metros más allá, al final del paseo marítimo.

–Ah, ya sé cuál es.

–Pues anoche fuimos allí a tomar una copa después de cenar.

Dicen que un ser humano normal miente una media de dieciocho veces por hora. Seguramente yo estoy un poco por encima de la media, pues la sinceridad no es una de mis cualidades. Por todo ello tengo una facilidad para mentir también superior a la media. Me basta proponérmelo para que las historias me salgan prácticamente solas.

–Me dejé el móvil allí, pero ahora no puedo moverme de casa. Esta mañana tengo que mandarle unos documentos al decano, además hoy publican la lista de admitidos online.

–¿Ya?

–Sí.

He Jin respondió lo que yo quería.

–No te preocupes. Me paso por allí antes de ir a casa.

–Lo malo es que creo que no abren hasta las diez...

–Bueno, pues me esperaré en León tomando un café...

–Ven en taxi. Yo te lo pago –dije para averiguar cómo pensaba venir.

–¿Estás loco? ¿Cómo voy a tomar un taxi desde Yeong Jeong?

Bien, o sea que vendría en autobús y haría varios transbordos. Justo cuando estaba a punto de colgar, me preguntó:

–Por cierto, ¿mamá se ha levantado ya?

Fingí no haberlo oído y colgué. Pensé en mi madre, tendida en el salón. La sangre podría haberse explicado de diferentes maneras, pero el descubrimiento de la navaja ensangrentada era la prueba de una verdad inequívoca. Había estado en mi cazadora la noche anterior y ahora estaba

debajo de mi cama. ¿Cómo se lo tomaría He Jin? ¿Cómo se tomaría la muerte de mi madre? Quizá se impresionaría, o se entristecería, o se enfadaría... ¿Me creería? ¿Seguiría estando de mi lado?

Once años atrás, yo tenía catorce años y He Jin quince. Era fin de año, dos meses antes de que el abuelo de He Jin muriera. Estábamos a punto de terminar la secundaria. Siguiendo los deseos de mi madre, yo había elegido el bachillerato de humanidades, que me permitía compaginar los estudios con la natación. Y He Jin, cuyas calificaciones eran lo suficientemente buenas para acceder a un colegio selecto, optó sin embargo por un bachillerato artístico en un instituto. Lo decidió solo, en contra de los consejos de su profesor, que intentó persuadirlo para que se matriculara en un colegio mejor. Le sedujo el hecho de que recibiría una beca de estudios y una asignación para la manutención y el alojamiento y, sobre todo, la esperanza de que la escuela le ayudaría a alcanzar su sueño. En realidad, apenas tenía otra opción; en esa época estaba prácticamente solo. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando él tenía tres años; su abuelo, que se había hecho cargo de él y lo había criado, llevaba unos meses en el hospital. Padecía cirrosis hepática e insuficiencia renal, por lo que se ignoraba si lograría salir con vida del hospital. He Jin era el estudiante más atareado del mundo. Dormía en el hospital para cuidar a su abuelo, iba al colegio durante el día, y por la noche trabajaba en una gasolinera por 2.900 won la hora.

La situación de He Jin y su abuelo nunca había sido desahogada. Con la pensión que recibía el abuelo y el dinero que él sacaba recogiendo papel para reciclar apenas llegaban a fin de mes. Aun así, antes de que su abuelo enfermara He Jin no había tenido que trabajar; aunque el viejo era un bebedor empedernido, no era tan irresponsable como para dejar que su nieto lo mantuviera. De hecho, le insistía: «Tú céntrate en estudiar, que de lo demás me encargo yo ...». Entonces enfermó.

También yo estaba muy ocupado. Me encontraba en un campamento de entrenamiento a fin de prepararme para el campeonato juvenil de Nueva Zelanda, y debido a mi horario apenas me veía con He Jin. Mi madre me mantenía informado diariamente de sus cosas cuando venía a verme a la piscina. Al parecer iba al hospital todos los días a llevarles comida.

El último día de 2005, el entrenador decidió suprimir la sesión vespertina y nos concedió la tarde libre. Nos dijo que nos fuéramos a casa, que nos dejásemos mimar por nuestras madres y que volviésemos como nuevos al día siguiente a las nueve. No sé cómo se enteró, pero al salir mi madre estaba esperándome. Se la veía muy contenta. Su pelo liso le caía sobre los hombros de una chaqueta blanca que yo nunca le había visto, e incluso iba maquillada. Mientras me ponía el cinturón de seguridad en el coche, le pregunté:

–¿Adónde vas?

–A Dongsung Dong.

Arrancó el motor y no dijo nada más.

Llegamos ante el hospital donde estaba ingresado el abuelo de He Jin. Confuso, vi salir a He Jin corriendo. Me desabroché el cinturón de seguridad. Entendí que mi madre pensaba ir a Dongsung Dong mientras yo pasaba la tarde con He Jin en el hospital.

–No, quédate en el coche –me dijo mi madre.

He Jin me sonrió y ocupó el asiento trasero.

–*Happy new year!* –dijo mi madre felicitando el año un día antes.

–Lo mismo digo, madre.

He Jin sacó algo que ocultaba detrás de su espalda y se lo tendió a mi madre. Una piruleta en forma de corazón y del tamaño del rostro de ella. En letras blancas sobre el fondo rojo se leía: «The apple of my eye».

Mi madre esbozó una amplia sonrisa al coger el regalo, se sonrojó y bajó los ojos. Aquel fue, que yo recuerde, el primer día que He Jin la llamó

«madre». No sé si fue eso lo que la emocionó o que la llamara la niña de sus ojos, pero lo cierto es que nunca había visto esa expresión en su rostro.

—¿Tu abuelo te ha dado permiso para venir con nosotros? —le preguntó mientras dejaba con cuidado la piruleta sobre el salpicadero.

He Jin sonrió de oreja a oreja.

—Cree que me he ido a trabajar.

Sus miradas coincidieron en el espejo retrovisor, y mi madre también sonrió. Seguía sin explicar adónde íbamos y por qué. Yo no se lo pregunté; como había mencionado Dongsung Dong, supuse que íbamos allí. He Jin me preguntó por los entrenamientos y por la vida en el campamento, pero yo no le contesté más que con monosílabos: «Bien», «Sí», «No», «Quizá». En un momento dado mi madre tomó el control de la conversación y le preguntó a He Jin sobre el estado de salud de su abuelo y su opinión sobre libros y películas que solo ella y He Jin conocían. El coche apenas avanzaba entre un tráfico caótico. Finalmente llegamos a Daehak-ro, donde, tras dar varias vueltas en un aparcamiento, mi madre localizó una plaza vacía.

—Vamos.

Caminamos por unas calles engalanadas con bombillas por las fiestas. Había tanta gente que apenas podíamos andar uno al lado del otro. A mi madre le dieron un empujón y estuvo a punto de caer al suelo. Cuando le tendí la mano, He Jin ya estaba a su lado y la ayudaba a levantarse. Unos instantes después volvieron a empujarla; He Jin le pasó un brazo por la espalda y se puso a caminar a su lado. Y yo me quedé detrás de ellos.

Al cabo de un rato, llegamos a un restaurante italiano tan tranquilo que parecía de otro mundo. Seguía sin saber por qué estábamos en Dongsung Dong, pero no pregunté. Al rato mi madre alzó su vaso de zumo y dijo que se sentía triste y feliz a la vez; ella era un año más vieja y He Jin y yo un año mayor. Entonces me di cuenta de que estábamos celebrando el Año Nuevo. No

recuerdo lo que comimos. No debió de ser gran cosa. O quizá era yo quien no estaba de muy buen humor.

Había algo muy curioso. Cuando estábamos juntos, He Jin y yo éramos íntimos. Y lo mismo me ocurría con mi madre. Era como si ambos vivieran para mí. Pero cuando estábamos los tres juntos me parecía que yo sobraba. No me gustaba el ambiente que se creaba, me sentía mezquino por sentirme así, y eso hacía que me sintiera aún peor.

Abandonamos el restaurante alrededor de una hora después. Los dos se abrieron paso entre la multitud, que parecía haberse duplicado. Nos detuvimos en una tienda. Mi madre nos compró dos bufandas de cuadros, la mía verde, amarilla la de He Jin, y nos las puso en el cuello. Dijo que eran regalos de Año Nuevo y que nos quedaban muy bien a los dos, pero su mirada estuvo todo el tiempo fija en He Jin.

Desde que intimamos en primero de secundaria, He Jin parecía representar para mi madre algo más que el amigo de su hijo. En los momentos en que yo era el protagonista, mi madre lo miraba a él: el día de mi cumpleaños, cuando asistía a las competiciones de natación o cuando me abrazaba para felicitarme por una victoria. Y lo miraba con ojos dulces y amorosos, los mismos ojos que yo había visto en mi niñez, dirigidos a mi hermano mayor.

He Jin y mi madre se detuvieron en Hypertek Nhada, un cine de arte y ensayo. Ante la entrada un letrero anunciaba: «La última oportunidad de Nhada».

—¿Por qué hemos venido aquí? —le pregunté a He Jin mientras mi madre compraba las entradas.

—¿Cómo? —replicó, entre risillas—. ¿Has venido hasta aquí y no lo sabes?

Noté que la bufanda me apretaba y que hacía más calor. Me quité la bufanda y me senté. «¿Qué iba a saber si no me habían dicho nada? —le hubiera respondido—. ¿Acaso creían que era un adivino o qué?»

«La última oportunidad de Nhada» era un ciclo de películas que pese a su gran calidad no habían sido éxitos de taquilla. Ese día daban la brasileña *Ciudad de Dios*. Resultó que la idea de ir allí era de He Jin; le habría gustado ver esa película cuando se había estrenado, pero había desistido al advertir que era para mayores de dieciocho años. Cuando oyó que la reponían en los Nhada, pensó en mi madre; si iba acompañado de un adulto, tal vez le permitieran verla.

Acertó: nos acomodamos en nuestras butacas sin que nadie nos lo impidiera. La película me pareció muy divertida y me olvidé de mis preocupaciones. Ambientada en las favelas de Río de Janeiro, sobre un telón de fondo de miseria, drogas y crímenes, contaba la historia de una banda de niños que manejaban pistolas en lugar de libros de texto. Libraban una guerra sin cuartel contra otra banda en un barrio arrasado por la violencia. Al mismo tiempo narraba las vidas de dos jóvenes que al hacerse mayores tomaban diferentes caminos. Uno se hacía fotógrafo; el otro señor de las calles.

Ya la primera escena, en la que salía un pollo huyendo de su muerte segura, me hizo reír a carcajadas. Y cuando Dadinho, engañando a sus compañeros de pandilla, entra en un motel y se pone a disparar alegremente, estallé en carcajadas. De pronto reparé en que yo era el único en la sala que reía. Mi madre me observaba atentamente. Sus ojos, que brillaban como el agua, me preguntaban: «¿Qué te resulta tan gracioso?».

Después del cine, mientras volvíamos al aparcamiento, mi madre no dijo nada. También He Jin caminaba en silencio. Yo iba detrás de ellos. No entendía qué les preocupaba.

—Qué horror... —dijo mi madre cuando puso en marcha el coche—. No puedo creer que esté basada en una historia real. La vida no puede ser tan triste...

Entonces entendí por qué me había dirigido esa mirada de extrañeza en el cine. A mí la película me había parecido divertida y emocionante, pero en

realidad era inquietante y deprimente. ¿Qué parte de la película se suponía que era inquietante y deprimente?

–Las historias felices no suelen basarse en la realidad –intervino He Jin, después de una pausa.

Lo miré.

–Tener esperanza no hace que las cosas sean menos horribles –prosiguió–. Las cosas no son tan simples. La gente es complicada.

Cruzamos una mirada. Parecía preguntar: «¿Estás de acuerdo?».

Pero yo ni siquiera comprendía de qué estaba hablando. Era solo unos meses mayor que yo, pero parecía mucho más alto y diez años mayor. Casi parecía el hermano de mi madre.

–¿Crees que el mundo es injusto? –le preguntó ella.

He Jin hizo otra pausa.

–Aunque así sea –respondió– quiero creer que llegará un momento en que se volverá más justo. Es decir, si nos esforzamos para lograrlo.

He Jin se puso a mirar por la ventanilla. Mi madre lo observó a través del espejo retrovisor. Yo miré hacia delante. Mi madre detuvo el coche en un semáforo cerca de Gwanghwa-mun.

–¿Os ha gustado la película? –preguntó.

–Leí una crítica que decía que si Tarantino hubiera dirigido *El padrino*, habría sido como esta película. Creo que ya sé a qué se referían –dijo He Jin

¿Eso quería decir que le había gustado la película o no?

–O sea que te ha gustado... –dijo mi madre.

–Sí –dijo He Jin.

Y no volvió a abrir la boca en todo el trayecto. Quizá seguía reflexionando sobre la película.

De pronto oímos las campanadas de Bosingak señalando la ceremonia de la

medianoche. En el coche reinaba el silencio; los tres estuvimos inmersos en nuestros pensamientos hasta que llegamos al hospital.

–Muchas gracias por este día –dijo He Jin al abrir la puerta del coche.

Mi madre descendió del vehículo con él. Desde el asiento del copiloto, vi a He Jin inclinarse. Mi madre le tendió la mano con actitud campechana. He Jin dudó antes de estrecharle la mano y los dos se quedaron unos instantes mirándose en silencio. Aunque no pudieron ser más de cinco segundos, parecieron confirmar algo inexpresable, algo que escapaba a mi comprensión.

Mientras mi madre volvía al coche, He Jin no se movió del sitio, su bufanda amarilla sacudiéndose en la oscuridad. Entonces reparé en que había perdido la mía. Sin duda se me habría caído sin darme cuenta cuando la tenía en la mano. Quizá fue cuando me estaba riendo a carcajadas y crucé una mirada con mi madre, mientras en la pantalla Dadinho disparaba a la gente a ritmo de samba. Las palabras de Rocket me vinieron a la memoria: «La excepción se ha convertido en la regla».

La regla era que yo era el único hijo de mi madre. La excepción llegaría poco después, cuando He Jin se convirtiera en su hijo adoptivo, aterrizando suavemente en el lugar de mi hermano mayor. La excepción se había convertido en la regla.

Miré la navaja de afeitar que sostenía en la mano. Los indicios que señalaban al autor de la muerte de mi madre estaban por todas partes, e incluían la prueba decisiva del arma homicida. Dado que no existía ninguna pista que apuntase en otra dirección, la persona que no recordaba nada quedaría implicada. ¿Cómo se lo tomaría He Jin? Independientemente de lo que me preguntara, yo solo podría responderle una cosa: «No recuerdo nada». La trillada excusa de miles de criminales a lo largo de miles de años.

¿Me creería? ¿O llamaría a la policía? ¿Me diría que me entregara? Yo no podía hacerlo. En cualquier caso, todo eso acabaría ocurriendo tarde o

temprano. Lo que necesitaba ahora era tiempo para pensar. Tenía que encontrar una prueba que tuviera sentido. Si lo había hecho yo, ¿sería al menos capaz de explicarme por qué lo había hecho? ¿Cuándo y cómo había ocurrido, y por qué no recordaba nada?

«Tendría que haberte matado entonces...» La voz de mi madre. No estaba en mi cabeza, sino que sonaba a mi espalda. Me volví hacia la puerta de la terraza. Al otro lado estaba mi madre; el cabello recogido en una cola de caballo, el camisón blanco, los pies descalzos, la pulsera del tobillo izquierdo. Tenía el aspecto de antes de morir. No tenía el corte en el cuello ni una sola mancha de sangre.

«Tú... –Me miró con los ojos encendidos. En el azulado blanco de sus ojos se distinguían unas venas rojas–. Tú, Yu Jin...»

Me estremecí y di un paso atrás hacia mi cama.

«No mereces vivir...»

Las sienes me palpitaban frenéticamente. Agarré con fuerza la navaja.

–¿Por qué? ¿Qué hice?

Mi madre no respondió. A su alrededor se formó una espesa niebla como un alud que la engulló. Miré la habitación; los restos de sangre, las pisadas, las mantas manchadas. Todo eso había ocurrido después de su muerte. Las palabras que acababa de oír... mi madre las había escupido cuando todavía estaba viva. Pero ¿por qué? ¿Porque me había escabullido de casa a medianoche? ¿Por qué algo tan intrascendente le habría inducido a decirme que yo no merecía vivir?

La cabeza empezó a palpitarme con fuerza y noté que me ardía la nuca. Unos puntos negros revoloteaban ante mis ojos. Me sentí mareado. Me di media vuelta y fui al cuarto de baño. Tras lanzar la navaja al lavamanos, lo llené de agua fría. Sumergí la cabeza en el agua para enfriarla, a fin de poder concentrarme y evitar la frustración y el enfado.

«Mañana, mamá. Te lo contaré todo por la mañana.» Esta era mi voz. Levanté la cabeza y encontré mis ojos en el espejo. ¿Qué le contaré mañana? Examiné mi cabello sucio de sangre seca y la sangre que se había disuelto en el agua y que ahora me corría por el rostro. El lavamanos se había teñido de rojo y la navaja brillaba como la sombra de la luna.

Quizá... Miré la navaja, aterrorizado. No podía ser. Parpadeé para quitarme el agua ensangrentada de los ojos. Pero quizá... Metí la mano en el agua y saqué la navaja. Quizá. Salí corriendo del baño. Antes de que pudiera cambiar de idea, abrí la puerta de mi cuarto y salí al pasillo. Bajé la escalera lo más lentamente posible. Uno, dos, tres..., conté con la mirada fija en los dedos de mis pies. Cuatro, cinco, seis... Normalmente contar me ayudaba a controlar la obsesión y a concentrarme en lo que estaba haciendo, pero esta vez no me funcionó. Todo mi cuerpo estaba atento a las órdenes que le dictaba el sistema nervioso simpático. Era como si un enjambre de abejas hubiera chocado contra mi frente; los pensamientos rebotaban caóticamente en mi cabeza, y los sonidos de todas las frecuencias penetraban en mis oídos: el rumor del río arremolinándose, las salpicaduras del agua, el viento golpeando la puerta de la azotea, la voz de mi madre gimiendo: «Yu Jin...».

Tenía cientos de motivos para tirar la navaja y regresar a mi cuarto. Estaba cansado, me dolían los ojos, me palpitaba la cabeza, tenía pensamientos confusos, temía estar volviéndome loco. Pero me obligué a bajar la escalera. Contuve la respiración y entré en el salón. Mi madre me recibió con los ojos abiertos y el cuerpo rígido, la boca formando una O, las mejillas hundidas y la barbilla manchada, el cuello con sangre coagulada.

Apreté la mano alrededor de la navaja, que seguía escurriéndoseme de los dedos. Me arrodillé al lado del cadáver. La navaja había sido un recuerdo de mi padre, pero ahora se había convertido en algo totalmente distinto. Era la llave de una puerta que esperaba introducirse en su cerradura, y en cuanto lo

hiciera no habría vuelta atrás. Tragué saliva. Noté un nudo en la garganta. En mi cabeza la voz pragmática se burló de mí: «¿Estás temblando...?».

Estaba temblando. Ese aire gélido que me atenazaba la nuca, ¿era miedo? Sin duda estaba temblando. El frío que me oprimía podía asfixiarme hasta matarme. Sentía que me empujaban al fin del mundo. Quería irme. Quería tomar puñados de aspirinas y tranquilizantes y acostarme. Mierda. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Huir, me propuso la voz optimista. Nadie se ha enterado de que mamá está muerta. Sabes dónde guarda su tarjeta de crédito. Saca una buena suma de dinero. Sabes el número de la tarjeta por haberle hecho recados en el banco durante años. Falta más de un año para que caduque tu pasaporte. Si huyes al otro extremo del mundo ahora mismo, nadie se interpondrá en tu camino. Y lo que ocurra después no es de tu incumbencia.

Pero tenía que averiguar lo que había ocurrido. La conclusión que se extraía de las pistas que había ido reuniendo no tenía ningún sentido. Tenía que escuchar mi interior. ¿Había alguien más dentro de mí, alguien aparte del «yo» que pensaba que era? Yo no podría seguir viviendo como hasta entonces sin saber lo que había hecho ese alguien, incluso si mi vida estallaba en mil pedazos por ese motivo.

Examiné la herida que mi madre tenía debajo de la barbilla evitando su mirada fija. Una película de color rojo oscuro cubría la incisión desde debajo de la oreja izquierda hasta la derecha. La retiré con un dedo. Apareció una herida larga y profunda.

Cerré los ojos. Contuve mi desbocada respiración y evoqué al niño que había sido en el pasado. Recordé al campeón de natación Han Yu Jin, que, sobre la línea de salida, con la espalda arqueada, el cuerpo inclinado hacia delante, aguardaba la señal. El chico, libre de las miradas vigilantes de mi madre y de mi tía, concentrado solo en el momento de lanzarse al agua. Los

latidos de mi corazón se volvieron más lentos. Y cesó el frío que me atenazaba la nuca. Se aflojó el nudo que tenía en la garganta y volví a respirar normalmente.

Dejé de titubear. Abrí los ojos y sostuve la barbilla de mi madre con la mano izquierda. Puse la hoja debajo de su oreja izquierda, donde empezaba la herida. La incisión succionó la cuchilla sin oponer resistencia. Era como si la herida moviera y agarrara los dos lados de la hoja. El estruendo de mi cabeza se desvaneció. Se hizo el silencio.

Mi mano empezó a moverse de forma autónoma, sin temblar ni vacilar. Recorrió el trazado de la herida sin desviarse un milímetro. El movimiento me resultaba familiar; la blanda resistencia de la carne de dentro, los fluidos, la facilidad con que la cuchilla avanzaba a través del músculo y de los vasos sanguíneos. La navaja se deslizó por debajo de la barbilla y llegó a la oreja derecha de un tirón.

Noté que unas pantallas oscuras se deslizaban junto a mis sienes. Mi campo visual se redujo. Aparecieron formas y expresiones fragmentadas; una melena larga agitándose, una mejilla contraída, pupilas que se agrandaban y empequeñecían, labios que se esforzaban por decir algo. El campo visual real se apagó por completo. Una profunda oscuridad me oprimía desde todas partes y amenazaba con engullirme. La puerta de los recuerdos, que había permanecido herméticamente cerrada hasta entonces, se abrió a mis pies.

Desde detrás de la puerta, mi madre me llamó. «Yu Jin.»

–Yu Jin.

Mi madre me llamó desde la puerta de entrada, con una voz baja y monótona. Me quedé en silencio ante la puerta metálica de la azotea. No tenía

fuerzas para decir nada. Estaba exhausto. Me parecía que me había dormido de pie.

–¡Yu Jin!

Esa vez su voz fue dos octavas más alta, como si supiese que yo estaba allí. En la planta 22, Hello, ese perro estúpido, ladraba, como hacía siempre que yo usaba esa escalera.

–Sí –respondí.

Me guardé la llave de la azotea en un bolsillo de la cazadora y comencé a bajar la escalera.

Apoyada en la barandilla y de brazos cruzados, mi madre me miraba bajar. La puerta principal estaba entornada y asegurada con un tope. Una luz amarilla procedente del recibidor le iluminaba un lado de la cara. En el piso de abajo Hello seguía ladrando.

–¿Dónde has estado?

Sus finos labios parecían azules y fríos. Llevaba un camisón blanco, que dejaba las largas y delgadas piernas desnudas, y zapatillas. Me detuve a cuatro peldaños del pie de la escalera.

–He salido a correr.

Notaba la lengua hinchada, como si hubiera despertado de la anestesia.

–Ven aquí. Quítate la mascarilla y respóndeme como es debido.

Me la quité y la introduje en el bolsillo de la cazadora. Metí las dos manos en los bolsillos. Bajé los últimos escalones con las piernas temblando.

Mi madre me examinó de la cabeza a los pies, como si con esa mirada pudiera arrancarme la piel a tiras.

–Decía que he salido a correr –dije mirándola desde mi posición elevada.

Ella apretó los labios y me miró con cara de preocupación. Nerviosa, quizá, o enfadada o triste. Si algo sabía yo es que fuera lo que fuese lo que sentía, lo estaba reprimiendo antes de que explotara.

–¿Y por qué entras por la azotea?

–Tenía miedo de despertarte –respondí, aunque no esperaba que aceptara esa explicación.

–Vamos adentro.

Era más una orden que una autorización. Noté que los dedos de mis pies se crispaban dentro de las zapatillas llenas de barro. Sentí que se me doblaba la espalda. Los gritos de mi madre sacudieron las oscuras calles y retumbaron en mis oídos. ¿Era una alucinación? Yo solo quería escapar. Y habría echado a correr de inmediato si no hubiese estado tan cansado, si no hubiera tenido esos escalofríos y si no me hubiera preocupado el hecho de que estaba a punto de sufrir un ataque.

–¿Por qué no entras? –Mi madre suavizó un poco el tono y me dirigió una mirada amable, como si pudiera leer mis pensamientos–. Hello se está volviendo loco...

Era cierto. Y la única forma que teníamos de acallar al fastidioso perro era entrar en casa. Pasé por delante de mi madre y entré en el recibidor. Ella me siguió muy pegada a mi espalda y cerró la puerta. El clic de la cerradura me golpeó la nuca. Me detuve ante la puerta del recibidor y saqué las manos de los bolsillos de la cazadora para quitarme las deportivas empapadas. Entonces algo golpeó el suelo y rodó unos centímetros. No tuve tiempo de ver qué era. Mi madre estaba tan cerca que creí sentir su tibio aliento en mi nuca. Entré en casa como si me empujaran.

–Quédate ahí un momento –dijo mi madre. Su voz era fría, dura, tenue.

Me detuve a la puerta de la habitación de He Jin y volví la cabeza. Mi madre me miraba fijamente. De su rostro habían desaparecido las expresiones complejas y solo quedaba una emoción fácilmente reconocible: enfado. Estaba furiosa.

–Quítate eso –dijo, e hizo un gesto con la mano.

Me quité la cazadora y el chaleco y se los di. Mi madre empezó a buscar en los bolsillos. Sacó el mp3, los auriculares, la mascarilla, las llaves de la azotea y enseguida volvió a meterlos en los bolsillos. Mi madre tiró la chaqueta y el chaleco al lado de la puerta y se acercó, situándose bajo mi barbilla. Fue un movimiento brusco y agresivo, como una cabra acometiendo con sus cuernos. Me estremecí e incliné la cabeza hacia atrás. Antes de que advirtiera lo que ocurría, metió las manos en los bolsillos de mi pantalón y las sacó al instante. Fue tan rápida que no tuve tiempo de reaccionar.

–Oh.

Mi madre retrocedió. Tenía la navaja en la mano.

–Dámela –dije intentando arrebatarla.

Ella fue más rápida. Me empujó con el brazo y se lanzó contra mí con todas sus fuerzas. Me cogió desprevenido. Mi madre parecía estar enfrentándose a un violador. Perdí el equilibrio, retrocedí, y caí al suelo; golpeé el borde de la escalera con la cabeza. Conseguí a duras penas apoyarme en la escalera y levantar la cabeza. Nuestras miradas se cruzaron en algún punto entre la cocina y el salón.

Abrí la boca, pero no me salió ningún sonido. Mis cuerdas vocales parecían estar encerradas en una cámara acorazada. Mi madre tenía los ojos abiertos de par en par, con las pupilas dilatadas y unas venas hinchadas alrededor que le enrojecían los ojos. Era como un árbol devorado por las llamas. El aire crepitaba.

–Mamá, yo...

–Tú... –me interrumpió.

Me apuntó con la navaja. Noté que se me revolvía el estómago.

–Yu Jin, tú...

La voz le temblaba. Y también la mano que empuñaba la navaja. Jadeaba.

–No mereces vivir.

Me tambaleé hasta ponerme de pie. Incapaz de enfocar la mirada, vi cómo se acercaba. Yo no sentía nada. No se me ocurría nada que decir. Mi mente se quedó a oscuras, como si hubieran apagado un interruptor.

–Tendría que haberte matado entonces.

Mi madre se detuvo debajo de mi barbilla. Sus ojos eran dos cuchillas.

Con paso inseguro y tembloroso, subí un escalón.

–Tendrías que haber muerto entonces... –prosiguió—. Y yo también...

Acercó a mi pecho la mano que sostenía la navaja. Yo estaba tan aturdido que no tuve la menor oportunidad de defenderme. Volví a caerme de espaldas. Apenas sentí el lacerante dolor que se extendió por la columna vertebral. Ni siquiera pude respirar. Debía escapar de la muerte que me acechaba blandiendo la navaja. Apoyando las manos en la escalera me arrastré escaleras arriba.

–Mamá, mañana... Mañana te lo cuento todo...

–¿Qué me vas a contar? –gritó, y subió un escalón.

Subí unos peldaños más.

–¿Qué es lo que me vas a contar...? –insistió.

–Todo. Lo que quieras... –Empezaba a estar aterrado. Subí unos escalones más. Quedaban dos hasta el rellano—. Te lo contaré todo. Desde el principio. Por favor...

Al fin llegué al rellano y me puse de pie.

Volvió a empujarme con la navaja. Retrocedí manteniendo a duras penas el equilibrio hasta que mi cabeza golpeó la esquina de la pared. Conseguí mantenerme en pie.

–Hazlo. –Mi madre me cerró el paso y me agarró de la muñeca—. Hazlo mientras yo te miro. Quiero que lo hagas delante de mí.

Intentó ponerme la navaja en la mano.

Aparté la mano.

–¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? –Volvió a agarrarme la muñeca y se pegó a mí—. ¿O te parece injusto que tengas que morir solo?

Acorralado en la esquina, negué con la cabeza. Traté de apartar el brazo, pero no había suficiente espacio. A menos que le diera un empujón no podría escapar.

–No te preocupes. Cuando te hayas ido, me iré yo también.

Empezó a faltarme el aire y el pecho me pesaba como si tuviera los pulmones llenos de agua. Estaba en un desierto y al mismo tiempo me estaba ahogando. Me sacudí la mano que me sujetaba la muñeca y se la apreté. Y con la que acababa de liberar le retorcí la mano que blandía la navaja.

–¡Suéltame!

Mi madre empezó a forcejear y a retorcerse. Me empujó y me golpeó en la barbilla con la cabeza.

–¡Suéltame, cabrón! –Su cabeza se sacudía y bailaba como una mancha borrosa debajo de mi barbilla—. ¡Desgraciado! ¡Cómo te atreves...! ¡Cómo te atreves a coger la navaja de tu padre...!

Para evitar sus cabezazos me veía obligado a levantar la cabeza, pero eso me impedía ver sus movimientos. Recibiendo golpes sin parar y arrastrándome por el rellano, no dejé de agarrarle las manos. Mi madre, que había intentado darme la navaja, ahora forcejeaba para conservarla. Empezó a darme porrazos en la garganta. Pensé en aplastarle la mano derecha contra la pared para que soltara la navaja.

Justo antes de que la mano tocara la pared, hundió el rostro en mi axila. Grité. Mi madre me había mordido con todas sus fuerzas.

–¡Mamá!

La flecha del dolor me perforó la piel, los músculos y la cabeza. Y rompió algo en mi interior, algo que me había arrastrado a casa y que me había contenido impidiéndome reaccionar ante los ataques de mi madre, algo que yo

pensaba que era más resistente que un cable de acero. Control. Conciencia. Me abandonó.

–Por favor. Para...

Mi voz se desvanecía. Dejé de oír los sonidos. La oscuridad me envolvió desde detrás y dejé de ver a los lados. Solté la otra mano de mi madre. La agarré por el pelo y tiré hacia atrás. Mi madre no me soltó. Gruñendo, mordió más fuerte y más profundo en mi carne. Solo me soltó cuando conseguí echar su cabeza más hacia atrás. Únicamente podía ver su cuello esbelto como la rama de un árbol. En su blanca y fina piel se marcaban las vértebras y las azuladas venas se retorcían como culebras furibundas. Agarré la mano que sostenía la navaja y la dirigí a su cuello.

Todo se ralentizó: el frío que me congelaba la cabeza, el calor que me retorció las tripas antes de esparcirse, el escalofrío que estremecía cada ganglio de mi cuerpo, los latidos de mi corazón desbocado, la hoja que se deslizaba desde el lado izquierdo de la mandíbula hasta el derecho. La sangre caliente manó a chorros y lo cubrió todo: mi rostro, la pared, el suelo. Cerré los ojos y la empujé lejos de mí. Cayó al suelo con un ruido sordo. Su cuerpo exánime rodó por las escaleras. Se hizo el silencio.

Me quité la sangre de los ojos con la punta de los dedos. Miré abajo. Todo era borroso. Al pie de las escaleras estaba el cuerpo de mi madre deslavazado como un saco vacío. Sus ojos brillaban igual que un holograma. Con esos ojos como coordenadas, empecé a descender la escalera. Me detuve junto al cuerpo. Oí las campanadas del reloj. Una, dos, tres campanadas. Estás a punto de tener un ataque, falta poco, susurró una voz. ¿Era la optimista o la pragmática? Agarré a mi madre por las axilas y la arrastré hasta la entrada de la cocina. La dejé tendida con los pies orientados hacia la escalera y la cabeza hacia la entrada de la casa. Le cubrí el rostro con el pelo para que no me viese

subir hacia mi cuarto. Después le coloqué las manos juntas sobre el pecho. Me erguí. «Buenas noches», dije de forma automática.

Al otro lado de las puertas correderas de la terraza clareaba el día. La niebla aún era densa pero la luz del exterior brillaba. Parecía haber dejado de llover; ya no oía el repiqueteo de las gotas en las ventanas. Me llegaba el rumor del tráfico lejano. Si no hubiera salido a correr la noche anterior, habría sido como cualquier otro día; podría estar corriendo por la calle en ese mismo momento, cruzándome con otros corredores, ciclistas o peatones. Pasaría junto a una chica atractiva y me preguntaría adónde iba, con quién iba a encontrarse, qué iba a hacer.

En este mundo conviven las personas más variopintas, cada una de ellas haciendo lo que le parece y llevando las riendas de su vida. Entre ellas alguien puede convertirse en un asesino, bien por accidente, por un arrebato de cólera o por simple diversión. Eso era la vida. Siempre lo había sabido, pero nunca habría imaginado que yo podía llegar a ser uno de ellos. O que mi madre sería mi víctima. Solo había imaginado mi futuro, cuando pudiera hacer lo que quisiera con mi vida. Solo había anticipado lo que haría cuando empezara mi vida verdadera, cuando mi madre hubiera muerto y no se entrometiera más en mis decisiones. Pero nunca le había deseado un final así... aunque no puedo decir que no hubiese fantaseado con él alguna vez.

Al mirar abajo y ver a mi madre se me hizo un nudo en la garganta. Observé mi mano, que aún empuñaba la navaja. Noté que se me helaban los huesos y me encogía. Levanté la cabeza. Eres tú. Tú eres el asesino. Eres tú.

Se me aceleró el pulso. La desesperación que me bullía en el estómago ascendió a mi esófago. Prorrumpí en gruñidos, que enseguida se convirtieron en risas y retumbaron en el piso inundado de sangre. Noté que un líquido me

corría por las mejillas y la barbilla. ¿Sudor? ¿Sangre? ¿Lágrimas? Era un asesino. Había matado a mi propia madre. Esa era la espantosa verdad que había sacado a la luz después de haber pasado por el pánico, la ansiedad y el esfuerzo.

«Espera. Espera. Mira abajo», me dijo la voz pragmática abochornada. Me miré, un loco arrodillado al lado del cuerpo de su madre, balanceándose adelante y atrás y tronchándose de risa. Mi madre muerta me saludó con ojos brillantes y preocupados, que me preguntaban: «¿De qué te ríes?», igual que diez años atrás en el cine Nhada.

«¡Cómo te atreves...! ¡Cómo te atreves a coger la navaja de tu padre...!»

Miré la navaja que tenía en la mano. Las iniciales de mi padre me incomodaron. Recordé las negras pupilas de mi madre dilatándose de repente, los ojos saliéndosele de las órbitas, la rabia exudando de todos sus poros. ¿La causa de todo había sido aquella nimiedad? ¿El hecho de que alguien como yo se hubiera atrevido a coger la navaja de mi padre?

«Tú...»

«Tú, Yu Jin...»

«No mereces vivir.»

¿Cómo podía ser que mereciese morir por el simple hecho de haber cogido la navaja de mi padre? ¿Por eso mi madre había apuntado la navaja hacia mi garganta? Pero al final había sido ella la que había perdido la vida. ¿Estaba arruinada la mía a causa de la navaja de un hombre muerto? Negué con la cabeza. Era como si alguien encontrara una rata en su casa y la atacara con un misil balístico de 800 kilómetros de alcance. Si hubiera escondido la navaja antes de que mi madre la sacara del bolsillo de mi cazadora, si hubiera podido ocultarla en la palma de la mano o en una manga, ¿se habría podido evitar esa locura?

Volví a negar con la cabeza. Ahora ya era demasiado tarde. No podía

retroceder en el tiempo y cambiar el devenir de los acontecimientos. Como mucho, podía analizar los sucesos desde un ángulo distinto. ¿Cómo explicaría lo ocurrido? Negué con la cabeza por tercera vez. No sabía ni cómo empezar. Todo era demasiado surrealista. Miré los ojos de mi madre; la mano que sostenía la navaja me temblaba. La habría querido sacudir por los hombros. «Madre, explícate, en lugar de estar ahí tumbada. ¿Qué se siente? ¿Después de controlar la vida de tu hijo durante veinticinco años para acabar destruyéndola por completo?»

El reloj empezó a sonar. Ocho campanadas. Los engranajes de mi cabeza se pusieron en marcha y lentamente entré en contacto con la realidad. Volví a sentir un miedo cerval. Di vueltas a la casa con la mirada como un electrón en un campo magnético. La cocina, la escalera, la puerta del cuarto de He Jin, la vitrina de la esquina, el reloj. Entonces había sonado. Una, dos, tres veces.

Cesé de respirar. Yo había dejado el malecón a medianoche y había subido a mi habitación a las tres de la madrugada.

Desde que mi madre me había pillado en la escalera de emergencia hasta que yo había entrado en mi cuarto no podía haber transcurrido más de media hora. Eso significaba que había llegado a casa a las 2.30. ¿Cómo podía haber tardado dos horas y media desde el malecón? Los pelos de los brazos se me pusieron de punta. Empezaba a entender. Así se explicaba por qué mi madre pudo telefonar a He Jin y a mi tía en torno a la 1.30. Pero ¿qué había hecho yo desde la medianoche hasta las 2.30? ¿Dónde había estado?

Me recordé diciendo:

«Mamá, mañana... Mañana te lo cuento todo».

«¿Qué me vas a contar?»

¿Qué iba a contarle por la mañana? Ahora que era por la mañana no se me ocurría de qué podía tratarse. Pero ¿qué había hecho? Hasta la medianoche me había encontrado bien. ¿Había sufrido un ataque en la calle, o en el solar en

construcción? Quizá por eso tenía las zapatillas llenas de barro. Pero ¿qué hacía mi madre despierta a altas horas de la noche? ¿Por qué se había puesto a registrar mis bolsillos en cuanto entré en casa? ¿Y por qué yo no me había resistido a su desmesurado interrogatorio? Los interrogantes me condujeron a otros interrogantes hasta que llegué al misterio principal. ¿Por qué mi madre había enloquecido de ese modo? ¿Solo a causa de la navaja?

Una idea cruzó por mi cabeza como un rayo. Un detalle que había dejado pasar; me daba cuenta de que no había recuperado del todo la memoria. Tenía claro lo que había ocurrido, pero la razón de lo sucedido seguía oculta. Solo había conseguido desenterrar media puta verdad.

Noté que me escocían los ojos. Necesitaba tumbarme. La voz optimista seguía perturbándome: en lugar de intentar poner orden en todo aquel desastre sería mejor que lo dejara correr y me entregara. En mis oídos obstruidos atronaba el silbato de un tren; notaba la vibración de una locomotora acercándose y oí el aviso: «El tren de He Jin, procedente de la estación de Sang Am, llegará a casa a las once horas».

Disponía de tres horas. ¿Sería capaz de averiguar lo que había ocurrido realmente? La voz pragmática me aconsejó lo siguiente: «He Jin debía llegar a una casa, no al escenario de un crimen; en cuanto averiguara por qué había ocurrido lo que había ocurrido, sería capaz de tomar la decisión que turba a todos los homicidas del mundo: confesar o huir». Posé la navaja sobre la mesa de la cocina y fui al dormitorio de mi madre.

Hay cosas que el paso del tiempo no cambia. El dormitorio de mi madre era una de ellas. Su aspecto era el mismo en nuestra casa de Bangbe Dong, cuando mi padre y Yu Min estaban vivos, en el edificio de Incheon, donde pasamos quince años, y en este piso de Kundo, donde llevábamos un año instalados. Los muebles y la distribución no habían cambiado. El mueble más viejo era el escritorio que mi madre había tenido desde su infancia.

Me detuve junto a esa mesa y miré a la estatua de la Virgen María. Era una figura en actitud combativa: sus pies desnudos pisoteaban el pescuezo de una serpiente, lo que contradecía de forma embarazosa su calificativo de Nuestra Señora de la Misericordia. Al lado había un portalápices con reloj, una taza de cerámica con bolígrafos y plumas, y dos libros que mi madre habría traído del estudio.

Mi madre había pasado mucho tiempo sentada a su escritorio, leyendo, escribiendo y rezando, aun después de que dejara de trabajar. Seguramente había estado allí la noche anterior. El bolígrafo estaba al borde de la mesa, quizá había estado escribiendo. Debía de haber empujado hacia atrás la silla y no se había dado cuenta de que la mantita marrón se había caído al suelo cuando había salido precipitadamente de la habitación.

¿Salió para telefonar? ¿Me oyó llegar? ¿A qué hora? Fuera cuando fuese, estaba claro que no había vuelto a su dormitorio. Mi madre era de esas personas que no toleran ver un cojín del sofá ligeramente torcido. Si hubiera regresado a la habitación, lo habría ordenado todo como si nunca hubiera estado sentada al escritorio.

Cogí la manta de debajo de la silla y la extendí. Era muy pequeña, y la de la cama muy gruesa. Abrí el armario de la ropa blanca y saqué la manta más fina, que era azul oscuro, y la desdoblé. Tenía el grosor de una toalla de baño y era tres o cuatro veces más larga que la mantita marrón. Tal vez fuera un poco demasiado grande, pero no tenía tiempo para seguir hurgando en el armario en busca del tamaño perfecto. Tampoco quería ensuciar de sangre el interior del armario. Solo tenía que hacer lo que tenía que hacer y lavarme. Cuando mi cuerpo estuviera limpio quizá también se me aclarara la mente.

Salí del dormitorio como una exhalación y extendí la manta bajo la isla de la cocina. Me volví hacia mi madre.

«¿Qué vas a hacer conmigo?», me preguntaron sus ojos, negros y húmedos

como piedras del lecho de un río. Quise escapar, para evitar su mirada, pero ni siquiera pude girar la cabeza. Me había quedado congelado. Sus ojos continuaban clavados en mí.

«¿Enterrarme es lo único que se te ocurre? –parecía decir aquella mirada—. ¿No sientes nada? ¿No entiendes que esto es diferente a derramar el café?»

«¡Ya lo sé! ¡Por supuesto que lo entiendo! Para, por favor. Di algo útil. Explícame por qué querías matarme, o dame alguna pista que me ayude a averiguarlo, aunque sea una pista que me conduzca a otra pista.»

Sacudí la cabeza para aclararme las ideas. Intenté concentrarme en lo que tenía que hacer y en el orden en que debía hacerlo, para proceder de un modo eficiente y mecánico.

Desvié la mirada y la fijé en su pecho. Acerqué una mano al charco de sangre y aparté los coágulos para no resbalar. Apoyé una rodilla junto al hombro de mi madre y me senté. Excepto por sus ojos abiertos, se la veía igual que cuando dormía. Tampoco esto tenía sentido: ¿por qué la habría dejado allí tendida con esa postura? ¿Y por qué le había dicho «Buenas noches»?

Recordé un día, no mucho después de que mi padre y Yu Min murieran, cuando aún vivíamos en la casa de Bangbe Dong. Seguramente era sábado, pues yo no estaba en el colegio y mi madre no había ido a la iglesia. Se pasó el día limpiando la casa. Por la tarde entró en el cuarto de mi hermano con una botella de licor. No salió durante horas. Aunque cerró la puerta la oí sollozar. De vez en cuando mascullaba.

Tendido boca abajo en la cama, con los ojos cerrados, yo nadaba en una piscina imaginaria. Acababa de adelantar al futuro campeón coreano que había empezado a nadar a los tres años. En esa época aún creía que podía ganar al campeón en pocos meses, aunque solo llevaba nadando dos años. Golpeé el panel táctil de contacto un instante antes que el otro chico y oí algo rompiéndose en pedazos en la habitación de mi hermano. Me detuve y agucé el

oído. Silencio. Aun así me levanté, pues creía saber qué había causado aquel estruendo.

Tenía razón. La botella se había hecho añicos. Y para mi sorpresa mi madre estaba tumbada en el suelo y se agarraba la muñeca ensangrentada. Un álbum de fotos, las zapatillas y algunas horquillas estaban tirados por el suelo y en el escritorio y la cama de Yu Min había sangre.

–¡Mamá!

Mi madre abrió los ojos y los cerró enseguida. Bajé por la escalera y llamé al número de emergencias.

–Mi madre ha sufrido un colapso.

Me senté en el borde del sofá a esperar a que llegara la ambulancia, preparado para abrir la puerta en cuanto sonara el timbre. Me había preparado para los paramédicos; me había puesto una cazadora, y tras unos instantes de vacilación me metí en un bolsillo el nuevo cubo de Rubik, y también me había acordado de sacar la cartera del bolso de mi madre. La ambulancia se la llevó a un hospital cercano.

La enfermera de urgencias me hizo todo tipo de preguntas:

«¿Cuándo la encontraste?»

«¿Dónde está tu papá?»

«¿No hay más adultos?»

Estaba mi tía, claro, pero negué con la cabeza. Ya entonces me caía mal esa bruja.

–Solo estamos mi madre y yo. Nosotros dos.

Mi madre se despertó de madrugada. Mientras estuvo dormida, yo resolví el cubo de Rubik unas treinta veces. Enseguida pidió el alta. La enfermera intentó detenerla pero ella se levantó de la cama, y descalza y con los cabellos revueltos salió tambaleándose del hospital y cogió un taxi. Hasta que no me subí al coche detrás de ella ni me miró. Al llegar a casa se metió en la cama

sin lavarse. Se durmió con la cabeza apoyada en la almohada y la muñeca vendada colgando fuera de la cama. Iba a salir del dormitorio cuando recordé la indicación de la enfermera:

–Asegúrate de que tu madre tenga las manos encima del pecho.

Cuando le puse la mano encima del pecho, abrió los ojos. La tapé con la manta. Se le enrojeció la punta de la nariz y los ojos, que tenía clavados en el techo, se le llenaron de lágrimas. Me sentí decepcionado. Esperaba que me diera las gracias, o que me dijera que le había salvado la vida. No me esperaba que se echara a llorar. Quizá no fuese la situación más adecuada para recibir elogios. Quizá mi madre había olvidado lo que yo había hecho por ella.

–Creí que estabas muerta. Estaba muy asustado. No vuelvas a hacer eso, ¿vale?

Sus labios se movieron. Me quedé esperando a que dijera algo. Apretó la mandíbula. Una vena azul palpitó debajo de su barbilla. Parecía como si le costara contenerse de darme una bofetada. ¿Qué había hecho mal? La voz pragmática me aconsejaba: «Lárgate de aquí». Al salir me detuve en el umbral.

–Buenas noches.

Esa fue la primera vez que dije «Buenas noches» de un modo estratégico para aplacar su furia. Más tarde empleé esas palabras siempre que quería apaciguar a mi madre, cuando deseaba zanjar una conversación o cuando había hecho algo y no quería ser descubierto. Le daba las buenas noches en lugar de decirle que dejara de fastidiarme y de entrometerse en mis asuntos. Quizá la noche anterior quería decirle: «Espera aquí, más tarde me ocuparé de todo».

Pasé los brazos por debajo del cuerpo de mi madre y me puse de pie, cargando el peso en las pantorrillas para no resbalar. Me tambaleé. Pesaba mucho. ¿Cómo podía pesar tanto si tenía la talla de una colegiala? Su cabeza

se desplomó debajo de mis brazos, sus codos doblados se me clavaron en el estómago y se deslizaron por mis muslos, los coágulos de sangre se le despegaron del cuerpo y cayeron al suelo como excrementos de pájaro y su pelo se me pegó en la ingle. Di un paso hacia la manta, pero resbalé por culpa de los coágulos de sangre. Tuve que tirar el cuerpo prácticamente encima de la manta.

Me acuclillé y recuperé el aliento. Me temblaban las piernas, y eso que no había hecho más que desplazar un metro un cuerpo que pesaba la mitad que el mío. Yo era peor que una hormiga o que una abeja; la semana anterior, mientras limpiábamos a fondo el piso, mi madre me había contado que una hormiga puede levantar cincuenta veces su peso y una abeja trescientas veces su peso. Mientras tanto me señalaba con un dedo el frigorífico. He Jin lo habría movido antes incluso de que mi madre tuviera que pedírselo, pero por desgracia no estaba en casa. Seguí mi camino, como si no hubiese oído nada, y ella prosiguió:

–Así que un hombre que mide metro ochenta y cuatro y pesa setenta y ocho kilos podría arrastrar un remolque de nueve toneladas.

Su deslumbrante rapidez para el cálculo mental me atrapó y no tuve más remedio que mover el frigorífico. Ese talento ya no le servía para nada; lo único que podía hacer era permanecer tendida sobre la vieja manta. Supongo que es lo que pasa cuando te mueres.

Le cerré los ojos. Le apreté el brazo que tenía doblado y le enderecé el cuello; oí el crujido de los huesos. Le cerré la boca con fuerza y de poco se le rompieron los dientes. Le bajé el borde del vestido blanco, que se le había subido por los muslos.

No era un vestido, sino un camisón. Se lo había regalado yo la primavera pasada, cuando cumplió cincuenta y un años. No le gustó. Incluso se enfadó por que le hubiera comprado un camisón de abuela. Nunca se lo había visto

puesto, por lo que suponía que lo había tirado a la basura. Ni siquiera recordaba que se lo había regalado. Hasta un segundo antes no había caído en la cuenta de que llevaba ese camisón. ¿Por qué se lo habría puesto la noche anterior?

Había algo en el bolsillo delantero del camisón. Un objeto pequeño y alargado, como un mechero. La llave del coche. Era extraño. Mi madre no dejaba sus cosas en cualquier parte. La llave debería haber estado dentro de un cajón de su escritorio. Y de todos los sitios donde podía estar, ¿se encontraba en el camisón? Mi madre nunca habría salido de casa en camisón, y menos en plena noche. Estaba aferrada a su estilo juvenil, vaqueros ajustados y cabello largo y liso. Y apenas salía después de las nueve de la noche, ni siquiera subía a su querido jardín de la azotea. Era su rutina, que me permitía entrar y salir a mi antojo por la puerta del tejado.

Dejé la llave del coche sobre la encimera de la cocina y envolví el cuerpo de mi madre con la manta. Me habría hecho falta una cuerda para atar el fardo e impedir que se abriera, pero no me apetecía ir a buscarla; no quería perder más tiempo ni dejar huellas de sangre por todas partes. Con las que había ya tenía más que suficiente.

Volví a pasar los brazos debajo del cuerpo y respiré hondo. Me erguí, apoyándome en los talones. Noté la presión de la sangre y las venas de la frente se me hincharon. De algún modo el cuerpo de mi madre aún pesaba más que antes. Era como si, en lugar de haberlo envuelto en una manta, lo estuviese cargando en un ataúd. Con cuidado de no pisar los coágulos de sangre, me dirigí a la escalera. Me fui deslizando paso a paso, como si avanzara por un lago congelado. Al pisar el primer escalón, el mundo se quedó en silencio. En el segundo peldaño, dejé de oír. Empecé a sudar y a verlo todo borroso. Noté un chapoteo bajo mis pies; coágulos de sangre viscosos y resbaladizos se me

colaban entre los dedos. En mi cabeza, la voz de mi madre retumbaba sin parar.

«Yu Jin...» Un sonido leve y tembloroso, como un sollozo. Llegué al cuarto escalón.

«Yu Jin...» Un grito agudo y penetrante. Puse los pies en el quinto peldaño. «Yu Jin...»

La voz de mi madre me empujaba hacia abajo. Me parecía que los pies se me hundían en los escalones. Seguí subiendo despacio, paso a paso. Me detuve un instante en el rellano. Apoyé la espalda en la pared para tomar aliento, pero mi hombro resbaló en las manchas de sangre que cubrían la pared. Ahogué un grito. La voz de mi madre se desvaneció. Y también se desvaneció su peso.

Al recobrar la conciencia, me encontré tendido en medio de un charco de sangre y sentado como si fuera a deslizarme en trineo. Mi madre estaba tumbada entre mis piernas y la manta se había abierto. Me sentí desfallecido. No podía creer que tuviera que levantarme, envolverla otra vez en la manta, sacarla del charco y subirla el resto de los escalones. Solo quería dormir. Lo habría dejado correr si no hubiera oído un grito en mi cabeza: «¡El tren! ¡Viene un tren!».

Me levanté. Envolví a mi madre con la manta y la levanté. Con la imagen del tren aproximándose subí los escalones restantes y llegué a la puerta de la azotea. Presioné el pomo con la punta del dedo, empujé la puerta con el pie y salí a la terraza. Nos recibió un frío viento del mar. A lo lejos, ocultas tras la niebla, las gaviotas chillaban. El columpio de la pérgola rechinaba mecido por el viento. Lo habíamos traído de la casa de Bangbe Dong. A mi madre le gustaba sentarse a descansar en el columpio cuando trabajaba en el jardín de la azotea. Fingía tomar el té y me espiaba cuando yo estaba en el cuarto.

Recorrí las ocho baldosas que me separaban de la pérgola y tumbé a mi

madre en el columpio, que se detuvo y dejó de chirriar. Al lado había dos bancos, una mesa y una barbacoa. La mesa era de madera maciza y para ocho comensales, y la había diseñado mi madre. Al empujar la superficie de la mesa, esta se desplazaba y dejaba al descubierto un espacio grande. Allí guardaba mi madre algunas cosas y sus herramientas de jardinería: una lona impermeable azul, bolsas de plástico transparente, sacos de abono, una azada, unas tijeras de podar, una pala, una sierra, macetas vacías, pequeñas vasijas, una manguera.

Lo saqué todo y cubrí con plástico el espacio recién liberado. Levanté a mi madre y la metí dentro. De pronto me sentí perdido. No recordaba nada de cuando habían enterrado a mi padre y a Yu Min. Según mi madre había permanecido dormido hasta después del entierro. Pero ¿de qué serviría que hubiera recordado algo? No creo que mi madre hubiera querido ningún tipo de ceremonia; más bien me reprocharía que intentara hacerme perdonar cuando era el culpable de todo lo que había ocurrido.

Puse la lona encima del cuerpo y empecé a colocar los objetos en el cajón; las vasijas y macetas junto a los pies, y las bolsas de plástico, los sacos de abono, la manguera y el resto de los objetos a la altura de la cabeza. Cogí la sierra.

«Tendría que haberte matado entonces.»

De golpe se me secó el sudor. Tenía la cara ardiendo. Me dolía la mandíbula y notaba la saliva agria.

«Tendrías que haber muerto entonces. Y yo también...»

¿Cuándo era entonces? ¿Qué había hecho yo para que no mereciera vivir? No sabía que mi madre me odiara tanto como para desear matarme, a mí, a su propio hijo. Ignoraba que hubiera fingido querer a alguien al que en realidad odiaba. Me hervía la sangre. Se me pusieron los pelos de punta. Con rabia, tiré la sierra dentro del cajón y coloqué la tabla en su sitio. Me alejé de la

pérgola sin mirar atrás. No quería sacar a mi madre muerta y hacerla pedazos u olvidarme de que el tren de He Jin se acercaba a casa.

Cerré la puerta de la azotea dando un portazo. El silencio se cernió sobre mí como un negro nubarrón. Ya no oía la voz de mi madre. Me quité esos pensamientos de la cabeza. Tenía que concentrarme en mis próximos movimientos. Lo primero era abrir la ventana, pero cambié de opinión. Un viento glacial entraría en el piso, y disiparía el olor, pero los objetos pequeños y ligeros caerían al suelo encharcado de sangre y se esparcirían por todas partes. De ese modo las cosas que debería limpiar crecerían de forma exponencial.

Empezaría por limpiar la sangre. Me quité el suéter y los pantalones ensangrentados. Desnudo, entré en la cocina y cogí unos guantes rojos de goma. Debajo del fregadero encontré bolsas de basura y bayetas, y en el balcón que daba a la cocina cogí lejía y dos cubos. Saqué una escoba, un recogedor, una fregona y la aspiradora de vapor del cuarto trastero contiguo a la cocina y lo reuní todo junto a la isla. Me puse a limpiar con precisión militar.

Recogí con la pala la sangre del charco en el que mi madre había yacido, la metí en un cubo y la tiré por el váter del baño de abajo. Vacié la sangre del rellano en mi baño. Empecé a pasar la fregona. El pasillo de la planta superior y el del salón eran de mármol y los limpié fácilmente. En cambio la escalera era más problemática. La sangre se había colado por las grietas de la madera y era imposible de limpiar. A menos que le diera un manguerazo. No sabía qué hacer y no tenía tiempo para pensar. Seguí adelante con la esperanza de que He Jin, pese a su vista de lince, no notase nada.

En cuanto terminé de limpiar los suelos, me puse las zapatillas para no dejar nuevas huellas de sangre. Limpié las paredes y la barandilla. Diluí lejía en un cubo, sumergí una bayeta y empecé a frotar en el piso superior. Limpié el

pomo de la puerta de mi dormitorio, la pared del rellano, las huellas de mano del tirador de la habitación principal. Después lo limpié todo otra vez con la aspiradora de vapor.

Las diez y media. Apoyé la aspiradora en la pared y empecé a poner orden. Tiré a la basura la mopa, las bayetas, las zapatillas, los guantes de goma, y llevé a mi habitación mi ropa, la escoba, el recogedor y la fregona en un cubo. La navaja de afeitar y la llave del coche de mi madre acabaron en mi escritorio. Las zapatillas de deporte sucias de barro volvieron al recibidor. Por último abrí todas las ventanas. Las ventanas de atrás, la de la cocina, todas. Un viento helado y fuerte irrumpió en el salón.

Fuera, una voz femenina impersonal anunció: «Abriendo puertas». Era el ascensor. La única persona que se bajaría en nuestra planta era He Jin; el piso de enfrente estaba vacío y a los vendedores no les resultaba fácil franquear la puerta de acceso al edificio. Miré el reloj. Las 10.55.

Oí el sonido del cerrojo de la puerta principal al accionarse. He Jin no tardaría ni cinco segundos en abrir la puerta y entrar. Miré a mi alrededor. Todas las ventanas estaban abiertas y aún no había limpiado el dormitorio principal ni mi habitación. En la azotea quedaban rastros de sangre. Y estaba desnudo y lleno de sangre. No tenía tiempo para ocuparme de todo eso antes de recibir a He Jin con una cara normal.

Arrastré la aspiradora hasta la habitación de mi madre y cerré la puerta. Oí el sonido de la puerta del recibidor al abrirse, unos pasos entrando en el salón. Silencio. He Jin debía de estar frente a la isla de la cocina, confuso. Tras pegarse un viaje inútil hasta Yong Jong Do para recuperar un móvil, no había rastro de la persona que lo había enviado allí para nada, todas las ventanas estaban abiertas, y la casa olía ligeramente a lejía. Quizá también notara el olor de la sangre. Mierda. Debería haber ventilado la casa antes de nada.

-¿Yu Jin?

¿Quién soy?

–¿He Jin?

Fue una madrugada de febrero, diez años atrás. Mi madre y yo íbamos en el coche al entreno cuando recibimos una llamada de He Jin.

–Sí, madre, soy yo.

Mi madre accionó el manos libres. La voz de He Jin sonaba temblorosa y compungida. Algo le había ocurrido.

–¿Dónde estás? –preguntó mi madre.

Parecía saber lo que ocurría, porque en caso contrario hubiera preguntado: «¿Qué ha pasado?».

–Estoy en urgencias del hospital Yong Hyon –explicó He Jin–. Acaba de... fallecer mi abuelo.

Añadió que el médico le había pedido que avisara a algún responsable para que se hiciera cargo de los trámites, y que no se le había ocurrido llamar a nadie salvo a mi madre. Ella abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió y se quedó mirando el teléfono móvil. Abrió la boca y volvió a cerrarla unas cuantas veces más. Parecía no saber qué decir. Mi madre no solía escoger las palabras con mucho cuidado. Siempre sabía qué decir antes incluso de abrir la boca. Yo estaba cada vez más frustrado. ¿Por qué no respondía? Solo tenía que decir que iríamos enseguida al hospital.

–Ahora vamos –murmuré.

Ella me lanzó una mirada para averiguar si me parecía bien saltarme el entreno.

Asentí con la cabeza.

Mi madre puso el intermitente, atravesó dos carriles e hizo un cambio de sentido a una velocidad vertiginosa mientras le respondía a He Jin:

–Estamos allí en cinco minutos.

El abuelo de He Jin yacía en una camilla cubierto con una sábana blanca. He Jin estaba sentado a su lado, con la mirada clavada en los pies. Se le veía cansado y aturdido. No reparó en nuestra presencia ni siquiera cuando nos detuvimos a su lado.

–He Jin –le llamó mi madre.

Enderezó la espalda y alzó la cabeza; tenía la mirada perdida. ¿Podría siquiera vernos? No le dijo «Gracias por venir», sino:

–Lo siento.

Sin decir una palabra, mi madre lo abrazó, dándole golpecitos en la espalda. Yo me quedé a unos pasos y los observé. Mi madre tenía profundas arrugas en la frente; la nariz y las mejillas coloradas, y parecía tragar saliva con dificultad, como si tuviera la hoja de un cuchillo en la boca. Su expresión era como una ecuación de tercer grado: compleja y poco familiar. ¿Estaba triste como He Jin? ¿Sufría como él? ¿O le comprendía? ¿Quería que supiera que no tenía por qué preocuparse, pues ella se encargaría de todo? ¿Le decía todo eso? ¿O nada de todo eso?

He Jin, por su parte, parecía entender el significado de las palmaditas de mi madre en su espalda. Dejó escapar un suspiro a través de sus labios apretados, y cuando alzó las manos indeciso para abrazar a mi madre, el suspiro se convirtió en un sollozo. Enterró la cabeza en el hombro de mi madre, aunque esta era mucho más baja que él, y rompió a llorar.

Aunque yo percibía la tristeza de He Jin, aunque en mis oídos resonaban sus sollozos, no sentía nada. Mi madre lloraba, la enfermera tenía los ojos

enrojecidos, pero yo permanecía aislado, protegido contra los sentimientos. Era incapaz de ofrecerle a He Jin una palabra de consuelo.

Mi madre me habló de su proyecto de adopción tres días después del funeral, mientras íbamos a visitar la tumba del anciano.

—¿Qué te parece?

Añadió que He Jin no tenía familia y no quería ir a un orfanato, que él y yo nos llevábamos muy bien y que en casa había un dormitorio libre. A mi madre no le interesaba tanto conocer mi opinión como asegurarse de que no pondría ninguna objeción. Aunque si hubiera tenido algún inconveniente, a ella no le habría interesado oírlo. Pero en ese caso no lo tenía en absoluto. Como mi madre dijo, He Jin era mi único amigo y ella tenía dinero suficiente para mantener a dos adolescentes.

Dos días después, de camino al entreno a primera hora de la mañana, mi madre me anunció:

—He Jin viene hoy a casa.

Por entonces vivíamos en un edificio de cuatro plantas del distrito de Yong Hyon Dong, en la ciudad de Incheon. Mi madre era propietaria del inmueble y ocupábamos toda la cuarta planta. La habitación contigua a la entrada era la de mi hermano mayor fallecido. Mi madre había decorado el cuarto con todos sus muebles, libros e incluso las cortinas de la casa de Bangbe Dong. Cada vez que entraba o salía de casa, pasaba por delante de esa habitación. Siempre lo había considerado el cuarto de Yu Min. Tal vez por eso me chocó tanto cuando llegué a casa más tarde y vi que no quedaba ni rastro de Yu Min en la habitación. En lugar de sus cosas, había una doble persiana, una mesa de madera estrecha y alargada con estantería adosada, un armario, un edredón blanco sobre la cama, un equipo de cine casero y, en la pared, el póster de *Ciudad de Dios*.

Miré la habitación, asombrado. Un muchacho de quince años no podía saber

mucho de decoración de interiores, pero era evidente que aquello no se había improvisado. Parecía responder a los sueños e intenciones que He Jin había albergado durante muchos años. Los colores, los muebles y la distribución eran diferentes a los que había antes pero nada parecía fuera de lugar, al contrario, a excepción del póster de la película, todo concordaba con el gusto de mi madre. Era el dormitorio que habría decorado para mi hermano si siguiera vivo.

¿Cuándo había empezado a planear esa habitación? Era algo de lo más extraño. ¿El día que conoció a He Jin? ¿O cuando fuimos a ver *Ciudad de Dios*? ¿O cuando estuvimos en el hospital la semana anterior? Nunca había sabido y nunca sabría lo que pensaba mi madre de verdad, pero jamás me había sentido tan confundido como ese día. No me imaginaba que mi madre fuese a realizar el cambio de jugadores con tanta rapidez. Nunca habría imaginado que solo dos días después de mencionar que iba a adoptar a He Jin, todo estaría preparado para recibirlo. He Jin había ocupado el sitio de Yu Min en el corazón de mi madre. Ni siquiera había tenido que cambiarse el apellido; como mi madre, era descendiente de los Kim de Kimhae. Así fue como He Jin se convirtió en el primogénito de mi madre. Más tarde, reparé en que yo era el único que tenía un apellido diferente.

—¡Yu Jin! —llamó mi madre desde la entrada.

Acababa de llegar acompañada de He Jin.

—¡Hola, Yu Jin! —dijo He Jin, que debía de estar junto a mi madre.

Su tono daba a entender que solo entraría en casa después de que yo respondiera.

Salí de la habitación. He Jin estaba junto a la entrada, con los zapatos aún puestos, y una mochila y una maleta a un lado.

—Aquí estoy —dijo.

Parecía cohibido. Se había sonrojado como si acabara de contar un secreto.

Detrás de él, mi madre me observaba; se la veía un poco tensa. Quizá se preguntaba por qué había entrado en la habitación de He Jin.

Yo tenía que aclarar las cosas. Me encaré con He Jin.

–No voy a llamarte «hermano mayor».

Aunque mi madre se lo tomara a mal, yo solo podía llamar hermano mayor a Yu Min.

He Jin lo comprendió. Asintió con la cabeza, todavía con expresión incómoda, y entró en el salón. Así fue como los tres nos convertimos en una familia. Para celebrarlo ese día fuimos a sacarnos una foto en un estudio fotográfico cercano y la colgamos en el salón.

–¿Son gemelos, señora? Son casi idénticos –dijo el fotógrafo.

Y durante los últimos diez años habíamos vivido como si de verdad fuésemos gemelos. Convivíamos pacíficamente salvo por algún que otro conflicto sin importancia, como los que tienen la mayoría de los hermanos en todo el mundo. Y así había sido nuestra relación hasta la noche anterior.

¿Seguiría igual después de lo ocurrido? ¿A pesar de que mi madre yacía en la azotea y el homicida ensangrentado, yo mismo, se había escondido en el dormitorio principal cuando He Jin llegó a casa y la encontró hediendo a sangre? Recordé a mi madre abrazando a He Jin, que acababa de perder a su abuelo, diez años atrás. Quizá ahora podría identificar el nudo que me atenazaba la garganta. Era la soledad. La única diferencia entre la situación actual y la de He Jin entonces era que mi madre, que entonces pudo decirle «Sé lo que sientes», estaba muerta.

–He Jin... –lo llamé.

Él había cruzado el salón y subía la escalera a toda prisa. El ruido de sus pasos parecía el de una ametralladora.

–¡Hola, He Jin! Estoy en la habitación de mamá –dije.

Oía los pasos de He Jin en el piso de arriba. Quizá había hablado

demasiado bajo.

–¡He Jin! –lo llamé como si gritara «¡Fuego!»–. Estoy en la habitación de mamá.

Mi grito sonó lo bastante fuerte como para que toda la ciudad pudiera oír exactamente dónde me encontraba.

He Jin se detuvo.

–¿Eh? ¿Qué dices?

Grité aún más fuerte para que me entendiera.

–He dicho que estoy en el cuarto de mamá.

–¿Estás con mamá?

Mierda. No había pensado cómo explicar la ausencia de mi madre. Ni siquiera se me había ocurrido que necesitara una explicación, aunque sabía que He Jin siempre buscaba a mamá al llegar a casa.

–Estoy solo.

No hubo respuesta. Tampoco capté ningún movimiento. Me picaban las plantas de los pies. Quise subir corriendo la escalera, agarrarlo por el pescuezo y arrastrarlo al piso de abajo.

–¡Ven, rápido!

No me preocupaba que He Jin entrara en mi habitación o saliera a la azotea. No lo haría sabiendo que yo estaba en casa. He Jin siempre respetaba la intimidad de los demás. Ya fuera en un sentido físico, visual o verbal, se movía dentro de los límites que le concedían las otras personas. Si hubiera visto una chica ahogándose, le habría preguntado si le importaba que la agarrara con las manos para salvarla. Algo que nunca llegaría a ocurrir, porque era negado para la natación y le daba miedo el agua.

Lo que me preocupaba era dónde se encontraba He Jin en ese momento. La puerta de la azotea estaba cerrada, la escalera tenía paredes a ambos lados, y en el rellano no había ventana. Seguramente He Jin estaba en el pasillo, donde

no circulaba el aire. Debía de oler a sangre y lejía. El hecho de que se hubiese entretenido allí significaba que estaba perplejo, buscando una respuesta con su vista de lince y su imaginación de artista. Yo debía conseguir que bajara la escalera. Grité como si necesitara que viniera corriendo.

–Estoy limpiando, ¡date prisa!

Por fin se movió. Un paso, otro paso, luego varios pasos rápidos. Cuando llegó al umbral del dormitorio, reparé en que no había echado el pestillo. Mierda. Me acerqué a la puerta y la cerré al mismo tiempo en que He Jin intentaba abrirla. Debí de ser una décima de segundo más rápido que él. El cerrojo hizo un ruido metálico.

–Pero ¿qué haces? –protestó elevando la voz–. ¿Por qué cierras?

–Ahora salgo –dije–. Espera un momento.

–Pero ¡qué coño...! ¿Primero me gritas para que baje corriendo y luego me dices que espere fuera?

–Es que me acabo de desnudar. Me voy a duchar.

–¿Y qué?

Tenía razón, no importaba nada. He Jin y yo nos habríamos visto desnudos más de cien veces. No respondí. Cuando no hay nada que decir, el silencio es la mejor opción.

–¿Y por qué te duchas ahí?

–La ducha de mi habitación no funciona.

–Ah... ¿Dónde está madre?

–Se ha ido a un retiro espiritual con gente de la iglesia.

Habría sido tan maravilloso que hubiera sido verdad; no habría tenido que preocuparme por nada o estresarme por la posible reacción de He Jin a todo ese asunto.

–Un retiro... ¿Así, de repente? –masculló He Jin–. No me has dicho nada cuando hemos hablado por teléfono...

Estaba agotado. Estar tan pendiente de todas y cada una de las palabras que pronunciaba era insufrible.

–No me he enterado hasta que he visto una nota en la puerta de la nevera. – Y, antes de que el bueno de He Jin pudiese replicar, añadí rápidamente–: Y en la nota dice que se va a rezar.

–Ah, bueno –dijo He Jin como si se tranquilizara de repente. ¿Qué sabía él?–. ¿Y qué hacen abiertas todas las ventanas de la casa?

–Es que he hecho una limpieza general. En otra nota mamá me pide que deje la casa como los chorros del oro para cuando vuelva.

He Jin golpeó la puerta con los nudillos.

–Abre. Es ridículo que tengamos que hablar a través de la puerta.

Pensé en la vitrina del rincón donde se guardaban las llaves de todas las habitaciones. He Jin podía ir a buscar la llave cuando quisiera. Yo esperaba que no quisiera.

–Espera un momento, ¿vale? –dije, y para disimular mi irritación añadí–: No cierres las ventanas. Así se irá el olor a lejía.

–¿A quién se le ocurre limpiar con lejía? Hay un montón de productos de limpieza en el lavadero. No tienes ni idea porque nunca limpias nada.

Me mordí el labio inferior. Déjame en paz, ¿quieres?

–Por cierto, no encontré tu móvil en Kosili.

Joder. No se calla.

–¿No te lo dejarías en algún otro lugar? ¿No pasaste por el puesto de Yongi de camino a casa?

No sabía qué decir.

–Ah... Sí, el móvil... Al final estaba en mi habitación...

Se hizo el silencio. Prácticamente oí las palabras que He Jin estaba a punto de espetarme: «¿Me estás tomando el pelo, cabrón?».

–Se había caído debajo de la cama –añadí–, no me he dado cuenta hasta

hace un rato.

Al final He Jin estalló:

—¿En serio? ¿Y por qué no me has llamado?

Era mejor no responder, así que no dije nada. Lo mejor era que estuviera furioso. He Jin nunca discutía ni se peleaba; cuando se enfadaba con alguien de verdad le hacía el vacío hasta que se le pasaba. Ahora yo debía evitar la confrontación hasta que terminara de ordenarlo todo.

Pegué la oreja a la puerta esperando a que He Jin se fuera. Por suerte, no aguardé demasiado. Lo oí cerrar las puertas de cristal y las ventanas. ¿Se había olvidado de que yo le había pedido expresamente que las dejara abiertas? ¿O era su manera de demostrar lo cabreado que estaba?

Poco después, oí abrir y cerrar otra puerta. Por fin estaba en su cuarto. Ahora dejaría la bolsa sobre el escritorio, se cambiaría, poniéndose las prendas cómodas que tenía en el respaldo de la silla, y regresaría al salón. No sería más de un minuto, pero a mí me permitiría llegar al piso superior. Un segundo para alcanzar la escalera desde la puerta de la habitación, diez segundos para subir dieciséis peldaños, cinco segundos para recorrer el pasillo y llegar a mi dormitorio.

Abrí la puerta del cuarto y deslicé un pie afuera. Solo necesitaba media hora para limpiar mi habitación y ducharme. Podía dejar cerrado el dormitorio de mi madre y limpiarlo en la primera oportunidad que se presentase.

El único problema de ese plan era que no había previsto que He Jin saliera de su habitación sin cambiarse de ropa. En cuanto puse el otro pie en el pasillo, su puerta se abrió. Tuve que retroceder. Oí que se dirigía a la cocina. A continuación un ruido de platos o de vasos. Se estaría preparando un café u otros tallarines instantáneos. No parecía que fuera a volver a su cuarto. Tendría que cambiar de plan.

Volví a echar el pestillo sigilosamente y saqué la mopa de la aspiradora de

vapor. Me puse a borrar las huellas dactilares de forma metódica desde la puerta del dormitorio hasta el baño. Al otro lado de la puerta reinaba el silencio. Me ponía nervioso. No se oía ni una mosca. ¿Era porque me había alejado de la puerta o porque He Jin no se movía?

Me decidí por la segunda posibilidad. He Jin estaría tomándose el café o esperando que hirviera el agua de los tallarines. Abrí el grifo de la ducha y limpié el habitáculo y las huellas de sangre del suelo. Gasté medio frasco de champú en lavarme la cabeza. Me enjaboné el cuerpo cuatro o cinco veces y froté a conciencia la sangre que se me había metido bajo las uñas con el cepillo de dientes de mi madre. De vez en cuando cerraba el grifo y aguzaba el oído, atento a los movimientos de He Jin. Seguía sin oírse nada. Estaba tan nervioso que me habría arrancado las orejas de cuajo y las habría pegado a la puerta.

Después de ducharme, levanté el brazo izquierdo ante el espejo y descubrí el regalo de despedida de mi madre. Una herida grande y oscura formada por moretones negros se extendía por mi antebrazo, cruzaba la axila y llegaba hasta el pezón. Tenía impresas pequeñas y oscuras marcas de dientes con forma de medialuna. El dolor me atacó por sorpresa, y reviví la pesadilla de la noche anterior. Temblando, bajé el brazo.

Con la toalla húmeda por los hombros me acerqué al escritorio de mi madre. El reloj marcaba las 11.40: desde la llegada de He Jin habían transcurrido cuarenta y cinco minutos. Le habría dado tiempo de prepararse otros tallarines, comérselos, acabar el caldo sobrante con un bol de arroz, fregar los platos, y hasta tomarse un café. Seguía sin llegarme el más leve sonido del exterior. Me acerqué a la puerta y pegué el oído. Por fin distinguí algo. No eran palabras, más bien unas voces entrecortadas. He Jin debía de estar zapeando. Al parecer, se había tumbado en el sofá a esperarme.

¿Tendría algo que decirme aún? ¿Habría detectado algo raro? ¿Habría visto

algún rastro que yo me había dejado al limpiar? De pronto se oyeron unas risas procedentes del televisor y a continuación He Jin soltó una carcajada. Quizá después de todo no estaba esperando que yo saliera del dormitorio.

Me acerqué nuevamente al escritorio. Levanté la mopa de la aspiradora, pero enseguida la bajé. Se había vuelto de un marrón oscuro. Era obvio que había sido usada para limpiar sangre. Debía esconderla en alguna parte antes de ir a ver a He Jin. Un sobre grande sería ideal pero me serviría cualquier papel de envolver. Abrí el primer cajón y hurgué unos instantes. Estaba lleno de material de escritura y de papelería. Al abrir el segundo cajón, me llamó la atención la cartera roja de mi madre y una gruesa libreta negra. Era grande y estaba encuadrada en tapa dura, y tenía anillas para añadir nuevas hojas. Nunca la había visto. Observé el bolígrafo en el borde del escritorio. De pronto caí en la cuenta. Mi madre, que había estado sentada a la mesa escribiendo, debía de haberse levantado de golpe y guardado la libreta en el cajón. Abrí la libreta intrigado por saber si mi suposición era cierta.

En la primera página había un adhesivo: «Diciembre». Debajo se veían tres entradas o anotaciones como las que se hacen en los diarios:

6 de diciembre. Martes.

No está en su habitación. Ha vuelto a salir por la azotea. Llevaba un mes sin hacerlo.

7 de diciembre. Miércoles.

Segundo día consecutivo. Le estaba esperando pero se me ha escapado.

9 de diciembre. Viernes.

Adónde habrá ido ese chico. He estado hasta las dos de la madrugada buscándolo por todo el vecindario. Ni rastro. Y estoy segura de haberlo visto. Tengo frío, miedo, estoy aterrorizada. Ya

La frase se interrumpía y más abajo era una frase completamente distinta.

Hello está ladrando. El chico ha vuelto.

Debía de referirse al mismo «chico» que ella había interceptado al entrar en casa la noche anterior. Si lo había estado buscando por todo el vecindario hasta las dos de la madrugada, tendría sentido que mientras estaba fuera hubiese telefonado a mi tía o a He Jin. Debía de haberse empapado bajo la lluvia. Por eso tenía las deportivas mojadas. Pero ¿era posible que mi madre hubiera recorrido el vecindario en plena noche y bajo la lluvia?

Rotundamente, no. Al menos a pie. Construida sobre terrenos ganados al mar Amarillo, la nueva ciudad de Kundo había sido en época reciente un paraíso para las especulaciones inmobiliarias. Las ventajas geográficas –un vasto terreno edificable, la proximidad a la capital y al aeropuerto internacional de Incheon–, su entorno natural privilegiado –situada entre el mar y las montañas, el río Dong Jin la atravesaba por el centro–, y la decisión gubernamental de declararla «zona de promoción especial como ciudad de vacaciones», habían multiplicado su valor en el mercado inmobiliario.

Fue entonces cuando mi madre compró su piso en medio de la calle Segunda del distrito II. Había pagado dos millones de won de más por encima de su precio de venta por un dúplex formado por un piso principal de 120 metros cuadrados y un ático de 40 metros cuadrados construido en una terraza privada. El precio desorbitado reflejaba el alto standing de los edificios, construidos por la prestigiosa compañía Moon Torch. Mi madre me dio la tranquila habitación del piso superior para que pudiera concentrarme y estudiar los exámenes de acceso a la facultad de derecho. Pese a que no fui consultado en ningún momento, no me importó. Mi cuarto me gustó. Al estar en el piso superior, escapaba a la constante vigilancia de mi madre. Además aún no teníamos vecinos, ni al otro lado del rellano ni en el piso de abajo. Y las vistas eran impresionantes.

Desde un extremo de la terraza, y en un único encuadre, se dominaba el

océano con sus olas encrespadas y los barcos de pesca y el Parque Marítimo de Kundo, que se unía a la costa por un puente. El parque se alzaba frente a la ciudad nueva en una isla alargada paralela al malecón. Oscuros acantilados rodeaban la isla y el Mirador de la Vía Láctea se alzaba en un extremo. El faro del mirador giraba durante toda la noche, iluminando el mar. Ese faro era una atracción turística así como un emblema de la ciudad.

Pero no había nada más. La mitad de la ciudad estaba en construcción. No teníamos una red de servicios básicos o transportes locales; solo una línea interurbana que venía de Seúl e Incheon cada media hora. No existía ningún supermercado decente, pues el distrito carecía de licencia de actividades comerciales. Las promesas del gobierno no se materializaban. El complejo llevaba más de un año en venta, pero seguían sin ocuparse más de la mitad de las torres de apartamentos del distrito II. Para colmo, una inspección oficial había descubierto que en la construcción de las torres de apartamentos se habían empleado residuos industriales y cemento degradado de Fukushima. A raíz del escándalo, se detuvieron las operaciones comerciales y la ciudad y sus «apartamentos cancerígenos» se convirtieron en objeto de las burlas de todo el país. Solo se salvaron la docena de iglesias y las fábricas en Techno Valley al norte del distrito I.

Eso era Gundo, enclavado entre los montes, el mar y el malecón. La gente lo llamaba la «Ciudad Fantasma». Y sus habitantes no salían de casa después del anochecer. La carretera que discurría junto al río Dong Jin, que señalaba la frontera entre el distrito I y el distrito II, estaba siempre desierta y oscura, como cualquier sendero del cementerio. Los hombres, por no hablar de las mujeres, evitaban andar por esa carretera solos. Cuando se les hacía tarde, los vecinos se reunían en el malecón para recorrerla en grupo.

Por todas esas razones, era imposible que mi madre hubiera merodeado por el distrito sola hasta las dos de la madrugada. Podría haber dado vueltas en

coche, pero entonces ¿por qué tenía las zapatillas mojadas? ¿Y por qué había salido a buscarme? Podría haberme esperado en casa.

He Jin silbaba. El sonido parecía venir de la cocina. Ya no se oía el televisor. Debía de estar yendo a su habitación. Abrió la puerta, luego la cerró. Me coloqué bajo el brazo el diario de mi madre, envolví la alfombrilla de la aspiradora en la toalla húmeda y puse la silla en su lugar. Antes de abrir la puerta me aseguré de que no se oía nada. Silencio sepulcral. Asomé la cabeza. He Jin no estaba allí.

Salí del dormitorio. Cerré la puerta con llave. No había tiempo que perder. Volé hacia la escalera y subí los peldaños de tres en tres. ¿Había dejado limpio el baño de mi madre? ¿Había quedado algún indicio u objeto que pudiese hacer sospechar a He Jin en el improbable caso de que entrase en el cuarto de mi madre?

Ya en mi cuarto, recogí el móvil de mi madre de debajo de la cama. Debía de haberseme caído en algún momento. La pantalla estaba oscura. La batería debía de haberse agotado. Al pulsar el botón de encendido, no pasó nada. Joder. Debería haber revisado sus mensajes entrantes y salientes por si había alguna conversación con mi tía o con He Jin de la que no me hubiese enterado. Ahora no podía cargarlo. Se suponía que mi madre había ido a un retiro; su móvil no podía estar dentro de casa. Sería más seguro dejarlo así, no fuera que alguien extremadamente diligente decidiese localizar la ubicación del teléfono.

El reloj del piso de abajo empezó a sonar. Las doce. Ajeno a lo que estuviera ocurriendo en la casa, el reloj continuaba cumpliendo su tarea. Coloqué el teléfono móvil de mi madre sobre el escritorio, y a su lado dispuse la cazadora, el chaleco, el reproductor de mp3, los auriculares, la llave de la

azotea, la tarjeta de acceso al edificio, la mascarilla, la navaja de afeitar, la llave del coche y la libreta de mi madre.

Me sentí como un detective que interroga a un criminal. Había mucho margen para la negociación y la intriga por varias razones. En primer lugar los dos eran la misma persona, en segundo el criminal tenía una relación poco fiable con la verdad, y por último no recordaba todos los acontecimientos de la noche. Si no podía arrinconar al criminal, llegaría a una conclusión evidente: por algún motivo desconocido, mi madre había intentado matarme. Por lo cual yo había actuado en defensa propia. Podía ser excesiva, pero sin duda era legítima defensa.

Me puse un pantalón y saqué una camiseta del cajón. Oí unos pasos. He Jin estaba subiendo la escalera. Y parecía subir los peldaños de dos en dos. Miré la puerta. No la había cerrado con llave. La discusión que habíamos mantenido en la puerta del cuarto de mi madre iba a repetirse. Las posesiones de la víctima y del homicida estaban desparramadas por el escritorio; los utensilios de limpieza manchados de sangre y las bolsas de basura delante de la puerta; el suelo sucio de sangre, y un lío de sábanas y mantas ensangrentadas cubría la cama.

Joder. ¿Por qué subía He Jin? ¿Cómo sabía que yo estaba allí? Me abalancé sobre la puerta con el brazo estirado como un jugador de béisbol lanzándose hacia la pelota. La abrí y salí al pasillo. Cerré la puerta a mi espalda en el momento en que apareció He Jin. Nos quedamos frente a frente, a dos palmos. Yo con la camiseta en la mano, mientras que él sostenía algo azul y redondo.

–Tío, ¿por qué no me avisas de que estás aquí? Llevo un buen rato llamando a la puerta de mamá. –Se interrumpió y abrió unos ojos como platos–. ¿Qué tienes aquí?

Me agarró de la mano que sostenía la camiseta y la levantó.

Me cogió por sorpresa.

–No es nada. Me he clavado el palo de la fregona –dije apartando el brazo.
He Jin examinó la herida del pecho.

–Pues no parece un golpe. –Volvió a cogerme del brazo y agregó–: Déjame verlo otra vez...

–¡Para! –Aparté el brazo con violencia.

He Jin me miró boquiabierto y se sonrojó hasta las orejas.

–Te digo que me he clavado la fregona, ¿vale?

Me puse la camiseta y endurecí la expresión para que no me hiciera más preguntas.

–¡No jodas, tío! –He Jin frotó el objeto que tenía en la mano, que emitió un agradable ronroneo–. ¡Ni que te hubieras dado un baño de oro en el sobaco!

–¿A qué has venido?

He Jin recordó lo que había ido a hacer allí.

–¿Lo has visto?

¿Lo? ¿Me había dejado algo en el salón? ¿En la cocina? ¿En el recibidor...?

–¿El qué?

Bajé la vista hacia la «cosa» que tenía en la mano. Parecía un ratón inalámbrico. Analicé su rostro.

He Jin intentaba aparentar naturalidad, pero sus grandes ojos marrones echaban chispas. Habría jurado que estaba a punto de romper a reír.

–¿Has salido corriendo por esto? –replicó He Jin.

¿Qué era «esto», que tanto He Jin como yo podíamos haber visto al mismo tiempo, estando uno en el piso de abajo y el otro arriba? ¿Qué acababa de ver yo en mi cuarto? Los objetos del escritorio pasaron rápidamente ante mis ojos. Ninguno podía tener nada que ver con su sonrisita.

–¿No? –He Jin ladeó la cabeza.

Me crucé de brazos. Vale ya de hacerme pensar. Escúpelo de una vez.

–Entonces ¿por qué has subido corriendo?

Me sentía como un oso perezoso que hubiera perdido su capacidad de respuesta. Tardé unos instantes en elaborar una excusa que sonara normal.

–Tenía hambre. Tenía que comer algo.

–¿No has comido nada hasta ahora? –preguntó en tono comprensivo.

Tampoco ahora me gustaba su expresión. Tal vez quería pillarme en una mentira.

–Y tú, ¿para qué has subido?

–Pues... –dijo, y luego se interrumpió.

Sentí un hormigueo en las puntas de los dedos. Me entraron ganas de estrangularlo y arrancarle lo que ocultaba en las manos.

–Estaba esperando y contando los segundos –dijo por fin–. Lo han publicado a las doce en punto.

Me enseñó el ratón inalámbrico y lo pulsó tres veces.

–Felicidades.

Se cambió el ratón de mano y me tendió la que tenía libre.

Pestañeé como un idiota.

–¿Qué te pasa, tontorrón? ¡Te estoy felicitando! Lo has conseguido.

Dejé caer los brazos. Arrugué las mejillas y la boca se me puso rígida. Ah, era eso. Me habían admitido en la facultad de derecho.

–Han Yu Jin –me dijo, poniendo el ratón inalámbrico ante mis ojos y moviéndolo.

Debía de pensar que yo no daba crédito, o que estaba aturdido de puro contento. Así habría sido si no hubiera ocurrido nada la noche anterior; después de todo, había dedicado los últimos años a prepararme para entrar en la facultad de derecho.

–¿Cómo lo has averiguado? –conseguí preguntar.

–¿Cómo va a ser? –respondió He Jin–. Con tu código de examen.

Le lancé una mirada interrogativa. ¿Cómo sabes tú mi código de examen?

–¿No te acuerdas? El día que trajiste a casa la tarjeta de examen te hice fotos con ella.

En efecto. A He Jin le encantaba sacar fotos para conmemorar los acontecimientos; aquel día me colocó ante la pared del salón y, con la tarjeta de examen bajo la barbilla, me hizo fotos desde todos los ángulos, de frente, de perfil, como si fuera un delincuente.

–Es impresionante, tío. Felicidades.

He Jin me cogió la mano y la sacudió con fuerza.

Con cada movimiento de la mano, mi madre aparecía y desaparecía: blandiendo la navaja de afeitar, en un charco de sangre con un corte en la garganta, envuelta en una vieja manta, siendo llevada en mis brazos a la azotea, tendida en el balancín, oculta debajo de la mesa de la pérgola.

–Te lo has currado, tío –dijo He Jin, soltando mi mano blanda y echándome el brazo en el hombro. Y, dándome palmaditas en la espalda, agregó–: Estoy muy orgulloso de ti.

Notaba el cuerpo cada vez más rígido. Tenía miedo de abrir la boca y empezar a soltar un torrente de tonterías. Me di cuenta horrorizado de que estaba a punto de llorar; del modo más dramático advertía que mi vida había tocado a su fin. Por mi garganta se deslizaba un hielo del tamaño de un puño, y notaba el estómago helado.

–¿No estarás llorando? –He Jin dio un paso atrás ladeando la cabeza para mirarme–. De alegría, ¿no?

Bajé los ojos. Eso es, de alegría, quiero llorar de alegría. Llorar hasta que me muera.

–Me imagino cómo debes de haberte sentido. ¿Por eso te has puesto a limpiar? ¿Así que el tío más impertérrito del mundo se ha puesto nervioso? Cuando nadabas no eras así. Aunque fuera una competición importante, aunque

tus rivales fueran invencibles, siempre estabas calmado. Como si estuvieras en un entrenamiento.

Tenía razón. En esa época nunca me ponía nervioso ni tenía miedo. En el agua, me sentía fuerte. Cuando dejé ese mundo, me convertí en un estudiante modelo. Y seguía siéndolo. Cualquier madre podría estar orgullosa de un hijo como yo. Y me comportaba bien porque me habían enseñado cómo debía hacerlo. Y quien me lo enseñó no fue otra sino mi madre.

«El mundo se rige por un principio: si empujas, eres empujado. Es mejor no empujar y no te empujarán.»

Yo vivía de acuerdo con ese mandato; nunca había empujado ni a una rata. Mi madre tenía que saberlo. Tenía ojos en la cara, ¿no? Entonces ¿por qué la noche anterior me había empujado a la alcantarilla como si yo fuera una vulgar rata? No se me ocurría que hubiera hecho nada para merecerlo.

–Deberías decírselo a madre –dijo He Jin.

Asentí con la cabeza; seguía paralizado.

–Venga, ¡llámala! Debe de estar de los nervios, rezando para que te admitan.

He Jin parecía pensar que mi limpieza general de la casa y el retiro espiritual de mi madre obedecían a las mismas causas. Se le veía tranquilo ahí de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, y deseoso de compartir esa alegría. Yo también lo estaba; éramos una familia. Era horrible que no pudiera hacer realidad su deseo.

–La llamaré cuando bajes –le solté.

–Vale, pues nada –dijo, pero no se movió. Me observó con mucha atención–. ¿Estás bien...? ¿No te has tomado la medicina?

Dijo las últimas palabras con mucho cuidado, como si temiera herirme. Reviví la ansiedad que sentía ante la posibilidad de un ataque. Llevaba cuatro días sin tomar las pastillas. Una semana antes había sufrido el dolor de cabeza

más terrible y persistente de mi vida, uno de los efectos secundarios de la medicación. Durante varios días tuve el pulso acelerado y pitidos en los oídos, y noté un pincho de metal perforándome el cerebro. Ningún remedio me servía. Esperaba que se me pasara mientras me tumbaba muy quieto; o me tendía boca abajo con la cabeza en las manos, o me arrodillaba y encorvaba, o gimoteaba con la cabeza entre las rodillas, o me apretaba la nuca con las manos cruzadas. Esperé y esperé. Sufrí la alucinación de que la lengua se me hinchaba tanto que me taponaba la garganta. Al cabo de tres días de horror decidí que ya no me importaba sufrir un ataque. No iba a tomar esas estúpidas pastillas nunca más. Estaba enfadadísimo con mi tía, que me las prescribía, y con mi madre, que siempre me estaba vigilando para que me las tomara.

–Eh, Yu Jin.

La voz de He Jin me sacó de mis tribulaciones.

–Sí.

Le miré.

Me señaló un punto detrás de mí. El teléfono.

–Suena el teléfono.

Asentí con la cabeza. Era mi teléfono, que estaba en un cajón de mi escritorio. ¿Quién sería?

–¿No contestas?

El móvil siguió tronando. Me miré los pies.

–Seguramente es publicidad.

–¿Cómo lo sabes desde aquí? Podría ser mamá.

Ojalá. Me habría encantado que mi madre me hubiera llamado desde el retiro. Habría sido maravilloso que me hubiera telefoneado para decirme que yo había sufrido una pesadilla terrible a causa del estrés. El teléfono enmudeció y enseguida volvió a sonar.

He Jin miró la puerta de mi cuarto.

–Mamá debía de saber cuándo salía la lista de admitidos –dijo He Jin. Su lógica había cambiado de «Podría ser mamá» a «Es mamá»–. Debe de estar de los nervios. Contesta.

He Jin parecía querer entrar en mi cuarto y contestar mi teléfono él. Me quedé quieto, mirándolo en silencio. Si había algo que se me daba muy bien era esperar.

–Ahora voy.

Aguantamos diez segundos más frente a frente, mirándonos. Me pareció una eternidad. Sus ojos me interrogaban en silencio: «¿Por qué no vuelves a tu cuarto? ¿Por qué no me dejas entrar en tu habitación? ¿Qué hay dentro que no quieres que vea? ¿Por eso has actuado tan raro esta mañana?». Cerré los ojos y dejé la mente en blanco. Al fin el teléfono dejó de sonar.

–Vale, no hay prisa –dijo He Jin forzando una sonrisa–. Me voy abajo. Prepararé la comida.

Asentí. He Jin se dio media vuelta y se marchó. Cuando oí sus pasos en la cocina entré en mi habitación. Saqué el teléfono móvil del cajón del escritorio. «Vieja bruja», leí en la pantalla. Esa ansiosa llevaba desde las siete de la mañana incordiando, igual que el puto perro del piso de abajo.

Antes de que tuviera tiempo de pensar si le devolvía o no la llamada a mi tía, empezó a sonar el teléfono fijo. No vacilé; lo descolgué para que no contestara He Jin. Si mi tía quería hablar conmigo, él volvería sin duda a golpear mi puerta.

–¿Diga?

–¿Estás ocupado? –me preguntó mi tía.

Su elegante pregunta escondía lo que en realidad estaba pensando: «¿Qué coño estás haciendo que no coges el puto teléfono?».

También yo respondí de un modo educado.

–¿Has comido?

Cuando en realidad me habría gustado decirle: «¿No tienes nada mejor que hacer que estar jodiendo con el teléfono?».

–¿Dónde está tu madre?

Esperaba esa pregunta. En el tono más natural posible le respondí lo mismo que le había contado a He Jin:

–Se ha ido a un retiro espiritual.

–¿A un retiro? ¿Qué retiro?

Al no obtener ninguna respuesta, pasó a la siguiente pregunta:

–¿Adónde ha ido exactamente?

–No se lo he preguntado.

–No se lo has preguntado –repitió.

«He estado hasta las dos de la madrugada buscando por todo el vecindario.» Si mi madre había llamado a mi tía cuando estaba en la calle, mi tía le habría preguntado dónde estaba, pues por el ruido deduciría que no se encontraba en casa. Además la noche anterior había llovido. ¿Le habría respondido la verdad mi madre? ¿Que yo había salido a hurtadillas en plena noche por la azotea, que ella me había seguido pero que me había perdido, y que me había buscado infructuosamente por el vecindario? ¿Le había preguntado a su hermana lo que debía hacer? ¿Qué le había respondido mi tía? ¿Que volviera a casa inmediatamente? ¿O que cogiera el coche y me buscara de modo más concienzudo? Me surgieron dudas adicionales: ¿por qué mi madre había telefoneado a He Jin antes que a mi tía?

–¿Cuándo te ha dicho que volverá? –preguntó mi tía.

Me quedé mirando el teléfono móvil de mi madre que descansaba sobre la mesa. He Jin, Hye Won. ¿Habría pulsado un nombre por otro? Era una posibilidad. He Jin y Hye Won eran consecutivos, ya que mi madre no tenía muchos contactos en su móvil. Por otra parte, hacía tiempo que mi madre tenía la vista cansada. En la calle oscura era fácil equivocarse. De pronto las

canicas que hasta ese momento habían rodado caóticamente se colocaron en hilera. Si mi madre había hecho caso a mi tía y había vuelto a casa, se había cambiado de ropa y había cogido el coche para buscarme, una parte del misterio tenía explicación. Las deportivas mojadas, la llamada de He Jin en plena madrugada, incluso la llave del coche que llevaba en un bolsillo del camisón.

—¿Qué estás haciendo, Yu Jin?

Formalmente era una pregunta, pero tenía más de reproche. «¿No puedes contestar al teléfono?» Me había estado llamando desde primera hora de la mañana, probablemente para saber si mi madre me había encontrado o no. Seguramente estaba al tanto de mi costumbre de escaparme por la azotea cuando dejaba la medicación. Las dos hermanas compartían todo tipo de información sobre mí, era incluso probable que supieran el papel higiénico que usaba cuando cagaba.

—No sé cuándo vuelve —respondí—. No se lo pregunté.

—¿Es que no hablas con tu madre?

Sin duda intentaba averiguar si habíamos discutido la noche anterior. Calculé rápidamente cuánto tiempo tardaría en irrumpir en casa si no lograba contactar con mi madre. ¿Un día? Con suerte dos.

—Cuando me he despertado, mamá ya no estaba.

—Entonces ¿cómo sabes que se ha ido de retiro?

—Dejó una nota en la nevera.

—¿Tu madre? —preguntó con tono de incredulidad.

—Sí —respondí intentando parecer convincente.

—¿Quieres decir que se ha marchado esta madrugada, sin decirle nada a nadie?

—Yo dormía, así que no sé si se ha ido de madrugada o más tarde.

—¿Has dormido hasta tarde? ¿Te acostaste tarde anoche?

¿Qué quería saber mi tía? ¿La hora en que se marchó mi madre? ¿O la hora en que me fui a dormir yo? Debía andarme con cuidado. Esa bruja siempre estaba muy pendiente de cada una de mis palabras. Me tiré un farol.

–Si tienes tanta curiosidad, ¿por qué me llamas a mí? ¿Por qué no la llamas a ella?

–¿Quizá porque ella no coge el teléfono?

Mi tía ponía una voz afectada cuando estaba cabreada. A la vez me estaba advirtiendo de que no contestara a sus preguntas con otras preguntas. De modo que probé con una sugerencia.

–Pues inténtalo otra vez dentro de un rato. A lo mejor no ha oído el teléfono...

–Ya lo he hecho. Tiene el móvil apagado.

O sea que más o menos cuando yo había advertido que el móvil de mi madre estaba apagado, mi tía estaba intentando contactar con ella.

–Pero ¿a qué hora te acostaste?

No tenía por qué responder a todas sus preguntas. Además, aún no me había dicho el motivo de su llamada.

–¿Tienes que hablar con mi madre urgentemente?

–No es urgente, pero sí un poco raro... –se interrumpió.

Yo esperé en silencio.

–Tu madre tenía una cita a las nueve en punto, pero de pronto se ha ido a un retiro. Me parece raro.

¿Era eso cierto? Si mi madre tenía una cita a las nueve, ¿por qué su hermana la había estado llamando desde las siete? ¿Y de ese modo frenético, al fijo y al móvil, una y otra vez? Mi tía estaba mintiendo. Le ofrecí una respuesta banal y al mismo tiempo segura.

–Entonces estoy convencido de que te llamará pronto.

–Es probable –dijo, pero no colgó el teléfono.

Vaciló, como si pensara lo que podía decir a continuación. Yo estaba tan irritado que le hubiera lanzado bazucas por el teléfono. Cuando una voz femenina la llamó «¿Doctora?», mi tía de mala gana dio por concluida la conversación.

–Si hablas con tu madre, le dices que me llame, ¿de acuerdo?

–Sí.

Y como si se le acabara de ocurrir, añadió:

–Por cierto, ¿te estás tomando la medicación últimamente?

–Claro –respondí mientras sacaba la caja de las pastillas del fondo de un cajón.

Quedaban para diez días.

–¿No tienes que pedir una receta nueva?

–No, me quedan para una semana.

–¿Estás seguro de tomártelas bien? Según mis cálculos, deberían quedarte para tres días como máximo.

–Bueno, quizá podrías comprobarlo en el historial –le sugerí.

–Eso haré –dijo, y colgó.

Dejé el teléfono sobre el escritorio y tiré la caja de medicinas. Si mi madre y mi tía eran las carceleras de mi vida, las medicinas eran las cuerdas con que me ataban. En cada momento importante de mi existencia, esas cuerdas me habían apretado los tobillos y me habían derribado. Para ser exacto, todo empezó con las primeras competiciones de natación, la primavera en que cumplí nueve años y quedé primero en mi categoría en la Copa de Natación de Seúl.

Desde el principio del tratamiento sufrí graves efectos secundarios. En una ocasión tuvieron que llevarme a urgencias porque arrastraba las palabras al hablar, me había salido un sarpullido por todo el cuerpo y ardía de fiebre. Tras cambiar varias veces la medicación, acabé con Remote, que era la que

tomaba ahora. No fue una mala elección por parte de mi tía, ya que al menos no tuvieron que llevarme nunca más a urgencias. El único problema del Remote era que siempre notaba una corona de hierro apretándome la cabeza, esposas en las manos y grilletes en los pies. Los dolores de cabeza me dejaban postrado y sufría un permanente zumbido en los oídos. Tenía frecuentes lagunas de memoria. Me notaba aletargado y menos en forma. Al volver a casa del entrenamiento me sentía más muerto que vivo. Sin embargo, mi madre y mi tía no detuvieron el tratamiento; según ellas los efectos secundarios no eran letales. Por lo mismo, tampoco dejé la natación.

Aprendí a nadar en la primavera del segundo curso de primaria. Me inscribí en una actividad extraescolar porque Yu Min se había apuntado. Mi hermano era mucho mejor que yo en todo –notas, redacción, piano–, pero nadaba fatal. Lo odiaba, así que acabó dejándolo al cabo de solo un semestre. En el mismo periodo yo aprendí y llegué a dominar a la perfección todos los estilos. La siguiente primavera, gané un torneo interescolar y, un año después, como representante de mi instituto, me llevé la medalla de oro. La natación era una de las pocas cosas que se me daban mejor que a mi hermano.

Fue mi entrenador quien me aconsejó que me dedicara a la competición en serio. A mi madre no le gustó mucho la idea, pero tampoco se opuso. Más tarde admitió que había creído que yo lo dejaría al poco tiempo, porque me aburriría, me hartaría de entrenar o descubriría que después de todo tampoco se me daba tan bien.

Para su desgracia, no me cansé. Empecé a destacar en competiciones juveniles de ámbito nacional. Al echar la vista atrás advierto que aquellos dos años fueron un periodo favorable, en el que fui totalmente yo, el yo que debía ser desde mi nacimiento. Todo eso fue antes de que mi tía me pusiera en tratamiento y antes de empezar a tomar la medicación. Ambas cosas ocurrieron en mayo de 2000, un mes después de la muerte de mi hermano y de mi padre.

En octubre, mi madre y yo nos trasladamos de Bangbe Dong a Incheon, y el nuevo instituto no tenía equipo de natación. Mi madre me sugirió que lo dejase, pero el agua me gustaba más que nada en el mundo. Gozaba cada instante que pasaba dentro del agua, me encantaba extender los brazos, tocarla, abrazarla, desplazarla al nadar, cuando avanzaba como un tiburón. Me apasionaba competir con lo que se me pusiera por delante, ya fueran los otros nadadores o yo mismo. Me gustaba el momento en que todas las noches me veía subido al más alto de los podios. Era más libre en el agua que en la tierra, y me sentía más cómodo en la piscina que en casa o en el colegio. Era el único lugar en el que mi madre no podía entrometerse; era un mundo exclusivamente mío. En el agua podía hacer cualquier cosa. Lo que fuese, y como quisiera.

Así que insistí, y mi madre aceptó con la condición de que lo dejara si no podía resistir los efectos secundarios de la medicación. Me inscribió en un club de natación llamado KIM, y empezó a vigilarme de cerca. Seguramente el entrenador pensaba que mi madre se desvivía para hacer de mí el mejor nadador posible. Mis compañeros me consideraban un tipo con suerte: tenía una situación económica desahogada, una madre devota, un talento nato. Nadie habría imaginado que en mi interior me consumía de angustia.

Como no era un atleta profesional, debía compaginar la natación con los estudios, y al mismo tiempo, tenía que afrontar los efectos secundarios de las pastillas. Las cosas no cambiaron en la escuela secundaria ni en la preparatoria, sino que fueron a peor. Casi olvidé lo que había sido cuando había empezado a nadar, cuando tenía más energía de la que podía necesitar. Esa situación perduró hasta el mes de marzo, cuando participé en el campeonato nacional de la isla de Jeju.

El primer día perdí una maleta en el vestíbulo del hotel. La había dejado en una silla para ir al lavabo, y al salir ya no estaba. Contenía la caja de

medicinas, el mp3, unos auriculares, una videoconsola y mi cartera. Haber perdido todas esas cosas era irritante, pero el hecho de quedarme sin medicinas era un verdadero problema. La solución correcta habría sido llamar a mi madre para pedirle que me trajera más. Ella se alojaba en un hotel cercano; en ningún caso hubiera sido una misión imposible: si mi madre hubiera tenido que ir en barco o en avión a casa a buscar las medicinas, lo habría hecho.

Uno no siempre escoge el camino correcto si este supone un fastidio. Así que bajé un poco mi listón ético y encontré una solución simple a mi problema. Bastaba con no tomar las medicinas. Por unos días no pasaría nada. Hasta entonces nunca se había producido aquello que tenía siempre en vilo a mi madre, y de paso me ahorraría una reprimenda suya por algo que no era culpa mía. Tampoco le conté al entrenador que había perdido la maleta; si le contaba que me había quedado sin las medicinas, debería explicarle por qué las tomaba. Dado que el Remote no daba positivo en el antidopaje, no había tenido que hablarle del asunto al entrenador, que ni siquiera sabía que yo iba al psiquiatra. Mi madre había decidido mantener al entrenador al margen. Le habíamos hecho creer que yo asistía a una consulta de psicología deportiva en el hospital de mi tía.

Aquella noche dormí más profundamente que nunca. Al despertarme, tenía la mente clara y no me dolía nada la cabeza. Me sentía ligero y animado; seguro de mí mismo y capaz de cualquier cosa que me propusiese. Por una vez, pasé un día tranquilo. Gracias a mis renovadas energías, en las eliminatorias de 1.500 metros mejoré siete segundos mi plusmarca personal y establecí un nuevo récord para esa distancia. En realidad, en ese momento no estaba seguro de si mis logros se debían a no haber tomado las pastillas o a una coincidencia. Aunque no me quitaba de encima el temor a sufrir un ataque, disfruté de esa peligrosa locura hasta el final de la competición. Fui medalla

de oro en 800 metros y en 1.500 metros estilo libre. Mi entrenador estaba estupefacto. Me aclamaron como una joven estrella que había irrumpido igual que un cometa.

Cuando llegué a casa, ya sabía que mi espantoso estado físico se debía a la medicación. Empecé a tomar las pastillas y mi cuerpo volvió a su aletargamiento habitual. Interrumpí de nuevo la medicación para comprobar mi teoría, y al segundo día volví a sentirme exaltado y lleno de energía; igual que durante la competición. Recordé cómo era cuando entrenaba en el equipo juvenil, antes de empezar a medicarme. Pronto estuve seguro de que el hecho de dejar la medicina un par de días no me provocaría un ataque.

Un mes más tarde, fui con mi madre a Ulsan para participar en la competición de Dong-A, en la que los nadadores se clasificarían para los Juegos Asiáticos de Doha. El nombre de Han Yu Jin estaba en el candelero. ¿Podría ese chico, que había batido todos los récords en las preliminares, demostrar su talento una vez más? ¿Se clasificaría para Doha a la tierna edad de quince años?

Yo estaba preparado. Me había entrenado intensamente y estaba en la plenitud de mis fuerzas, pues había interrumpido el tratamiento unos días antes. Confiaba en clasificarme para Doha. En la primera eliminatoria, la de 800 metros, llegué el primero. Pero el público del pabellón murmuró inquieto: no porque hubiera quedado en el primer puesto, sino por el hecho de que no apareciera en los rankings. «DSQ», se leía junto a mi nombre. Descalificado. Al parecer había movido una pierna antes de la señal de salida. Salida nula. No me había dado cuenta de que estaba descalificado hasta que acabó la carrera. Ni siquiera me había dado cuenta de que había movido la pierna.

Al día siguiente, cuando se celebraban las eliminatorias de 1.500 metros, permanecí sentado en el suelo, con náuseas, sudores fríos; un nudo del tamaño de un puño se me bamboleaba en el estómago y la saliva se acumulaba en mi

boca. No podía ser una indigestión; no había comido nada. Imaginé que sería consecuencia del shock que había sufrido al ser descalificado. Intenté olvidar la pesadilla de los 800 metros. Me puse a contar, escuché música, me concentré en la siguiente prueba. El estadio hedía a un olor metálico, pero yo lo atribuí al sudor de la gente que llenaba el graderío.

Un breve silbido. Respiré hondo y me quité la ropa. Un silbido largo. Fui al bloque de salida. «A sus puestos.» Doblé las rodillas y me incliné. Enlacé las manos por encima del bloque de salida y alcé los ojos para mirar el agua. Había un agujero. Parecía el desagüe de un lavabo. El agua negra se arremolinaba con violencia alrededor del agujero, girando como una peonza. El agua, girando cada vez más rápido, desaparecía por el agujero, que aumentaba de tamaño. El sumidero se convirtió en desagüe, el desagüe en alcantarilla, y finalmente en una cloaca capaz de engullir un coche. Las corcheras que delimitaban las calles se retorcían y contorsionaban como enormes serpientes; mi calle se volvió más ancha. El agua despedía un olor metálico.

«Esto no es real –dijo la voz optimista–. Tienes visiones porque no estás bien. No tengas miedo.» Me volví y vi todo el estadio convertido en una vorágine; la gente había desaparecido de las gradas y unas cintas negras giraban y se arremolinaban alrededor del extremo más alejado. ¿Era así como se sentía un corredor de Fórmula 1 corriendo a toda velocidad en un circuito? Sentí que el nudo del estómago crecía y subía por mi garganta. «¡No!», gritó una voz en mi cabeza. En ese momento sonó el pistoletazo de salida.

¡Bang!

Me lancé hacia el centro de la vorágine de agua negra. Cuando salí a la superficie empecé a nadar pero mi cuerpo se negaba a avanzar. Daba vueltas sin cesar en torno al remolino, como si estuviera yéndome por un desagüe. Las corcheras ya no se retorcían, sino que rodeaban mis extremidades como

resbaladizas culebras de agua. Empecé a jadear. Mi cuerpo se zarandeaba a uno y otro lado, como si fuera a darme la vuelta y quedarme flotando. No podía apartar los ojos del fondo del torbellino; era un vacío descomunal y oscuro. Agité los brazos para agarrarme a algo. En ese instante me quedé sin respiración.

Me di cuenta de lo que ocurría. Entendí la situación de un modo racional, pues nunca la había experimentado antes. Eran los síntomas previos a un ataque epiléptico, una catástrofe que yo mismo había provocado. El destino no olvida nunca su cometido; alguna vez mira para otro lado, pero solo alguna vez. Las cosas que han de llegar acaban llegando; aquello que ha de suceder al final sucede. El destino me había enviado a su verdugo para cumplir de forma fulminante su sentencia. Era el momento más importante de mi vida que iba a terminar del modo más cruel.

En ese instante podía resistir hasta el final y precipitarme en el enorme vacío o salir de la piscina y escapar. Elegí la segunda opción. Rocé el panel táctil con la mano, lo agarré y me detuve de golpe. Salí de la piscina de un salto, arrojé el gorro y las gafas al suelo y me marché. El entrenador me gritó, pero yo no me volví. La verdad es que no tenía ni tiempo ni energía para girarme. A mi alrededor todo empezó a oscurecerse. Podía verme a mí mismo con los ojos en blanco, espuma en la boca, retorciéndome y enroscándome. Tenía que salir de allí antes de que me ocurriese aquello en presencia de tantos espectadores. No podía pensar. No sabía adónde iba. Me dejaba llevar por mis pies. Por fin, llegó el momento. Fue como si en mi cuerpo hubiera estallado una bomba. Todo se volvió blanco, como un campo nevado, y los circuitos de mi cerebro se apagaron.

Más tarde mi madre me contó que me había encontrado en una esquina del aparcamiento subterráneo dormido, roncando y todo sudado. Y que en cuanto me desperté me metió en el coche y me sacó del lugar sin decirle nada a nadie.

Cinco horas después llegamos al hospital de mi tía. En lugar de explicarle a mi entrenador lo que había sucedido para intentar pensar en una estrategia, me encontré sentado ante mi tía, que me preguntaba por qué había dejado de tomar las pastillas.

No se divulgó que yo era un epiléptico que había sufrido un ataque durante la carrera. Estaba descalificado y no se me permitía participar en la siguiente competición. Y por supuesto, no me había clasificado para Doha. Tanto el entrenador como el director del centro estaban que trinaban. Mi nombre estaba en boca de todos ya que las cámaras que transmitían el evento por televisión habían filmado al chico loco que había escapado de la piscina en plena carrera. El interés periodístico aumentaba por el hecho de que yo había sido una estrella incipiente salido de la nada.

Aun así, lo que había ocurrido no significaba que tuviera que dejar la natación; si me sinceraba con mis entrenadores, ellos se compadecerían de mí y me darían otra oportunidad. Y eso deseaba hacer. No me daba miedo hablarles de mi enfermedad; pasaría un momento incómodo, pero seguir nadando era lo más importante para mí. Deseaba volver a deslizarme a toda velocidad en el agua. Estaba dispuesto a sincerarme. Aunque pasara el resto de mi vida encadenado y constreñido por el Remote, no me quejaría.

Estaba seguro de que mi madre se pondría de mi lado. Había dedicado su vida a apoyar mis ambiciones de nadador. Sabía lo duro que había entrenado. Sabía más que nadie lo importante que era nadar para mí. Pero la sobreestimé. Sacó a relucir la promesa que le había hecho cuando empecé a nadar y me dijo que se había acabado. Añadió que había tomado esa decisión cuando me había sacado en coche del pabellón. Parecía que hubiese estado esperando que aquello sucediese.

Nada funcionó. No hubo pretexto ni súplica que la hiciera cambiar de opinión. Me arrodillé ante ella, sollozando, protestando, preguntándole si se

avergonzaba de que fuera epiléptico. La amenacé con dejar los estudios. Empecé una huelga de hambre hasta que caí en redondo. El entrenador vino a casa después de recibir la noticia de que yo dejaba la natación, pero mi madre no lo dejó traspasar el umbral. No cedió ni cuando su querido He Jin abogó por mí. Mi madre era una dama de hierro que no titubeaba ante nada, nada la ablandaba, nada la cambiaba.

Incluso fui a hablar con mi tía solo por primera vez. Lo único que tenía era epilepsia, le dije; no iba a venirme abajo y morirme si seguía nadando después de los quince. Era muy injusto. Mi tía me escuchó con una sonrisa en los labios. «Lo sé –replicó–. Pero entonces ¿por qué dejaste de tomar las pastillas?»

En el mundo hay gente a la que es imposible amar. Incluso cuando sonríen, hacen que solo quieras tirarles de las comisuras de la boca y arrancársela. Me rasqué las rodillas con el índice, y jugué mi última carta. Le pedí que no se lo contara a mi madre y se lo confesé todo. Fue la primera vez que expliqué a alguien por qué había interrumpido la medicación. Y también la primera vez que hablé con sinceridad sobre mí, sobre mis sueños, sobre mi necesidad de nadar, sobre mi deseo de no claudicar ante mi discapacidad. Le supliqué a mi tía que hablase con mi madre.

Al día siguiente, mi madre me llamó al salón. Nunca había estado tan nervioso. Cuando me senté ante ella y me miré las palmas de las manos sudadas, los párpados me temblaban.

–Si sigieras nadando, podrías sufrir un ataque epiléptico en el agua...

Su voz era suave y al mismo tiempo transmitía firmeza.

Todo empezó a girar a mi alrededor. Eso no ocurrirá, quería decirle, pero mi boca se mantenía cerrada.

–Quien ha cruzado una línea una vez volverá a cruzarla. Sabes lo que hay en

el otro lado, por lo que dejarás de tomar las pastillas una y otra vez. Sabes que te sientes mucho más ágil y que puedes batir récords.

Miré a mi madre a los ojos. Me di cuenta de que ella nunca cambiaría su decisión. Y de que mi tía no había cumplido su promesa.

–Tengo miedo –dijo. Le temblaba la voz y parecía a punto de romper a llorar–. Tengo tanto miedo que no sé qué hacer. Tu hermano y tu padre se ahogaron en el mar, ante mis ojos. Aquel día, en la piscina de Ulsan, creí que te perdía a ti también. El único hijo que me queda.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Apreté los dientes. No compartía su miedo, pero podía entenderlo. Era normal que tuviese miedo, pero ¿por qué tenía yo que sacrificarme por su miedo? Ya tomaba las pastillas a pesar de los terribles efectos secundarios. ¿Por qué no podía ella verme nadar a pesar de su miedo? Así estaríamos en paz, ¿no?

–Así que se acabó. No hay nada más que decir.

Mi madre me borró del centro de natación. Lo dejé. Metí en una caja de cartón los objetos relacionados con la natación: medallas, álbumes con recortes de noticias, fotos, la ropa de competición, hasta las toallas. Subí la caja a la azotea y le prendí fuego. Quise preguntarle: «¿Estás contenta?».

Volver a ser un estudiante normal no fue tan duro como había pensado. Siempre había compaginado la natación con los estudios, así que seguí yendo al instituto como siempre. No hice ninguna escena. Si no podía convertirme en el primero de la clase, me resultaría fácil ser un buen estudiante. Entonces mis aspiraciones consistían en vivir del cuento el resto de mi vida, chupándole la sangre a mi madre. Sería mi venganza.

Pero la primavera siguiente cambié de parecer. Estaba hojeando tranquilamente un libro en la habitación de He Jin cuando un párrafo excitó mi imaginación:

En un juicio deben considerarse dos aspectos. En primer lugar, hay que preguntarse si las pruebas

presentadas por la acusación son o no suficientes para juzgar la culpabilidad del acusado. Nada de eso tiene relación alguna con la ética; la moralidad no sirve para dilucidar la culpabilidad. La segunda cuestión, una vez que se ha determinado la culpabilidad, consiste en saber si la sentencia es apropiada. En este punto es importante entender el tipo de vida que tenía el defendido, por qué experiencias pasó y qué problemas afrontó.

El autor del libro era un abogado que afirmaba haber defendido a un médico famoso que había matado con un hacha a su mujer después de cuarenta años de matrimonio, a un ladrón con suerte que obtuvo clemencia después de haber robado un banco dos veces, a una guapa chelista que ahogó a su hermano pequeño en la bañera antes de intentar ahorcarse. Me pareció que según el autor la moralidad consistía en pintarlo todo de un modo que beneficiara al acusado. Leí otros libros parecidos. Me atraían las historias de resoluciones judiciales inesperadas. Es posible que mi interés fuese motivado por la frustración de no haberme sabido defender de mi madre cuando me obligó a dejar la natación. O quizá me gustaba ese nuevo enfoque de la moral. En cualquier caso, lo importante fue descubrir que había en el mundo algo que me interesaba aparte de la natación. Cada vez que un crimen abyecto despertaba la indignación del país, me descubría actuando de abogado defensor invisible y pensaba: «En su lugar yo lo pintaría así. Después de todo ser fiel a la realidad no es la única manera de pintar un cuadro».

Por supuesto, sabía que no se trataba solo de pintar un cuadro. Para hacerlo de verdad tenía que convertirme en abogado. Y para ello debía ir a la facultad de derecho, y para entrar en ella era conveniente que me apuntara a un curso preuniversitario, y para hacerlo tenía que estudiar duro. De no haber sido por He Jin, yo ni lo habría intentado. Me ayudó durante el largo proceso de solicitudes y denegaciones de admisión hasta que finalmente, al año siguiente, conseguí entrar en la universidad que había escogido.

Desde entonces permanecí fiel a mis objetivos. Puse todo mi empeño en conseguirlo, igual que cuando nadaba. Quizá más. Ahora, mientras

contemplaba los brillantes resultados de todo ese trabajo, volvía a encontrarme indefenso ante el verdugo que me enviaba el destino. Por supuesto, la culpa era solo mía; había cometido el mismo error que a los quince años, cuando me había arruinado la vida. Pero como mi propio abogado defensor, quería preguntarle al verdugo: «Después de vivir dieciséis años con un espantoso dolor de cabeza, un permanente pitido en los oídos y los músculos aletargados, ¿no querrías tú también tener unos días de felicidad? ¿Quién no se volvería loco si viera su vida reducida a cenizas por unos pocos días gozosos?».

Cogí la caja de medicinas y la tiré al cubo de la basura. Tenía que encontrar la verdadera razón de que mi vida hubiera quedado reducida a cenizas. Tenía que pintar mi propio caso. Y tenía que hacerlo rápido, pues He Jin me estaba esperando en el piso de abajo, y mi tía podía irrumpir en casa en cualquier momento. Como un pollo enfermo al que le va estallar la cabeza y le pitan los oídos, era incapaz de pensar en nada. Mi mente y mi cuerpo debían instalarse en ese espacio feliz, por muy peligroso que fuera.

Comencé limpiando mi cuarto. Metí en un cajón las cosas que tenía sobre el escritorio. Colgué en el armario la cazadora y el chaleco, y de paso me guardé para mí la autocompasión. Metí en la bañera la ropa y los calcetines que había usado la noche anterior, las sábanas ensangrentadas; le di la vuelta al colchón para ocultar el mapamundi que había dibujado la sangre. Más adelante tendría que ocuparme de aquellas cosas; lo mejor sería tirarlas, quemarlas o enterrarlas. O como mínimo lavarlas.

Limpié la sangre del suelo, de la puerta, del pomo con la mopa sucia que había subido al cuarto. Lavé en el baño la escoba y el cubo, y luego los llevé a la azotea con la bolsa de basura. Tiré la bolsa a un bidón circular con tapa que estaba junto al grifo; mi madre utilizaba ese bidón para preparar el *kimchi* en invierno o para recoger agua. Dejé la escoba y el cubo al lado del grifo.

Conecté la manguera al grifo y regué la terraza para quitar las huellas de sangre del suelo, de la pérgola, del columpio y de la mesa.

Cuando acabé, el sol de invierno asomaba su pálido rostro en medio del cielo gris. El aire seguía siendo glacial. Me froté las manos heladas y me encaminé de vuelta al cuarto.

«¡Yu Jin!» El grito de mi madre se me clavó en la nuca.

Me quedé petrificado. Oí el rumor del río que burbujeaba desde las profundidades de mi memoria. Cerré los ojos y vi la luz amarillenta de la farola y a mí mismo corriendo bajo la lluvia. El grito de mi madre resonó en la niebla y desapareció en la oscuridad. Una lona que cubría una obra se agitó produciendo un fuerte ruido.

Abrí los ojos. Las imágenes se disiparon. Volví a mi cuarto, y dejé abierta la puerta de la terraza. El olor de la sangre tardaría tiempo en desaparecer del todo. El teléfono móvil sonó. Era un mensaje de texto. He Jin.

«A comer.»

Sentí un arrebato de irritación que enseguida se esfumó. Miré la hora. 13.01. Si no le contestaba inmediatamente, He Jin subiría de nuevo.

«Ahora bajo.»

Recorrí el cuarto con la mirada. A excepción del intenso olor a sangre y de la cama sin hacer, tenía el aspecto habitual. Me lavé los pies y me miré al espejo para asegurarme de que tenía la cara limpia. De mi padre había heredado el cabello recio y abundante y la frente curvada; de mi madre los ojos negros y las orejas de soplillo. Mi reflejo era la persona que hasta entonces había pensado que era «yo», pero ahora me parecía un extraño. Como un homo sapiens que había abandonado África cuarenta mil años atrás para desembarcar en Europa, yo tenía un aire perplejo, brutal e inseguro.

Me lavé la cara, frotando a conciencia para borrar ese rostro ajeno. La cara me dolía. Mi vida había quedado reducida a un montón de cenizas. Saqué una

toalla limpia y me sequé la cara. La tiré al suelo y la pisé para secarme las plantas de los pies. El tacto áspero de la toalla me devolvió al presente. «He Jin me está esperando.»

Cuando llegué a la cocina, He Jin estaba junto a los fogones sazonando el caldo con el cucharón en la mano.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿No has dicho que tenías mucha hambre?

Sobre la mesa había dispuesto varios acompañamientos, huevos al vapor en una cazuela de barro y una cuchara. Apenas me hube sentado, colocó ante mí una sopa de algas y un cuenco de arroz blanco.

—¿Y tú?

—¿Me tomas por un cerdo o qué? Acabo de comer fideos. No me cabe nada más.

Miré mi cuenco lleno de algas y trozos de carne pero con muy poco caldo. Mi madre me preparaba así la sopa: su hermana me había prescrito una dieta baja en sal.

—Deberías estar emocionado —dijo He Jin—. He cocinado este plato yo solito, para ti. Bueno, la carne y las algas ya estaban.

Se sentó ante mí con un café en la mano. Llevaba vaqueros, camisa blanca, un suéter azul marino de cachemira regalo de mi madre. Así se vestía para salir de casa.

Agarré los palillos, tomé una hoja de alga y me la embutí en la boca reseca. Estaba caliente y resbaladiza, pero no sabía a nada. Debería haberla condimentado un poco más; ¿qué había hecho tanto rato con el cucharón en la mano?

—¿Has hablado con mamá?

—Tiene el móvil apagado —respondí, negando con la cabeza—. Debe de estar rezando.

—¿Ah, sí? Quizá se le ha acabado la batería y no se ha dado cuenta.

Asentí con la cabeza.

–Entonces ¿cómo podemos hablar con ella? –insistió–. ¿Llamando al centro de retiro? ¿Te dijo a qué centro iba?

–No te preocupes. Yo me encargo –repliqué–. En cuanto acabe de comer.

He Jin abrió la boca, pero la cerró sin decir nada. Yo me metí en la boca otra hoja de alga.

–Come arroz también –dijo He Jin–, no solo algas. Ni que acabaras de dar a luz.

–¿Te vas otra vez?

He Jin se miró el jersey.

–Sí. Nada, a ver a alguien del colegio.

–¿Dónde?

–En el aeropuerto, en Kimpo. Sale para Tokio por la tarde y le tengo que llevar una cosa.

–Pues vete ya –respondí, cuidándome de no revelar alivio en mis palabras.

–Tengo tiempo.

–Ah.

Me metí la tercera hoja de alga en la boca.

–¿Has oído la noticia?

–¿Cuál?

–Ha habido un asesinato cerca de aquí.

Alcé la mirada. La gruesa y larga hoja de alga culebreó en mi garganta. La tragué de golpe, con los ojos llorosos. ¿Un asesinato?

–¿Dónde?

–En el puerto.

–¿En la zona de recreo cerca del malecón?

He Jin asintió con la cabeza.

–De camino, vi que había un grupo de gente en el malecón mirando hacia

abajo. Y la carretera estaba llena de coches de policía. Así que me detuve para ver qué pasaba. Ya me conoces, soy muy curioso.

Contuve el impulso de decir «¿Y qué pasaba?», y me llevé a la boca una cucharada de arroz.

–Resulta que el muelle estaba precintado –prosiguió–. Por lo que parece, esta mañana la persona que vende los billetes de barco encontró un cuerpo atrapado en la cuerda de amarre del ferry. –He Jin hizo una pausa y agregó–: Por lo visto era una mujer joven.

Sentí un extraño escalofrío en las costillas, como si una mano helada me atenazara el pecho. Sin dejar de masticar, respondí:

–No porque hayan encontrado el cadáver de una mujer significa que la hayan asesinado. Podría ser un suicidio o un accidente.

–Si fuera un suicidio o un accidente, ¿crees que habría todo ese despliegue policial? Las circunstancias no...

Se interrumpió.

En su habitación sonaba un móvil. «Mírame solo a mí. Siempre estás ocupado...» Al levantarse para correr hacia su cuarto He Jin estuvo a punto de tirar la taza al suelo. Cogí otra hoja de alga con los palillos y le oí decir:

–De acuerdo, tía... Sí, un momento...

Cerró la puerta. Ya no pude oír nada más. Fuera lo que fuese, perdí el apetito. Mi tía acababa de llamar a He Jin y este había cerrado la puerta para hablar con ella. Intenté recordar si eso había sucedido antes. Probablemente no. He Jin no era el tipo de persona que mantiene conversaciones por teléfono en secreto. Cuando estaba en compañía de alguien, contestaba al teléfono en voz alta y clara; creía que era un gesto de educación. Ahora habría sido más propio de él descolgar el teléfono y volver a la cocina para hablar delante de mí. Que se hubiera encerrado en su habitación y puesto a cuchichear

significaba que mi tía se lo había pedido. ¿De qué querría hablar con él para pedirle que bajase la voz?

Dejé los palillos en la mesa y repasé la conversación que hacía un rato había mantenido con mi tía. Quería asegurarme de que no hubiese nada incoherente con lo que le había contado a He Jin.

He Jin salió de su cuarto diez minutos después. Llevaba la bolsa de la cámara al hombro y la parka en la mano. Me puse de pie.

—¿Sales ya?

He Jin se volvió y me miró.

—Perdona por no acompañarte mientras comes —se disculpó como si lo hiciese en todas las comidas de todos los días.

Con las manos en los bolsillos me acerqué a He Jin.

—¿Y qué dice la tía?

—¿Eh? ¿La tía?

Apretó los labios y desvió la mirada.

—¿No acabas de hablar con la tía?

—No. —He Jin se volvió y abrió la puerta del recibidor. Tenía la nuca enrojecida y empezaban a sonrojársele las orejas—. No, era la mujer que llevaba el catering cuando rodamos *Clases particulares* —dijo como si de repente recordara la «tía» con la que acababa de hablar—. Nos hemos enrollado un poco. Es normal, ¿no? Estuvimos tres meses juntos en la isla.

«¿Y quién dice que no sea normal?», pensé apoyándome en el marco de la puerta.

De espaldas a mí, He Jin metió los pies en los zapatos y se agachó para atárselos. De pronto se detuvo indeciso. Se enderezó con algo en la mano.

—¿Qué es esto?

Extendí la mano para coger el objeto sin saber qué era. Un pendiente. Un pendiente de perla.

–¿Qué hace esto aquí? –murmuró He Jin mirando el pendiente en la palma de mi mano, con el reverso de metal provisto de una varilla para pasarla por el agujero del lóbulo—. No es de mamá, ¿verdad?

No lo era. Mi madre no tenía agujeros en las orejas y casi nunca llevaba pendientes. No le gustaba ponerse joyas. Solo la pulsera que llevaba en el tobillo la noche anterior. He Jin lo había encontrado lejos de la puerta de entrada, por lo que no podía haber rodado desde el exterior. A alguien se le habría caído en el punto donde había aparecido.

Con independencia de a quién se le hubiera caído o cuándo, el pendiente en sí no tenía nada de especial. Pero el tacto de la superficie suave y redonda me inquietó. Para ser más preciso, lo que me inquietó fue el *déjà vu* que me produjo ese tacto. El corazón se me aceleró. ¿Dónde había tocado yo algo parecido? ¿Cuándo? Acaricié la perla con el pulgar y miré a He Jin.

–Lo llevaré al cuarto de mamá. Ella sabrá lo que hacer con él.

He Jin asintió y se dirigió a la puerta del piso. Me puse las zapatillas y lo seguí.

–¿A qué hora volverás?

–Pronto. –Abrió la puerta y, dirigiéndose al ascensor, agregó—: Descorcaremos una botella de champán sin alcohol o lo que sea. Y cuando vuelva mamá lo celebraremos de verdad.

Me quedé en el umbral, manteniendo la puerta entornada con el hombro. El ascensor estaba bajando al portal desde la planta veintitrés; tardaría cinco minutos en subir a nuestro piso. Para He Jin, que no sabía mentir, serían cinco minutos muy incómodos. Sin decir palabra, empezó a bajar por las escaleras. Cuando llegó al rellano inferior, alzó una mano. El gesto podría haber

significado cualquier cosa. Vuelvo enseguida, nos vemos dentro de un rato, entra en casa, o no tengo tiempo de esperar al ascensor.

He Jin desapareció escaleras abajo. En la planta veintidós, Hello empezó a ladrar. Miré el pendiente que tenía en la mano. El cierre de metal se me había clavado en la palma. Lo cogí con dos dedos como un joyero y lo examiné. No se le había caído a nadie de la oreja, pues tenía el cierre encajado en la varilla. Seguramente se le habría caído a alguien del bolso o del bolsillo, lo que significaba que ese alguien reunía dos condiciones: había estado en el piso y llevaba pendientes.

¿Podía ser mi tía? Aunque no sabía si tenía agujeros en las orejas, sí recordaba que cada vez que la veía llevaba pendientes diferentes. Dos gemas rojas que titilaban como lágrimas, unas coronas pegadas a los lóbulos, unas estrellas con reflejos azulados... Bien podría haber perlas entre ellos.

Los ladridos de Hello cesaron. Cerré la puerta del piso, me quité las zapatillas en el recibidor y entré. Oí un ruido extraño, como el que hace un guijarro al caer al suelo y rodar. Me recordé sacando las manos de los bolsillos de la cazadora de «Clases particulares». Allí mismo. La noche anterior. Acababa de quitarme las zapatillas de deporte. Había mirado el suelo buscando el origen del sonido, pero no había podido recoger lo que fuera que se me había caído porque tenía a mi madre pegada a la espalda. Ahora sabía lo que era... pero ¿qué era?

Abrí nuevamente la mano y volví a mirar el pendiente. Sentí un pinchazo en la nuca. No podía ser esto. El reloj del salón dio las dos de la tarde. Me metí el pendiente en un bolsillo del pantalón. Estaba muy nervioso. Tenía la imaginación desbordada.

Una vez en el salón salí al balcón y abrí todas las ventanas, que He Jin había cerrado. El olor a lejía seguía en toda la casa. Había rastros de sangre y huellas de manos probablemente todavía visibles en las paredes del pasillo

del piso superior, en las paredes de la escalera y de los rellanos, y en partes del salón, en la parte superior del marco de la puerta del dormitorio de mi madre, en la pata de la vitrina de la esquina, incluso en la foto de familia y en la esfera del reloj. Como si descubriera un insecto, clavé la mirada en una gota de sangre que había salpicado al reloj. ¿La habría visto He Jin? Él era capaz de distinguir una mosca volando sobre la vitrina de la esquina desde el umbral de su habitación.

Concluí que no la había visto. De lo contrario, me habría dicho algo como: «¿Has matado un cerdo en casa?». Hurgué en el botiquín hasta encontrar una botella de medio litro de agua oxigenada, de la que quedaban unos dos tercios. Vací un espray de ambientador y lo llené de agua oxigenada. Comencé a pulverizarlo todo metódicamente, empezando desde la puerta del cuarto de mi madre. Allá donde había una salpicadura de sangre, se formaba una espuma blanca, como de moho. Después de limpiarla con un trozo de papel higiénico, lo tiraba al inodoro. Así fui buscando y limpiando cuidadosamente los restos de sangre en la vitrina, la mesa, la escalera, el pasillo del piso superior.

Arrastré mi colchón a la planta inferior y lo sustituí por el de mi madre. Era imposible quitarle las manchas de sangre, pero pensé que tenía sentido que los rastros de mi madre estuvieran en su habitación. No sabía si serían una noche o dos, pero no me apetecía dormir encima de su sangre. Por fortuna, los colchones eran del mismo tamaño. Extendí la manta en su cama y me quedé helado.

«Adónde habrá ido ese chico.»

La voz de mi madre. Sonaba tranquila y equilibrada, como si estuviera leyendo un libro en voz alta, su diario. Era allí donde había visto esa frase. Y era lo mismo que había estado preguntándome todo el día. ¿Adónde había ido yo esa noche? ¿Qué había hecho durante dos horas y media?

«Estoy segura de haberlo visto.»

¿Y después qué más decía? No lo recordaba bien. ¿«Tengo frío», o «Tengo miedo», o quizá «Estoy aterrorizada»? Seguramente una de esas tres frases.

Al salir del cuarto de mi madre empecé a tiritar. El salón estaba helado. Cerré todas las ventanas y di un último vistazo al salón para asegurarme de que no me había dejado nada. Todo estaba limpio. Corrí al piso de arriba. Me senté al escritorio y saqué el diario del cajón. No había acertado, pero tampoco me había equivocado del todo. No era una de las tres frases, sino las tres a la vez.

«Tengo frío, miedo, estoy aterrorizada.»

Lo del frío tenía sentido. La noche anterior había llovido y estábamos en pleno invierno; si no hubiera tenido frío habría sido un oso polar. Pero ¿tengo miedo y estoy aterrorizada? Una noche de invierno no despierta ese tipo de emociones. No podía tener miedo y estar aterrorizada por culpa de su hijo. Seguramente desaprobaba lo que yo estaba haciendo, fuera lo que fuese, pero no tenía por qué estar asustada. Así que, deduje, con «Estoy segura de haberlo visto» no se refería a mí.

«Ha habido un asesinato cerca de aquí.» Eso había dicho He Jin. «Por lo visto, era una mujer joven.»

¿Era eso lo que había visto mi madre? ¿Había presenciado la muerte de esa mujer joven? ¿Y dónde había sido? ¿En el puerto? ¿En el malecón? ¿En el paseo del río? No era imposible que el cuerpo hubiera aparecido en el muelle. El río Dong Jin discurría entre los dos distritos de la ciudad y las esclusas del puerto se abrían de la medianoche a la una. Podían haber asesinado a la mujer y arrojado su cuerpo al río durante ese intervalo, cuando el agua retenida durante todo el día irrumpía en el océano, seguida del enorme caudal del río.

Oí un ruido a mi espalda, como un palo rascando el suelo de madera. O el chirrido del columpio meciéndose con el viento. Me levanté y abrí la persiana. Repentinamente se había hecho de noche. El farol de la pérgola estaba

encendido y mi madre se hallaba sentada en el columpio. Tenía las manos cruzadas sobre el vientre, la cabeza apoyada en el respaldo, y parecía contemplar el cielo oscuro. Era como si estuviera descansando un rato. Su camión blanco revoloteaba cuando el viento sacudía el columpio. Los pies desnudos rozaban el suelo de la pérgola. La herida debajo de su barbilla se abría como una boca roja, como la de un Joker.

¿De verdad no te acuerdas?, preguntó el Joker.

Es una alucinación, pensé, pero me sorprendí diciendo:

—¿No me acuerdo de qué?

Tú también lo viste, respondió el Joker.

—¿El qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?

La conversación terminó igual que siempre: la alucinación no respondió. Pero recordé las extrañas imágenes que habían danzado ante mis ojos. La luz amarilla de la farola, las oscuras sombras del agua del río que corría y se arremolinaba a mis pies, el paraguas carmesí volteado y enganchado en un árbol de la mediana, la lona ondeando al viento.

Sentí un pinchazo en la nuca. Esas imágenes no tenían nada que ver con el muelle del ferry o el paso cebra del malecón. Las farolas que había allí tenían bombillas LED que daban una fría luz blanca. En la mediana del malecón no había árboles ni solares en obras con lonas alrededor. El océano estaba a un lado del malecón y en el otro estaba el paseo junto al río, con bloques de apartamentos y edificios. El único lugar donde el agua podría haberse arremolinado a mis pies era ese paseo. No sabía hasta dónde llegaba, pero tampoco parecía un dato que fuera a servirme de mucho. Probablemente vi esas imágenes justo antes del ataque; había tenido experiencias parecidas en el pasado.

Había llegado a una conclusión, pero eso no me levantó el ánimo. Me sentía como si hubiera visto fugazmente el camino del infierno. Un mal presagio se

cernía sobre mí. En mi mente la voz pragmática cotorreaba como un pájaro carpintero: «¡Eso no puede ser! ¿Para qué recordarías escenas sin sentido en cuanto abrieras los ojos? En esas imágenes tiene que haber algo. Algo frío, temible y aterrador». ¿Había visto algo la noche anterior? De pronto oí la voz del hombre que cantaba en la oscuridad:

Una mujer inolvidable bajo la lluvia...

No me la quito de la cabeza.

Cada vez estaba más confuso. En lugar de respuestas, las preguntas se acumulaban como un gigantesco montón de chatarra. Cerré la persiana y me dejé caer en una silla. Noté que se me clavaba algo afilado en la entrepierna. Lo saqué del bolsillo. Se me había olvidado. Era el pendiente de la perla.

Dejé el pendiente en el escritorio y cogí el móvil. Abrí un navegador y tecleé unas palabras: «Kundo. Joven muerta».

Aparecieron varias páginas de noticias. Abrí la primera, un artículo de *Yonhab News*:

HALLAN JOVEN MUERTA EN EL MUELLE DE KUNDO

En torno a las ocho de la mañana de hoy han hallado el cadáver de una joven en el muelle del ferry cercano al malecón de Kundo, en Incheon. Según fuentes policiales, el vendedor de billetes descubrió el cuerpo sin vida enganchado a una cuerda de amarre. Se ha identificado a la fallecida como B, de veintiocho años y residente en la torre A del distrito II. Según la policía es probable que se trate de un homicidio; el cuerpo presenta heridas producidas por un objeto punzante. El Instituto Forense Nacional procederá a realizar una autopsia y la policía está interrogando a posibles testigos.

Los otros artículos eran muy similares y parecían proceder de la misma fuente; utilizaban palabras y frases muy parecidas. Todos revelaban la identidad de la fallecida, su dirección, que el cuerpo presentaba heridas, y el

lugar donde se había encontrado el cadáver. De súbito recordé el puesto de tortas dulces. Quizá Yongi se había enterado de lo que había pasado realmente.

A pocos metros del puesto de Yongi había una escalera de caracol que llevaba al puerto, donde había una zona de recreo. Era el único puesto de comida, pero mucha gente pasaba por delante cuando iba a coger el ferry. El popular transbordador de remos llevaba turistas desde el malecón al parque marítimo, y durante el fin de semana la cola para embarcar subía por las escaleras y llegaba hasta el malecón. Yongi's estaba en la principal área comercial, y desde él podía verse toda la gente del malecón, el carril de bicicletas y a todos los que entraban y salían del distrito II. El señor Yongi, que saludaba a los transeúntes y conocía de vista a muchos de ellos, era más útil que la cámara de circuito cerrado instalada en el semáforo. Entre los agentes de policía y los curiosos, ese día debía de haber tenido un repentino aumento de clientela.

Saqué del armario los pantalones de correr y la parka azul y para completar el atuendo me puse una toalla alrededor del cuello. Me metí en los bolsillos el móvil, la tarjeta de entrada al edificio, un billete de cinco mil won y el pendiente de perla. El reloj despertador marcaba las 18.07.

Corrí escaleras abajo. Si la suerte me acompañaba, podría estar de vuelta antes que He Jin. Dejaría el pendiente sobre el escritorio de mi madre, como le había dicho a He Jin, después de comprobar una cosa: si el sonido de un objeto cayendo y rodando por el suelo tenía algo que ver con el pendiente, y si este estaba relacionado con eso que mi madre aseguraba haber visto. No había ninguna garantía de que el señor Yongi fuese a darme lo que yo quería, pero era la única persona que podía tener alguna información. Con un poco de suerte también podría bajar al muelle.

Me puse las deportivas blancas y cogí el ascensor. Al llegar abajo, empecé a andar rápido. El complejo de apartamentos tenía tres vías de acceso: la

verja principal, que daba a la parte interior del vecindario, con la mayoría de los edificios aún en construcción, la verja trasera, que era la más cercana a nuestro edificio, el 206, y la verja lateral, que quedaba entre la verja trasera y el edificio 208, y que daba a un camino peatonal detrás de la Escuela Primaria de Kundo. Al igual que la noche anterior, eché a correr en cuanto llegué a esa calle.

Unos quinientos metros después de la verja lateral llegabas a la carretera del río Dong Jin. Un kilómetro y medio más adelante estaba el paso de peatones del malecón, cinco kilómetros después la entrada del parque marítimo, y había otro kilómetro más desde el puente a la entrada del Mirador de la Vía Láctea. Un recorrido perfecto para correr. También había un carril de bicicletas entre el malecón y el mirador, que usaba la gente que corría o paseaba, sobre todo a primera hora de la mañana o al caer la tarde.

Había salido a correr regularmente desde que nos instalamos en Kundo. Era como nadar: avanzabas todo lo rápido que podías hasta llegar a la meta. No estaba mal; podías mirar el río y el océano mientras corrías. Me encantaba notar el corazón desbocado como un león enfurecido. En mi vida cotidiana tenía muy pocas oportunidades de sentirme así, o al menos sentirme excitado, tenso, nervioso, enfadado o enardecido.

Nunca corría a la misma hora. A veces salía de madrugada, unos días bien entrada la mañana, otros al caer la tarde. También salía a altas horas de la noche. Me encantaba correr por la noche porque las calles estaban desiertas. Podía correr a mi antojo sin chocar con nadie, y si me tropezaba o me caía no había testigos y no tenía que pasar vergüenza. Ese era el primer día que salía a correr a esa hora, justo después del atardecer.

La carretera era un constante ir y venir de coches de policía, seguramente a causa del asesinato. Había taxis de otras ciudades. Los transeúntes andaban en parejas o grupos. Primero me crucé con una mujer y un hombre que iban

seguidos por tres mujeres y dos varones. Todos llevaban bolsas de tortas dulces de Yongi's, lo que revelaba que seguramente no se conocían pero iban en la misma dirección. El puesto de Yongi era un punto de referencia fundamental para la gente que tenía que recorrer el paseo por la noche. Era el único lugar donde podían encontrar compañía para el trayecto o esperar a alguien. El señor Yongi te vendía una bolsa de tortas a cambio de brindarte la oportunidad de encontrar acompañantes para el trayecto.

En las inmediaciones del puente de Dong Jin Primero, me crucé con el tercer grupo cargado de tortas calientes: dos mujeres y un varón. Cuando pasaron entreví una luz a mi espalda. Me volví. Me seguía un coche de policía. Por la forma en que me pisaban los talones, como si yo fuera un bebé que aprende a andar, deduje que querían hacerme algunas preguntas: dónde vives, adónde vas, por qué corres por la noche.

Consciente de la mirada que me dirigían desde el interior del coche, me sequé el sudor inexistente de la cara con la toalla haciendo muchos aspavientos. Quería representar a la perfección el papel de un atleta profesional que sale a hacer ejercicio. Cuando llegué al paso de peatones del malecón, el coche patrulla encendió la sirena, giró a la izquierda y desapareció rumbo al parque marítimo. Esperé a que el semáforo del paso de cebra se pusiera en verde y miré hacia el otro lado de la calle. Desde allí era imposible ver el puerto. La niebla era más espesa que la de la noche anterior y lo cubría todo. Había dos coches de policía estacionados en la entrada a los muelles. Yongi's aún estaba abierto, pero estaba vacío. La gente que tenía que volver a casa ya debía de haber encontrado compañía para la caminata. Menos mal, pensé. Cuando la luz del semáforo cambió, crucé el paso de cebra.

—¡Eh! —me llamó el señor Yongi en cuanto puse un pie en la acera—. ¡Espera!

Me detuve un instante, fingiendo que Yongi me había interrumpido en mi camino hacia el mirador.

–Ven aquí un segundo –me dijo agitando una mano–, tengo que decirte una cosa.

Me acerqué al puesto simulando que lo hacía a regañadientes.

–¿Has salido a correr?

Asentí con la cabeza y desvié la mirada a la plancha de las tortitas. En un extremo había un montón de tortitas de azúcar. Parecía que ese día había vendido menos que nunca.

–¿Y has salido a correr de noche últimamente?

El señor Yongi cogió una torta con las pinzas y me la ofreció.

La cogí y respondí:

–No.

–¿No? Últimamente no te he visto por la tarde.

–Corro por la noche.

–Ah. Entiendo. –El señor Yongi asintió con la cabeza unos instantes–. Entonces ¿ayer también saliste por la noche?

–No, ayer no fui a correr.

–Entiendo.

El señor Yongi volvió a asentir con la cabeza.

Esperé pacientemente.

–¿Vas al mirador, como siempre?

Se frotó las manos en sus grasientos pantalones acolchados y cogió una bolsa de papel.

Me fijé en su cazadora negra acolchada, tan sucia de grasa como sus pantalones, y en el gorro con orejeras que llevaba en la cabeza, y luego observé las prendas de ropa que colgaban del marco del puesto. Dentro de una bolsa de plástico, con cierre de cremallera, había un abrigo gris y un sombrero. Bajo el abrigo debía de haber una camisa limpia, una corbata y una

americana. Debajo de la percha, una maleta de viaje grande y una caja de zapatos.

Yo había visto al señor Yongi con el sombrero, el abrigo gris y la americana, los zapatos relucientes, arrastrando aquella maleta después de cerrar su puesto hasta la parada del autobús interurbano que pasaba a las 23.30. Más que el dueño de un puesto callejero, parecía un ejecutivo de mediana edad que volviera a casa tras un largo viaje de trabajo. También lo había visto bajar del autobús a las nueve de la mañana, ataviado con la misma ropa. Abría el tenderete, se vestía con la ropa de trabajo sucia de grasa, sacaba de la maleta un cubo lleno de masa y otros ingredientes, y se ponía a preparar las tortitas, a comentar los chismorreos de la ciudad y a facilitar a la gente la compañía que necesitaban para llegar a casa sana y salva.

–Yo hoy no iría –dijo al fin, incapaz de esperar mi respuesta–. No sé si has visto las noticias. Esta madrugada han encontrado un cadáver en el puerto.

–¿Qué tiene que ver eso con el mirador?

–Pero ¿qué dices? Hay coches de policía por todas partes. Mira, aquí al lado tienes dos. Patrullan cada diez minutos. Pero los muy idiotas aún no han encontrado ni una pista. Siempre salimos perdiendo los ciudadanos de a pie. Yo, sin ir más lejos, hoy no he vendido nada. Los agentes están pasando todo el rato, también los que van de paisano. Todos preguntan lo mismo. ¿A qué hora terminaste de trabajar anoche? ¿Viste a alguien sospechoso merodeando por aquí? ¿Conoces a la gente que pasa por aquí de noche?

Bajé los ojos y le di un bocado a la tortita. Hice un esfuerzo para no preguntarle qué había respondido a aquellas preguntas.

–Yo les digo que, aparte de los clientes habituales que se detienen aquí durante la noche, no he visto a nadie. Pero ellos erre que erre, quieren saber quién es esa gente.

El azúcar ardiente se deslizó por mi garganta y de golpe los ojos se me

llenaron de lágrimas. Pensé que se me iba a derretir la tráquea. El señor Yongi me tendió un vaso de agua fría.

—¡Eh! Come despacio, chico. Te has quemado la garganta. Si no vas con cuidado contraerás cáncer de esófago.

Me bebí el agua de un trago y conseguí despegar los ojos un poco.

—Dame tres mil nada más —dijo el señor Yongi entregándome las nueve tortitas restantes en una bolsa de papel—. Te he hecho un buen descuento para celebrar que nos volvemos a ver después de tanto tiempo.

Para seguir escuchándole debía aceptar la bolsa sin rechistar. Le di un billete de cinco mil won.

—¿Así que a veces sales a correr por la noche? —Yongi aplanó el billete y se lo metió en la riñonera—. Si se entera la poli, no te van a dejar en paz. No te preocupes, yo no les he dicho nada. No estoy al tanto de lo que hace la gente que veo pasar por aquí. Lo único que sé es que vives en la zona de Moon Torch.

¿Cómo podía ser tan clarividente? Moon Torch no estaba cerca del malecón. Desde su tenderete no podía ver qué rumbo tomaba yo. Nunca le había contado dónde vivía. Me embutí el resto de tortita en la boca y mastiqué.

—¿Recuerdas a la chica que coincidió contigo el verano pasado? Llevaba gafas de sol por la noche y lloviendo. Tenía una melena que le llegaba a la cintura. Se sentó ahí —dijo, señalando un taburete de plástico que había en un rincón—. ¿Te acuerdas?

Me acordaba de ella.

—Ayer se bajó del autobús sola. No debía de ser muy tarde. Quizá las nueve pasadas. O tal vez un poco antes de las nueve. El caso es que viene al puesto y se sienta en el taburete como si estuviera en su casa, cruza las piernas y me pregunta si te he visto hoy. Le digo que no y parece decepcionada. Así que imagino que le gustas o algo así. Le pregunto si llegó bien a casa el otro día

que se marchó contigo, y me dice que tú vives justo enfrente de su casa. Me dice que vive en e-Purun, y Moon Torch está delante, ¿no?

De pronto me vino a la memoria el paraguas rojo rodando por la calzada. Y la mujer a la que había visto la noche anterior en el paso de peatones. ¿Su paraguas era rojo intenso? El señor Yongi prosiguió:

–Como no viene nadie, la chica se queda casi una hora esperando en su taburete. Al fin llega un tío sobre las diez, pero en todo ese tiempo ella no pide ni una sola tortita. Dice que es celiaca o no sé qué. Al menos, después de pasarse aquí una hora, podría comprarse una bolsa, ¿no? Aunque sea por educación. No me importa que luego les tire las tortitas a los perros callejeros o se las lleve a casa, ¿entiendes?

–Entonces ¿esa es la mujer que murió? –le pregunté después de tragar un trozo de tortita.

Yo tenía esperanzas de que así fuera. Si la víctima era ella, yo no tenía nada que ver con el asunto. La chica se había ido por la calle acompañada de otro hombre.

El señor Yongi, que sostenía los dos mil won del cambio, se dio unos cuantos golpecitos con los billetes en el dorso de la mano.

–¿Qué? ¿No me escuchas? ¿Cuándo he dicho yo eso?

–¡Ah! ¿No? –pregunté con un hilo de voz.

–Hace un rato han venido unos polis de paisano, me han enseñado una foto de la muerta y me han hecho un montón de preguntas. Que si la había visto alguna vez, que si ella había venido alguna vez a mi puesto... Al ver la foto, de poco me cago en los pantalones. ¡A mis cincuenta años!

El señor Yongi hizo una pausa y se metió el cambio en su riñonera. Tuve claro que si quería oír por qué había estado a punto de cagarse encima, debía renunciar al cambio para pagar las tortitas que la chica no había comprado la noche anterior. Asentí con un parpadeo y él continuó:

–Recuerdo a esa mujer. Venía por aquí de vez en cuando. No era una habitual, pero la reconocí enseguida porque llevaba un pendiente en el borde exterior de una oreja, solo en una. Una vez le pregunté por qué (no pude evitarlo, sentía mucha curiosidad) y me dijo que era un recuerdo de su difunda madre y que había perdido el otro pendiente. Y que por eso lo llevaba en el borde de la oreja, como si fuera un piercing. Cuando les conté esta historia a los polis, me miraron con los ojos grandes como tortas, y me preguntaron cómo era el pendiente.

Sin darme cuenta, metí la mano en el bolsillo. La punta afilada de la varilla me raspó el dedo y me estremecí.

–No había mucho que describir, la verdad –prosiguió el señor Yongi–. Era un pendiente sencillo con una perla.

Todo empezó a darme vueltas. La voz del señor Yongi se desvaneció y luego sonó más fuerte.

–¡Ya vuelven los moscones! –exclamó clavando la mirada detrás de mí.

Me volví. Un coche negro se había detenido ante el puesto de tortitas. Dos hombres se bajaron del vehículo y se encaminaron al tenderete dando grandes zancadas. El primero tenía unos treinta y tantos años, el pelo corto y los ojos saltones y separados como los de una cabra; el otro era mayor, de mediana edad, y llevaba una chaqueta negra. Los dos hombres me miraron. Debían de ser detectives. Tenían toda la pinta.

–Está cerrado –dijo el señor Yongi.

El de los ojos de cabra miró el reloj.

–Pero si no son ni las ocho.

–Me he quedado sin masa –replicó el señor Yongi lanzando las pinzas dentro de un bote de plástico.

–¿Es usted cliente habitual?

–Es un estudiante que vive cerca –respondió el señor Yongi por mí.

Era el momento de marcharme.

–Hasta luego –le dije al señor Yongi, y me fui antes de que el detective siguiera haciéndome preguntas.

Estaba a pocos metros del paso de peatones, pero me temblaban tanto las piernas que estuve a punto de caerme varias veces.

«Era un pendiente sencillo con una perla.»

Lancé una mirada furtiva al puesto de tortitas. Los dos hombres escuchaban algo que les contaba el señor Yongi, que, muy exaltado, gesticulaba y hacía muecas. Saqué el pendiente. Tenía una perla. Apreté el puño rápidamente. No podía ser. Negué con la cabeza. La voz optimista se puso a parlotear: «¡Olvídalo! ¡Solo es una casualidad! ¡Cualquier mujer tiene un par de pendientes de perla!».

Una luz brilló en la parada de autobús. Me volví y vi que se acercaba un autobús rojo. No llovía, pero los limpiaparabrisas se movían con brío. Una mujer y un varón bajaron del autobús. Ella abrió un paraguas rojo y se encaminó al paso de peatones. El hombre la siguió haciendo eses, con los hombros caídos y las manos en los bolsillos de la chaqueta. Debía de estar borracho.

Empecé a cruzar la calle. Detrás de mí, el hombre empezó a vociferar arrastrando las palabras:

Una mujer inolvidable bajo la lluvia...

No me la quito de la cabeza.

El tipo debía de haberse ventilado cuatro o cinco botellas de soju. De pronto noté algo extraño. Oía la estruendosa voz del hombre pero ningún paso. Me volví. No había nadie. Ni la mujer ni el hombre. Ni siquiera el autobús. Solo la canción seguía oyéndose en la niebla.

*Llevaba un chubasquero amarillo,
tenía los ojos negros...
No me la quito de la cabeza.*

Volví la mirada al puesto de tortitas. Los detectives seguían allí, hablando con el señor Yongi. ¿Acaso no oían la canción? Eché a correr. La calle empezó a dar vueltas a mi alrededor; docenas de paraguas rojos revoloteaban como una bandada de murciélagos. La canción me siguió hasta casa. Debía de estar enloqueciendo.

Al llegar a casa, recibí un mensaje de He Jin:

Me voy a Mokpo. Estoy en el tren. Me han encargado el vídeo de una boda. Volveré mañana por la noche. ¿Has hablado con mamá? Su móvil sigue apagado. Si hablas con ella, envíame un mensaje. Siento no poder celebrarlo contigo esta noche.

Le respondí con el siguiente mensaje:

No te preocupes. Tómate el tiempo que quieras.

Yo también tengo muchas cosas que hacer, pensé. Subí la escalera trabajosamente. Nada tenía sentido. Seguía sin recordar lo que había ocurrido. Aun así, empezaba a darme cuenta de ciertas cosas. Los sucesos que parecían no tener relación entre sí y las pistas que yo había desechado o pasado por alto empezaban a encajar. Solo tenía que descubrir lo que había ocurrido durante las dos horas y media entre la medianoche y las dos y media de la madrugada.

Me quité la chaqueta, la colgué en el respaldo de la silla y me senté. Puse la bolsa de las tortitas y el pendiente encima del escritorio. «Un pendiente

sencillo con una perla.» Recordé la frase del artículo que me había incitado a ir a ver a Yongi.

Según la policía es probable que se trate de un homicidio; el cuerpo presenta heridas producidas por un objeto punzante.

Abrí el cajón y saqué la navaja de afeitar. Quité la hoja. «Tú, Yu Jin... No mereces vivir.» ¿Qué podía hacer? ¿Por dónde empezaría? La sola idea de pensar en hacer algo me aterrorizaba. Cualquiera cosa que hiciera me constreñiría aún más. Estaba cayendo en el infierno que había vislumbrado hacía un rato. ¿No sería mejor quedarme quieto y no hacer nada?

De pronto me sentí exhausto. La fatiga se agolpó como las palomas de un parque en torno a unas migas de pan. Quería tumbarme en la cama y dormir, aunque fuera un momento, hasta que llegara el catastrófico final. Cerré los ojos y me presioné la frente. Solté un gemido. En la vida había cosas que no se podían evitar: nacer, ser el hijo de alguien, y los acontecimientos que ya habían ocurrido. No quería seguir especulando; quería tomar el control de mi destino. Independientemente de cómo acabase la puta situación, yo sería quien decidiría sobre mi vida. Eso significaba que tenía que hacer todo lo posible por averiguar lo que había ocurrido durante las dos horas y media que seguían sumidas en la oscuridad.

Puse la navaja de afeitar junto al pendiente. Saqué del cajón el mp3, los auriculares, la llave de la azotea, la del coche. Las toqué una por una. Abrí el diario de mi madre. Debía empezar por allí.

Lo hojeé de la primera a la última página. Era más largo de lo que había pensado; unas hojas azules con etiquetas separaban los años, desde 2016 a 2000, en orden cronológico inverso. Las anotaciones de cada año se agrupaban por meses, también en orden inverso, desde diciembre. Si bien las notas en la misma página estaban en orden cronológico. En la primera,

después de la entrada del 6 de diciembre, había dejado dos espacios y añadido 7 de diciembre. Había fechas por todas partes. En algunos meses mi madre había escrito casi todos los días, y en otros muy pocas veces. En ocasiones se saltaba meses enteros. Algunas entradas ocupaban una línea y otras dos o tres páginas. No había ninguna pauta. Quizá por eso había escogido una libreta con anillas, pues podía intercalar nuevas páginas. Y había otra ventaja: se podía buscar un mes concreto en un año determinado, como en el catálogo de una biblioteca.

Los registros empezaban dieciséis años atrás, el 30 de abril de 2000.

Yu Jin duerme plácida y profundamente.

Volví a la primera página y miré las entradas más recientes de diciembre de 2016. Había escrito los días 6, 7 y 9, apenas tres días, y en todas hablaba de mí. ¿Todo el cuaderno era así? Entonces habría que titularlo «Observaciones sobre Yu Jin». Me estremecí. ¿Por qué escribía mi madre esas notas? ¿Para informar a mi tía de todo lo que yo hacía y decía sin olvidarse una coma? ¿Por qué tenía ella que registrar todos mis movimientos?

6 de diciembre. Martes.

No está en su habitación. Ha vuelto a salir por la azotea. Llevaba un mes sin hacerlo.

7 de diciembre. Miércoles.

Segundo día consecutivo. Le estaba esperando pero se me ha escapado.

9 de diciembre. Viernes.

Adónde habrá ido ese chico. He estado hasta las dos de la madrugada buscándolo por todo el vecindario. Ni rastro. Y estoy segura de haberlo visto. Tengo frío, miedo, estoy aterrorizada. Ya

Hello está ladrando. El chico ha vuelto.

A primera vista se deducían tres cosas. Mi madre me había seguido; me

había visto en alguna parte, y lo que le había provocado frío, miedo y terror había ocurrido entre las 0.30 y las 2.00 de la madrugada. Había dejado espacios en blanco, siniestros e incomprensibles, entre las frases. No me sentía capaz de analizarlos, al menos de momento. Busqué las entradas de noviembre:

14 de noviembre. Lunes.

El chico se ha marchado por la azotea. No me lo esperaba; llevaba dos meses muy tranquilo. Si yo hubiera salido cuando Hello ha empezado a ladrar, lo habría pillado.

He sacado la caja de medicinas de un cajón de su escritorio. Las he contado; quedan para once días. ¿Quiere decir eso que se las está tomando como es debido?

Cogí el calendario del escritorio y comprobé la fecha. Entre el 11 y el 15 de noviembre había unos puntitos. En esas fechas había dejado de tomar las pastillas para presentarme a los exámenes orales: era la segunda vez que lo hacía desde agosto. En lugar de tomarme la pastilla con cada comida, la tiraba por el inodoro. Era el mejor método para no confundirme y para que no me descubrieran. Pero era evidente que ella sospechaba que no me las estaba tomando, y que llegaba a esa conclusión por el hecho de que por la noche yo salía de casa por la azotea. Eso significaba que para ella las dos acciones estaban relacionadas. Quizá había habido un precedente que le había inducido a pensar así.

Me esforcé por recordar posibles precedentes. No se me ocurrió nada en absoluto.

15 de noviembre. Martes.

Me siento como si jugara al escondite con el viento. He salido de casa corriendo en cuanto Hello ha empezado a ladrar, pero no he podido ver al chico. El guardia de seguridad de la puerta trasera me ha dicho que en la última media hora no ha pasado nadie por allí. El de la puerta principal me ha dicho lo mismo. He salido por la puerta lateral y, en lugar de ver a Yu Jin, me he tropezado con He Jin, que volvía del trabajo.

Mi madre me seguía continuamente. ¿Por qué? Es cierto que mi madre mantenía un estricto control sobre mi vida, pero aun así no era normal. La mayoría de las madres no seguían a sus hijos porque salieran de casa en plena noche, a menos que estuvieran locas o tuviesen alguna razón de peso. El guardia de seguridad de la entrada trasera debía de estar al tanto de la extraña obsesión de mi madre. Quizá todos los vecinos del edificio sabían que la viuda de la vivienda 2505 merodeaba por el barrio al caer la noche buscando a su hijo. Pero al contrario que la noche anterior, ese 15 de noviembre seguramente mi madre no recorrió el lugar después de toparse con He Jin.

No sabía si fue la misma noche, pero yo también recordaba haberme encontrado con He Jin por la calle. Era tarde y yo corría en dirección al malecón por el paseo del río. Cerca del puente, oí un teléfono sonando.

–Sí. Voy camino a casa –respondió una voz.

Habría podido reconocer esa voz en una plaza llena de cien personas gritando a la vez. He Jin. No sabía si saludarle o no. He Jin me preguntaría adónde iba a esa hora. Si le decía que iba a correr, mi madre se enteraría y volvería a darme la lata con mi costumbre de salir por la azotea.

–No se preocupe. No hay problema –continuó diciendo He Jin.

Estaba a unos diez metros delante de mí. Su oscura figura se vislumbraba entre la niebla. Me apresuré a esconderme en el hueco que había entre una farola y la barandilla del paseo. No era un mal escondite; como la luz se proyectaba hacia la calle, detrás de la farola estaba oscuro; y la niebla que ascendía del río me ocultaba.

–De acuerdo. Mañana a las dos estaré en Sangam-dong.

Vuelto hacia el río, oí la voz de He Jin al pasar por detrás de mi espalda. Me entraron unas ganas horribles de orinar. Así como un poste de teléfono es muy efectivo para conseguir que los perros levanten la pata, el sonido del agua debe de ser el estímulo para que un humano macho tenga ganas de bajarse la

cremallera. El río discurría hacia las esclusas y me bajé la cremallera y empecé a mear. Noté que He Jin se paraba. No podía verme la cara; estaba oscuro, y yo de espaldas a él, y además llevaba la mascarilla y la capucha y agachaba la cabeza. Pero me preocupó que viera la inscripción «Clases particulares» en mi espalda.

La diferencia entre los humanos y los animales es que los primeros pueden observarse a sí mismos con un ojo interior. Me observé mientras aguzaba el oído para averiguar dónde estaba He Jin. No me gustó verme escondido en la sombra de la farola mientras orinaba, y encorvado para que él no me reconociera. No era ningún fugitivo. No había robado ni me había fugado. ¿Por qué estaba tan preocupado? Incluso el chorrillo de mi orina era patético. Dios mío. ¿Por qué no se iba de una vez? Lárgate ya, ¿quieres?

He Jin se fue. Oí alejarse sus pasos y reemprendí mi camino. ¿Qué habría pasado si le hubiera saludado aquella noche? ¿Me habría dejado de seguir mi madre? Pero ¿qué le preocupaba concretamente? ¿Por qué estaba tan preocupada?

La siguiente anotación no era de octubre. Se había saltado dos meses.

30 de agosto. Martes.

Los chicos han vuelto de Imja Do a medianoche, un día antes de lo previsto. Yu Jin sudaba con la chaqueta de goretex en pleno verano. Solo con mirarlo te sofocabas. Tiene un corte en el dorso de la mano, y me ha parecido verle un morado en la cabeza. Tenía el pelo pegado por el sudor.

¿Habrá dejado de tomar las pastillas? ¿Habrá sufrido...? ¿Le ha vuelto a dar un ataque?

Debía de haberse formulado esas preguntas por concederse el beneficio de la duda. Porque cuando He Jin y yo llegamos a casa, supe que imaginaba lo ocurrido al fijarse en mi frente. Su pregunta «¿Qué tienes en la frente?» no era sino para confirmar su presentimiento. Pero yo no quise ponerle las cosas tan fáciles.

—Nada, me di con el marco de una puerta en el barco.

Me lanzó una mirada cansada.

—¿Cómo es que llevas esa cazadora con el calor que hace?

Me miré la chaqueta. ¿Por qué me la había puesto? La voz pragmática me lo recordó: «Para ocultar los arañazos y los morados que te hiciste al sufrir el ataque».

—Me la ha regalado He Jin. ¿No dices siempre que es de buena educación usar los regalos enseguida?

Sentado en el sofá, He Jin se estaba quitando los calcetines con un aire tan concentrado que parecía imposible que estuviera prestando atención a nuestra conversación. Mi mentira le habría incomodado. Y el hecho de que en un momento la cazadora promocional de su primera película se hubiera convertido en un regalo para mí. También le incomodaba el ambiente frío que se había instalado por culpa del interrogatorio de mi madre.

Mi madre lo dejó estar. Quizá, cuando hube subido a mi cuarto, le preguntó a He Jin si era cierto lo que yo había dicho. He Jin habría respondido afirmativamente. Confiaba en que, aunque ella le hubiese repetido varias veces la pregunta, él habría dado la misma respuesta, aunque su expresión reflejara la verdad. La verdad sin confirmar habría flotado alrededor de mi madre como un jacinto en un estanque: diez años atrás su hijo había dejado de tomar las pastillas arbitrariamente y se había arruinado la vida. Era imposible que hubiera vuelto a cometer el mismo error. ¿O no?

¿Por eso me había atacado la noche anterior? Quizá ya no estaba dispuesta a seguir haciendo la vista gorda ante mis caprichosas salidas por la azotea. O tal vez había otro problema. Supuse que podía entender la explosión de mi madre. A saber cómo había sido capaz de contenerla hasta la noche anterior. Conociendo su carácter, lo lógico habría sido que me hubiese parado desde un principio, antes que seguirme y espiarme durante cuatro meses.

En torno a las diez de la noche, me acababa de meter en la cama cuando oí un extraño ruido en el piso de arriba. No me pareció extraño por no saber lo que era, sino por saberlo. Era una pesada puerta metálica al cerrarse empujada por el viento. Solo hay una puerta que pueda hacer ese ruido.

¿Por qué el chico ha salido por la azotea? ¿De dónde ha sacado la llave? Yo nunca se la he dado.

Estaba en lo cierto. La puerta metálica de la azotea encajaba demasiado justo en el marco, por lo que era imposible cerrarla con suavidad. Para no hacer ruido había que empujar con las dos manos con mucho cuidado. Esa noche había dado un portazo porque no me había preocupado; quizá ocurriera un par de veces más adelante. Puse un dedo entre los dos párrafos del 31 de agosto. Había un espacio enorme. Tomé prestada la frase favorita de He Jin y la apliqué a la línea blanca. Si hubiera sido mi madre habría ido a la terraza nada más oír el golpe.

Esa puerta estaba mal desde que nos instalamos en la casa. De construcción barata, la puerta no encajaba en el marco y no cerraba bien. A veces se abría sola. Mi madre llamó varias veces para que vinieran a repararla, pero mientras tanto la constructora fue a la bancarrota y nunca se presentaron para arreglarla. El encargado de mantenimiento del inmueble vino e instaló un gancho y una armella. Fue como aplicar mercromina a una pierna rota. Durante el último tifón, el portón dio dos golpes fuertes y se abrió varias veces en un día, arrancando el gancho y la armella. Al final mi madre encargó a un operario que reparara el marco y cambiara la puerta e instalara una cerradura de seguridad. El cerrajero nos aseguró que la puerta no volvería a abrirse sola a menos que la azotea saltara por los aires.

Mi madre habría querido comprobar si el hombre había exagerado. Habría visto que el farol de la pérgola estaba encendido. Al llegar ante la puerta se habría dado cuenta de que estaba cerrada pero que no se había dado vuelta a la llave. Quizá en ese momento Hello estaba ladrando en el piso veintidós.

¿Habría abierto mi madre la puerta y mirado afuera? ¿Habría oído mis pasos bajando la escalera de emergencia por encima del estruendo de los ladridos? ¿Habría entrado en mi habitación para ver si estaba allí? Seguramente vio la puerta de cristal entreabierta y supo que me había ido. Lo confirmó al entrar en el cuarto. ¿Contó mis pastillas también ese día? El número debía de ser correcto. Quizá salió a la calle en mi busca, y fue a la puerta trasera para preguntar si habían visto salir a alguien. ¿Se cruzó con He Jin cerca de la puerta lateral también ese día? ¿Por qué no me había preguntado a mí? No eran preguntas difíciles. ¿Por qué sales por la azotea? ¿De dónde has sacado la llave?

¿Por qué mi madre no me dijo nada pese a su preocupación? ¿Por qué lo hiciste? Tampoco era para tanto.

Yo me había hecho una copia de la llave de la azotea por una razón, pero no era una razón tan importante como para obligarla a vagar por las calles oscuras y heladas. Creo que el 31 de agosto fue la primera vez que usé la llave, la primera vez que salí de casa por la azotea. He Jin y yo habíamos vuelto la víspera de Imja Do, y yo seguía sin tomar las pastillas. ¿Acaso no me merecía un poco de felicidad? Había sufrido un ataque epiléptico en público después de liberarme de las pastillas por primera vez en diez años. Quería permanecer en ese estado beatífico un día más. Solo un día más.

Pasé ese valioso día en mi cuarto, vestido con una camiseta de manga larga y unos pantalones largos para ocultar los arañazos y los morados. Puse a tope el aire acondicionado y me quedé todo el día en la cama. He Jin se había ido a Sangam-dong a primera hora de la mañana, así que no tenía con quien hablar. En realidad no tenía a nadie con quien quisiera hablar; al fin y al cabo mi madre estaba en casa y tenía una boca para hablar.

Por la mañana mi madre subió y se pasó un rato merodeando por la azotea. No parecía estar haciendo nada en particular. Se agachaba junto al arriate y

fingía arrancar hierbas, aunque ya las había quitado todas hacía tiempo. Se entretenía arreglando las matas de pimientos y constantemente echaba miradas a mi habitación por encima del hombro. Si yo cerraba la persiana, al cabo de cinco minutos estaba llamando con los nudillos a la puerta corredera, esgrimiendo cada vez un motivo diferente. ¿No te asfixias ahí dentro tanto rato? Cuidado con el aire acondicionado, no vayas a resfriarte. Hace un día precioso, ¿por qué no sales y tomas un té conmigo?

No quería tomar un maldito té; es lo que te dan cuando estás enfermo. Tampoco tenía que preguntarle lo que quería. Podía suponer lo que estaba pensando. Era capaz de leer en su pensamiento igual que ella podía leer en el mío. «¿Te apetece un té?» significaba «Confiesa lo que pasó en Imja Do». «Hace un día precioso» era una invitación para discutir mi punto débil: la sinceridad.

Al anoecer estaba que me subía por las paredes. Reparé en una realidad evidente en la que nunca había pensado. Un ser humano, sea niño o adulto, necesita un lugar adonde ir y algo que hacer. Yo no tenía un sitio adonde ir ni nada que hacer. No sabía en qué pasar el día; por eso siempre había necesitado entrenar o estudiar. No tenía gente con la que me apeteciera quedar, no tenía películas que quisiera ver. No me apetecía hacer nada en particular. Ni siquiera salía por la noche pues no podía beber alcohol ni regresar a casa después de las nueve. Por eso, cuando a veces mi madre me preguntaba «¿Estás saliendo con alguien?», me quedaba hecho polvo. Todo el mundo sabía que, si no tienes nada, no puedes obtener nada; solo mi madre parecía ignorarlo, ella que todo lo sabía.

A las diez de la noche, me levanté de la cama. No aguantaba más. El impulso de locura alzó la cabeza y mis músculos se pusieron en marcha. Me embuté la cazadora de «Clases particulares» y saqué las zapatillas de correr que escondía en el techo del baño para cuando llegara un día como ese. Salí

por la puerta de metal como una exhalación. Había hecho una copia de la llave para poder usarla un día como ese. Aun cuando tomaba las medicinas religiosamente, había soñado con poder traspasar una puerta sin tener a mi madre pegada a la espalda. Al cerrar di un portazo, en parte a causa de la puerta, claro, pero sobre todo por culpa de mi impaciencia. Si hubiera logrado mantener un poco la calma, no habría despertado los instintos de perro sabueso de mi madre.

Tras cruzar la puerta, me abalancé por la escalera sin mirar atrás. Las piernas me temblaban y notaba un ardor en la nuca. Tenía la sensación de que en cualquier momento mi madre me llamaría. «¡Yu Jin...!» Esa repugnante sensación no me abandonó hasta que, tras salir por la puerta lateral y recorrer el paseo del río, crucé el paso de peatones del malecón. Me detuve para recobrar el aliento. Apoyé los muslos en la barandilla y contemplé el oscuro océano. No se veía nada; la oscuridad y la niebla cubrían las olas, las gaviotas, el parque marítimo, el mirador a medio camino de mi itinerario, el horizonte... Solo el reflector del faro arrojaba una luz seductora mientras daba vueltas lentamente como una noria. Pensé que le oiría decir: «Ven, vamos a jugar».

El puesto del señor Yongi estaba cerrado, aunque todavía no eran las once. Habría pasado algo.

El señor Yongi solo cerraba antes de la hora cuando, según contaba, le ocurría algo en su vida personal. Por ejemplo, se sentía mal física o mentalmente; la masa no estaba perfecta; por alguna razón intuía que ese no era un buen día; hacía demasiado viento y se sentía solo; llovía y se sentía triste; era una noche de luna llena y odiaba a la humanidad; hacía mal tiempo y él también se sentía mal.

Ese día debía de tratarse de la última razón: hacía un calor sofocante y húmedo, había niebla y unos nubarrones negros se acumulaban en el cielo.

Cuando me sumía en el impulso de locura el mal tiempo no me afectaba. Prácticamente recorrí volando todo el camino hacia el mirador y regresé planeando al puesto de tortitas. Crucé el paso de peatones y aterricé en el paseo que discurría junto al río. Entonces oí a alguien riendo un poco más adelante. La niebla me impedía ver quién era.

—No, no me refiero a eso.

Era una voz grave, pero indudablemente de mujer. No oí ninguna respuesta; debía de estar hablando por el móvil.

Me sentí un poco irritado. Si no quería que esa mujer que andaba sola por la noche malinterpretara mis intenciones debía adelantarla corriendo o cruzar la calle y tomar el camino que discurría junto al parque.

—¿Estás sordo o qué? ¿Cómo puede ser que no entiendas lo que te digo?

«Estás sordo o qué.» De pronto recordé a una mujer con la que me había topado una mañana de mayo cuando volvía de correr. Mi madre me dejaba salir a correr por la mañana. Estaba cruzando la calle de delante de la Escuela Primaria de Kundo cuando me detuve bruscamente. Había tenido dolor de cabeza desde la noche anterior, pero cada vez era más fuerte, como si fuese a sufrir un ataque. Apenas podía ver. Era como si estuvieran asestándome martillazos en la cuenca de los ojos. No pude dar un paso más. No oí la señal que indicaba que el semáforo había cambiado a verde. Podría haberme arrojado al suelo con la cabeza en las manos si en ese instante no hubiera sonado un bocinazo a mi lado. Un coche blanco pasó rozándome y por la ventanilla medio abierta me gritó una mujer: «¡Imbécil! ¿Estás sordo o qué?».

Aquello sucedió en un tramo peatonal de la calle del colegio. Pero aunque no hubiera sido peatonal, si veían a un pobre tipo tambaleándose en el paso de peatones y cogiéndose la cabeza con las manos, los conductores debían esperar y no insultarle ni gritarle. Me habría gustado apuntar la matrícula, o al menos recordar el modelo del vehículo, pero había mucha niebla, yo veía

borroso por el dolor de cabeza y el coche giró enseguida para tomar la carretera del río.

Durante un rato me olvidé del dolor de cabeza; estaba tan indignado que crucé muy rápido los últimos metros. Al llegar a la otra acera escudriñé en todas direcciones. No sabía qué hacer. El coche se había esfumado. Entonces aún no había cámaras de circuito cerrado en ese tramo. El coche había aparecido desde la zona de los cuatro grandes bloques de apartamentos, que incluía Moon Torch. Poco a poco fui calmándome. Mi mayor defecto consistía en que cuando me enfadaba dejaba de ver con claridad. Por otro lado, mi mayor virtud era que me desenfadaba fácilmente cuando estar enfadado no me servía de nada. De modo que desistí de vengarme.

Pero esa noche de agosto que me escapé de casa por la azotea por primera vez, estaba seguro de que la mujer del coche era la misma que la que tenía delante. «¿Estás sordo o qué?» Su voz sonaba idéntica. No había más que pensar; ocultándome tras las farolas que jalonaban el paseo, corrí para acortar la distancia que me separaba de ella. Al final vislumbré una oscura sombra que se movía lentamente entre la niebla. Le vi el pelo largo sacudido por el viento. Aminoré el paso, y seguí, manteniendo cierta distancia. Juro que no tenía otro plan. Solo quería saber dónde vivía. Siguió hablando por teléfono otros cinco minutos.

–Se me ha parado el motor delante de la librería Kyobo en Gwanghwamun... ¿Pues qué iba a hacer? Llamar a la grúa y llevarlo a un taller, claro... No, he cogido el autobús. No puedo ir en taxi, está demasiado lejos... No, qué va, no tengo miedo. Es medianoche, no es tan tarde. Y la luna brilla mucho.

A la altura del puente de Dong Jin Primero enmudeció de pronto. Era como si repentinamente se hubiera dado cuenta de que la medianoche de Kundo no se parecía en nada a la de Seúl. Las calles estaban a oscuras y en silencio. No había nadie, ni siquiera coches. Solo se oían las gaviotas aún despiertas

chillando en la espesa niebla. La mujer se volvió y miró hacia donde estaba yo. Parecía más inquieta por lo que tenía a su espalda.

Desde detrás de la farola, la vi frente a mí, bajo la luz amarilla. Lo que captó mi atención fue uno de los dedos que sostenían el teléfono. Más exactamente, el anillo de oro que llevaba en el meñique. No sé si la luz de la luna me embrujó o si la farola lo dotó de un halo, el caso es que, pese a la niebla, el anillo brillaba de un modo extraño, como una estrella fugaz. La voz de mi cabeza me planteó un acertijo: «¿Cuál sería el modo más simple de quitarle el anillo de la mano?».

Respondí sin dudarle: «Cortándole el dedo».

—No, nada —dijo ella por el teléfono—. Me pareció oír algo detrás de mí.

Se dio media vuelta y prosiguió su camino.

La seguí, manteniendo su paso. Al cabo de unos diez metros se detuvo y se giró de nuevo.

—Vale —dijo por fin—. Te llamo cuando llegue a casa.

También yo me detuve, sonriendo. Debería haberlo hecho al principio.

Cogió el teléfono con la otra mano, se dio media vuelta y echó a andar a toda prisa. Yo notaba que estaba nerviosa. Su sexto sentido, que la historia de la humanidad le había imbuido, debía de estarle susurrando al oído: «¿No oyes a alguien siguiéndote?». O quizá oía los murmullos de mi cabeza: «¿Notas que estoy detrás de ti?».

También yo aceleré el paso. Por algún motivo, me costaba respirar. Se me tensaron los muslos. Sentí un cosquilleo en las encías, como si fueran a salirme nuevos dientes. Se me puso la piel de gallina. Lo que sentía no era exactamente excitación o tensión, aunque era algo parecido a lo que He Jin me había descrito alguna vez.

Hacía cuatro años, al final de la primavera o principios del verano, He Jin había quedado con una chica de su departamento, un poco mayor que él, de la

que estaba colado desde hacía tiempo, y no había vuelto a casa hasta la mañana siguiente. Probablemente fue la única vez que durmió fuera de casa sin avisar a mi madre. Y fue una de las pocas ocasiones en que recibió una reprimenda de ella. Mientras le reñía, me quedé junto a la isla de la cocina, observando. Incluso cuando él replicaba «Lo siento mucho», se notaba que estaba pensando en otra cosa. Sus ojos castaños refulgían como estrellas; seguramente su mente también estaba flotando en el espacio exterior. Me entró curiosidad. ¿Quién era esa mujer que lo había mandado al espacio? En cuanto mi madre se marchó, le pregunté:

–Ha estado bien, ¿no?

He Jin se sonrojó y respondió con una evasiva, como si continuara hablando con mi madre:

–La verdad es que no lo recuerdo. Estábamos muy borrachos.

Quería guardárselo para él. Pero yo no iba a respetar su privacidad, pues a mis ojos su experiencia era crucial.

–Pero te sentiste bien, ¿no?

–Bueno... –Vaciló unos instantes antes de ponerse a divagar y a soltar una serie de tópicos literarios. No recuerdo las palabras exactas, pero lo que vino a decir fue lo siguiente–: Si a los noventa y siete años Dios se acercara a mi lecho de muerte y me preguntara: ¿A qué momento de tu vida querrías volver antes de abandonar este mundo para siempre?, le diría: A la noche de ayer, cuando sentí que el mundo entero desaparecía.

¿Qué quiso decir con eso de que el mundo entero desaparecía? Nunca había mantenido una relación seria con una mujer, pero me había acostado con dos. Pero en ambos casos mi vivencia estaba a años luz de lo que describía He Jin. La primera vez fue con una profesional, por lo que ni siquiera había tenido que molestarme en quitarle la ropa interior. Tenía los pechos pequeños y respingones, como a mí me gustaban, pero no me excitó. Incluso me bajaron

las pulsaciones. Ni siquiera durante la eyaculación sentí nada del otro mundo. La segunda vez fue lo mismo. Besarla era tan aburrido que me encontré pasándole la punta de la lengua por los dientes. Pero tampoco me atraían los hombres. Ni, desde luego, Hello, el perro del piso veintidós. La expresión soñadora de He Jin me parecía incomprensible. Parecía reflejar sentimientos que nunca sería capaz de entender.

Esa noche, cuando me puse a caminar al mismo paso que la mujer, pude al fin hallar una clave para desvelar ese misterio. De pronto entendí qué era lo que me atraía a mí. Me atraía alguien que sintiera miedo.

La luna se ocultó detrás de unas nubes negras. La niebla se fue haciendo más y más densa, como si unos cañones estuvieran arrojando nieve en polvo. Cuando ella se daba la vuelta para mirar me detenía, cuando reemprendía la marcha, yo seguía, siempre intentando que sintiera a alguien pisándole los talones. Cuanto más reducía la distancia, más percibía los sonidos que emitía la mujer; me penetraban los oídos y me incendiaban los sentidos. El ruido metálico de monedas o llaves que llevaba en la mochila; el de sus pasos, cada vez más rápidos y desiguales; el de sus muslos desnudos al rozar entre sí con cada paso; el de su cabello sacudido por el fuerte viento; el de su respiración agitada e irregular. Me parecía que incluso podía oír la circulación de la sangre bajo su barbilla.

Me imaginé todas las cosas que haría para quitarle el anillo del dedo. Agarraría ese cabello que ondeaba sobre sus hombros. Le taparía la boca con la otra mano. La arrastraría a la orilla del río. Le quitaría el anillo con los dientes, como un hombre de las cavernas lanzándose sobre la carne cruda, y arrojaría a la mujer al agua.

Al acercarnos al cruce, la mujer echó a correr. Ahora sonaba como una motocicleta. Seguía girándose continuamente, y estuvo a punto de torcerse el tobillo por culpa de los tacones altos que llevaba. Era una cobarde, pero para

ser cobarde, tenía agallas. Al llegar al paso de peatones, se giró bruscamente y gritó:

—¿Quién eres?

No respondí. ¿Cómo se atrevía a hablarme de ese modo? ¿Qué había hecho yo? No le había dicho nada, no la había molestado, ni siquiera me había visto. Me había limitado a seguir mi camino.

En ese momento empezó a sonarle el móvil que sostenía en la mano. La mujer gritó y agitó la mano. El teléfono salió volando y cayó en mitad del paso de peatones mientras ella cruzaba la calle corriendo. Un coche que acababa de doblar la esquina frente a la escuela de primaria tuvo que frenar en seco. En la bruma se mezclaron diversos ruidos: los neumáticos derrapando, el grito de la mujer, que reverberó y fue desvaneciéndose, y el teléfono móvil sonando en la calzada.

De nuevo se hizo el silencio. El coche y la mujer se esfumaron. Avancé hasta el paso de peatones. Permanecí unos instantes junto al semáforo con los brazos caídos. La euforia me había abandonado, y tenía mucha hambre. Estaba exhausto y tenía la mente en blanco. ¿Qué había hecho? ¿Qué ansiaba tanto hasta el punto de sentirme tan hambriento?

Recogí el teléfono del suelo. El nombre de la persona que había llamado estaba en la pantalla rota. Mimi. Arrojé el móvil al agua.

Y esa fue la última vez que vi a la mujer. Quizá había dejado de andar sola por la noche. Por mi parte, adquirí la costumbre de salir por la noche. Un día porque quería comprobar si las extrañas sensaciones que me había originado aquella mujer eran reales; al día siguiente, a fin de corroborar mis conclusiones. Y al otro día, porque sentía los músculos de las piernas inquietos e impacientes por salir como un caballo en celo.

Después de varios experimentos, confirmé que me gustaba más seguir a las mujeres que a los hombres. La sensación de aquellas de tener a alguien detrás

era mucho más aguda y pasaban el triple de miedo que los varones. No había nada más excitante, en verdad. Cuando, después de dejar atrás el mirador, llegaba al paso de peatones cerca del malecón, había un cincuenta por ciento de probabilidades de que se apeara algún viajero del último autobús. Y la probabilidad de que fuera una mujer era la mitad de eso. La carretera que bordeaba el río Dong Jin era mi parque de juegos. Pero cada vez necesitaba más para conseguir esa sacudida. Cada vez que salía, tenía que llevar un nuevo accesorio, algo para crear ambiente y despertar mi imaginación. Como escuchar por los auriculares heavy metal, una mascarilla, guantes de látex, cosas así.

No salía todas las noches. Lo hacía únicamente cuando dejaba de tomar las pastillas y solo si me cogía el impulso de locura. Si encontraba a una mujer, podía empezar a tomar las pastillas de nuevo, y durante un tiempo ni siquiera sentía el impulso de salir, como si hubiera remitido. Decidía que ya no saldría más, pero en cuanto volvía a sentir el impulso mis propósitos daban la vuelta como las hojas caídas.

Pero cuando no veía a una mujer, el impulso se prolongaba con toda su furia. Tal como mi madre había intuido, desde el 31 de agosto había sentido el impulso de locura un total de seis veces. Aparte de esa primera noche, había visto a una mujer en dos ocasiones más. Una el 15 de noviembre; y la segunda la noche anterior, la única vez que he huido cuando estaba siguiendo a alguien. Me pareció que había bajado del autobús sola, pero ahora no estaba seguro. ¿Realmente iba sola? Recordaba haberme despertado por la mañana con la imagen del paraguas rojo rodando por la calle. Había recordado otra cosa cuando dejé el puesto de Yongi: una mujer que abría un paraguas rojo tras apearse del autobús y el borracho que la seguía canturreando. La canción que reverberaba en las calles.

Una mujer inolvidable bajo la lluvia...

No me la quito de la cabeza.

Me surgió una segunda pregunta. ¿Había estado en el paso de peatones la noche anterior? Un escalofrío me ascendió desde las plantas de los pies. No. No había estado allí, sino detrás del puesto de tortitas. Ni siquiera estaba de pie, sino sentado en la barandilla del malecón, contemplando el mar y esperando el último autobús. Eso tenía mucho más sentido. El señor Yongi solía cerrar el puesto a las 23.20 y cogía el autobús diez minutos después. Yo llegaba al puesto después de pasar por el mirador sobre las 23.50. El último autobús llegaba sobre la medianoche. Así había sido todas las noches que salía por la azotea; la noche anterior no tenía por qué haber sido distinta.

¿De verdad había huido de esa mujer? O mejor dicho: ¿había notado los síntomas de un inminente ataque epiléptico durante todo el día? No siempre que interrumpía la medicación me sobrevenía un ataque. Solo estaba seguro de haber sufrido dos: el primero cuando tenía quince años, el otro cuando había ido a la isla de Imja Do. ¿Pensaba que estaba a punto de sufrir un ataque porque eso explicaba más fácilmente el hecho de que no me acordara de nada? ¿Significaba eso que las visiones que había tenido ese día no eran síntomas de un ataque inminente sino claves para desentrañar los recuerdos que se me habían borrado? Pero ¿por qué tendría que haber olvidado lo sucedido esa noche?

Una luz blanca me cegó de pronto. Detrás de esa cortina de luz oí un chirrido; el sonido de un coche frenando de golpe y derrapando en el asfalto mojado. Y luego el ruido de una portezuela abriéndose, y de mi madre gritando:

—¡Yu Jin!

Hacía ya rato que no oía al hombre cantando. Reinaba un silencio sepulcral. Solo se oía el ulular del viento.

«Estoy segura de haberlo visto. Tengo frío, miedo, estoy aterrorizada.»

«¡Basta, por favor!», quise gritar. Las voces y visiones se entremezclaban en mi cabeza y yo era incapaz de engarzarlas en un orden cronológico. Me tumbé y apoyé una mejilla en el diario. Los objetos del escritorio pasaron por mi campo visual a cámara lenta, como si fuesen en una cinta transportadora: la navaja de afeitar, el pendiente con perla, la llave de la azotea... Alcé la cabeza. Miré el mp3 y los auriculares con extrañeza. Hice memoria desde el principio, desde que había salido de casa la noche anterior. Cogí el mp3 y lo encendí; la lista de reproducciones se había detenido en «The Conquest of Paradise», de Vangelis. Si había escuchado esa lista desde el principio, esa canción empezaba después de una hora y cincuenta y dos minutos. Así que estaba en lo cierto. Había salido de casa en torno a las 22.10, había dado la vuelta al mirador y apagado la música al llegar al paso de peatones del malecón en torno a la medianoche.

Me puse los auriculares en el oído. Cerré los ojos e intenté recordar la noche anterior, cuando el reloj del salón dio las diez. Retrocedí hasta la primera canción de la lista de reproducciones y pulsé el play. La primera canción, «Mass», empezó a sonar. Boom, boom, boom, boom, boom, boom, boom, boom, boom...

El reloj del salón dio las diez.

Mi madre se había ido a su habitación y había cerrado la puerta hacía treinta minutos. He Jin aún no había llegado. Yo llevaba treinta minutos tendido en la cama con la cabeza entre las manos, no por el dolor de cabeza sino porque notaba el impulso de locura. Llevaba cuatro días sin tomar las pastillas y tres noches merodeando por el vecindario como un perro callejero. No había transcurrido ni un día desde que me había jurado no volver a salir de casa por la azotea. La voz optimista intentaba convencerme para que saliera y

jugara una vez más. El suave murmullo que oía desde la noche anterior apoyaba esta idea con ardor.

«Menudo rajado estás hecho. No haces daño a nadie, solo lo pasas bien. ¿Qué diferencia hay entre esto y masturbarte? Además no has logrado nada en dos días. Hazlo, a no ser que estés pensando en dejarlo completamente. No eres de los que hacen las cosas a medias.»

Me tendí de espaldas. Crucé las manos bajo la nuca y calculé los días. Había dejado de tomar las pastillas en agosto, antes del examen; luego dos meses después, en noviembre, antes del examen oral y, ahora, ni siquiera un mes después, sin ninguna razón en particular. Cada vez tenía menos tiempo para sufrir los efectos secundarios. A este paso, quizá dejaría del todo la medicación. Entonces sufriría otro ataque o mi madre me descubriría antes de que llegara a ese punto.

Así que la única solución era salir esa noche. Si no, era probable que tampoco tomara las pastillas al día siguiente. El peligro sería mayor. Hay un viejo proverbio que dice: si la cola crece demasiado, al final te la pisas. Esa noche sería la última. Al día siguiente, o al otro, me convertiría en la mejor persona que podía llegar a ser.

Me levanté de la cama. Abrí el armario, saqué algunas prendas de ropa y me vestí rápidamente. Suéter negro de cuello vuelto, pantalón de chándal, calcetines, el chaleco acolchado, la cazadora de «Clases particulares». Me metí en el bolsillo izquierdo de esta un par de guantes de látex, la llave de la azotea, la tarjeta de acceso al edificio. Me puse la mascarilla, metí el mp3 en el bolsillo derecho de la cazadora, y enganché los auriculares con la pinza. Me puse la capucha y me até el cordón por debajo de la barbilla. Saqué del techo del baño las zapatillas y la navaja de afeitar, que nunca había llevado en mis salidas. La había dejado para el final. Como esa noche era probablemente –

sentía triste. Me acuclillé frente al puesto para apretarme los cordones de las zapatillas. Me sentía Usain Bolt.

Me detuve delante del mirador con el motor recalentado. Jadeaba, me ardía la cabeza, me dolían las costillas. Tenía flato en un costado y los muslos rígidos. Pasé por delante del mirador tambaleándome y me senté en la cerca de seguridad del acantilado, uno de mis lugares favoritos. En las noches claras se divisaban las luces del distrito II. A veces buscaba las del puesto de Yongi y las de nuestro edificio, como si buscara constelaciones. La distancia en línea recta debía de ser un tercio de la de mi recorrido. En cambio esa noche no se veía nada más que la luz deslumbrante de los reflectores.

La lluvia arreciaba y aporreaba con fuerza. El viento me azotaba y me sacudía por todas partes. Aun así, aguanté allí sentado durante los seis minutos de la canción, pues un coche patrulla, que aparecía muy de vez en cuando por el barrio, empezó a dar vueltas. Me quedé allí, agachando la cabeza, esperando a que se marchara; era mejor que no me vieran. Cuando se marchó el coche patrulla, aparecieron las luces de otro vehículo. Recorrió el parque con las luces largas encendidas, como si estuviera buscando a una esposa fugitiva. Cuando al fin se marchó, saqué el mp3 y consulté la hora. Las 23.21.

Cuando las luces del coche hubieron desaparecido por el otro lado del puente, me puse en pie. Me até el cordón de la capucha y empecé a desandar el camino. Esta vez corrí ligero, al ritmo de la música, como un boxeador practicando *roadwork*. Al llegar al malecón empezó la decimoquinta canción, «The Conquest of Paradise». Pasaban dos minutos de la medianoche, pero el último autobús aún no había llegado. Al menos no había visto ninguno mientras corría.

Me escondí tras el puesto de Yongi. Entre la estructura de madera cubierta con plásticos y los balaustres del malecón quedaba un espacio estrecho donde cabía una persona sentada. Era parecido al espacio que había detrás de las

farolas del paseo del río: la escasez de luz y la niebla procedente del mar favorecían la ocultación. Si el espacio detrás de las farolas era apropiado para jugar, el lugar perfecto para esperar a la compañera de juego estaba detrás del puesto de Yongi.

Al sentarme en la barandilla de espaldas al mar, el viento me golpeó la columna vertebral. La lluvia caía inclinada y me azotaba la mejilla. Las barcas amarradas al muelle chirriaban mecidas por las olas. La luz del reflector danzaba a través de la espesa niebla creando arcoíris. La música llegó a su clímax y yo seguía el compás con un pie. Por alguna razón desconocida, me sentía mucho más excitado de lo habitual. Tal vez fuera la dopamina de haber corrido o el primitivo martilleo de la música o la expectación que en mí despertaba encontrarme con mi última compañera de juego.

Cuando tocaba a su fin «The conquest of Paradise» apareció el autobús. Llegaba cinco minutos más tarde de lo habitual. Apagué el mp3, me quité los cascos y me los guardé en un bolsillo de la cazadora. El autobús se detuvo en la parada y la sangre empezó a palpar en las venas de mis oídos. Iba a bajar alguien, sino el autobús no se habría parado. Cuando vi una figura junto a la puerta del autobús iluminado sentí un escalofrío de placer, atracción y a la vez nervios. ¿Sería una mujer o un hombre?

Una mujer y un hombre. Había poca visibilidad, pero eso pude distinguirlo bien. Mi ánimo se desinfló. Era la noche de lluvia y niebla perfecta para jugar con alguien por las calles desiertas durante los dos kilómetros que me separaban de casa; incluso después de haber corrido catorce kilómetros estaba pletórico de energía.

El autobús desapareció en la oscuridad. La mujer, que sostenía un paraguas rojo, tenía el pelo largo y liso, y llevaba una gabardina violeta, falda corta y botas altas. Avanzaba a pasos cortos y rápidos y echaba continuos vistazos al

hombre, que caminaba detrás. No parecían conocerse y a ella no se la veía demasiado contenta con su compañía.

Incluso desde la distancia se percibía que al hombre le pasaba algo. Iba cubierto por un fino chubasquero de plástico y parecía un tonel, con una barriga inmensa. Se bamboleaba y caminaba haciendo eses. Cada dos por tres se le doblaban las piernas. Forcejeaba con un paraguas diminuto con sus manos de gigante. Cuando conseguía abrir la mitad del paraguas, este volvía a plegarse; y cuando al fin pareció que lo conseguía, una fuerte racha de viento le dio la vuelta bruscamente. La lluvia descargó de lo lindo sobre su calva coronilla. El tonel no paraba de exclamar «¡Puto paraguas de los cojones!» y «¡Mierda de lluvia!».

Se secó la cabeza con la mano y se puso la capucha del impermeable. En cuanto se sintió protegido del ataque pluvial, se le levantó el ánimo. Empezó a cantar a pleno pulmón:

*Una mujer inolvidable bajo la lluvia...
No me la quito de la cabeza.*

Mientras tanto, la mujer había cruzado la calle. Llevaba el paraguas rojo muy recto y apoyado en el hombro, como si se tratara de una advertencia: «¡No te acerques!».

Era imposible que el hombre entendiera esa advertencia, ni siquiera debía de verla. El hombre seguía caminando detrás de la mujer, intentando darle la vuelta al paraguas. Los dos desaparecieron en la niebla mientras el hombre seguía cantando: «Mirando la lluvia, en silencio, en silencio caminaba...».

Salí de mi escondite. Aunque el semáforo estaba en rojo, crucé la calle. Tenía prisa. Estaba agotado y decepcionado. La idea de que aquel tonel me hubiera arrebatado lo que era mío me sublevaba. No sería mi culpa si no

tomaba las pastillas ese día y tenía que volver a salir la noche siguiente. Sería culpa del hombre.

A la entrada de la carretera del río, crucé al lado que daba al parque. El hombre seguía cantando. Ahora cantaba aún más fuerte que antes. Su silueta surgía y desaparecía constantemente entre la niebla. La mujer caminaba por la calzada, y cuando aparecía un coche se subía al bordillo. Era evidente que le daba miedo andar al lado del tonel, pero aún le daba más miedo ir completamente sola.

Dejé de prestarles atención. Saqué la navaja del bolsillo y la abrí y cerré sucesivamente. ¿Saldría de nuevo al día siguiente? ¿Sería la última vez? ¿O me tomaría la pastilla en cuanto llegase a casa?

Empezaba a divisar el puente de Dong Jin Primero cuando la chica soltó un alarido. Se volvió y echó a correr en mi dirección. El hombre tonel se había bajado los pantalones en medio de la calle y meaba zarandeándose el miembro como si se tratase de una manguera de bomberos mientras continuaba tarareando: «Llevaba un chubasquero amarillo, tenía los ojos negros...».

Agitando el paraguas rojo, se subió al bordillo a unos cinco metros de donde yo estaba. Me había escondido detrás de una farola. La mujer jadeaba. El terror había alcanzado un grado tan alto que solo con que oyera la caída de una hoja podía sufrir un ataque y echar a correr despavorida.

Las cosas habían cambiado. Ahora la sangre me bullía en las venas. Un coche empezó a tocar el claxon en el carril opuesto; hacía señales con las largas intentando girar a la izquierda y tomar la carretera de la costa. El hombre tonel se subió los pantalones y lentamente se esfumó entre la niebla. Pero cuando pasó el automóvil, su silueta resurgió en medio de la carretera. Esta vez empezó a agitar el paraguas, haciendo eses entre los dos carriles de la calzada. Cantaba aún más alto que antes, como un elefante barritando.

La mujer echó a andar otra vez, con la vista clavada en el hombre. Su

respiración era débil e irregular; sus tacones gemían de un modo inquietante. Me puse los guantes de látex y comencé a moverme como si fuese su sombra. Corría cuando ella corría, me detenía si ella se detenía. El hombre fue haciendo eses hasta la mediana y cruzó hasta este lado de la calle, no sin antes esquivar un coche que apareció de una calle lateral cercana al parque.

El coche se acercó al bordillo, moviéndose lentamente como si buscara un aparcamiento. No distinguí el modelo ni la matrícula; solo que se trataba de un utilitario blanco. El hombre tonel se acercó dando traspiés al otro lado de la carretera buscando a la mujer bajo la lluvia. Ella se detuvo, y de pronto echó a correr hacia la farola. El hombre la siguió. Estábamos a unos diez metros del puente, y el río discurría junto al sendero donde me había detenido.

La sangre afluyó a mis mejillas. La mujer estaba frente a mí, tan cerca que si estiraba la mano podía tocarla. Oí su respiración, incluso el sonido de sus costillas al moverse. Percibí el olor de la adrenalina, amargo como el sudor y nítido como un perfume. Era la primera vez que olía algo tan provocativo tan cerca. Tenía el pecho a punto de explotar, el estómago duro como una piedra. Todas mis fantasías se agolpaban en mi mente: seguir a una mujer, ser advertido por ella, alcanzarla, provocar su huida, perseguirla, lograr que se esconda, confrontarla.

Tenía la navaja abierta en la mano derecha.

En el lado opuesto de la calzada, el automóvil se alejaba rumbo a la intersección. El hombre tonel llegó a la entrada del puente y se quedó quieto. Dio una vuelta sobre sí mismo, quizá buscando a la mujer. Finalmente reemprendió la marcha. Lo oí cantando mientras cruzaba por el puente. Si se dirigía a su casa, esta no se encontraba en el distrito II. Seguramente había tomado ese camino para seguir a la mujer. Vaya mierda de tío.

Cuando el hombre llegó a mitad del puente, la mujer exhaló un profundo suspiro. No había reparado en la mierda de tío que tenía a su espalda, quizá

por falta de agudeza o porque la experiencia con el hombre tonel le había alterado la percepción. Hasta que puso un pie en el paso de peatones y se colgó el bolso del hombro.

Cuando llegó al círculo de luz de la farola, se puso rígida. El paraguas quedó levemente inclinado hacia un costado y ella volvió la cabeza hacia mí, vacilando. Sus ojos se encontraron con los míos. Yo clavaba la mirada en un pendiente con perla que tenía en una oreja. A mi alrededor fueron desvaneciéndose todas las cosas: el hombre tonel cantando, la lluvia, el viento, la corriente del río discurriendo y arremolinándose... Era el tipo de silencio que me producía hormigueos en las puntas de los dedos, el silencio que me hacía bullir la sangre.

Cuando volvió la cabeza bruscamente, el cabello de la mujer me azotó la cara. Salió disparada hacia la carretera soltando un alarido desgarrador.

Di un gran paso y salí de detrás de la farola. De forma automática, mi mano le agarró el pelo y se lo retorció con violencia, arrastrándola hasta las sombras, donde le giré la cabeza para dejar al descubierto el cuello. La navaja penetró en la carne. Después de un instante, sus gritos se interrumpieron. El silencio nos envolvió como si estuviéramos dentro de una campana de cristal.

Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no veía nada. La comunicación con el cerebro se había cortado. La observé, aún con el pelo en la mano, mientras su cerebro emitía la señal de peligro y se aferraba a la vida.

Me estremecí de pies a cabeza. Me ahogaba y estaba a punto de desmayarme. Era como si la navaja se hubiera apoderado de mi mano y la hubiese dirigido contra la mujer, con tanta fuerza que me hubiera sido imposible resistirme. A mi alrededor todo empezó a sacudirse violentamente. La mano que empuñaba la navaja me temblaba. Sufrí un impacto demoledor. Y algo saltó por los aires en mi cabeza: la puerta que se había abierto hacia ese

otro mundo. Estaba en la frontera de un nuevo universo. No había camino de regreso, ni tenía la fuerza de voluntad para regresar.

Había imaginado ese momento en innumerables ocasiones. Siempre había confiado en poder controlarme. Ahora que había ocurrido, me di cuenta de que me había engañado a mí mismo. Había respondido a las órdenes del sistema nervioso simpático y había cruzado los límites de la fantasía. Había sido demasiado fácil y rápido. Las llamas que me habían consumido se habían liberado en mi bajo vientre, como el deseo sexual. Era el instante de la ignición, el instante mágico en que las sensaciones se expandían hasta el infinito. Con mis ojos interiores podía leer, ver y oír todo sobre la mujer. Me sentía omnipotente. Todo era posible.

La mujer se desplomó sobre mi pecho, y yo oí un coche frenando y derrapando en el asfalto. Una luz blanca lo cubrió todo. Arrojé al río el cuerpo, que se zambulló con estrépito. El paraguas rojo rebotó y rodó por la calle oscura y mojada. Dejé de oír la canción del hombre tonel. Oí el violento grito de mi madre:

—¡Yu Jin!

Mi corazón recuperó de golpe sus lentos latidos habituales. Desde detrás de la farola, miré a mi madre, que mantenía la puerta del coche abierta. Bajo la lluvia torrencial, temblaba. Parecía no estar segura de si el asesino envuelto en la oscuridad a unos metros de ella era su hijo o no.

—Yu Jin...

Su voz era débil y afligida.

Bajé la mirada al suelo. La lluvia arrastraba la sangre de debajo de la farola hacia la alcantarilla. No lo sentí. Tampoco estaba asustado. Solo quería acabar con aquella situación. Me quité los guantes de látex, los tiré al río, y eché a correr con todas mis fuerzas por detrás de las farolas. Me dirigí hacia

el interior del barrio, donde había muchos solares en construcción y mi madre no podría seguirme con el coche.

Al final me detuve en un edificio de apartamentos en obras. A la entrada del almacén ya terminado colgaba una luz débil y la lona plastificada que rodeaba el solar se sacudía con estruendo por la lluvia y el viento. Permanecí allí un buen rato. Rodeado por una oscuridad fría y silenciosa, me entregué a la tarea más importante: rememoré el momento en que había sentido a aquella mujer en su integridad. Me imaginé su cuerpo flotando en el río en dirección al océano. Una brisa helada me despertó de mis ensoñaciones. No me había dado cuenta de que estaba exhausto, ni de que sostenía en la mano un objeto pequeño y redondo. Cuando tomé conciencia de mi cuerpo, no notaba los dedos de las manos ni de los pies. Solo mis instintos estaban despiertos. Reacciona, murmuraban. Es hora de volver a casa.

No sé cómo logré regresar al piso. Lo único que recuerdo es que no me tropecé con mi madre. Ni con ningún vehículo policial. De pronto me vino a la mente el hombre tonel, pero no le concedí mayor importancia. No debía de haber visto nada. Intenté olvidar que posiblemente había oído gritar a mi madre, que incluso podía haber oído mi nombre. Pero debía de haber miles de personas llamadas Yu Jin; no podía ser el único que llevara ese nombre en todo el país.

Y mi madre no podía estar segura de que fuera yo a quien había visto. Nos habían separado tres metros de acera. Mi madre estaba bajo la farola, pero yo en la penumbra. No respondí cuando gritó mi nombre, ni cruzamos una mirada. No quería pensar por qué había sabido que era yo, estaba demasiado cansado.

Con la cabeza agachada, entré en el edificio. Oí ladrar a Hello mientras subía corriendo la escalera hasta llegar a la puerta de la azotea. Fue entonces cuando reparé en que tenía algo en el puño. Un objeto pequeño y blanco. Un pendiente con perla que le había arrancado de la oreja a aquella mujer justo

antes de arrojar su cuerpo al río. Ignoraba por qué lo había hecho y no sabía cómo podía averiguarlo. Debía de haberlo hecho mi mano de forma autónoma. Me lo metí en el bolsillo y saqué la llave de la azotea.

Se abrió la puerta principal en el piso de abajo.

–Yu Jin –me llamó mi madre, como si hubiera estado esperando ese momento.

El olvido fue la mentira máxima, la falsedad perfecta. La noche anterior había hecho algo a lo que no podía enfrentarme. Como solución mi mente había decidido olvidar, y había perdido el día entero batallando contra fragmentos de imágenes que flotaban alrededor de mi conciencia.

Solo entonces caí en la cuenta de que siempre habría sabido que iba a matar a alguien. ¿Por qué otro motivo me había prometido a mí mismo que dejaría aquel peligroso juego del río? A pesar de todo, seguí adelante, confiando en que nunca atravesaría los límites de la fantasía; hasta tal punto creía en la solidez de mi ego social. No tenía ni idea de que careciera de la capacidad de evitar canjear mi vida por un pasatiempo placentero. Me había sobreestimado. La vana creencia de que podía controlarme me había dejado abandonado en manos del destino la noche anterior.

Quizá mi madre lo sabía todo desde hacía bastante tiempo. Tal vez por eso me vigilaba tanto. ¿Cómo había pensado solucionar ese asunto?

–Yu Jin...

Recordé la noche anterior, cuando me llamó desde el piso de abajo. Su voz no sonaba muy diferente de lo habitual. Más que la de una madre llamando a su hijo, parecía la voz fría y serena de una profesora llamando a su alumno. Si hubiera transmitido una mínima amabilidad, yo habría sospechado; que estuviera exhausto, no significaba que me hubiera vuelto estúpido. Si me

hubiese llamado enfadada, habría escapado, sin preocuparme el hecho de estar cansado, que hiciera frío fuera y que no tuviera dinero ni a donde ir. No había nada más terrorífico que una madre enfadada, al menos para mí. Era evidente; por eso esa noche había acabado matándola.

–Yu Jin...

Me había llamado por segunda vez. Yo no me había movido, pero había captado el mensaje: «No he visto nada. Aunque lo haya visto, haré como si no lo hubiera visto».

Yo había bajado al recibidor mientras recordaba el ataque sufrido durante el campeonato diez años atrás. Mi madre me había recogido en el aparcamiento sin decírselo a nadie. Pensé que había decidido no contar lo ocurrido la noche anterior, igual que había ocultado mi epilepsia durante tantos años.

Pero ahora sentía curiosidad. ¿Por qué no me había denunciado? ¿Por qué me había esperado en casa? ¿Quería obligarme a confesar? Pero ni siquiera lo había intentado.

Recordé lo que me había dicho después de acorralarme contra una esquina del rellano y ponerme la navaja en la mano. «No te preocupes. Cuando te hayas ido, me iré yo también.» No era una amenaza, sino un plan. Iba a ocultarlo todo obligándome a suicidarme y luego quitándose la vida. A eso habría obedecido el hecho de que, en cuanto entramos en casa, su comportamiento cambiara y me obligara a quitarme la cazadora para registrar mis bolsillos. Seguramente se puso agresiva porque estaba tan enfadada que no podía pensar con claridad. Nunca habría imaginado encontrar la navaja de mi padre en uno de mis bolsillos. Quizá se lo tomó como un insulto a su recuerdo.

¿Cómo había planeado matarme? ¿Obligándome a rendirme? Imposible. Ya no era un niño de cinco años, sino un hombre de veinticinco, y antiguo atleta.

Incluso con la ayuda de He Jin les habría costado reducirme. Si me negaba a entrar en razón, no tenía modo de matarme. Quizá iba a envenenarme la comida. Hasta un animal salvaje tenía que comer.

El teléfono fijo había estado sonando durante un rato, como un moscardón enfurecido. ¿Quién sería? ¿He Jin? ¿Mi tía? Cogí el teléfono y miré la pantalla. El número empezaba por 032. No sabía de quién era. No me apetecía hablar con un desconocido. Dejé el teléfono en su base y volví a sentarme. Dejé que sonara mientras miraba las cosas de mi madre que tenía encima del escritorio. El diario, la llave del coche...

La noche anterior, cuando la había visto en la calle, no llevaba el camisón blanco. No podía recordar cómo iba vestida, pero estaba seguro de que no era con una falda o un vestido. Quizá se había puesto el camisón al llegar a casa. Mi madre siempre dejaba las cosas en su sitio, lo que significaba que aún no había soltado la llave del coche que llevaba encima. Planeaba volver a usarla después. Quería llevarme en coche a alguna parte. Quizá al océano o al río, donde los dos encontraríamos la muerte. Habría bloqueado las puertas y las ventanas del coche para evitar que yo fuera el único superviviente.

Por fin cuadraba todo. Así mi madre no tenía por qué ser más fuerte que yo y mi capacidad de resistencia se anulaba. Todas las demás incógnitas se resolvían de un plumazo. Si moríamos en accidente de tráfico, no me detendrían por homicida. A ella no la señalarían como la madre de un asesino. Lo que ella había presenciado quedaría como un secreto entre los muertos, y el homicidio quedaría sin resolver. O quizá le cargarían el muerto al hombre tonel, que habría aparecido en las cámaras de la parada del autobús. Él alegaría que había visto a una tercera persona en las calles, pero nadie le creería. La carretera no tenía cámaras y no había habido testigos. Al tonel le costaría mucho probar que había seguido a la mujer pero no le había hecho nada.

Así pues, mi madre había presenciado el asesinato que yo había cometido, y en lugar de entregarme a la policía había decidido morir conmigo. Pero se había enfurecido tanto al ver la navaja de mi padre que había acabado muriendo ella sola.

Sin embargo, aún quedaban cabos sueltos, como el extraño atuendo de mi madre. ¿Por qué entre toda su ropa se había puesto el camisón blanco que yo le había regalado? ¿Quería llevar lo que su hijo le había comprado para morir junto a él? Aquello obedecía a un sentimiento muy exaltado, pero tenía sentido. Había llevado un regalo de mi padre, la pulsera del tobillo, durante dieciséis años. Pero ¿por qué había dejado el diario? Si estaba planeando morir conmigo, lo lógico habría sido hacer desaparecer el diario. ¿Lo habría conservado por He Jin? ¿Quizá para hacerle saber que no habíamos tenido más remedio que irnos? Pero ese diario apenas servía para ese propósito; era solo un registro de los hechos, sin contexto. ¿Qué podría imaginar He Jin leyéndolo? El hecho de que él pudiera leer entre líneas significaba que él sabía lo mismo que ella.

¿Hasta ese punto habían estado próximos? De pronto recordé la primavera de 2003 en que He Jin y mi madre se conocieron.

Estaba en sexto de primaria y era uno de los días al mes en que iba a la consulta de mi tía. En cuanto sonó la campana, corrí a las puertas del colegio. Se suponía que mi madre venía a recogerme a la una para ir a la consulta a las dos, pero llegó con una hora de retraso. No me explicó por qué, pero condujo tan rápido que no vio al anciano con un carrito lleno de papel para reciclar que cruzó la calle por delante de un autobús. Cuando pisó el freno, era demasiado tarde. Las ruedas derraparon, se oyó un crujido, y el anciano quedó tendido bajo nuestro coche. El carrito se volcó y salió disparado hacia la

parada del autobús de la acera de enfrente y los papeles y los cartones para reciclar se esparcieron como una bandada de pájaros. Los autobuses se detuvieron y la gente se agolpó en derredor del anciano. Mi madre, aferrada al volante como si fuera a arrancarlo, tenía la mirada clavada al frente.

–¡Mamá! ¡Mamá!

Mi madre parpadeó, como si despertara de un sueño.

–Corre, vamos a ver lo que ha pasado.

Se soltó el cinturón de seguridad y descendió del vehículo. Yo la seguí. Debajo del morro del coche había un anciano enjuto y alto, desplomado. Tenía la pierna, enfundada en un andrajoso pantalón, doblada de un modo extraño. No se movía y no parecía respirar. Pensé que había muerto, pero me acuclillé a su lado y le toqué el hombro.

–Abuelo, ¿está bien?

El anciano abrió lentamente los ojos. De su desdentada boca, brotó un grito como un trueno:

–¡He Jin!

No se podía mover. Se sostenía la pierna izquierda jadeando y chillando.

–¡He Jin! ¡Ay, He Jin! El abuelo se está muriendo.

Se pasó gritando todo el trayecto de la ambulancia hasta urgencias.

Por suerte, no presentaba lesiones que pusieran en peligro su vida. Cada vez que la enfermera le preguntaba algo, gritaba: «¡He Jin!». Apestaba a alcohol. Como se le había fracturado el hueso y los músculos se le habían desgarrado, tenían que operarlo. Por suerte la cabeza y la cadera habían resultado ilesas. Tampoco había perdido facultades. Cuando le preguntaron sobre el accidente respondió de un modo claro y conciso:

–Se lo digo yo, fue culpa de esa mujer.

–Apareció de pronto por delante del autobús... –intervino mi madre, y tuvo que aguantar media hora de improperios.

–¿Adónde coño estaba usted mirando? ¿No sabe conducir o qué? ¡Mujer tenía que ser! ¿Cómo se atreve a ir rompiendo piernas de la gente que se mata para ganar unas perras? Soy el único que mantiene a mi familia. ¿Qué haremos ahora? –Y agitando una mano en dirección a la puerta, comenzó a vociferar–: ¡Ay! ¡He Jin! ¡Aquí, estoy aquí!

Un muchacho que llevaba el uniforme de mi instituto entró corriendo. No podía ser. ¿Era el mismo He Jin de aquel día? ¿El mismo anciano? ¿Eran ellos?

–¿Está bien, abuelo? –preguntó el muchacho mirando la pierna entablillada del viejo.

–¡Pregúntaselo a esa! –Y al decirlo nos señaló con un dedo esquelético a mi madre y a mí–: ¡Pregúntales lo que me ha hecho esa mujer!

Mi madre no paraba de apartarse el flequillo de la frente. Cuando He Jin se giró para mirarla, ella se quedó inmóvil. Abrió la boca para decir algo, pero finalmente decidió mantenerse en silencio. La observé con interés; sabía lo que había estado a punto de decir. Mi madre, que era una mujer normalmente muy calmada, estaba desconcertada y muy alterada. Parecía haberse olvidado del anciano y de mí, de la gente que iba y venía, incluso de que estábamos en un hospital. Sabía lo que sentía porque yo había sentido lo mismo cuando vi a He Jin el primer día de instituto.

Aquel día, He Jin había sido el protagonista de la ceremonia de bienvenida. Instantes antes de que empezara, una voz aguda y potente retumbó en el salón de actos:

–¡He Jin! ¡He Jin! ¡Estoy aquí! ¡El abuelo está aquí!

Se hizo un silencio sepulcral. Cientos de miradas se clavaron en el viejo, medio de pie en su asiento y agitando la mano esquelética, y en el niño, sonrojado a más no poder.

–¡Aquí! ¡Estoy aquí! –gritaba el viejo ya completamente de pie.

Llevaba un traje que debía de haberse puesto cincuenta años atrás el día de su boda. Le iba tan holgado que las mangas, más que sus brazos, parecían cubrir un par de plumeros. El chico le saludó con la mano, pero no la movió de un lado para otro sino de arriba abajo, como diciendo: «Ya te he visto, siéntate».

Yo estaba sentado detrás de él y no podía quitarle los ojos de encima. A punto estuve de llamarle «¡Yu Min!», pues no es que se pareciera, sino que era idéntico a mi hermano muerto. Los mismos ojos marrones y amables, el mismo pelo ondulado, el mismo aspecto cuidado de estudiante modelo. Bajé la mirada a la tarjeta donde llevaba el nombre. Kim He Jin.

Nuestros nombres compartían la última sílaba. Si tuviéramos el mismo apellido, pensarían que éramos hermanos. Hasta me dio por pensar si no estaría ante otro hermano cuya existencia mi madre me hubiese estado ocultando.

Probablemente ahora mi madre estaba sintiendo lo mismo; debía de pensar que acababa de conocer a un hijo que no sabía que tenía.

–¿Tú eres He Jin? –preguntó al fin con voz trémula.

–Sí, señora –respondió el muchacho antes de mirarme.

Ambos nos sostuvimos la mirada un rato.

–¿Os conocéis? –preguntó mi madre rompiendo el embarazoso silencio—. Por lo que veo, vais al mismo colegio...

Con la mirada aún clavada en He Jin, no respondí. He Jin no tuvo la oportunidad de responder, pues su abuelo lo llamó y se volvió hacia él.

–¿Qué haces ahí plantado? Ve a llamar a la enfermera. Me duele mucho. ¡Me muero!

Aquel día no fui a la consulta de mi tía. Ingresaron al anciano a las ocho de la tarde, y mi madre se ofreció a ocuparse del papeleo del que normalmente se encargaba la compañía de seguros. Solicitó una buena habitación, movió hilos

para adelantar el día de la operación y acompañó la camilla del anciano desde la sala de rayos X a la sala de pruebas y luego hasta su habitación. La razón de su actitud era fácil de interpretar: no quería decirle adiós a He Jin. Le habría gustado mostrarle el tipo de persona que era: le he roto la pierna a tu abuelo pero en el fondo no soy mala.

–Yu Jin, conoces a ese chico, ¿verdad? –me preguntó de camino a casa.

–Sí.

Noté que ella esperaba que le diera detalles. Pero yo estaba extrañamente molesto por todo ese asunto y no le dije nada más.

–¿Vais a la misma clase?

–Sí.

–¿No sois amigos?

–No.

–Él también es bastante alto. ¿Se sienta atrás contigo?

–Sí.

–¿Y no sois amigos?

¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? ¿La Constitución ordenaba que las personas que se sentaban cerca tuvieran necesariamente que ser amigas?

–¿No habla contigo?

–No.

–¿Ni tú con él?

–Tampoco.

Mi madre asintió con expresión soñadora y no dijo nada más.

Ahora veía que durante los últimos diez años He Jin no había sido He Jin para mi madre. Era mi hermano Yu Min, lo que significaba que ella podía haberle confiado sus secretos. La duda era si He Jin habría sido capaz de guardar los

secretos de mi madre. Era un chico muy transparente; le resultaba imposible ocultar sus emociones o pensamientos. Cualquiera cosa que mi madre le hubiese contado, él sería incapaz de mantenerla en secreto. Cuando estaba con él, yo tenía como visión de rayos X, y por el modo en que había actuado ese día supe que no sabía nada.

Así que mi madre no había dejado el diario para He Jin. Tampoco era que no hubiese tenido tiempo ni forma de desprenderse de él; hubiera bastado con que lo quemara en la barbacoa de la azotea y en apenas unos minutos se habría convertido en un montoncito de cenizas. Recordé a quién había telefoneado mi madre en segundo lugar: mi tía. ¿Era ella quien lo sabía todo de mí?

Fui rememorando cada una de las palabras que había cruzado con mi tía por teléfono ese día. No tuve la sensación de que mi tía supiera gran cosa; sus preguntas no apuntaban a nada en particular. Había hablado con mi madre a la 1.31, cuando esta acababa de regresar a casa. ¿De qué habrían hablado durante esos tres minutos? ¿Le habría contado mi madre lo que había visto? ¿Le habría pedido consejo? Imposible: de haber sido así, mi tía no se habría quedado cruzada de brazos durante las últimas horas. Me habría denunciado de inmediato o bien habría irrumpido en casa acompañada de la policía.

Me dolía la cabeza. De tanto pensar, estaba hecho un lío y ya ni me acordaba de lo que estaba intentando averiguar. Un tardío arrepentimiento me golpeó el pecho. ¿Por qué habría regresado a casa? Si me hubiera quedado en la calle, mi madre no habría muerto. Si al menos hubiese llegado a casa un poco más tarde, todo habría sido diferente.

Solté el diario. Extendí las manos y las miré. De pronto me parecieron totalmente ajenas. Veintisiete huesos, veintisiete articulaciones, ciento veintitrés ligamentos, treinta y cuatro músculos y diez huellas dactilares. Mis manos, con las que había sostenido comida, tocado las cosas que amaba, nadado, las manos que había lavado tantas veces, se habían vuelto armas de

matar la noche anterior. Intenté concentrarme. Pensé en los veinticinco años de mi vida que había echado por tierra, en la segunda parte de mi vida que acechaba allí fuera, en lo que podría y en lo que no podría hacer. Nada iba a salvarme. No había esperanza. Me estremecí de puro pánico. No había vuelta atrás. Estaba acabado.

Hasta hacía apenas unas horas, yo había creído que tenía que conocer la verdad. Y que debía descubrirla por mí mismo. Al fin y al cabo era un ser humano. Hello podía vivir felizmente sin saber que era Hello, pero yo no podía seguir viviendo sin saber quién era, y qué había hecho. Ahora que lo sabía todo, me di cuenta de que el proceso no había servido de nada. Independientemente de lo que supiera o hubiera hecho, no tenía futuro. Dirigí mi frustración a mi madre. ¿Por qué no mantuvo la calma aun habiéndose enfadado? ¿Por qué no había seguido su plan original? ¿Por qué no me obligó a subir al coche para lanzarlo al mar? De ese modo todos mis secretos habrían quedado ocultos. Y ahora no sentiría tanto odio hacia mí mismo y amargura. No tendría que enfrentarme a ese enemigo interior que había arruinado mi vida.

Apoyé la mejilla en el escritorio y relajé todo el cuerpo. Cerré los ojos y escuché el chirrido del columpio en la azotea. ¡Un momento! Abrí los ojos de golpe. El sonido no procedía del exterior. No era el columpio. Venía del piso de abajo, el interfono. Miré el reloj. Las nueve. ¿Quién llamaría al portero automático a esa hora de la noche? No era He Jin. ¿Sería mi tía? ¿El guardia de seguridad? ¿La dueña de Hello? A veces se olvidaba en casa la tarjeta de entrada y llamaba a nuestro piso para que le abriésemos. Yo mismo la había llamado a ella en dos ocasiones.

El zumbido continuaba. Metí los objetos dentro de un cajón del escritorio y bajé la escalera. Tal como había pensado, el ruido procedía del interfono.

Pero no era la dueña de Hello. Al encenderse la pantalla, apareció un hombre con una gorra negra y una cazadora del mismo color.

–¿Quién es? –pregunté, presionando el botón del altavoz.

El hombre retrocedió un paso y se enderezó.

–He recibido una llamada. Abra la puerta, por favor.

Había un hombre vestido igual a su lado. Eran policías. Se me puso la piel de gallina. Me vino a la mente el hombre tonel. Oí a mi madre decir: «¿Qué vas a hacer ahora?».

Aparté la mano del portero automático y di un paso atrás. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Debería huir? ¿Debería confesar? ¿Debería suicidarme?

Depredador

–Venimos de la comisaría de Kundo. ¿Podemos entrar?

El agente me hizo a un lado e irrumpió en el recibidor. Era joven, rondaría los treinta y cinco como mucho. El otro agente era más o menos de la misma quinta. Entraron como si esperaran arrestar al criminal en el acto, aunque no sacaron las esposas.

–¿Vive usted aquí? –preguntó el primer agente.

Si no viviera allí, ¿cómo podría haberles abierto la puerta?

–Sí.

–¿Hay alguien más en casa?

–No.

–¿Cuál es su relación con el propietario de la vivienda?

–Soy su hijo.

–¿Cómo se llama?

¿Adónde querían ir a parar? Si venían a arrestarme, deberían haber comprobado mi identidad, en cambio solo se interesaban por el apartamento y el propietario.

–Kim Ji Won.

Los dos agentes intercambiaron una mirada. Luego me observaron de arriba abajo. Yo vestía camiseta, pantalón de chándal, e iba descalzo. También yo les clavé la vista. Si el hombre tonel había presenciado los sucesos de aquella noche y había ido a la comisaría al despertársele un tardío sentido de la justicia, y si la policía tenía pruebas que me inculpaban, no habrían enviado

solo a ese par de agentes, sino que habrían desplegado una unidad de investigación al completo.

–Entonces usted es hijo de la señora Kim Ji Won, ¿no es cierto? –preguntó el primer agente.

–¿Qué sucede? –pregunté asintiendo con la cabeza.

–Me gustaría comprobar su documentación. Antes de nada, hay que verificar si lo que dice es cierto.

Respiré aliviado. No habían venido por mí. No estaban allí por la denuncia del hombre tonel, sino porque querían hablar con la señora Kim Ji Won. Por tanto, su presencia en mi casa no guardaba relación con lo ocurrido la noche antes. Pero nadie sabía que mi madre había desaparecido, entonces ¿qué había ocurrido?

–¿Qué ha pasado? –pregunté plantándome ante la puerta del recibidor.

El policía estiró el cuello para mirar detrás de mí.

–Hace una hora ha llamado su madre para denunciar que había un ladrón en su casa. Ha dicho que tenía miedo de entrar y nos ha pedido que acudiésemos de inmediato.

–¿Mi madre les ha llamado? –No tuve que esforzarme por parecer sorprendido; estaba perplejo de verdad. ¿A qué venía esa historia absurda?–. Mi madre se ha ido a un retiro espiritual. Está rezando.

–¿Rezando? ¿Cuándo se fue?

–Esta mañana. ¿No habrá sido una falsa alarma?

–Hemos confirmado que la llamada es de ella.

Cierto. En caso contrario no habrían venido. Primero debían de haber comprobado la identidad de la denunciante.

–Díganme el número de la persona que dijo ser mi madre. Les diré si es el de ella o no.

–Llamó desde un teléfono público. Déjeme ver su carnet de identidad.

No quería subir a mi cuarto y dejar a los policías en el recibidor. ¿Quién podía fiarse de lo que harían?

–Está en el piso de arriba. Les doy el número.

–Vaya a buscarlo –replicó el primer agente cruzándose de brazos y mirándome con los ojos entornados.

Parecía enfadado por que les pusiera pegas.

–Espérenme aquí –les indiqué, y pasé al salón.

Al poner el pie en el primer peldaño, miré detrás de mí. Tal como había supuesto que ocurriría, el segundo agente había asomado la cabeza por la puerta y escudriñaba en derredor. Subí los escalones de tres en tres. Mi madre estaba en el interior de la mesa de la azotea, mi tía en su oficina y He Jin debía de haber llegado a la estación de Mokpo. Mi madre no podía llamar por teléfono y He Jin no era una mujer. Solo quedaba una opción: mi tía. Se sabía el número del carnet de identidad de mi madre, tenía casi la misma edad y podía fingir ser ella fácilmente. Tendría que averiguar por qué había llamado a la policía.

No tardé ni un minuto en volver al piso de abajo. Le tendí el documento al primer agente, que lo examinó y después me miró antes de pasárselo a su compañero, que salió del piso. Lo oí hablando por el walkie-talkie, pidiendo que me buscaran en los archivos. El primer agente y yo nos quedamos en el recibidor mirándonos en silencio.

–Todo bien –dijo el compañero entrando y tendiéndole mi carnet al primer agente.

Este observó los dos lados del carnet y me lo devolvió.

–Entonces en su familia son...

–Tres. Mi hermano, mi madre y yo.

–¿Y no vive nadie más con ustedes?

–No.

–A propósito, ¿desde cuándo ha estado en casa?

–Desde ayer.

–Entonces ¿cómo es que no ha contestado el teléfono hace un rato?

–¿El teléfono?

El número desconocido que había visto en la pantalla del teléfono fijo debía de ser de la policía, efectuando una llamada de comprobación antes de venir. Quizá la falsa señora Kim Ji Won que les había llamado desde un teléfono público les había dado el número de teléfono de casa. Tenía que ser mi tía.

–No he oído la llamada. Debía de estar en el baño.

El agente asintió y sacó su tarjeta de visita. Comisaría de Kundo.

–En cuanto vuelva su madre, dígame que contacte con nosotros. Si se descubre que ha presentado una denuncia falsa, tendrá que personarse en comisaría.

Asentí con la cabeza y los observé mientras se marchaban. Después cerré la puerta. Al oír el zumbido del ascensor corrí al salón para mirarlos desde el balcón. Abrí la ventana y miré la calle. La luz del coche patrulla destellaba bajo la niebla blanca. Instantes después el vehículo desapareció en dirección a la verja trasera.

Considerando que no había transcurrido ni un día desde que había hablado por teléfono con mi tía, esta se había dado mucha prisa en presentar una denuncia a la policía. Sabía que una denuncia falsa podía acarrearle problemas. Debía de haber tenido motivos de peso para hacerlo. Se me ocurrían las siguientes posibilidades: 1. Mi tía sabía algo. O tenía algún indicio que podía conducirla a la verdad. 2. Quería averiguar si lo que sabía era verdad pero estaba asustada y no se atrevía a venir a casa a comprobarlo por sí misma. 3. Quería que la policía comprobase si había algún problema en la casa.

Mi tía debía de haber optado por denunciar un robo para que la policía

acudiera a la casa rápidamente. Para denunciar la desaparición de alguien habría tenido que desvelar su identidad y no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde la desaparición de mi madre.

Recordé a He Jin entrando en su habitación y cerrando la puerta para hablar con alguien. Debía de ser mi tía. ¿Qué le había dicho? ¿Qué le había dicho sobre mi madre? ¿Sobre mí? Debía de estar muy preocupada por mi madre, o no habría hecho venir a la policía. Y dado que había llamado a He Jin, la fuente de sus preocupaciones debía de ser yo. Si conseguía averiguar por qué estaba tan preocupada, quizá entendería por qué actuaba de ese modo.

Volví a sentarme a mi escritorio, cogí el diario y busqué el 2015. Aquel año contenía pocas entradas. Lo mismo ocurría con el 2014, 2013, 2012 y los años anteriores.

El chico dice que quiere ir a la facultad de derecho.

El chico ha vuelto al colegio.

Trabaja en servicio público en lugar de hacer el servicio militar.

El chico está de vacaciones.

El chico ha entrado en un curso de derecho preuniversitario.

El chico, el chico, el chico... Siempre se refería a mí. No había una palabra sobre su queridísimo He Jin. Tampoco recordaba nunca a su añorado Yu Min. Ni a mi padre. Por alguna razón que ignoraba, todas las anotaciones eran sobre mí. Pero no vi nada especial. La mayor parte de las anotaciones no eran más que una frase, y las más largas no revelaban gran cosa. Hasta que retrocedí al abril de 2006.

20 de abril. Jueves.

Cada día, a cada instante, los ojos del chico me imploran. «Déjame volver a nadar, por favor», parecen decirme. ¿Cómo puedo ignorar la mirada de mi propio hijo? Hace un rato he llamado a Hye Won y le he preguntado si no podríamos dejarle nadar otra vez. Ha respondido como siempre: «No. Volvería a ocurrir».

Lo sé. Yo también lo sé, claro. Conozco a mi hijo. En realidad lo que le he preguntado es: ¿Podemos interrumpir el tratamiento? Hye Won me ha advertido: No te olvides de que lo importante no era que llegase a ser campeón de natación, sino que pudiese llevar una vida normal.

Tengo que aceptarlo. Después de todo, es el objetivo de mi vida, y el propósito del tratamiento de Hye Won. Que Yu Jin viva como una persona normal, apacible e inofensiva.

Sentí vértigo. ¿Habría leído bien? Volví a leerlo resiguiendo las palabras con el dedo.

Había dejado la natación en abril de 2006. Fue también entonces cuando fui a ver a mi tía para pedirle que convenciera a mi madre de que me dejase seguir nadando. Mi tía me había sonreído amablemente pero había sopesado mis palabras con frialdad. Se lo había contado todo porque necesitaba desesperadamente que alguien me ayudara. Luego perdí toda esperanza y mi vida dio un vuelco, pero no la culpé, solo me hice el propósito de no volver a confiar en mi tía nunca más. Pero no tenía ni idea de que la situación había sido exactamente al contrario de lo que imaginaba. Mi madre quería que continuara nadando y que interrumpiera la medicación. En cambio mi tía se oponía. La decisión más importante de mi vida no la había tomado mi madre sino su hermana pequeña, una mujer que no me había parido ni criado, y que nunca me había querido.

Recordé lo mal que me sentí el día en que me borrarón del registro de nadadores federados y encendí una pequeña hoguera en la azotea. Recordé que ardía de rabia y que tuve que tragarme el llanto. Recordé a He Jin ante la puerta de la azotea, sintiéndose mal por mí y sin saber qué hacer, como si lo que ocurría fuese culpa suya. Mi madre ni siquiera subió a la azotea; cuando bajé al salón, me preguntó con una voz cansada: «¿Has apagado bien el fuego?». Así que mi madre siempre había seguido instrucciones de mi tía.

Me tragué la rabia que se encendió en mi interior. Intenté no perder la cabeza. Me esforcé por desentrañar la verdad entre aquellas oraciones confusas. ¿«Que Yu Jin viva como una persona normal, apacible e inofensiva»

significaba vivir sin ataques epilépticos? No tenía sentido. Por muchas vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión. No se conseguía ser una persona apacible e inofensiva solo por dejar de tener ataques epilépticos. El mundo no era así.

En realidad las palabras querían decir: He Jin debe tomar la medicación para no ser un peligro. Lo que significaba: si toma las pastillas, no será un hombre peligroso. Pero ¿por qué era peligroso? ¿Y por qué necesitaba medicarme? ¿Tomaba pastillas para evitar los ataques epilépticos o para que mi madre y mi tía consiguieran sus objetivos? Debía averiguar el efecto que me producían las pastillas.

Abrí el teléfono móvil y busqué «Remote» en internet. Gran parte de la información que apareció ya la conocía. El medicamento se usaba para tratar la epilepsia, el trastorno bipolar, algunos trastornos de la conducta. Nunca me habían dicho que padeciera trastorno bipolar o trastornos de la conducta. En cuanto a la epilepsia... Recordaba haber sufrido dos ataques. Luego leí algo que podía contradecir ese diagnóstico. «Se han registrado ataques de epilepsia del lóbulo temporal en pacientes que interrumpieron bruscamente la medicación.» ¿Me había ocurrido eso a mí? ¿Los ataques que en teoría suprimía la medicación habían vuelto cuando dejé de tomar las pastillas, o constituían simples efectos secundarios por haber parado de golpe? La respuesta estaría en el diario. No encontré ni una sola mención al asunto hasta que llegué al año 2002.

11 de abril. Jueves.

El chico lleva toda la semana más muerto que vivo. Los efectos secundarios de las pastillas han llegado al máximo. Se queja de dolor de cabeza, pitidos en los oídos, aletargamiento. Ayer tuvo una carrera, pero como no se encontraba bien llegó 0,45 segundos demasiado tarde y no recibió ninguna medalla. Aún puedo verle mirando el marcador después de tocar el panel táctil. Tenía los ojos de una fiera enfurecida, la barbilla elevada en actitud desafiante y el cuerpo rígido.

No ha pegado ojo en toda la noche. Le oía quejarse y gemir en la cama como si le estuvieran

arrancando un diente. Estaba hecho una furia. Encerrado en su habitación, no me ha dejado entrar para consolarle. Seguramente me odia por obligarle a tomar las pastillas.

Estuve caminando de un lado para otro delante de su habitación. Ahora que he tomado esa decisión, no sé si podré vivir.

Sin embargo, mi madre estaba equivocada en algo. Lo que más me hacía sufrir entonces no eran los efectos secundarios de la medicación o perder las competiciones, sino el hecho de que cada vez que contravenía las normas de mi madre, esta me castigaba con no poder ir a la piscina. Una infracción eran dos días; cuatro días si infringía dos normas. En caso de que contraviniera tres o más reglas, o una fundamental, el castigo duraba indefinidamente y terminaba cuando a ella le parecía.

Yo prometía hacer lo posible para cumplir sus reglas. Pero a veces no acababa de entenderlas. Era incapaz de comprender qué comportamientos estaban en la misma categoría que una regla. Por ejemplo, tomar prestado algo en secreto y olvidarme de devolverlo era lo mismo que robar; no reconocer la verdad era lo mismo que mentir, y vengarse de alguien era lo mismo que ser violento.

La primera vez que me castigó con no poder ir a la piscina durante un tiempo indefinido fue en el otoño de cuarto de secundaria, un mes antes de que nos trasladáramos a Incheon. Al llegar a casa después del entrenamiento, oí la voz de mi madre procedente del salón.

–Han Yu Jin, ven aquí y siéntate.

Ella estaba sentada en el sofá, y en la mesa ante ella había una caja. Conocía esa caja y todos los objetos que contenía: un alfiler del pelo en forma de mariposa, una brillante cinta del pelo, una figurita de plástico, un llavero, un monedero, un espejo de mano, una compresa, goma de borrar, un estuche de lápices, un bañador negro de mujer, un gorro de nadar modelo pingüino... Dejé la mochila en el suelo y tomé asiento junto a mi madre.

–¿Qué es esto? –me preguntó, señalando la caja.

De reojo leí «Han Yu Min» escrito con rotulador en una esquina de la caja.

–No me decepciones. No me mientas. Lo he encontrado detrás de la librería.

No tenía ninguna intención de mentir. La caja había sido de Yu Min. Mi madre se la había dado para que guardara cosas pequeñas, como piezas de construcción, tornillos de juguetes desmontables, un tirachinas, una pistola de balines, cosas así. Tendría que conocerla mejor que yo; era ella quien había escrito el nombre de mi hermano en la caja. Yo había metido algunos objetos que había tomado en préstamo secretamente de otras personas. Normalmente de chicas. Chicas que me gustaban o que no me gustaban, o que solo conocía de vista, o que no conocía en absoluto, o de alguna despistada que dejaba tirada la bolsa de natación por cualquier sitio. Al principio lo hacía para divertirme. Luego se convirtió en un juego. Me desafiaba a pillar cosas que parecían difíciles de conseguir. Como la compresa.

–Yu Min me la dio –dije mirándola a los ojos.

–¿Cuándo?

–En tercero.

Durante un rato nos miramos sin decir palabra.

–Así que empezaste a hacerlo el año pasado.

–Yo no –respondí al darme cuenta de mi error–. Siento no habértelo dicho antes. Después de que muriera mi hermano se me olvidó por completo.

Mi madre no siguió interrogándome ni me contó ninguna historia de la Biblia sobre la prohibición de robar. Pero me castigó con no ir a la piscina ni al entreno. La sentencia fue por un tiempo indefinido. Yo había infringido varias reglas importantes; había robado, mentido e injuriado a mi hermano. Hasta nuestro traslado a Incheon, no pude ni acercarme a la piscina. Todas las

noches, para mitigar mi nostalgia del agua, me tumbaba boca abajo en la cama e imaginaba que nadaba.

Mi madre sabía exactamente cómo sacarme de quicio, qué podía quitarme para obligarme a agachar la cabeza. Compensaba el sentimiento de culpa que albergaba en un rinconcito de su alma confesando en el diario lo mucho que le dolía tener que someterme. Pasé a la página siguiente.

4 de febrero. Lunes.

Me estoy dando cuenta de que el deseo puede volver a alguien sobrehumano. El chico ya no se queja de los efectos secundarios de la medicación. Se toma la pastilla encantado y no la escupe en cuanto me doy la vuelta. Se levanta a las 5.30 de la mañana y se prepara para ir a la piscina. Al terminar el entrenamiento desayuna cualquier cosa en el coche y se marcha al instituto. Pensé que se hartaría y que lo dejaría si le obligaba a compaginar la natación con los estudios, pero viéndole nadie diría que le resulta fatigoso. Así lleva desde el diciembre pasado, cuando me preguntó si la epilepsia es esa enfermedad que hace que a la gente le den ataques y le salga espuma por la boca.

Capté al vuelo el sentido de aquella pregunta. Había averiguado cuál era la enfermedad que se suponía que trataban las pastillas. ¿Cómo se habría enterado? Quizá entró en una farmacia y preguntó, o miró en internet. Lo único que sé es que se asustó mucho. Tiene miedo de que le dé un ataque en la piscina y le salga espuma por la boca. Teme que eso le impida seguir nadando.

No se lo desmentí. Es mejor que piense eso. Sé lo que esperaba que yo dijese. Pensé que quizá dejaría de nadar. Pero ha aceptado la medicina y los efectos secundarios como parte de su vida. Parecer creer que, si se toma la medicación correctamente, podrá seguir nadando.

Siempre que lo veo tan fatigado, me martiriza la culpa. Hye Won me ha dicho que, ya que hemos llegado a este punto, utilice el malentendido para nuestros propósitos. Dice que debería tomármelo como un medio para mantener al chico bajo control, como un freno que le impida dejar la medicación. Le pregunté si le parecía que estaba bien hacer eso, y me respondió que era demasiado tarde para preguntarse si estaba bien o mal.

Levanté la mirada. Las palabras bailaban ante mis ojos y no podía seguir leyendo. Sentía detrás de mí a mi madre blandiendo una pala. ¿Había entendido lo que acababa de leer? Releí varias veces la página por si no había comprendido bien las palabras. Pero no. No había ningún malentendido. Para empezar, el muro que me había mantenido encerrado toda la vida nunca había existido. Mi tía y ella habían conspirado para arrebatarme la vida.

La confusión inundó mi cabeza como las cenizas de un volcán. La conmoción no habría sido tan fuerte si acabara de descubrir que en realidad Hello era mi madre. En ese caso al fin habría entendido: «Vale, o sea que soy un hijo de perra». Si se trataba de una broma, era una broma cruel y miserable. Una broma que convertía mis veinticinco años de vida en una sucia artimaña. Una broma que me convertía en un imbécil.

Ante mis ojos desfilaron todos los días en que mi madre y mi tía me habían engañado. Recordé las renunciaciones que había hecho, las cosas que había tenido que aceptar, las noches horribles que había pasado temblando de frustración. Todo eso se debía a que pensaba que era epiléptico. La sangre me hervía en las venas, estaba ardiendo como una tea. Me ahogaba como si estuviera en medio de un incendio. Sentí deseos de correr a la azotea y gritarle a la cara: ¿Por qué? ¿Por qué me hiciste esto?

—Eh, nada de pataletas —oí decir a mi madre detrás de mí.

El columpio chirriaba de nuevo. Me levanté de la silla y subí la persiana. Mi madre seguía sentada en el banco del columpio y contemplaba el cielo. El viento le agitaba el largo y negro cabello, sus pequeños y blancos pies rascaban el suelo de la pérgola, y ella susurraba:

—Alguna razón habrá, ¿no crees?

Por supuesto. Claro que había alguna razón. Tenía que haber alguna buena razón para arruinarme la vida de ese modo. Y debía de estar en el diario. Sí, mamá. Me tranquilizaré y buscaré la razón. Pero debería ser una razón convincente, lo bastante convincente para que yo la entienda. Ya sabes que me cuesta un poco entender cualquier cosa, ¿verdad, mamá? Y que guardo rencor durante mucho tiempo. Así que será mejor que me ayudes a entender esto bien.

El teléfono móvil comenzó a sonar. Lo cogí. Un bonito nombre apareció en la pantalla: «Vieja bruja».

Las cinco y media de la madrugada. Terminaban el día y la noche más largos de mi vida. Por fin llegaba un nuevo día que parecía haber tardado cien años. Había pasado las últimas horas luchando contra todas las pruebas; había dejado en remojo en la bañera las prendas de ropa, las sábanas y las mantas ensangrentadas. Era imposible deshacerse de ellas; no podía quemarlas ni tirarlas. Como no me las comiera, no tenía dónde esconderlas. Solo podía intentar lavarlas.

Empecé con el método más simple: las metí en un cubo lleno de agua fría y detergente. Las pisoteé a conciencia para quitarles la sangre y cambié el agua con frecuencia, hasta que salió limpia. Cuando se me congelaban los pies, los desentumecía en agua caliente. Así estuve varias horas. En comparación con el esfuerzo, el resultado no fue excesivamente satisfactorio. Las manchas de sangre se volvieron marrón oscuro, pero no desaparecieron. Al menos me dio algo que hacer y me calmó un poco. Al final ya no estaba tan encendido y tenía la cabeza fría. Y había recobrado el deseo de salir de ese túnel de confusión. Necesitaba saber más.

Pese a todo, no tenía ganas de volver a leer el diario. Me daba miedo. Temía que mi madre me enfureciera desde su tumba, y que mi cuerpo y mi mente me ordenaran castigar a alguien. Y para colmo, la persona a la que quería castigar estaba poniendo al límite mi paciencia llamándome cada dos por tres. Me había llamado a las doce de la noche y a las doce y diez. Yo no había contestado, estaba demasiado furioso y era muy arriesgado; podía haber explotado al teléfono.

Hacía solo cinco minutos que se me había ocurrido consultar en Google. Era como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar. Abrí el teléfono móvil para averiguar cómo se quitaban las manchas de sangre. La búsqueda arrojó un sinnúmero de consejos. Frotar con pasta de dientes, frotar suavemente con tónico facial, cubrir la mancha con rábano rallado, frotar con una toalla empapada en

agua oxigenada. Eran buenas ideas para quitar manchas pequeñas, pero no funcionarían con las mantas y las sábanas. Decidí seguir con la lejía. Metí en el cubo las sábanas, las mantas y las prendas de ropa, y saqué la cazadora de *Clases particulares* del armario. Decidí que lavaría todo lo que estuviera relacionado con esa noche.

Fui al piso de abajo y metí la ropa en la lavadora. Puse el programa de lavado normal y apreté el botón de modo silencioso para evitar que Hello se pusiera a ladrar.

Cuando salía del lavadero comenzó a sonar el teléfono fijo del salón. Otra vez mi tía. Eran las 5.56. Tenía que contestar. Ella debía de saber que ya me había levantado. Descolgué el teléfono.

–¿Te acostaste temprano anoche? –me preguntó en un tono de irritación.

No había querido hablar con la hermana pequeña de mi madre a las doce de la noche, pensé. Quería dormir. Ella también debería estar durmiendo a esas horas, tanto si se había acostado con un hombre, con una mujer, con un animal o sola.

–¿Yu Jin?

–Sí, me acosté temprano.

–Ya veo. También yo me iba a acostar, pero de repente sentí tanta curiosidad que decidí llamarte. ¿Tienes los resultados del examen?

Yo también sentí curiosidad. ¿Por qué había pensado en mi examen a esas horas de la noche?

–Me han admitido.

–¿De verdad?

Parecía impresionada, como si dijera: «¿En serio te han admitido, entre tanta gente?». Su falsa sorpresa me indignó profundamente, pues He Jin debía de habérselo contado. Una vez más lo que salía de su boca me irritaba.

–¿Tu madre no lo sabe aún?

Por fin iba al grano. Parecía que sabía de lo que hablaba. Sé que sabes dónde está tu madre.

–Sigue con el teléfono apagado; le he dejado un mensaje.

–¿Aún no ha llamado? Han pasado veinticuatro horas. ¿No deberías ir a buscarla?

¿Acaso creía que yo no sabía que ella había llamado a la policía? Quizá imaginaba que yo lo sabía pero intentaba provocarme para que reaccionara.

–Ahora me estás preocupando.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Tienes algún plan?

–Hablaré con He Jin cuando vuelva a casa.

–¿No ha vuelto aún He Jin? –preguntó, como si no lo supiera.

–Ha ido a Mokpo.

–¿Y eso? –dijo fingiendo curiosidad.

–Por trabajo.

–Claro... tiene trabajo. ¿Y qué vas a hacer mientras tanto?

Dejé escapar un hondo suspiro. ¿Cuándo colgaría, el año que viene?

–Estaba a punto de salir a correr.

–Pero si aún no ha amanecido. ¿Sales siempre a esta hora?

–Sí.

–¿Ayer también?

Recé para que alguien le arrancara el teléfono de las manos a esa mujer.

–¡Ya te he dicho que ayer dormí hasta tarde! –le grité de mala manera.

–Vale, chico. No hace falta que te enfades. Se me había olvidado. Cuando tengas mi edad lo entenderás.

En aquel instante, sentí la fuerza de los genes. Las dos hermanas tenían algo en común: primero me hacían enfadar y cuando les respondía se sorprendían y protestaban. Colgué el teléfono y regresé a mi habitación. Abrí el diario. Tardé dos horas en leer las entradas de los años 2002, 2001 y 2000.

21 de julio. Viernes.

Ayer el chico se fue con el equipo de natación a un campamento de verano en Jiri San. He estado inquieta desde que se fueron. Lo que más me preocupa es su seguridad. Después de ser hospitalizado por los efectos secundarios de la medicación, detuvimos el tratamiento y estábamos esperando a que el hígado recuperara su función normal para probar con otros fármacos. Por eso Hye Won se opuso al viaje, pero al final acabé cediendo y dándole permiso.

No podía seguir ignorando su mirada suplicante. Se ha ido con el entrenador y con los otros niños. ¿Qué puede pasar? Le envié al campamento sin decirle nada a mi hermana. He estado todo el día subiéndome por las paredes y sin despegarme del teléfono. No paraba de pensar que, si ocurría cualquier cosa, el entrenador me llamaría enseguida.

El teléfono sonó esta madrugada. Antes de abrir siquiera los ojos, supe que se trataba del entrenador. Me dijo que Yu Jin había desaparecido. Había advertido su ausencia al hacer la ronda por la noche. Nadie le había visto marcharse; las cámaras de seguridad no le habían grabado, no sabían cuándo se había ido. Añadió que la policía y el grupo de voluntarios estaban peinando la zona pero no habían encontrado ni rastro del chico.

Después de eso, no recuerdo nada. Solo que la segunda llamada del entrenador me pilló pasando el peaje de In Wol. Habían encontrado al chico. Estaba en un motel a unos ocho kilómetros del campamento. Al parecer, el chico había llamado a la puerta al amanecer. Me temblaban las manos y agarré fuerte el volante.

Cuando llegué allí, el chico estaba dormido. A primera vista, estaba bien; tenía arañazos y morados, pero nada más. Me senté a su lado y un policía me hizo unas preguntas: ¿había ocurrido antes algo así? ¿Tenía mi hijo la costumbre de merodear por ahí de noche? ¿Sufría alguna enfermedad crónica, como sonambulismo o narcolepsia o epilepsia? No, no, no, repetí una y otra vez.

Cuando se despertó contó que había salido a orinar, había oído un ruido extraño detrás de los baños y había ido a investigar lo que era. Se encontró una cosa blanca flotando y ondeando en el aire. Se había puesto a seguirla por el campamento hasta que se perdió. Se dio cuenta de que se había ido lejos y que no sabía dónde se encontraba. Por suerte, había luna llena, por lo que no estaba oscuro, y pudo ver una cinta amarilla colgando de un árbol. Recordó que su padre le había dicho que los excursionistas usaban las cintas para señalar los senderos. Fue siguiendo las cintas y acabó llegando al motel.

Aquella historia no tenía ni pies ni cabeza, por lo que el entrenador y el policía me aconsejaron que me llevara al chico a casa. Se le veía tranquilo, incluso lleno de energía, como si hubiera salido a dar un paseo con un perrito. Solo se desinfló un poco cuando le dije que tenía que dejar el campamento.

Durmió todo el camino de vuelta a Seúl. Me habría gustado despertarlo y hacerle preguntas. ¿Qué ha pasado? Dime la verdad.

Me acordaba perfectamente de lo que había ocurrido, a pesar de los años transcurridos y de que los recuerdos anteriores y posteriores al incidente eran

vagos. Esa tarde, cuando volvía de jugar en un arroyo, vi que en los campos había unas estacas con extraños ganchos de alambre. Le pregunté al entrenador qué eran y este me dijo que eran trampas para evitar que las liebres se comieran las patatas. Me pidió que no me acercara a ellas, con lo que consiguió justo lo contrario. Por la noche, cuando todo el mundo dormía, salí del campamento con una linterna. La curiosidad me impedía conciliar el sueño. ¿Habría caído alguna liebre en la trampa?

No había ninguna liebre. Me acuclillé junto a un árbol, desde donde podía ver las trampas. Apagué la linterna y aguardé la llegada de las liebres. No tenía miedo; no estaba nada oscuro. La luna llena estaba alta, el bosque brillaba con tonos dorados y las estrellas titilaban encima de mi cabeza. No recuerdo cuánto tiempo esperé. En un momento dado comencé a dar cabezadas mientras escuchaba los ruidos de la noche: el ulular de un búho, el croar de las ranas, el canto de los grillos, el rumor del arroyo...

De pronto oí un ruido extraño. Bajo el claro de luna, vi una sombra negruzca que corría a saltitos. Me erguí y corrí hacia ella. Era una liebre. Una liebre de pelaje gris que, en su postura agazapada e inmóvil, podría confundirse con una roca. Se le había enganchado una pata trasera en el alambre y forcejeaba. Me aproximé y me inundó el olor ligeramente dulce de la sangre. La pata enganchada en el alambre estaba empapada de sangre. Sus ojos asustados reflejaban la luz de la luna. El pecho me latía con fuerza.

—Estate quieta —le dije—, ahora te suelto.

Comencé a desenrollar el alambre. Aunque le había dado varias vueltas a la estaca, era fácil retirarlo. Tardé un buen rato. Y la liebre no dejó de moverse. Forcejeaba y se sacudía; en cuanto se vio liberada, se alejó a toda velocidad. La seguí. No es que quisiera atraparla para hacerle nada, sino que quería saber adónde iba, hasta dónde podría llegar con aquel largo alambre enganchado a una pata, si podía sobrevivir después de perder tanta sangre.

La liebre pasó por unos arbustos, cruzó un arroyo, trepó a un montículo, pasó junto a un árbol. La seguía, pero no con la vista, sino con el olfato. La sangre olía tan fuerte como la carne asada, y podía verla tan claramente como una llama. La liebre fue aminorando el paso. Al principio había tenido que correr para no perderla, pero ahora andaba. De pronto se detuvo. Se ocultó debajo de un arbusto y no huyó cuando me aproximé. Tampoco se movió cuando estiré la mano y la agarré. Cuando la sujeté por las orejas, quedó colgando inerte. Estaba muerta. Perdí el interés y la tiré a los arbustos. No recuerdo qué pasó después. No era importante.

De pronto pensé: ¿lo que me había ocurrido había sido una casualidad o no podía haber sido de otro modo? Las situaciones de la liebre de hacía dieciséis años y de la mujer de hacía dos noches eran idénticas; en ambas había oído sangre, había perseguido a una criatura asustada en plena noche, había terminado con un cuerpo en mis manos y los dos incidentes habían ocurrido al dejar las medicinas. La noche de dieciséis años atrás era la semilla de la planta que había florecido dos noches atrás. La única diferencia era que la mujer no estaba herida cuando la encontré.

Quizá tenía la regla. No era raro que detectase el olor de la menstruación en espacios cerrados como un aula o un salón de actos, y me resultaba fácil identificar a la persona que sangraba porque esta despedía un olor claro y único. Pero ¿también podía en un bosque o en la calle? A menos que uno fuese un perro de caza, ¿sería posible algo así?

Recordé que siempre que dejaba las pastillas los olores me asediaban. Normalmente eran olores acres –sangre, pescado, agua estancada, suciedad, tierra, hierba–, pero incluso los perfumes y las esencias que gustaban a la mayoría de la gente me resultaban desagradables. Siempre había pensado que esas sensaciones anunciaban un ataque epiléptico. Ahora que al parecer ya no padecía epilepsia, no sabía a qué obedecía mi exacerbado sentido del olfato.

Siempre que dejaba de tomar las pastillas volvía a ser yo mismo. Así que mi sentido del olfato debía de ser parte de mi verdadera naturaleza. Si eso me hacía ver el mundo de una determinada manera y me afectaba la vida en cierto modo, llevándome por un camino y no otro, entonces vería cómo se convertía en un problema. Quizá mi tía me había prescrito la medicación por ese motivo.

28 de julio. Viernes.

Hye Won está furiosa con ese niño de nueve años que según dice se ríe de ella y la mira con suficiencia. Desde que volvió del campamento y empezó con la nueva medicación, no ha colaborado en las sesiones. Está harta de sus hábiles juegos de palabras y de que en las terapias de grupo sea un maleducado y un mal ejemplo para los otros niños. Durante las sesiones de hipnosis, finge estar hipnotizado y dice una mentira tras otra. Según ella, ayer fingió quedarse inconsciente después de entrar en un profundo sueño hipnótico y a la pobre de poco le da un ataque de pánico.

¿Qué voy a hacer? Me arrodillo ante la Virgen y pregunto: Madre, Madre sabia, ¿qué voy a hacer?

Recuerdo que me pasé años peleándome con mi tía. Después de que mi madre descubriera la caja de Yu Min y me castigara sin piscina indefinidamente estuve resistiéndome a los tratamientos de mi tía unos meses. Tras mudarnos a Incheon, mi madre me propuso un trato. Si me sometía al tratamiento honestamente me permitiría nadar otra vez. Acepté. Mi tía se había salido con la suya.

Bajé la escalera. La lavadora estaba parada desde hacía un rato. Pulsé el botón de secado y volví a la habitación con una botella de agua fría. Las siguientes entradas eran de junio.

3 de junio. Sábado.

Hemos pasado los cuarenta y nueve días de luto por la muerte de Yu Min y mi marido. Después de la misa de la madrugada, me fui con Yu Jin en coche. Hye Won y mi padre se ofrecieron a acompañarnos, pero me negué rotundamente. Quería estar a solas con el chico. Para ser capaz de seguir con él, debía sacar todas las penas que hervían en mi corazón. Quise que ese trayecto supusiera un nuevo comienzo.

Nos detuvimos en el mercado de flores de Seocho-dong y seguimos directamente hasta Mokpo. El chico parecía una sombra a mi lado. No se movió ni abrió la boca. Ni siquiera dijo que tenía hambre o

que debía ir al baño. Permaneció ahí sentado, inclinado hacia atrás, mirando por la ventanilla, o jugando con su cubo de Rubik.

En un momento dado caí en la cuenta de que Yu Jin casi nunca había ido en el asiento del copiloto cuando yo conducía. Siempre había ido Min Seok o Yu Min. Yo prefería tener a Yu Min a mi lado. Podía conducir mucho rato sin advertirlo ni cansarme porque no paraba de hablar. Nunca pensaba en Yu Jin, que iba sentado detrás. Ahora que Yu Min no está me percaté de lo callado que es Yu Jin. Recordé que Hye Won había dicho que para que a Yu Jin se le acelerara el pulso hacían falta cosas especiales y que solo de pensar en qué consistían se echaba a temblar.

Tardamos más de cinco horas en llegar al puerto de Mokpo. Embarcamos en el ferry que iba a la isla de Tando una vez al día. En la isla ya era verano. Un viento cálido y húmedo soplabla sobre el mar de tonos ocres que se había tragado a dos miembros de mi familia. En el horizonte se estaba formando una tormenta eléctrica y el bosque se oscurecía. En los árboles crecían manzanas verdes donde había habido flores. A mi alrededor todo estaba tan sereno que sentí ganas de llorar.

Entré en el hotel y enseguida apareció el encargado. Nos acompañó a la casita donde nos habíamos hospedado anteriormente. Constaba de dos habitaciones muy limpias, un salón pequeño y alargado, la foto de un atardecer colgada en la pared y un porche con vistas al campanario. Todo era igual que la vez anterior pero mucho más tranquilo. No se oía el repiqueteo de la campana azotada por el viento.

Deshicimos las maletas y salimos. El chico llevaba un ramo de crisantemos y yo una caja con la ropa de los dos. Caminamos por el sendero que tenía filas de árboles a ambos lados; la otra vez me había parecido larguísimo, pero ahora nos llevó a nuestro destino en un abrir y cerrar de ojos. Aunque anduvimos despacio, apenas tardamos veinte minutos en recorrerlo. Cuando llegamos al acantilado, el sol se ocultaba ya tras los islotes grises.

Abrí la caja y saqué la ropa de Yu Min y de mi marido. Las había escogido unos días antes. La cazadora roja favorita de Yu Min y el traje azul marino favorito de Min Seok. Les prendí fuego con un mechero. El viento azuzó las llamas. Sentados junto a la hoguera, recordé aquel día de verano de hacía diez años, cuando descubrí que tenía un don extraordinario para hacer niños. A los tres meses justos de haber dado a luz a Yu Min, me quedé embarazada de Yu Jin. Si Yu Min fue el fruto de la primera noche que pasé con Min Seok antes de casarnos, Yu Jin fue el resultado de las primeras relaciones que tuvimos después de dar a luz. Aún estaba dando de mamar a Yu Min y no fui con cuidado.

Me sentía fatal. Peor que eso; estaba furiosa. Min Seok era hijo único, así que se alegró mucho, pero yo no. Por entonces, él acababa de abrir un negocio de muebles de importación, y yo trabajaba muy duro como editora. Al quedarme embarazada por segunda vez, pensé que tendría que dejar el trabajo. La perspectiva de verme envejecer criando a dos niños no me hacía ninguna gracia. Pasé varios días dándole vueltas a la cabeza: ¿debía tener al niño o no?

Vi al gatito la mañana en que por fin me decidí a acudir al ginecólogo. Yu Min acababa de mamar y dormirse cuando lo oí maullar al otro lado de la ventana. Salí a la terraza y escudriñé el lugar. Un gato blanco maullaba agazapado al pie del muro. No tenía cola ni orejas, como si se los hubieran cortado con tijeras.

Fui a la cocina y abrí una lata de atún. Puse arroz en un bol, lo mezclé con el atún y lo llevé fuera. El

gato retrocedió dos pasos al verme. Dejé el bol al lado de la pared y me aparté un poco. «Come», murmuré.

El gato se acercó vacilante. Tenía el estómago pegado al lomo. Parecía un cachorro. O quizá se había quedado enano por falta de alimento. Tenía las patas esqueléticas y una cicatriz enorme en la frente. Los ojos medio cerrados y llenos de legañas. ¿Qué podía ver con esos ojos? ¿Y si cruzaba la calle y lo atropellaba un coche? ¿Qué clase de ser humano maltrataría a un animal de ese modo?

El gato me miró y luego miró el cuenco. Cuando me alejé por fin se aproximó al bol y se sentó. Acercó la nariz y olisqueó, alzó la cabeza y se puso a maullar. Me preocupó que despertara a Yu Min. ¿No le gustaba la comida? ¿No tenía hambre?

Los maullidos se fueron volviendo más fuertes y lastimosos. De detrás de la esquina apareció un gato de rayas oscuras. El gato blanco se apartó y se quedó vigilándome mientras el otro gato daba buena cuenta de la comida. Era la madre del gato de rayas oscuras, que parecía encontrarse en la fase inmediatamente posterior al destete. En caso de que aquella piltrafa hubiera podido dar leche. La madre era del mismo tamaño que el cachorro; parecía un cachorro que hubiera parido otro cachorro.

El gato de rayas oscuras terminó de comer y se apartó. La gata blanca se sentó junto al bol y lo lamió con mucho cuidado, aunque no quedaba ni un grano de arroz. Levantó la cabeza y me miró con sus ojos azules y famélicos. ¿No hay nada para mí?

No tenía nada. Ni arroz ni latas de atún, ni siquiera la sopa de algas que había estado tomando hasta que nació Yu Min. Llevaba varios días sin hacer la compra y la nevera estaba vacía. Negué con la cabeza. No tengo nada. Lo siento.

La gata pareció comprender mis palabras. Rodeó a su cachorro, que retozaba detrás de ella, y se marchó. Los miré mientras se alejaban. Era un milagro que hubiera sobrevivido a una violencia tan atroz y después hubiera parido un cachorro. Me daba pena que tuviera que encontrar comida y alimentar a su cachorro ya crecido. Era impresionante lo paciente que se había mostrado, esperando a que su hijo terminara e ignorando su propia hambre.

Empecé a alimentar a los gatos callejeros. No fui al ginecólogo. Decidí que criaría a mi segundo hijo lo mejor que pudiera. Ese embarazo fue diferente que el anterior, como serían muy distintas las personalidades de mis dos hijos. Yu Min se movía mucho en el útero; a todas horas me daba patadas y puñetazos, causándome tremendos sobresaltos. Tenía tantas náuseas que apenas pude comer nada hasta poco antes del parto. Nació dos semanas después de la fecha prevista y tuvieron que provocármelo; quizá prefería quedarse dentro.

Yu Jin, por el contrario, era tan tranquilo que, de no ser por la barriga, ni me acordaba de que estaba embarazada. Permanecía quieto y acechante, como si supiera que había estado a punto de no nacer. Vino al mundo de forma impetuosa y prematura debido a un desprendimiento de placenta, y me practicaron una cesárea. Sufrí un shock después de perder mucha sangre y tuvieron que hacerme una histerectomía para salvarme la vida. El chico estuvo a punto de matarme al nacer, como si quisiera vengarse de lo que había estado a punto de suceder unos meses antes.

Al crecer, mis hijos se volvieron aún más diferentes. Salvo por el aspecto, eran distintos en todo. Sus intereses, sus personalidades, su comportamiento. Yu Min era un niño sociable, simpático y cariñoso, al

que quería todo el mundo. Yu Jin, por el contrario, era taciturno, tan callado que apenas nos dimos cuenta cuando empezó a hablar. Se movía siempre en silencio y no dejaba rastros de su presencia. A pesar de todo, era quien atraía la atención de la gente. Resultaba evidente cuando aparecía o desaparecía. Incluso había personas que se paraban por la calle para observarlo, atraídas por un extraño magnetismo que no podían explicarse. Aunque no se mezclaba con nadie ni interactuaba, Yu Jin te hacía ser consciente de su presencia.

Según Hye Won, la mayor diferencia entre Yu Min y Yu Jin era el modo en que se percibían a sí mismos. Yu Min solo se percibía en relación con los demás, mientras que Yu Jin centraba toda su atención en sí mismo, valorando a la gente según un método: ¿esta persona es útil o perjudicial para mí?

Cuando me lo dijo me enfadé con mi hermana, pero ahora me pregunto si soy útil o perjudicial para él.

Me quedaban unas pocas páginas por leer, pero necesitaba un descanso. Fui al piso de abajo y saqué la ropa de la lavadora; luego metí las sábanas y las mantas y volví a ponerla en marcha. Al entrar en la cocina me di cuenta de que estaba hambriento y dejé la ropa sobre la encimera. Desde la noche anterior no había comido más que una tortita en el puesto de Yongi. La sopa de algas de He Jin seguía encima del fogón. Mientras esperaba a que se calentara, puse los palillos en la mesa y busqué en la nevera los platos de acompañamiento. A mi cabeza volvían una y otra vez las palabras que supuestamente había pronunciado mi tía dieciséis años atrás: «Para que a Yu Jin se le acelerara el pulso hacían falta cosas especiales y solo de pensar en qué consistían se echaba a temblar».

Cuando entré en la ducha con el cepillo entre los dientes seguía dándoles vueltas a las palabras de mi tía. «Cosas especiales.» ¿Cómo lo había sabido si yo no me había enterado hasta ese momento? ¿Me daba la medicación para suprimir mi naturaleza, que anhelaba esas cosas especiales? De ser así, era de suponer que mi madre lo había sabido antes que mi tía, pues era ella quien me

había llevado a la consulta de esta. ¿Por qué me había llevado? Nada de lo que había leído hasta entonces aclaraba ese punto.

Salí del baño y, sin preocuparme en vestirme, me senté al escritorio. Hacía calor y me ardía todo el cuerpo, como si tuviera fiebre. Abrí el móvil y busqué en internet nuevas noticias acerca del cadáver.

Encontré algunas. Un famoso criminólogo había señalado que el sospechoso era «un hombre joven, fuerte y de aspecto aseado». ¿Qué significaba «aspecto aseado»? ¿Que parecía lo bastante inocente como para que las mujeres se fiaran de él? ¿O se referiría a que tenía buen aspecto? ¿Y en qué edad pensaba al decir «joven»? Cuarenta años era joven en comparación con cincuenta, pero treinta era más joven que cuarenta, mientras que veinte y menos de veinte era aún más joven. Probablemente se refería a que el asesino tenía unos veinte años. Lo de «fuerte» lo entendía, pues tenía que serlo para reducir a la joven y matarla.

Busqué «población de Kundo, Incheon»: 24.343 residentes entre los dos distritos. ¿Cuántos de ellos serían hombres fuertes, aseados y veinteañeros? Ya fuesen cien personas o mil, era probable que me convirtiera en un objetivo de la investigación. La policía llamaría a mi puerta la mañana siguiente, pues tanto He Jin como yo respondíamos a esa descripción. Y yo no podría detenerlos. Lo único que podía hacer era esperarlos mientras hacía lo que tenía que hacer. Abrí el diario por la página siguiente.

12 de mayo. Viernes.

Fuimos a ver a mi hermana al Hospital de Pediatría de Incheon. El centro es más grande de lo que imaginaba. Seis departamentos, y seis especialistas, entre los que Kim Hye Won es la más solicitada. Cuando dije que quería verla, me respondieron que tendría que esperar un buen rato. No hice caso a la enfermera, que me recomendaba otro médico, y esperé.

Casi no podía respirar. La idea de encontrarme con mi hermana me superaba, y no por orgullo, sino por miedo. Temía confirmar la advertencia que Hye Won me había hecho tres años antes.

Aquel verano trabajaba en la editorial y Yu Jin tenía seis años. Hye Won era médica residente de trastornos del comportamiento en el hospital de la Universidad Y. El viernes habíamos quedado para

cenar. Justo antes de salir tuve que acabar un trabajo y me retrasé. Además, cayó una repentina tromba de agua y la carretera se colapsó. En cambio, Hye Won salió antes del hospital por una vez. Recogió a los niños en el taller de pintura y los tres fueron al restaurante a esperarme.

Entré corriendo en el restaurante y me encontré a Hye Won sentada a una mesa sola y sumida en sus pensamientos. Los niños estaban en el cuarto de juegos. Yu Min buceaba en una piscina de bolas con otros niños y Yu Jin estaba sentado y apoyado contra una pared y jugaba con el cubo de Rubik. Me senté a la mesa delante de Hye Won, que me enseñó el papel que estaba mirando. Era una hoja arrugada que habían arrancado de una libreta de cualquier manera. La alisé con la mano y observé el dibujo coloreado. Representaba el garabato de una niña con una diadema y la cabeza traspasada por la punta de un paraguas abierto. Tenía la cara gris oscuro, una X en lugar de boca, los ojos eran dos circunferencias; el cabello largo y negro se derramaba sobre el paraguas como hilos de alga y del mango goteaba agua. Un nubarrón de tormenta se cernía sobre el paraguas.

Hye Won me dijo que era obra de Yu Jin, y me preguntó si alguna vez le había visto algún dibujo de ese tipo. Yo jamás había visto nada parecido. En realidad, tampoco había mirado detenidamente sus cuadernos de dibujo ni los dibujos de su diario, por no hablar de los garabatos que hacía en la libreta. Habría sido incapaz de describir el estilo artístico de mi hijo de seis años. Podría sonar a excusa, pero en esa época tenía mucho trabajo, y Yu Jin no era un niño que exigiera demasiada atención. Hacía todo solo desde muy pequeño.

¿Qué problema hay?, pregunté, y al hacerlo me noté la voz acerada. Quería decirle que dejara de psicoanalizar los garabatos de un niño de seis años y criticar su moralidad. Quizá, añadí, eran los primeros escauceos de un genio que cautivaría al mundo. ¿Acaso Jean-Michel Basquiat no hacía extraños garabatos en la calle?

Hye Won me explicó que había llegado al taller justo cuando la clase terminaba. Yu Min había salido a su encuentro, «¡Tía!», y luego había aparecido Yu Jin, llevando un paraguas de plástico abierto y acompañando a una niña vestida de blanco. Era una niña preciosa, y por el modo en que el paraguas se inclinaba hacia ella y cómo Yu Jin le sonreía y la miraba, parecían muy amigos.

Había mucho tráfico y tardaron bastante en llegar al restaurante. Yu Jin iba sentado detrás y dibujaba con sus lápices de colores sin hacer caso de lo que decía Yu Min, que hablaba y se reía de él en el asiento de delante. Yu Jin dejó de dibujar cuando su tía aparcó. Puso la libreta en sus rodillas y guardó los lápices en la bolsa. Yu Min se volvió para arrebatarse la libreta a Yu Jin, que intentó evitarlo, por lo que su hermano arrancó una hoja sin querer. Yu Jin miró a su hermano indignado.

Hye Won le quitó el dibujo a Yu Min de la mano para que se lo devolviera a su hermano menor. Fue entonces cuando se fijó en la hoja. La niña del dibujo era la amiga de hacía un rato; también tenía el pelo largo, flequillo y una diadema. Mi hermana se lo preguntó para confirmarlo, pero ni Yu Jin ni Yu Min le respondieron. Yu Jin le pidió que le devolviera el dibujo, mientras Yu Min permanecía en silencio en el asiento delantero. Incluso en el restaurante siguió mirando a su hermano menor como si se disculpaba.

Hye Won me contó que había hablado a solas con Yu Min. Según este, no era la primera vez que Yu Jin hacía ese tipo de dibujos. Cuando le gustaba una niña, la dibujaba de un modo similar y luego le

dejaba el dibujo en la mochila o en el escritorio. Las niñas, al descubrir el desagradable regalo, rompían a llorar o a gritar, pero la maestra aún no había dado con el responsable.

Hye Won me propuso que le hiciéramos unas pruebas, pues pensaba que lo de Yu Jin era algo grave. Me encendí. Si me hubieran abofeteado en plena calle no me habría sentido tan indignada. Me puse a discutir con ella. ¿Había hablado con Yu Jin? ¿Le había dado una oportunidad de explicarse? Hye Won asintió. Cuando le había preguntado por qué hacía ese tipo de dibujos, el niño había respondido: «Porque es divertido». No explicó si lo divertido era dibujar a las niñas o asustarlas y hacerlas llorar.

Pero ¿qué tenía que ver una cosa con otra?, pregunté. Un niño podía imaginar algo que chocaría a los adultos, y plasmarlo en un dibujo como si fuera un juego. Así se lo dije a mi hermana; le recordé que Yu Jin era un crío de seis años y no de dieciséis. Hye Won replicó que si tuviera dieciséis no hablaríamos de hacerle pruebas, sino que ya estaría en un reformatorio. Añadió que los niños corrientes se metían en líos porque no eran capaces de prever las consecuencias de sus actos, pero que Yu Jin sabía exactamente lo que hacía. El hecho de que yo nunca hubiera visto ninguno de aquellos dibujos era la prueba de que sabía perfectamente que los tenía que ocultar. Señaló que nunca le habían pillado, aunque lo había hecho varias veces. Era muy meticuloso.

Estaba tan enfadada que pensé que la cabeza me iba a estallar. No podía creer que mi hermana considerara a Yu Jin un niño problemático. Pero no se desdijo. Señaló a la niña del dibujo y observó que Yu Jin no había retratado a su compañera, sino a mí. Para los críos de esa edad todas las niñas eran la encarnación de su madre. El hecho de que un niño decapitara a su madre y le clavara un paraguas en la cabeza indicaba un problema grave. Añadió que solo estaba haciendo algunas preguntas, ¿por qué me enfadaba tanto?

Cogí a los niños y me marché del restaurante. Si me hubiera quedado un minuto más hablando con Hye Won, le habría pegado. Más que hermanas, siempre habíamos sido rivales. Ella era menos de un año menor que yo, por lo que siempre llevábamos la misma ropa y leíamos los mismos libros. Ella era la primera de la clase, pero no soportaba que yo ganara un premio en los certámenes de escritura. Aunque la gente no paraba de alabar su agudeza, no aguantaba que alguna vez me elogiaran a mí por ser inteligente. Escribió su nombre en grandes letras en todos los ejemplares de mi colección de literatura universal, y firmó un diploma de un premio que me otorgaron. Hasta me sustrajo una reseña que había redactado sobre un libro y la presentó como si fuera suya. Incluso cuando nos hicimos mayores y tuvimos vidas separadas, siempre había tensión entre nosotras. No era que no estuviéramos unidas, sino que siempre nos enzarzábamos en luchas de poder. Incluso Min Seok se quejó alguna vez de que su cuñada lo menospreciaba.

Después del incidente del restaurante, dejamos de hablarnos. Me enteré de que había acabado la universidad y que había abierto su propia clínica, pero no la llamé. Hice todo lo posible por no coincidir con ella en vacaciones o en el cumpleaños de nuestro padre. Tampoco ella intentó ponerse en contacto conmigo. Volvimos a vernos hace un mes, en el funeral.

Cuando nos despedimos, Hye Won me dijo que si necesitaba ayuda la llamase. No es de esas personas que hablan por hablar. Si le dice a alguien «Tenemos que vernos», no es para quedar bien con esa persona, sino porque realmente quiere verla. Así pues, si me dijo que la llamase, era porque quería

ayudarme, y porque había olvidado lo ocurrido en el pasado. Quizá ver a su hermana en esa terrible situación después de tres años de silencio era tan triste que había hecho borrón y cuenta nueva. O tal vez supiera que tarde o temprano iría a verla con Yu Jin. En cualquier caso, su ayuda se convirtió en una necesidad imperiosa, en mi única esperanza.

Una hora después, me sentaba frente a Hye Won. No pareció sorprendida de verme; no me preguntó qué me traía por allí ni cómo estaba. Si me hubiera dicho algo para romper el hielo, me habría resultado más fácil empezar a hablar, pero Hye Won se quedó mirándome fijamente. Así que tuve que decírselo. Antes de contarle nada, le recordé el secreto profesional al que estaban obligados los médicos.

No respondió, pero entendí lo que le pasaba por la cabeza. Estaba enfadada por que le pusiera condiciones antes de pedirle ayuda, pero al mismo tiempo tenía curiosidad por saber lo que ocurría y se sentía obligada a prestar su ayuda. Esperé. Necesitaba que me prometiera su confidencialidad; en caso contrario no podría contarle nada. Empecé a beber el agua que me había traído la enfermera. Hye Won abrió la boca justo cuando estaba a punto de terminar el vaso: «Te lo prometo». Me quedé muda. El discurso que llevaba varios días preparando para ese momento se me deshilvanó en la cabeza. ¿Por dónde empezaría? ¿Por la noche previa al Día?

Empecé. Intenté hablar con calma y claridad, exponer los sucesos en orden. Ella me escuchó en silencio hasta el final. Ni siquiera cambió de expresión; me pareció que no pestañeaba ni una sola vez.

–¿Qué quieres que haga yo? –me preguntó con frialdad.

Yo quería que le hiciera pruebas. Las pruebas que ella me había aconsejado tres años antes. Podría perdonar a Yu Jin si se descubría que no existía una relación causa y efecto entre el «problema grave» que Hye Won había detectado en el pasado y aquel Día, si se probaba que solo había sido un terrible accidente. Eso permitiría que no odiara a mi hijo, que no le temiera. Que, de alguna forma, pudiera seguir viviendo con él.

Hye Won me hizo la pregunta que más temía: «¿Qué harás si se descubre que yo tenía razón? ¿Actuarás como te dicte el sentido común?». Ahí sentada, retorciendo los dedos y con los ojos inundados de lágrimas, respondí:

–Por favor, Hye Won.

Bajé la vista y, más muerta que viva, rompí a llorar como cuando era pequeña. Al rato Hye Won suspiró, me dirigió una mirada airada y me dijo que me ayudaría.

Añadió que las pruebas durarían varios días. Primero harían los test psicológicos básicos en su clínica, y después encargarían otros más precisos al centro de investigaciones neurológicas de la Universidad Y. Aunque lo de encargar pruebas a otro centro no me hizo ninguna gracia, confiaba en que Hye Won cumpliría su promesa. A mi hermana no le gustaba nada hacer promesas, pero cuando las hacía jamás las quebrantaba.

Me escocían los ojos; me apoyé en el respaldo de la silla y me los froté con la palma de las manos. Hice memoria para recordar los dibujos de esas niñas.

No me acordaba de nada. Pero no me habían llevado a la clínica de mi tía por esos dibujos; mi madre había empezado a temerme tres años después de que supuestamente la hubiera asesinado en mi imaginación. ¿Qué Día era aquel que mencionaba una y otra vez en el diario? La siguiente entrada era una semana más tarde.

19 de mayo. Viernes.

La semana pasada se me hizo eterna. Pensé que moriría de pura angustia. Esta mañana, cuando me he visto en el espejo del recibidor antes de salir de casa, he pensado que parecía un cadáver. Tenía la piel cetrina, los ojos hundidos y unas ojeras enormes. Parecía una loca. He pensado ponerme un poco de maquillaje, pero al final he decidido bajar al garaje. No me quedan fuerzas ni para preocuparme por mi aspecto.

Cuando he llegado, Hye Won me ha lanzado una mirada iracunda, ha asentido con la cabeza y se ha vuelto a concentrar en sus notas. Me he sentado enfrente de ella, que se ha tomado su tiempo retrasando lo inevitable y hojeando los resultados de las pruebas. Me sentía como un condenado a muerte esperando la ejecución. No sé lo que quería exactamente, pero rezaba a la Virgen en silencio.

Hye Won me ha dicho que los resultados no eran como había esperado, pero no porque se hubiera equivocado sino por su extrema gravedad. He apretado los puños y luego he abierto las manos y las he apoyado en el regazo. Notaba la espalda empapada. Era la primera vez que ella y sus colegas de la universidad se encontraban con un caso como este. Por eso se han retrasado tanto los resultados; según me ha dicho, han hablado y sopesado todos los datos para asegurarse de que no hubiera errores de interpretación o se les hubiera pasado algo por alto.

Yu Jin no tiene ninguna deformación neurológica congénita. Es extraordinariamente inteligente y tiene una seguridad en sí mismo muy superior a la mayoría de los niños de su edad. Además, no se altera con facilidad. Cuando se concentra, la respiración y el pulso descienden en picado, no porque posea un carácter manso, dócil o paciente, sino porque su umbral de excitación es anómalamente alto. A esto se refería Hye Won al afirmar que se requerían cosas especiales para que a Yu Jin se le acelerara el pulso.

Hye Won ha añadido que la asustaba no saber en qué consistían esas cosas especiales. Al principio había pensado que sufría una forma juvenil de trastorno de conducta y pidió que le hicieran pruebas en ese sentido, pero no se trataba de eso. Después de hablar largo y tendido con sus colegas, han concluido que el problema no se encuentra en su amígdala cerebral, y que Yu Jin es un depredador en la cadena alimentaria.

Yo pestañeaba sin parar como una tonta. ¿Un depredador?

–Yu Jin es un depredador –ha declarado Hye Won–. La clase peor de psicópata.

¿Depredador? ¿Esa estúpida palabra era la que había convertido mi vida en lo que había sido los últimos dieciséis años? ¿Ese era el absurdo diagnóstico que me había condicionado durante todo ese tiempo? Me quedé petrificado. El torbellino de pensamientos y emociones que llevaba dando vueltas en mi cabeza desde la noche anterior, de pronto se detuvo. Aparté los ojos del diario. La entrada continuaba, pero ya no quería seguir leyendo. Me sentía tan lejos de lo que allí se decía como lo estaría de un fanático que estuviera convencido de que el parhelio, fenómeno atmosférico que creaba el efecto óptico de tres soles, anunciaba el fin del mundo. Aquello era un problema de otra persona y no tenía nada que ver conmigo.

«¿De verdad piensas eso?» La voz de mi madre había sonado a mi espalda. Me levanté y me acerqué a la puerta corredera. Mi madre se mecía en el columpio. Un cielo neblinoso se cernía sobre la pérgola.

«¿Por qué no lees hasta el final?», añadió.

—No me interesa.

«Seguro que te interesa saber lo que pasó ese Día.»

No me interesaba en absoluto. Me intrigaban otras cosas. ¿Por qué había continuado cuidándome, incluso después de haberse reconciliado con su hermana y haberle pedido ayuda? Si tanto miedo le daba yo, ¿por qué no me había atado una cuerda al cuello y me había encerrado en el sótano? De ese modo no me habría convertido en un asesino, ni ella habría muerto.

—Yu Jin.

Esta vez no era mi madre. La voz procedía del pasillo. Me di la vuelta.

—¿Estás ahí dentro?

Alguien estaba llamando a la puerta de mi habitación. El pomo giró con suavidad. Miré el reloj de mi escritorio. 13.48. Al lado estaba el diario abierto. No había cerrado con llave. ¿Para qué, si estaba solo en casa? Me di

cuenta de que estaba desnudo justo en el instante en que la puerta se abría y aparecía mi tía.

—¿Qué haces? —preguntó con una media sonrisa.

No la esperaba. Sabía que vendría tarde o temprano, pero no en ese momento. Tampoco había imaginado que irrumpiría en mi habitación sin preguntar antes. Ni siquiera mi madre lo había hecho nunca. ¿A qué se debía ese ataque por sorpresa? Observé mi cuerpo desnudo. Tenía la piel del estómago tirante, el vello de la ingle erizado y los músculos de las piernas endurecidos. Toda mi atención estaba concentrada en mi tía. Había llegado mi enemiga.

—¡Qué sorpresa! —exclamé.

Di un paso hacia el escritorio. Empujé el borde con el muslo y me quedé allí de pie con las piernas abiertas.

La sonrisa de mi tía se esfumó. Emitió un sonido gutural y se giró en redondo. Los collares que llevaba colgados giraron con ella y repiquetearon al chocar entre sí.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó, aunque no parecía asustada.

Tampoco se la veía impresionada, sino con cierta curiosidad. Parecía extrañada de que le mostrara mis atributos masculinos en su apogeo. Me daba la sensación de que lo veía ridículo. «Oye, chico, que soy tu tía. Te he llevado en mis brazos y te he visto desnudo desde que tenías un pito pequeñísimo. ¿Crees que me vas a asustar ahora que ha crecido un poquito?»

Me fijé en su redondo trasero enfundado en los vaqueros. Era la única parte blanda y rolliza de su huesudo cuerpo. Siempre me recordaba a un balón en medio de un campo de fútbol y quería arrearle una buena patada. Pero ¿cómo había entrado? ¿Cómo había cruzado las puertas del edificio y el mismo apartamento? No tuve que pensar demasiado. He Jin. Cuando se había

marchado habría pasado por el hospital y le habría dado la tarjeta de acceso y la llave de la puerta de entrada.

–Es lo que iba a preguntarte yo –respondí–. ¿Qué haces aquí?

Aún de espaldas, se cruzó de brazos y relajó los hombros.

–Vístete, ¿vale? No puedo hablar contigo si estás así.

Daba la impresión de que podía esperar mil, incluso diez mil años a que me vistiera. Estuve a punto de chasquear la lengua; me chocaba que una mujer soltera como ella mostrase tan poco rubor.

–Pues va a ser un poco difícil –respondí–. Estás delante del armario.

Levantó la barbilla, se giró un poco y me echó un rápido vistazo. Pareció concluir que las circunstancias le eran desfavorables, así que descruzó los brazos y se volvió hacia la puerta.

–¿Podrás bajar un momento?

–Claro.

Mi tía dio un paso hacia delante. Aunque apenas había dos o tres pasos hasta la puerta, pareció querer demostrarme que no estaba acobardada y que mantenía su dignidad de tía. Levantó la barbilla, enderezó la espalda y salió de la habitación despacio. A continuación cerró la puerta tras de sí.

«Yu Jin es un depredador. La clase peor de psicópata.»

Me volví hacia mi madre. «Mamá, la tía ha venido a destruirme. ¿Qué puedo hacer? ¿Crees que debo permitirselo, o la destruyo a ella antes?»

Mi madre no respondió. Haz lo que quieras, pensé que decía. Me sonrió con su roja boca de Joker.

Cerré el diario. Aunque me estuviera muriendo de curiosidad por saber lo que había ocurrido aquel Día, no era el momento de ponerse a leer. Metí el diario en el cajón y me puse un calzoncillo, un pantalón de chándal y una camiseta, todos de color negro. Bajé la persiana y descendí la escalera sin hacer ruido.

Mi tía no estaba en el salón, ni en el balcón ni en la cocina. El dormitorio de mi madre seguía cerrado con llave y ella no tenía ningún motivo para estar en la habitación de He Jin. Me pregunté si estaría en el baño de la entrada, pero no oí ningún ruido. Su chaqueta gris y su enorme bolso estaban encima de la isla de la cocina.

Me vino a la memoria una frase que había leído en alguna parte. Algo así como que mirar dentro del bolso de una mujer equivalía a asomarse a su alma. En mi vida había sentido la curiosidad que sentía ahora por asomarme al alma de mi tía. ¿Qué tipo de alma vería un augurio de matricidio en el dibujo de un niño de seis años? ¿O acusaría a su sobrino de nueve años de depredador? ¿O jodería la vida de una persona con la excusa de aplicarle un tratamiento? ¿Qué alma irrumpiría en el territorio de un supuesto depredador totalmente sola? Junto al alma de mi tía había la caja de un pastel. El pastel, que una abertura plastificada en la parte superior de la caja dejaba ver, parecía del tamaño de una hamburguesa. FELICIDADES, se leía. Crucé la cocina en dirección al lavadero sin hacer ningún ruido y conteniendo la respiración. En mi cabeza oía voces. «No hagas nada imprudente; di cosas agradables y haz que se vaya tranquila.»

Mi tía estaba junto a la lavadora estirando el cuello para ver dentro. Todos los botones de la máquina estaban apagados. El programa debía de haber terminado hacía tiempo. Me detuve detrás de ella, con las manos en la espalda. Salvo por el hecho de que estábamos en casa y no había niebla, la escena me resultaba familiar. Me resultó duro ver cómo abría la lavadora y hurgaba dentro. Cuando agarró la punta de una manta y la sacó de la lavadora, sentí un hormigueo en los pies. Me habría gustado propinarle una buena patada en el culo, meterla en la lavadora y cerrar la puerta.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Mi tía se detuvo y sus hombros temblaron. Mi madre me habría chillado:

«¡Cuando te muevas, haz ruido!».

–¿Estás lavando mantas?

Mi tía dejó caer la manta y se volvió despacio, como dando a entender que había advertido mi presencia desde el primer momento. La punta de la manta cayó al suelo blandamente como el brazo de un muerto.

–¿Te has hecho pis en la cama? –me preguntó sonriendo como si le hiciera gracia su propia broma.

Le seguí la corriente y reí también.

–¿Has venido a cuidarnos mientras mi madre está fuera?

–He oído la señal de fin del programa. –Miró la lavadora un momento y luego a mí–: Parece que ha terminado, ¿no?

–No te preocupes. Ya me encargo yo.

Me di media vuelta y me quedé de lado para dejarle paso. «Venga, lárgate ya. Bruja asquerosa.»

–Vale –dijo, y entró en la cocina.

Cuando estuvo ante la isla, cruzamos una mirada. Mi tía recorrió con la vista mi vestimenta, toda negra, y yo le miré el cuello arrugado, recordando.

El año anterior, en Año Nuevo, habíamos ido de viaje a los baños termales de Kusatsu, en Japón. Fuimos todos: mi madre, yo, He Jin, mi tía, mi abuelo. Nos encontramos con la madre de un chico que también era paciente de mi tía; se puso a hablar de su hijo sin parar, aunque mi tía no disimulaba su fastidio. Dijo que ellos también estaban de viaje familiar, que gracias a mi tía su hijo estaba mucho más calmado, y que lo único que le faltaba ahora era aplicarse en los estudios... Debería haberse detenido ahí, pero entonces se dirigió a mi madre y empezó a alabarla en tono exagerado. ¡Oh, doctora, su hermana pequeña es guapísima, se parece a Jodie Foster de joven! Mi madre, azorada, la corrigió: en realidad era la hermana mayor, pero la mujer siguió erre que erre. ¡Oh, vaya, vaya! ¡Madre mía! ¡Pensaba que era la pequeña! ¿Qué hace

para parecer tan joven? Mi tía torció el gesto y arrugó la frente. Cuando la mujer se hubo marchado, recuerdo lo que mi tía susurró: «¡Menuda bruja!».

De pronto mi tía rompió el silencio.

–¿Cuándo dijo He Jin que volvería?

Le contesté con otra pregunta:

–Ayer lo viste, ¿no se lo preguntaste?

Mi tía ladeó la cabeza.

–¿Qué te hace pensar que estuve con He Jin?

–Si no, ¿cómo has podido entrar en casa? ¿Diciendo «Ábrete, Sésamo»?

–Conozco el código de la puerta, y al edificio he entrado con un vecino.

¿Cuál es el problema?

Mi tía sonrió y al hacerlo mostró los dientes y las encías, como si acabara de darse cuenta de algo.

–Estás enfadado porque he entrado en tu cuarto, ¿no?

La caballerosidad insincera no sirve para nada; ahora me arrepentía de no haber hurgado en el alma de mi tía cuando había tenido la oportunidad. De ese modo habría podido restregarle la prueba de su mentira en la cara.

–He traído un pastel para celebrar que hayas sido admitido en la universidad –me dijo señalando la caja de cartón.

–No tenías que haberlo hecho. ¡Ni que hubiera terminado la carrera! –dije entrando en la cocina a mi vez.

Mi tía alzó las cejas.

–Entrar en la facultad de derecho también tiene mucho mérito. Cuando se entere tu madre, te organizará una fiesta. Ya lo verás.

Yo lo dudaba. Para empezar, a mi madre no le entusiasmaba que yo me matriculara en derecho; sobre todo quería que estudiase filosofía, o por lo menos bellas artes o teología. La vida que me había planificado consistía en licenciarme en la universidad, hacer un doctorado, y pasarme el resto de la

vida como profesor, leyendo y escribiendo. Ahora sabía de dónde procedía ese programa: de la mujer que tenía delante, que sostenía ese pastel patético y decía: «Ya lo verás».

Las dos mujeres habían urdido una prisión invisible donde encerrar de por vida al «depredador». En ella llevaría una existencia apacible e inofensiva y viviría entre las personas, pero no con ellas. Debido a esa conspiración se me seguía tratando como a un niño al que se obligaba a volver a casa antes de las nueve de la noche y al que no le estaba permitido viajar solo.

–¿Esperamos a que vuelva He Jin? –preguntó mi tía.

No dije nada.

–Será más divertido con él, ¿no? –Se respondió a sí misma y se encaminó hacia la nevera con el pastel en la mano. Esperaría a que volviera He Jin—. Tu madre aún no ha llamado, ¿verdad?

Dejó el pastel dentro de la nevera.

–No.

Me senté en una silla al lado de la isla, cerca del salón donde podía observar los movimientos de mi tía sin girar la cabeza.

–Aún no sabes nada, ¿eh? –Mi tía fingió examinar el contenido de la nevera. De pronto preguntó con aire indiferente–: ¿Y se fue en coche?

El coche de mi madre debía de estar aparcado en el garaje. Mi tía tenía que haberlo visto al aparcar el suyo. Decidí coger el toro por los cuernos.

–Ayer bajé al aparcamiento y vi que había dejado el coche.

–¿No se fue en coche? –replicó incrédula.

Mi madre iba a todas partes en coche. Aun así, pensé que no me quedaba otra que seguir insistiendo.

–Quizá se fuera con alguien.

–¿Quién?

–Si lo supiera, ya lo habría llamado...

Mi tía cerró la puerta de la nevera y se acercó con una expresión serena y amistosa. ¿Qué cara pondría si le arrancaba aquella máscara? ¿Se enfadaría? ¿Se asustaría?

–Por cierto, Yu Jin –me dijo en un tono cariñoso–. ¿Por qué tiene la puerta cerrada con llave? ¿Siempre que se va cierra su habitación?

Estaba a punto de responder que sí cuando me acordé de la discusión que había mantenido con He Jin a través de la puerta. Dudaba que He Jin se lo hubiese contado a mi tía, pero debía ser coherente.

–La cerré yo.

–¿Tú?

Mi tía me observaba con sus ojos negros.

–Sí, ayer por la tarde vino la policía.

–¿La policía?

Apretó los labios y abrió mucho los ojos, del modo en que la gente expresa sorpresa. Si se hubiera esforzado un poco más habría resultado más convincente.

–Sí, se ve que alguien puso una denuncia falsa –le expliqué–. Les dijeron que un ladrón había entrado en la casa.

–¿De verdad? ¿Quién fue?

Seguramente lo que le interesaba era la conversación que yo había mantenido con la policía.

–Al parecer, la denuncia se hizo desde un teléfono público de la zona de Inhang. Dijeron que era fácil comprobar quién fue mirando las grabaciones de las cámaras de seguridad. Les pedí que me informaran cuando lo descubrieran.

Mi tía abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

–Me pregunto quién fue –murmuré.

Nos miramos el uno al otro. Mi tía se daba cuenta de que yo sabía quién

había llamado a la policía, y yo notaba que ella se daba cuenta. Ya no había nada más que decir.

–Pero ¿por qué cerraste con llave el dormitorio de tu madre?

–Cuando subí a buscar el carnet de identidad entraron a fisgonear en la habitación. La cerré para que no lo hicieran de nuevo.

Mi tía entornó los ojos y me miró con recelo.

–¿Tienes la llave?

Clavé los ojos en la vitrina de la esquina. Mi tía me siguió la mirada.

–¿La abres?

–¿Para qué?

–Quiero entrar un momento al baño. Con las prisas, no me ha dado tiempo ni a lavarme la cara.

Pero había tenido tiempo de sobra para ponerse un collar y unos pendientes. Le señalé el aseo contiguo al recibidor.

–Puedes usar ese.

–Este es el de He Jin. ¿Acaso tengo que pedirte permiso para todo? Te has vuelto un poco mandón porque estás en tu casa, ¿no?

Había empleado un tono ligero, pero tenía la mirada dura. Me habría gustado preguntarle qué era sino una invitada en nuestra casa. Cogió su bolso y su cazadora y me miró en silencio, como diciendo: «Abre la puerta». Parecía convencida de que encontraría algo en el dormitorio de mi madre.

–Yu Jin –insistió.

Me levanté de la silla. Cogí la llave y abrí la puerta.

–Gracias –dijo mientras entraba–. No te preocupes por mí. Me lavaré la cara y dormiré un poco para esperar a He Jin. Anoche no pegué ojo, ¿sabes?

Me cerró la puerta en las narices y a continuación no la oí moverse en la habitación. Pensé que podría estar tras la puerta escuchando. Dejé el manajo de llaves en la vitrina y me fui al salón. No quería dejar a mi tía sola en la

planta baja. Podría husmear a su antojo y hallar algo que yo hubiese pasado por alto.

Fui al lavadero y apreté el botón de secado de la lavadora. A continuación volví al salón. Me tumbé en el sofá como hiciera He Jin la mañana anterior y empecé a zapear. Películas, pesca, concursos. Mientras tanto mi tía se movía en mi ojo mental. La imaginé dejando el bolso sobre el escritorio y la cazadora en el respaldo de la silla. Y después cumpliendo el objetivo que la había traído a mi casa. Miraría dentro del baño, abriría la puerta del estudio para echar un vistazo, entraría en el vestidor y hurgaría en el armario, registraría el pulcro tocador y las estanterías, los frascos, cremas y perfumes, el secador, los cepillos, los sombreros, los bolsos, las maletas y las mochilas. No encontraría nada sospechoso, pues no tendría ni idea de qué objetos podría haberse llevado mi madre. Volvería al escritorio y abriría el cajón. Intenté recordar lo que había dentro del cajón. Una libreta, varios bolígrafos y grapadoras, una funda de gafas. Mi mente se detuvo cuando recordé la billetera roja. Casi oí a mi tía diciendo: «¿Cómo es que tu madre se va de viaje y se deja la billetera?». Entonces me acordé de que mi madre llevaba el carnet de conducir y las tarjetas de crédito en la funda del teléfono móvil. No era una mala respuesta. En caso de que mi tía me formulase la pregunta, claro.

Seguidamente abriría el armario de la ropa blanca. Tampoco allí encontraría nada fuera de lugar, pues lo había repasado todo varias veces y había limpiado a fondo todas las superficies. Lo único que podía delatarme era el colchón. Al cambiarlo, le había puesto una sábana bajera blanca, pero si quería mi tía podía quitarla y mirar debajo. ¿Hasta qué punto querría?

En un canal de cine estaban echando una película de acción con Kristen Stewart. Dejé el mando a distancia sobre la mesa y me tumbé en el sofá. A medias seguí la historia de un tipo que trabajaba en un comercio de veinticuatro horas y planeaba casarse con su novia. Resultó que antes de

perder la memoria había sido un superhombre entrenado por la CIA. El reloj dio las cuatro de la tarde.

No había dormido nada desde que me había despertado en la madrugada del día anterior. No había tenido un momento para relajarme. Pero por alguna razón no estaba cansado. Tenía los ojos secos, pero me sentía bien. Aunque llevaba más de una hora viendo esa aburridísima película ni siquiera estaba adormilado. Cuando recordaba que había estado al borde del colapso dos noches atrás, el nivel de alerta actual me parecía inexplicable, como si tuviera que hacer frente a una emergencia. En mi cabeza se mezclaban pensamientos incoherentes y emociones de todo tipo: la frustración de no poder volver a la vida de una persona normal, rabia hacia mi tía por haberme estigmatizado como un criminal latente, rencor hacia mi madre por no haberme permitido tomar decisiones en la vida; recuerdos de los asesinatos que titilaban como brasas, la sospecha de que jamás podría olvidar el sentimiento de plenitud y pura felicidad que me inundó en el solar en obras.

Alguien dijo que los seres humanos pasamos una tercera parte de nuestra vida entregados a fantasías y que en nuestros sueños llevamos una existencia diferente. En nuestro corazón se hacen realidad toda suerte de deseos lujuriosos, violentos e insensatos. Yo era el tipo de persona que no luchaba contra nada ni nadie. Era el que acechaba con el cuchillo en la mano, detrás del muro. Tenía a miles de gilipollas en mi lista, gilipollas que no me caían bien, gilipollas que apoyaban a los gilipollas que no me caían bien, gilipollas que eran amigos de los gilipollas que apoyaban a los gilipollas que no me caían bien, gilipollas que salían con los gilipollas que eran amigos de los gilipollas que apoyaban a los gilipollas que no me caían bien... En las noches en que estaba de mal humor los convocaba a todos y los degollaba uno por uno. Mi tía habría dicho que eso era porno depredador.

La primera vez que tuve un sueño pornográfico estaba en primaria.

Aparecía el cabrón que salía en el diario de mi madre y que me había arrebatado la medalla por 0,45 segundos. Según mi madre, me había pasado la noche gimiendo. Me dormí ligeramente y al despertarme descubrí que había tenido un sueño húmedo.

Más adelante tuve innumerables sueños húmedos. Y nunca me sentí culpable; esos sueños solo revelaban mis deseos ocultos. En los sueños se hace realidad lo que quieres y en el núcleo de tus deseos ocurren las situaciones más inimaginables todo el tiempo. Eso era normal, y yo también era completamente normal. No había ningún deseo que pudiera elevarme a un nivel especial, al menos hasta el pasado agosto, hasta la noche en que conocí a la mujer a la que se le había estropeado el coche.

Esa mujer fue la luz piloto que me empujó a salir a la calle cuando empezaba a estar harto de mis ensoñaciones pornográficas. Y a causa de ello, ahora estaba acorralado. Ahora solo me quedaban dos alternativas. Tenía que elaborar un relato coherente para el momento en que me arrestaran o decidiera confesar. Nadie me creería si contaba que había materializado las imaginaciones que tenía en la mente sin darme cuenta de que eso era la vida real, que cuando mi madre lo había descubierto, había intentado matarme, y que al defenderme había acabado matándola, pero que en realidad yo no era una mala persona. Si decidía huir... El pulso se me aceleró. Una intuición palpitaba en el fondo de mi conciencia. Todavía no sabía en qué consistía, pero sabía que pronto se revelaría.

El teléfono fijo empezó a sonar. He Jin. Al cogerlo, accioné el botón de descolgar.

—¿Qué haces? ¿Estás ocupado?

Parecía que el ocupado era él. Se oía a gente hablando, un traqueteo, bocinazos.

—Estoy viendo una peli. ¿Por qué?

–Voy a coger el tren de las seis y cinco. Tengo que hacer algo.

–O sea que no llegarás hasta las nueve.

–Estaré en Yogsan a las ocho y media, así que llegaré a casa después de las diez. Por eso te lo decía –añadió en tono de disculpa–. ¿Estás ocupado?

–No.

–¿Podrías hacerme un favor?

¿Qué tipo de favor requería tantas explicaciones previas?

–Claro.

Cogí el mando a distancia y empecé a zapear de nuevo. En todos los programas salía comida. En un canal de teletienda aparecían costillas sazonadas; en un programa de entretenimiento un hombre despiezaba una vaca entera, y en una telenovela dos soldados asaban panceta al carbón. Desde que nacen todos los organismos aprenden a sobrevivir y a esperar, a comer y a ayunar hasta que puedan volver a comer. Pero los humanos actuales no habíamos aprendido a pasar hambre. Comíamos un montón de cosas sin que importara el momento y el lugar, nos permitíamos ir a restaurantes, y no aprendíamos a aplazar la gratificación. Esa obsesión por consumir comida se parecía mucho al porno psicopático. Desde esa perspectiva parecía que los seres humanos eran las criaturas más impacientes de la tierra a la hora de satisfacer sus deseos.

–¿Sabes la estantería de DVD que tengo en mi habitación?

–Sí.

–Hay un estante con los cortos de Europa del Este. Justo en medio tiene que haber uno que se llama *Dual*. ¿Lo podrías llevar al puesto del señor Yongi? Ahora mismo.

¿«Ahora mismo»? ¿De qué va?, pensé irritado, y no le contesté. Como si me hubiera leído la mente, He Jin agregó una extensa justificación:

–Es que el director de *Clases particulares* lo necesita, pero como estoy en

Mokpo, no puedo dárselo. Pero tiene que pasar por el malecón de Kundo con los de la productora dentro de un rato. Si pudieras dejarlo en el puesto de Yongi, ellos lo recogerán.

–Pues ya que pasan por allí –repliqué lanzando un vistazo al dormitorio de mi madre–, ¿por qué no vienen a casa?

–Es que el director no va en su coche y son muchos, y debe de ser difícil.

–Y si el puesto está cerrado, ¿tendré que esperar allí plantado?

–A esta hora casi siempre está abierto, hombre –respondió, con un tono un poco desinflado como si dijera: «¿Así que yo voy hasta Yeong Jeong por ti y tú no puedes hacerme este pequeño favor?»–. Si no puedes, déjalo estar.

Conseguí contenerme de decir: «Vale, pues lo dejo». Si corría, tardaría veinte minutos en ir y volver. Como siempre decía mi madre, si te hacen un favor, tienes que devolverlo. Además, no quería rechazar su petición y levantar sospechas.

–No, no importa. Iré corriendo. En realidad no tengo nada que hacer.

–Tampoco hace falta que corras –dijo He Jin, cuya voz pareció aclararse–. Tienes media hora. Y acuérdate de explicárselo todo al señor Yongi.

Tras colgar el teléfono, pegué el oído a la puerta del dormitorio. No se oía nada. Quizá mi tía no había estado hurgando en la habitación todo ese tiempo. Me pregunté si habría cogido algún libro del estudio. ¿O realmente se había lavado la cara y se había quedado dormida? Si no, ¿qué había hecho tantas horas allí dentro? Yo podía irme un rato, que no pasaría nada.

Dejé el televisor encendido y entré en el dormitorio de He Jin. No tardé en encontrar el DVD en cuestión, que estaba donde He Jin me había indicado. Entreabrí la puerta del recibidor y cogí las zapatillas de correr que había usado la noche anterior para ir al puesto de Yongi. Si salía por la puerta principal la cerradura emitiría un pitido, y mi tía sabría que podía campar a sus anchas por la casa.

Subí al piso superior. Después de entrar en mi cuarto cerré la puerta con llave y me puse la cazadora. Me metí en el bolsillo la tarjeta de entrada y el móvil. Dejé entreabierta medio palmo la puerta corredera de la azotea. En cuanto puse un pie en las escaleras de emergencia, Hello, como por costumbre, comenzó a ladrar. Bajé hasta el piso veinticuatro y tomé el ascensor para evitar que los ladridos hicieran salir a mi tía de casa. El ascensor descendió directamente a la planta baja.

Unas nubes plomizas cubrían el cielo, y el aire era frío y húmedo. Estaba a punto de llover, o quizá nevar. Caminé lentamente hacia la salida lateral; algo me daba mala espina. Tenía la sensación de haber pasado por alto una cosa, aunque sabía que era muy importante. Al salir por la puerta lateral una voz murmuró en mi cabeza: «Si lo ha tramado tu tía...».

Detuve mis pasos. Un viento fuerte me golpeó la cara. Los ojos se me humedecieron y noté un escozor en la nariz. ¿Cuánto tardaría mi tía en registrar toda la casa?

Me volví hacia el edificio con la mirada extraviada. Diez minutos.

El ascensor seguía en la planta baja. Me bajé en el piso veinticuatro como antes. Subí al último piso andando despacio a pesar de los gruñidos de Hello. Quería que ladrara con todas sus fuerzas para que lo oyera mi tía. Quería que supiera lo que significaban los ladridos. Pero estos fueron cada vez más débiles y cuando llegué al piso veinticinco se apagaron definitivamente. Maldito chucho.

Abrí la puerta con la llave y entré. No oí ningún ruido. Dejé el DVD en la mesa de la cocina y me acerqué a la puerta del dormitorio de mi madre. Apreté con suavidad el pomo. La puerta estaba cerrada. Mi tía debía de estar dormida. Respiré aliviado. «Estás paranoico», me dije. La sola idea de que He Jin uniera fuerzas con mi tía era absurda.

Al volverme tuve la sensación de que la puerta de He Jin me llamaba.

Normalmente no habría destacado más que las paredes adyacentes. Mi madre decía que a veces los objetos te hablan; en ese momento, la puerta del cuarto de He Jin decía: «¿Estás seguro?». El mejor método para confirmar algo era comprobarlo por uno mismo.

Entré en el cuarto de He Jin, pasé directamente al vestidor y desde allí abrí la puerta que daba al baño de mi madre. No parecía que lo hubiera usado nadie en bastante tiempo. No había una sola gota de agua en la pila, ni en la bañera, ni en las paredes o el suelo. La tapa del inodoro estaba levantada, como la había dejado yo la mañana anterior. La única diferencia respecto a entonces era que las zapatillas estaban perfectamente alineadas en el suelo. Yo las había dejado apoyadas en la pared. Mi tía había estado allí. Tal vez para echar una mirada o telefonar a alguien.

Me detuve unos instantes delante de la puerta que daba a la habitación de mi madre. Mi tía podía estar allí o no. Si estaba, debería poder explicarle por qué entraba en la habitación por el baño. ¿Le diría que había ido a buscar algo del escritorio y que no había querido despertarla llamando a la puerta? Sonaba a mala excusa. Quizá sería mejor no decir nada, igual que había hecho ella al entrar en mi habitación.

Empujé la puerta lentamente, deseando con todas mis fuerzas encontrar a mi tía allí, durmiendo o descansando completamente desnuda sobre la cama. ¿Qué famoso escritor dijo que todos los problemas de la humanidad provienen del hecho de que una persona sea incapaz de quedarse tranquilamente sentada en su cuarto sin hacer nada?

Entré en la habitación. Estaba vacía. El corazón me dio un brinco. O sea que había salido, pese a todo. Empecé a acalorarme y a sentir hormigueos en la piel y en los músculos. En mis oídos irrumpían todo tipo de ruidos: coches pasando por la carretera, risas infantiles procedentes de algún lugar del edificio, el rumor de los ascensores subiendo y bajando, el de la nevera, el

martilleo de mi propio pulso en la cabeza... Ahora sabía que no eran los síntomas de un ataque epiléptico, sino que me sentía así cuando experimentaba el impulso, una reacción química que producía la lucha entre mi excitación y mi esfuerzo racional por reprimirla.

Me detuve junto al escritorio. Tal como me había imaginado, la chaqueta estaba en el respaldo de la silla, el bolso abierto sobre el escritorio. No podía saber si mi tía había revuelto los cajones o no. Todos los objetos, incluida la billetera de mi madre, parecían estar en su sitio. Advertí que las cortinas que colgaban ante las puertas del balcón estaban corridas. Mi tía habría salido al balcón y registrado el trastero. La cama también estaba diferente. La manta, que yo había dejado muy estirada y remetida, se veía un poco suelta. Mi tía no se había tumbado, sino que había dado la vuelta a la ropa de cama para mirar el colchón.

Levanté las sábanas y las mantas. La sábana bajera no estaba ajustada. ¿Significaba eso que había visto las manchas de sangre? Como yo había dado la vuelta al colchón cuando lo había traído a la habitación de mi madre, al principio no habría descubierto nada. Para dar con las manchas habría tenido que quitar la manta y las sábanas, levantar el colchón y mirar debajo. Después habría ido al baño a llamar a He Jin. ¿Le habría dicho: «Me parece que Yu Jin ha matado a vuestra madre»? O: «Tengo que registrar la casa. ¿Podrías conseguir que Yu Jin salga de casa un rato?». En ese caso, mi tía no habría salido al balcón para revisar el trastero, sino para comprobar que me marchaba.

«¿Qué haces? ¿Estás ocupado?» Cuando He Jin había llamado, parecía que le faltaba el aliento. ¿Estaba excitado? Su voz sonaba media octava más alta de lo habitual, como si estuviera muy contento. Si había oído malas noticias sobre nuestra madre no podía hablar en ese tono. Mi tía y él no estaban tan unidos como para que creyera todo lo que ella le decía sin verlo con sus

propios ojos, a menos que hubieran entablado una relación a mis espaldas durante todo ese tiempo.

Mi tía le había asignado una tarea con otro pretexto, y He Jin, que no sabía nada, pensando que se trataba de un juego sin malicia, había cumplido su misión. Aun así, estaba claro que él había colaborado con mi tía.

Al salir del dormitorio cerré la puerta con llave y entré en el salón. Me acerqué a la vitrina; el manojito de llaves había desaparecido. Mi tía estaba haciendo exactamente todo lo que yo había previsto que haría. Y recorría paso a paso el itinerario que yo había esperado que no siguiera. Aun así, no me apetecía irrumpir en el piso de arriba y detenerla. Mientras no hubiera cruzado las puertas correderas de mi cuarto, todo iría bien. Esperaba que no hubiera traspasado ese límite, por el bien de los dos.

Oí un ruido sordo procedente del piso superior. Era una vibración suave, amortiguada. El ruido de las puertas correderas al cerrarse con cuidado. En ese instante me di cuenta de que los acontecimientos iban a precipitarse y el corazón se me desbocó. ¿No tienes bastante con haber arrastrado mi vida hasta esta situación? ¿Y ahora me empujas a un callejón sin salida y me obligas a elegir?

Subí las escaleras con cuidado de no hacer ruido; peldaño a peldaño, lentamente. Al recorrer el pasillo, me sentía como si estuviera flotando, igual que cuando había subido con el cuerpo de mi madre a cuestras. Me detuve ante la puerta de mi cuarto y miré el cartel de bienvenida. ¿Estaría cerrada con llave? La puerta estaba abierta. Como esperaba, mi tía no se encontraba dentro. El manojito de llaves estaba encima del escritorio. La puerta corredera y las persianas estaban cerradas por completo. Si hubieran estado abiertas,

entraría algo de aire, y no se notaba ni una brizna. El diario se hallaba abierto. Mi tía se había movido rápido en los diez minutos que había tenido.

Me acerqué a la puerta corredera y escruté la azotea entre las tablillas de la persiana. Mi tía estaba allí, con el teléfono en la mano y mis zapatillas en los pies, de cara a la pérgola. Un fuerte viento mecía su cabello castaño con mechaz rojizas, que ondeaba como hierba reseca. Le temblaban los hombros. Se la veía nerviosa: ¿qué iba a hacer ahora?

Mientras tanto, mi madre se mecía en el columpio de la pérgola y miraba el cielo, con su sonrisa de Joker de oreja a oreja y golpeando rítmicamente el suelo con los pies. Su camión blanco se agitaba en la brisa como las alas de una mariposa. No se la veía nada mal, en caso de que alguien más pudiera verla, claro.

Mi tía se colocó el pelo por detrás de las orejas y escudriñó la puerta corredera por si me veía. La miré a los ojos, suplicándole y a la vez amenazándola: «Todavía no es demasiado tarde. Vuelve al cuarto». Se volvió hacia la pérgola y dio unos pasos hacia ella, poniendo un pie sobre la primera baldosa. Llegó a la segunda. Se detuvo en la tercera. Alzó el móvil y lo miró durante un rato. Quizá dudaba entre llamar a la policía o seguir indagando.

Yo también dudaba entre salir o llamarla para que entrara en casa. Mi futuro dependía de lo que decidiera en ese momento. Confesar o huir. La razón me aconsejaba lo primero; el instinto lo segundo. En cualquiera de los dos casos, no habría vuelta atrás. No habría margen de negociación ni tampoco me quedaba mucho tiempo. Debía decidirme mientras mi tía recorría las baldosas restantes. La observé, susurrándole que volviera cuando llegó a la octava baldosa. O quizá me lo dijese a mí mismo; esperaría todo lo que pudiera y le daría todas las oportunidades posibles. Lo único que había hecho mal era haberme dejado engañar por el «sincero» He Jin y haber abandonado la casa unos minutos.

Mi tía llegó a la pérgola finalmente y se detuvo ante la mesa. Desvié la mirada un momento para quitarme la cazadora. La dejé sobre el escritorio y saqué la navaja del cajón. Cuando volví a apostarme junto a la persiana me sentía más ligero. Abrí la persiana y la puerta sin hacer ruido y salí a la azotea. Cuando puse los pies desnudos sobre las frías y duras baldosas, ocurrió algo extraño. Mi madre, que había estado meciéndose sin parar desde la noche anterior, empezó a desvanecerse. Se retorció, se arrugó y se fundió como una muñeca de goma en una hoguera. Pronto incluso desapareció la forma derretida, deshaciéndose en un humo negro, y los pies que hasta entonces habían rascado el suelo de la pérgola terminaron al fin su prolongado recital. El chirrido del columpio se detuvo. En el columpio vacío solo quedó una hoja caída.

Mi tía también desapareció. Ya no estaba junto a la mesa y de espaldas a mí. No era más que una presa, una presa peligrosa que había intimidado, agitado, calmado y forzado a mi madre a arruinar mi vida. Empecé a serenarme. La cabeza dejó de palpitarme y la respiración y el corazón se ralentizaron. La tensión de mi estómago se desvaneció. Mis sentidos se agudizaron. Podía oír su respiración asustada, acuosa, brusca, pese a que aún nos separaban varios metros. El mundo se había detenido y se me ofrecía, y las posibilidades eran infinitas.

Pisé la segunda baldosa en dirección a la pérgola. Aunque no hice ruido, poco me importaba que la presa me oyera y se diese la vuelta. De todas formas, tendría que verme en algún momento, y me excitaba pensar la cara que pondría. ¿Qué diría? ¿Cuál sería su reacción? ¿Me atacaría? ¿Huiría? ¿Gritaría?

En la última baldosa me detuve. Solo me separaba un paso de la pérgola, pero la presa no se volvía. No había notado mi presencia porque su atención

estaba puesta en el problema que tenía delante. Estaba inmóvil, petrificada, ni siquiera parecía respirar. Como la joven de hacía dos noches.

Al fin volvió a respirar. Al cabo de lo que pareció mucho tiempo, alargó la mano hacia la mesa, tocó el borde, y retrocedió un paso, sobresaltada, como si acabase de tocar algo ardiendo. Parecía segura de lo que iba a encontrar. Mi tía era la ilustre doctora, el miembro familiar con más estudios; por supuesto que era capaz de imaginar lo que había allí dentro. Crucé las manos a la espalda. Esperaría a que me viese o descubriera a mi madre.

Mi tía se preparó para la tarea. Se metió el móvil en el bolsillo trasero y se frotó las palmas de las manos en los muslos. Respiró hondo dos veces y avanzó hacia la mesa, puso las dos manos contra el borde y empujó. La mesa se abrió con un fuerte crujido. Por un instante sus ojos se clavaron en el hueco interior de la mesa. Tal vez fue algo más que un instante.

Yo sabía lo que estaba viendo: plástico transparente, un saco de abono, una hoz, las tijeras de podar, una pala, una sierra, macetas vacías, tinajas, una manguera enrollada, una sierra eléctrica, una lona azul. Quizá algunas gotas de sangre. Yo había lavado la mesa, pero no me había preocupado del interior. No había tenido tiempo, ¿cómo podía saber que aparecería alguien tan pronto? Ella se apoyó en el borde y empezó a sacar cosas del hueco de la mesa con las dos manos. El plástico transparente, el saco de abono, la sierra, la manguera. Al fin, dobló la cintura e introdujo una mano. Oí el ruido que hizo la lona cuando la apartó. Luego un grito ahogado. Dio un respingo, echó la cabeza hacia atrás y empezó a temblar de pies a cabeza. Seguramente se había encontrado frente a frente con el Joker. Había visto sus ojos como me había ocurrido a mí el día anterior en el salón. Por desgracia había sacado todos los objetos que estaban encima de la cabeza de mi madre. Si se hubiera girado y me hubiese visto antes de retirar la lona, yo le habría dado un consejo: «Primero quita las macetas, que tapan los pies».

La presa se balanceaba como si hubiera perdido el control de las piernas; al fin se agarró al borde de la mesa y se enderezó. Empezó a gemir. Sacó el móvil del bolsillo, pero el aparato se le resbaló de la mano, cayó al suelo y se partió en tres trozos que salieron despedidos en tres direcciones. La parte principal voló hacia el columpio, la tapa fue a dar a la pérgola y la batería cayó a mis pies.

Ella corrió hacia el columpio y recogió una parte y luego se volvió para buscar el resto. En ese momento me vio. Su mirada frenética se detuvo en mis ojos. Se la veía perpleja, como si dijera: «¿Qué haces tú aquí?». El cuerpo principal del móvil, que tanto esfuerzo le había costado recuperar, volvió a caerse de sus manos. Abrí la navaja que sostenía detrás de la espalda.

–¿Qué haces? –le pregunté.

La presa contrajo los labios y sacudió la cabeza, como si supiera lo que sostenía en las manos.

Recogí la batería del suelo sin dejar de mirarla a los ojos.

–Ibas a llamar a la policía, ¿verdad?

Rápidamente, salté a la pérgola. Ella retrocedió un paso y clavó la mirada en la navaja de afeitar que yo sostenía en la mano derecha. Emitió un sonido de hueso rompiéndose. ¿Era hipo? ¿Un grito? Fuera lo que fuese, era el sonido del terror de quien presiente su destino.

Sentí una tristeza infinita. Habría sido maravilloso que ella hubiera sentido eso hacía dieciséis años. Si se hubiera preocupado un poquito de la vida de aquel niño, este día nunca habría llegado. Ahora no estaría aquí ni en esta situación. Pero era demasiado tarde, aunque entonces hubiera sido demasiado pronto.

–Muy bien. Adelante, llama.

Le tendí la batería y di un paso hacia ella, que negó con la cabeza y retrocedió otro paso.

–Adelante. Llama a la policía y cuéntaselo todo. Diles que hace dieciséis años pusiste en tratamiento a un psicópata de nueve años y le engañaste diciéndole que era epiléptico. Que le medicaste con Dios sabe qué. Que le controlaste todos los movimientos como si fuera una marioneta. Que le prohibiste dedicarse a lo que más le gustaba, y que un día enloqueció de verdad y mató a su madre, y que ahora está a punto de matarte a ti. –Di una zancada hacia ella–. Venga, bruja, díselo.

La presa retrocedió unos pasos más hasta que la zapatilla se le enganchó en una grieta. Se tambaleó y agitó los brazos tratando de aferrarse a algo, pero cayó de espaldas sobre la pérgola. De pronto, había dos metros de distancia entre nosotros. Ella no dejó pasar esa oportunidad. Se volvió rápidamente y, sollozando y gritando, gateó hacia la puerta metálica de la azotea. Salté sobre ella y le puse la rodilla en la espalda. La agarré por el pelo corto y ralo y tiré de él hacia atrás. La presa soltó un grito desgarrador, la última cosa que proferiría en este mundo:

–¡Yu Min!

En mi interior se abrió un bosque oscuro. El tiempo se detuvo. Observé el movimiento de mi mano agarrando la cabeza de la presa, la hoja de la navaja recorriendo la piel tensa de debajo de la barbilla, el cuello abriéndose como una cremallera y la sangre chorreando en todas direcciones como el fuego de una ametralladora y las balas rojas cayendo sobre el suelo. Un calor pringoso me cubrió la cara.

¿Yu Min? Solté el pelo. La cabeza cayó al suelo con un golpe seco. ¿Por qué había dicho «Yu Min»...?

El origen de las especies

«¡Yu Min!», gritó mi padre.

Abrí los ojos de golpe. Me parecía que iban a estallarme los oídos. ¿Dónde estaba? No sabía cuánto tiempo había dormido, pero ya no era de noche. Fuera estaba nublado, pero sin duda era de día.

Apenas recordaba lo que había soñado. Pero la voz de mi padre seguía muy vívida. Era la primera vez que la oía en sueños. Hasta entonces ni siquiera recordaba cómo era. Nunca pensaba en ella, ni la echaba de menos. A partir de los nueve años, mi padre dejó de existir para mí. No estaba en ningún lado, ni en mis recuerdos ni en mis emociones. Pero en mi sueño supe al instante que era la voz de mi padre, como si hubiera vivido oyendo su voz hasta ese momento.

Pero ¿cómo sabía que era su voz? ¿Por qué habría dicho «Yu Min» y no «Yu Jin»? ¿Por qué había gritado mi padre y no mi madre? ¿Se habían intercambiado los roles y me regañaban por algo? Me incorporé y miré la hora. La 1.41. Vi la luz que se filtraba por la persiana. Debía de ser la 1.41 de la tarde.

Había mirado el reloj justo antes de dormirme. Las 9.30 de la noche. Había dormido dieciséis horas seguidas, supongo que para compensar el no haber pegado ojo los dos días anteriores. Me había tumbado para dar una cabezada antes de que llegase He Jin. Parpadeé para abrir bien los ojos y me levanté. Abrí la ventana; el cielo estaba plomizo, una gaviota volaba en el aire neblinoso. No hacía sol, pero no cabía duda de que era pleno día.

El columpio estaba vacío. Parecía que mi madre se había marchado para siempre. No sabía por qué había permanecido allí ni por qué se había ido, pero sentía una tristeza extraña, como si me acabaran de cortar el cordón umbilical, y yo hubiera cruzado una frontera inviolable y me hubiera convertido en un ser errante. Seguramente me había dejado a mí mismo en el otro lado de la frontera, ese yo que vivía con la gente en este mundo, que creía estar enraizado en la tierra. Cuando cruzabas una línea prohibida no había vuelta atrás. No podías hacer nada salvo huir hacia delante.

Ahora sabía por qué se me habían borrado de la memoria las dos horas y media en que había cometido los dos asesinatos. Era como si de un modo inconsciente supiera que en cuanto recordara lo que había pasado tendría que abandonar el mundo en el que había nacido y crecido. Y pondría fin a mi vida anterior. No estaba preparado para dejar o acabar con mi vida, y no era capaz de asimilar lo que había hecho. El olvido era la mejor estrategia para afrontar esa situación.

En cambio, recordaba la mayor parte de la noche anterior. Había estado un buen rato junto a mi tía, vagando por el oscuro bosque de mi interior, revoloteando en la neblina como una mariposa que acabara de salir del capullo. Una luz roja parpadeaba entre la niebla, advirtiéndome del peligro, pero yo hice como que no la veía. Un calor dulce e intenso me llevó a un lugar más luminoso y elevado. Las estrellas se aproximaban cada vez más.

Volví a la realidad cuando una voz en mi interior me advirtió: «Es de noche y estás helado. He Jin está a punto de llegar. Tienes que limpiarlo todo. Rápido». Aturdido, recorrí con la mirada la escena que tenía ante mí: mi tía tendida boca abajo e iluminada por la luz de la pérgola; yo, acuclillado junto a ella y empuñando aún la navaja; el suelo de la azotea cubierto de sangre. Una fría y húmeda niebla lo cubría todo. El viento aullaba a mi espalda. Las

estrellas se desvanecieron y solo su luminiscencia se dispersó a mis pies, titilando como rescoldos.

Intenté ponerme de pie, pero no lo conseguí. Había estado tanto tiempo en cuclillas que tenía calambres en las piernas. De pronto me di cuenta del frío que hacía y de que me dolía todo. Quería tumbarme allí mismo y dormirme. A la derecha de la pérgola, había un enorme cubo de goma. Dejé que mi tía yaciera ahí, encontrando una solución práctica como había hecho con la mujer del pendiente. La azotea se había convertido en mi panteón familiar, con mi madre en el centro y mi tía en el lado derecho. Esboqué una sonrisita. ¿Quién iría a parar al lado izquierdo?

Abrí el grifo y limpié el suelo de la azotea con la manguera. Me froté los ojos cansados. Recogí los trozos del móvil de mi tía. Cuando me quité la ropa ensangrentada y me metí en la ducha, tenía el cuerpo tan rígido y helado que ni podía agarrar el mango de la alcachofa. Tuve que pasar unos diez minutos bajo el agua caliente para poder doblar los dedos. Me duché, lavé la navaja y la guardé en un cajón; luego bajé para meter en la lavadora la ropa ensangrentada. Doblé la manta que había lavado antes y la guardé en el armario de la ropa blanca de mi madre. A continuación me puse unos guantes de plástico de usar y tirar para limpiar los rastros de mi tía. Con una toallita húmeda retiré mis huellas dactilares de su teléfono móvil, monté las piezas y lo metí en su bolso. Envolví el bolso y sus zapatos con su cazadora acolchada y lo embutí todo en una maletita con ruedas que mi madre tenía en el vestidor. Hice la cama, dejando las sábanas y la manta bien tirantes. Me pregunté cuándo volvería a cambiar el colchón. A menos que mi tía le hubiese dicho algo a He Jin, a este jamás se le ocurriría mirarlo. Al menos eso esperaba. En realidad, no quería ni pensar en volver a arrastrar los pesados colchones escaleras arriba y abajo.

Llegado a ese punto, me movía obedeciendo de forma mecánica las órdenes

de mi cerebro. Estaba cerca de un estado comatoso de puro agotamiento. Era incapaz de recordar lo que había hecho la última hora. ¿Había sacado mi ropa de la lavadora? ¿Había cerrado con llave la puerta de mi madre? ¿Había colocado nuevamente las llaves en la vitrina? Me era imposible esperar a He Jin despierto; cuando subí la escalera estaba prácticamente dormido.

Ahora me pregunté si He Jin habría vuelto. Así debía de ser, pues me había dicho que volvería la noche anterior. ¿Cómo habría entrado en el edificio? La noche anterior yo no había tenido tiempo de registrar el bolso de mi tía, pero si He Jin le había dado su tarjeta, él habría tenido que llamar al portero automático. No recordaba haberle abierto. Quizá habría llamado a alguien o al piso de la dueña de Hello. Quizá había subido a mi habitación para echarme la bronca por no haberle llevado el DVD al puesto de Yongi y, al verme dormido, había vuelto abajo. ¿Se habría ido directamente a la cama?

De pronto, sentí hambre. Fui al piso inferior para comprobar las cosas que me estaban carcomiendo y de paso echarme algo al estómago. Bajé la escalera corriendo. El día anterior me había sentido pesado y torpe, pero hoy me notaba ligero como una pluma. No había nada resuelto, y aún no había tomado ninguna decisión, pero estaba convencido de que todo saldría bien. Cualquier cosa era posible, solo bastaba con que la quisiera lo suficiente.

El piso inferior estaba muy tranquilo. Oí unas voces procedentes de la habitación de He Jin; seguramente estaba viendo una película o trabajando en unas secuencias que habría tomado el día anterior. La puerta de mi madre estaba cerrada con llave. Las llaves en su sitio. En la cocina olí el delicioso aroma de la sopa que He Jin habría preparado. En el fogón había una olla pequeña. Fui al lavadero y abrí la lavadora. Mi ropa había desaparecido. Volví a la cocina. ¿La habría puesto a secar anoche? ¿La habría sacado y me la había llevado a mi cuarto?

–Veo que ya te has levantado –dijo He Jin desde la puerta de la cocina.

Me detuve junto al fregadero.

–¿Cuándo has llegado?

–Sobre las diez y media. Tú ya estabas dormido. –Entró en la cocina y encendió el fuego–. Cuando fui a ver qué hacías ni siquiera te moviste.

Había acertado al suponer que se asomaría a mi habitación. ¿Qué aspecto tendría el cuarto? ¿Habría algo tirado por ahí que no debería haber visto?

–Venga, pon la mesa. Vamos a comer. Creí que me moría de hambre; he esperado a que te despertaras.

–Come tú. Yo comeré luego. Ahora no me apetece.

–¿No tienes hambre? –replicó escéptico mientras limpiaba la mesa de la cocina con un paño.

Tenía un hambre atroz, pero quería evitar mantener una larga conversación con él.

–He bajado al acordarme de la colada que puse ayer. Pero no está. ¿La has sacado tú?

–La he colgado en el balcón de delante. No quería encender la secadora siendo tan poca ropa.

Asentí. Entonces He Jin me hizo la pregunta que menos deseaba responder:

–Por cierto, ¿sabes algo de mamá?

–No.

–¿Aún no? –He Jin ladeó la cabeza–. ¿No le habrá ocurrido algo? ¿Un accidente de tráfico o...?

–Si hubiera sufrido un accidente nos habrían llamado. Y no se llevó el coche.

He Jin me miró con expresión perpleja.

–Aun así, nunca antes había estado tanto tiempo sin dar señales de vida.

–Bueno, seguro que hoy llamará. O volverá.

Salí de la cocina.

–Al menos habrá llamado a la tía, ¿no?

–No sé. No le pregunté.

He Jin siguió preguntando.

–¿A qué hora se fue la tía ayer?

Yo me detuve ante la escalera y me giré para mirarlo.

–Es que no puedo contactar con ella. Tiene el teléfono desconectado y tampoco contesta en el fijo.

¿Desde cuándo He Jin y mi tía hablaban por teléfono? Me puse de mal humor.

–¿Y para qué quieres hablar con ella? ¿Para que te devuelva la tarjeta de entrada y la llave de casa?

He Jin salió de la cocina y se detuvo ante mí.

–¿Qué?

–Hace dos días te llamó y tú fuiste a la clínica. Para darle la llave.

–¿Quién te ha contado eso? ¿Ella?

No respondí.

–No saques conclusiones antes de tiempo. Siempre hablas como si hubieras visto algo, pero no sabes nada de lo que pasó. Ella me llamó, pero yo no fui a la clínica. Me hizo un montón de preguntas, como si había visto a mamá marcharse o si yo había estado en casa el día anterior. Entonces le conté que habías aprobado el examen y me dijo que quería organizarte una fiesta sorpresa. Me preguntó el código de la puerta y se lo di. Y me pidió que no te contara nada, porque quería darte una sorpresa.

Si He Jin estaba diciendo la verdad, eso significaba que la tía sabía el código de la puerta, tal como había dicho. ¿Por qué yo no había oído los pitidos? No estaba durmiendo. ¿No los había oído porque estaba concentrado en el diario?

–¿Por eso me pediste que hiciese ese recado?

–¿No lo sabías? –exclamó He Jin cada vez más nervioso–. ¿No te lo contó la tía?

Yo no respondí.

–No lo hice para engañarte, de verdad. La tía me dijo que como estabas viendo la televisión en el salón ella no podía preparar nada. Le propuse sacarte de casa un rato. Pensé que quería organizar algo divertido. Y me sentía mal por no poder celebrarlo contigo. Pensé que la tía iba a encargarse de todo porque mamá no estaba. Me pareció que se pasaba un poco, pero bueno...

Sí que se pasó, sí, pensé. Se comportaba como una bruja loca. Nos tuvo secuestrados a mi madre y a mí durante dieciséis años e hizo lo que quiso con nosotros. Tengo que averiguar por qué. Déjame ir a mi habitación.

–Pero al llegar a casa vi que la tarta estaba en la nevera. Ni siquiera abristeis la caja. Sé que la tía no es santo de tu devoción, así que... En realidad, estaba un poco preocupado. Me pregunté si os habríais peleado, pero luego al ver que dormías... Por eso la llamé, pero no me contestó. Es muy raro, ¿no? ¿La tía no coge el teléfono justo cuando mamá está ilocalizable?

Me vino a la cabeza el panteón familiar que tenía en la azotea. No supe qué decir.

–No sé. Quizá mamá quería ir a algún sitio sin que nos enteráramos.

–¿Y la tía qué? ¿También quería ir a algún sitio en el mismo momento?

–¿Por qué me lo preguntas a mí? –le espeté–. ¿Qué quieres que haga?

He Jin me miró boquiabierto.

–No quiero que hagas nada. Estoy preocupado. Me gustaría que pensemos qué podemos hacer.

–A partir de ahora lo pensaré.

Me volví y subí la escalera. He Jin ya no dijo nada más. Se limitó a mirarme mientras me alejaba.

Al entrar di un portazo para transmitirle que iba a pensar en serio y no quería que me molestara durante un rato. Me senté al escritorio. No disponía de mucho tiempo. Había llegado al final del camino. No podía hacer nada para mejorar la situación y de ningún modo podía dilatar el tiempo que quedaba hasta el desenlace. Algo me decía que esa noche alcanzaría el punto crítico. Tenía que hacer lo que pudiera hasta ese momento. Debía decidir lo que haría. Y cuando tomara una decisión tenía que actuar rápido. Estaba deslizándome por un tobogán que conducía al infierno. Abrí el cajón y saqué nuevamente el diario.

Psicópata. Depredador. La impresión me sumió en el desconcierto y recordé los ojos de Yu Jin de aquel Día. El modo en que sus ojos se volvieron hacia mí cuando lo llamé por su nombre enfrente del campanario. Tenía las pupilas dilatadas, como una bestia excitada. Sus ojos refulgían como llamas.

Hye Won me dijo que los depredadores entienden la realidad de un modo diferente del resto de los mortales. No tienen miedo, no se ponen nerviosos, no sienten culpabilidad, no poseen siquiera la capacidad de empatizar con el prójimo. Aun así son capaces de leer las emociones ajenas y usarlas. Según Hye Won, es congénito.

Me habría gustado taparme los oídos para no oír lo que decía. Casi le grité. No podía ser verdad. ¿Por qué tenía que pasarle eso precisamente a mi hijo? Hye Won añadió que lo ocurrido aquel Día no había sido un accidente. Según ella había sido su primer acto dañino. Si lo pasábamos por alto, Yu Jin reincidiría tarde o temprano. Me aconsejó que fuera a la policía y les contara la verdad. Yu Jin debería vivir aislado y recibir un tratamiento médico.

Aislado. Me apreté las manos con fuerza sobre las rodillas, y me obligué a permanecer sentada. No podía repetir el error que había cometido tres años atrás, pero tampoco era capaz de contar la verdad. Independientemente de cómo sea Yu Jin, se trata de mi hijo. Soy responsable de él y tengo la obligación de protegerlo. Tengo que encontrar un modo de ayudarlo a tener una vida normal.

Le supliqué a Hye Won que me dejara hacer las cosas a mi manera. Mi objetivo en la vida sería ocuparme de Yu Jin. Me haría responsable de él hasta el final. Y lo sobreviviría para asegurarme de que eso ocurría. Quería mostrarle hasta qué punto hablaba en serio. Me habría abierto el pecho y sacado el corazón si eso hubiese convencido a mi hermana.

Hye Won me puso una condición: que no le ocultase nada relacionado con Yu Jin. Dijo que el tratamiento sería largo, que quizá durara toda su vida. Ella lo probaría todo: medicación, terapia personal, hipnosis, terapia cognitiva, terapia de grupo, pero no podía garantizar la efectividad del tratamiento. Incluso si funcionaba y todo iba bien, no nos podríamos relajar hasta que cumpliera más de cuarenta años; dijo que estadísticamente esas tendencias se atenuaban al entrar en la mediana edad.

El objetivo de esos tratamientos no era inculcar conceptos morales. Dijo que eso sería imposible. Por mucho que le enseñáramos que algo estaba mal, él no lo comprendería. Debíamos mostrarle cómo calcular las pérdidas y las ganancias de cada situación, y yo debía ceñirme a ese planteamiento.

Empecé a temblar. Había conseguido que me prometiera su ayuda, pero yo no sabía qué hacer. Estaba aterrorizada y desesperada. ¿Podría hacerlo? ¿Podría olvidar lo que había pasado ese Día? ¿Sería capaz de seguir queriéndolo como antes? Me invadió el miedo, que era mucho mayor que la desesperación que sentía.

Me quedé mirando la última frase. Mi madre no era la única que sentía miedo; ahora a mí me aterraba volver la página. No sabía lo que me daba miedo, pero lo sentía. No entendía cómo me asustaba algo después de que todo se hubiera ido a la mierda. Pero ya no podía parar. No puedes detener un barco en medio del Pacífico, pues te marearás, ¿verdad?

30 de abril. Domingo.

Yu Jin duerme tranquila y profundamente. Yo sigo sin poder conciliar el sueño. Ya han pasado quince días. He dejado el trabajo en la editorial. Paso casi todo el día en casa. No hago nada, aparte de ir al súper más cercano, cocinar para Yu Jin, y prepararle la ropa. No limpio ni lavo ni contesto el teléfono. Tampoco veo a nadie.

Después del funeral, los padres de Min Seok regresaron a Filipinas. Tampoco he vuelto a ver a mi padre ni a Hye Won desde entonces. Me paso el tiempo sentada en el cuarto de Yu Min. No dejo de pensar en el 16 de abril. ¿Qué habría pasado si no hubiéramos ido de viaje? ¿Habríamos tenido una vida normal y feliz?

Era nuestro primer viaje familiar en tres años y celebrábamos el undécimo aniversario de nuestra boda. Me hacía mucha ilusión. Aunque viajamos una hora en ferry después de cuatro horas de coche, no estaba nada cansada. Todo nos iba estupendamente. Los negocios de Min Seok prosperaban, pese a la crisis, y en la editorial me habían ascendido a directora de la sección de literatura europea. La gente siempre me preguntaba cómo era capaz de compaginar el trabajo con la crianza de dos niños nacidos con un año de diferencia, pero no era tan difícil como parecía. Los dos niños se hacían mayores según sus respectivas personalidades. Solía pensar en ellos relacionándolos con colores. El brillante, cálido, impaciente y sentimental Yu Min era el naranja, mientras que Yu Jin, tranquilo, educado y algo frío, era el azul.

Mientras Yu Min no paraba quieto por la cubierta y ponía nervioso a su padre, Yu Jin permanecía sentado y en silencio en el bamboleante camarote contemplando el mar. Finalmente abrió la boca cuando nos acercamos a la isla.

—¿Cómo se llama esta isla?

La isla de Tan era famosa por sus impresionantes formaciones rocosas y sus profundos acantilados. Recientemente habían construido una zona turística con hoteles, casas de alquiler y zonas recreativas para jóvenes. Aun así, era un lugar solitario, y mantenía su aura primitiva, con sus islotes rocosos elevándose sobre las aguas oscuras, sus escarpados acantilados, sus numerosas aves y los pétalos blancos de los manzanos silvestres esparciéndose por el aire como la nieve.

Nos alojamos en una casita de madera construida sobre un pequeño acantilado en forma de U. Como era temporada baja, entre semana estábamos solos. La carretera terminaba allí y en los alrededores no había más hoteles ni restaurantes, ni siquiera una aldea habitada. Lo único que veías era el mar revuelto y los acantilados con su tupida barrera de pinos costeros; lo único que oías eran las olas, el grito de las gaviotas y el tañido procedente de una torre de campanario situada en el otro lado del acantilado y que según el conserje lo producía el viento al mover las cuerdas de las campanas.

La casita y el campanario se miraban frente a frente desde cada uno de los extremos del acantilado. Estaban a la misma altura y ningún obstáculo visual se interponía entre ellos. Era como ver el salón del edificio del otro lado de la calle. El campanario parecía una construcción muy antigua. La iglesia contigua tenía el tejado y una pared medio derruidos. El conserje nos dijo que en la curva del acantilado había una antigua aldea abandonada.

Por las tardes, en el espacio que separaba la casita del campanario, bajaba la marea y el mar dejaba al descubierto una larga y estrecha playa de arena blanca cubierta de piedras grises. Siempre bajábamos en busca de conchas y caracolas para la cena. Min Seok llevaba a los niños al campanario del otro lado del acantilado y yo preparaba la cena en la terraza.

El sol se ponía cuando los cuatro nos sentamos a la mesa. Yu Min a mi lado, Yu Jin junto a Min Seok. Celebrábamos los últimos once años de disputas, de reconciliaciones y de seguir juntos. Nos dimos la mano y entre risas prometimos aguantar otros cincuenta años. Estábamos eufóricos y lo pasamos muy bien. Era un lugar perfecto para armar jaleo: teníamos todo el mar para nosotros. En el cielo brillaba una media luna colorada como las mejillas de una niña; soplabla una brisa suave de poniente, los pétalos blancos revoloteaban como una bandada de mariposas. Sentados bajo aquella florida brisa, mis niños estaban resplandecientes. Min Seok estaba muy cariñoso conmigo. Me emborraché y caí en un sueño profundo por primera vez en mucho tiempo.

Me despertó el tañido de la campana. No era el sonido suave habitual causado por el viento, sino que parecía que alguien tiraba de la cuerda con todas sus fuerzas y hacía sonar la campana de una forma descuidada y precipitada, que se parecía al ruido que hacía Yu Min cuando estaba nervioso y golpeaba el suelo con los pies. Quizá por eso, medio dormida, llamé a Yu Jin y le pedí que le dijera a su hermano que parase. Yu Jin no respondió. Y las campanadas se volvieron más rápidas y ruidosas.

Abrí los ojos. Un presagio ahuyentó mi somnolencia de golpe y salté de la cama. Corrí a la terraza y vi a alguien tocando la campana al otro lado del acantilado. La marea había subido y ahora el agua cubría la playa. El campanario, inclinado hacia el mar, se veía más ruinoso que nunca. La persona que, apoyada en la barandilla, tocaba la campana y gritaba era... Yu Min.

Me sentí mareada. Temí que se me salieran los ojos de las órbitas. Se me pusieron los pelos de punta. ¿Qué hacía mi hijo allí? ¿Por qué tocaba la campana de ese modo? ¿No sabía lo peligroso que era?

Golpeé el suelo con los pies y grité: «¡Yu Jin, baja! ¡Baja inmediatamente!». Por extraño que parezca grité «Yu Jin» en lugar de «Yu Min».

Sobresaltado por mis gritos, Min Seok salió inmediatamente de la habitación en calzoncillos. En ese momento Yu Jin apareció en el campanario. Seguramente me había oído y subió hacia donde estaba su hermano. Era un milagro. Respiré aliviada. Yu Jin le detendría.

Pero en ese instante, Yu Jin le asestó un puñetazo a su hermano, que se tambaleó. Yu Jin alzó una pierna y le propinó un puntapié en el pecho. Esa única patada bastó para que Yu Min saliera despedido del campanario profiriendo un alarido. Su delgado cuerpo describió un arco y desapareció acantilado abajo. Me quedé helada. No podía respirar, como si me acabaran de degollar.

Min Seok salió de la casita como una exhalación, llamando a Yu Min con todas sus fuerzas. Corrí detrás de él. El conserje abandonó su oficina preguntando qué ocurría, pero no tenía tiempo para responderle. Descalza, corrí por el sendero forestal. No me di cuenta de que me torcía el tobillo y tropecé y me caí. No me fijé en que tenía los pies ensangrentados. Corrí detrás de Min Seok, jadeando, diciéndome a media voz como una loca: «Yu Min está bien. Y si no lo está Min Seok hará algo para que lo esté... Cuando llegue, estarán los tres juntos, esperándome al pie del campanario».

El denso bosque de pinos no se acababa nunca. Me parecía que nunca alcanzaría el campanario. Cuando llegué, solo estaba Yu Jin. Estaba inclinado contra la barandilla, mirando al mar, inmóvil. Me detuve. ¿Dónde estaba Min Seok? ¿Por qué estaba todo tan silencioso? ¿Qué había ocurrido? Me temblaba la barbilla y exclamé con un sollozo: «¡Yu Jin!».

Yu Jin se giró hacia mí. Tenía el rostro ensangrentado, las pupilas dilatadas y sus ojos brillaban de una manera extraña.

Corrí hasta el borde del acantilado, haciéndome vanas ilusiones. La marea estaba muy alta. No se veía a Yu Min por ninguna parte. Min Seok se debatía entre las olas solo, y aparecía y desaparecía bajo la superficie del mar una y otra vez.

Noté un zumbido en los oídos. De repente me vino a la memoria el momento en que Yu Jin le había dado un puñetazo a su hermano y la patada que lo había lanzado al mar. Tenía que pedir auxilio, pero no podía abrir la boca. Las cuerdas vocales no emitían ningún sonido. Observé fríamente cómo el mar levantaba a Min Seok hasta la cresta de las olas y lo arrastraba varios cientos de metros. Contemplé el océano mientras lo tomaba en su boca y lo engullía.

Fue el conserje, que había corrido detrás de mí, quien pidió ayuda. Llamó a la guardia costera y reclutaron a pescadores de la zona para que salieran al mar con sus barcas. Los barcos de pesca rugían entre los acantilados, los tripulantes gritaban. El conserje me instó a esperar en la casita, pero no me moví del borde del acantilado. Pensaba que en cualquier momento aparecería Min Seok empapado, sosteniendo a Yu Min bajo el brazo. Si no hubiera perdido la cabeza del todo, me habría dado cuenta de que era imposible que Min Seok, no digamos ya Yu Min, hubieran sobrevivido a la marea alta, aunque mi marido había sido un campeón nacional de natación.

Los cuerpos de Min Seok y de Yu Min aparecieron aquella tarde con dos horas de diferencia. A mi marido lo encontraron los aldeanos; a Yu Min, la guardia costera de la ciudad de Mokpo. El conserje llamó a mi padre, quien se presentó apresuradamente en un tanatorio de Mokpo y recibió a los dolientes.

Mi suegro viajó desde Cebu y se hizo cargo de todo. Mi suegra lloró ante el retrato de su único hijo, se desmayó y tuvieron que ingresarla en el hospital.

Yo me quedé sentada, aturdida. Aparecieron la policía y los periodistas, pero no respondí a sus preguntas. Tampoco Yu Jin hizo nada. Después del incidente durmió veinticuatro horas seguidas, con un sueño profundo próximo a un estado comatoso. No fue al baño, no comió. No abrió los ojos ni siquiera cuando lo zarandé para despertarlo.

Cuando oyó las noticias, Hye Won vino enseguida. Dictaminó que el niño sufría una reacción al estrés fruto del enorme impacto provocado al ver morir a su hermano y a su padre. Me aconsejó que le dejara dormir hasta que despertase por sí solo. No debía despertarlo bajo ningún concepto.

Sus consejos me parecieron inaceptables. No quería quedarme mirando cómo Yu Jin dormía apaciblemente, sino que ansiaba despertarlo y preguntarle: «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste?». En cuanto Hye Won se marchó lo desperté. Lo cogí por el cuello de la camisa y lo zarandé. Quería arrastrarlo fuera y arrojarlo al mar. Él abrió los ojos como si hubiera notado mis intenciones. Sus grandes y negros ojos buscaron los míos con expresión vacilante. Murmuró «Mamá, te quiero», con una vocecita dulce como si fuera un polluelo abandonado. Entendí lo que quería decirme. No era que me quería, sino «Mamá, no me dejes». Me quedé sin aliento. Se me encogió el corazón, mi rabia se esfumó y dio paso a la confusión. Sentí el vínculo de la sangre que me unía a ese crío y una vez más me di cuenta de lo mucho que lo quería. Pero al mismo tiempo supe que nunca lo perdonaría. Viviría el resto de mi vida con miedo y sintiéndome culpable. También tomé conciencia de quién era yo. Yo era la madre de Yu Jin. Yu Jin era mi hijo. Eso era un hecho que no podía cambiarse.

Yu Jin despertó la mañana del entierro. Como siempre, se movía silenciosamente y sin llamar la atención. Comió lo que le preparé y se puso sin ayuda el traje de luto que le di. Como doliente principal, tomó el retrato de su padre y, sin decir una palabra, subió al autobús que nos llevaría al crematorio. No parecía triste. Ni arrepentido. Sentado con la barbilla apoyada en el retrato, se limitó a mirar por la ventana con aire ausente.

Yo lo estuve observando durante todo el día. Quería hacerle unas preguntas. ¿Había visto bien lo que había sucedido en el campanario? ¿Por qué lo hiciste? Nos pasamos el día rodeados de gente y no tuve la oportunidad de hablar con Yu Jin hasta que llegamos al crematorio. Después de que los cuerpos de Yu Min y Min Seok entraran en la incineradora, nos quedamos solos, los dos, en un banco del parque, pero no pude preguntarle nada. Sentí miedo de oír la verdad. Tenía miedo de mí misma; si confirmaba que había visto lo que había visto, sentiría que debía matar a mi hijo.

Fue justo entonces cuando volvió la policía. Dijeron que tenían que hacernos unas preguntas. Comencé a temblar, así que me agarré las rodillas con las manos para que no lo notaran. En cambio, Yu Jin miraba a los agentes con tranquilidad. Yo no tenía ni idea de lo que él sentía. Sus ojos no reflejaban temor, ni ansiedad, ni culpa. Su rostro inexpresivo me dejó anonadada. ¿Siempre había sido así? ¿Siempre había sido tan impasible y descarado? ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Pensé que había interpretado su fría insensibilidad como serenidad natural.

Los agentes preguntaron por qué los dos niños habían ido al campanario. Yu Jin explicó que estaban jugando a un juego de supervivencia mientras dormían sus padres. Su hermano llegó primero al

campanario y se puso a tocar la campana, y de repente se rompió la cuerda y él cayó al agua. Yu Jin le había tendido la mano para sujetarlo, pero era demasiado tarde.

Mientras hablaba, el niño no perdió ni un momento la calma ni eludió la mirada de los agentes. No titubeó; a veces hizo una pausa para pensar lo que iba a decir, nada más. Empecé a dudar de mí misma. Quizá no había visto lo que había ocurrido realmente. Según Yu Jin, había intentado sujetar a su hermano con la mano. Y luego había avanzado un paso para agarrarlo. Reconstruí una vez más la escena que había recreado cientos de veces. Por más que pensaba en ella, siempre llegaba a una simple verdad. Yu Jin, un crío de apenas nueve años, estaba mintiendo tranquilamente a la policía.

Pero yo no era mejor que él. Cuando me preguntaron quién había descubierto primero lo ocurrido, mentí automáticamente y dije que había sido Min Seok. Añadí que yo estaba durmiendo. Me preguntaron si lo había presenciado todo. Miré a Yu Jin, que estaba sentado a mi lado. Me encontré con aquellos ojos, los ojos que había visto frente al campanario, con las pupilas dilatadas y un extraño brillo. Sentí ganas de gritar. Por primera vez en mi vida me di cuenta de la cantidad de pensamientos que pueden coexistir en una cabeza humana: la conciencia de que solo me quedaba Yu Jin, el futuro de mi hijo arruinado antes de tiempo, el miedo a las críticas, la duda de no haber visto bien lo que había ocurrido, la inseguridad de que fuera capaz de vivir y seguir ocultando lo que había visto, la voz del niño susurrando: «Mamá, te quiero, te quiero, te quiero».

Respondí que no había visto nada. Así fue como Yu Jin y yo nos volvimos cómplices. Una parte de mí intentaba hacerme sentir bien. Acababa de perder a mi marido y a un hijo, y no podía entregarle a la policía al hijo que me quedaba, no estaba preparada para soportar el desprecio y el señalamiento sociales. Y, por encima de todo, quería a mi hijo. Y él no podía confiar en nadie más.

Más adelante me enteré de que el conserje había dicho lo mismo que yo. No creo que hubiera visto nada. En la casita no había nadie más que nosotros, y el conserje había salido de la oficina cuando yo pasé corriendo por delante. El suceso se archivó como un accidente. A la policía debió de resultar sospechoso que Min Seok hubiera contratado tres seguros de vida carísimos recientemente, pero no había ninguna prueba que demostrase nada.

Ya en casa, no dejaba de pensar en Hye Won. Mejor dicho, pensaba en el problema de Yu Jin que mi hermana me había mencionado tres años atrás. Yu Jin sigue siendo mi hijo, pero ya no es el que yo conocía. Ahora es algo raro e incomprensible. Un meteorito caído del cielo.

Solo porque algo parezca obvio no significa que sea verdad. Como ella admitió, no estaba allí cuando aquello ocurrió. No sabía toda la historia. Insistió en que había visto claramente lo que pasó, pero era evidente que no era así. Es posible que creyera lo que quería creer para así poder aceptar las consecuencias y quitarse responsabilidad de encima. Después de todo, la tragedia empezó cuando se emborrachó y se durmió profundamente. ¿Cómo

podía haberme convertido en el chivo expiatorio? Debido a eso ella perdió su vida y destruyó la mía. Mi madre había cometido un crimen imperdonable. Si mi madre me hubiera creído, si me hubiera dado una oportunidad para explicarme, el suceso podría haberse considerado claramente un accidente. Y un niño de nueve años herido no habría sido juzgado como un depredador que tenía que mantenerse aislado de la sociedad. Y ella tampoco habría acabado muriendo a manos del «depredador».

Durante los últimos dieciséis años, mi madre nunca mencionó aquel día. Ni siquiera me habló de Yu Min. Desechó cualquier otra posibilidad que no fuera que yo había matado a mi propio hermano. Es verdad que mis recuerdos no eran diáfanos. Entonces tenía solo nueve años y había pasado mucho tiempo. Aun así, había una prueba de que tenía razón: la víctima del accidente era yo. Soñaba lo mismo una y otra vez, reviviendo ese día del modo en que lo experimenté como niño.

El sueño difería de la realidad en un solo punto: transcurría de noche, mientras que los hechos habían ocurrido por la mañana. El resto era detallado y nítido hasta un punto que me habría gustado olvidarlo para siempre. Cada instante era vívido e inmediato: la voz de Yu Min, el brillo de sus ojos, su expresión, sus actos, lo que vi, lo que pensé, lo que sentí, lo que experimenté. Lo recordaba todo, hasta el trasfondo de tensión entre nosotros y los delicados cambios de sentimientos... Incluso podía recrear con todo lujo de detalles la terraza de la casita de Asyul. Era una enorme terraza con una barandilla de hierro verde y una gran mesa exterior con bancos incorporados. A ambos lados de la mesa había más de una docena de latas de cerveza; una botella de champán con el cuello roto tumbada en una esquina; colillas de cigarrillo nadando en una botella de agua medio vacía, un montón de conchas de ostras y almejas, trozos de carne y salchicha ennegrecidos, una barbacoa llena de ceniza blanca, la tarta de aniversario, cortada en cuatro trozos y sin tocar,

infestada por las hormigas, los pétalos de un ramo de rosas rojas flotando en el viento, cartuchos de bengalas y matasuegras desperdigados por el suelo.

Mis padres se emborracharon, y riéndose y tambaleándose se retiraron a su habitación. A la mañana siguiente los dos hijos de los borrachines se despertaron temprano y salieron a la terraza. No tenían nada que hacer dentro de la casita, pero tampoco fuera. Yu Min se moría de aburrimiento. Apoyado en la pared, jugaba con su pistola y me miraba como diciendo: «¿Nos escapamos y jugamos a algo por ahí?».

En aquella época le encantaban los juegos de supervivencia, igual que yo estaba obsesionado con la natación. Todos los días entablaba atroces combates indiscriminados a espaldas de mi madre allí donde se encontrara, ya fuera en el colegio, en el taller de pintura o en los parques del barrio, con una pistola de balines, un tirachinas o una pistola de agua, y en compañía de amigos, conocidos o de quien pudiera reclutar. Como el día anterior mi padre nos había prohibido ir al bosque solos, Yu Min había decidido que me arrastraría allí en cuanto nos levantáramos.

Yo estaba sentado en la barandilla que daba al acantilado, con las piernas colgando y contemplando el mar, que cambiaba a cada rato. Si mi madre me hubiese visto, se habría horrorizado, pues corría el peligro de caer al vacío. Pero era eso precisamente lo que me gustaba: el cosquilleo del viento azotando mis tobillos y tirando de ellos, la tensión que sentía en el cuerpo al mantener el equilibrio sobre la barandilla. Me encantaba ver las olas yendo y viniendo, y sentía el impulso de saltar al agua. Yu Min no habría podido hacerlo, pero yo era capaz de llegar nadando al horizonte.

Me llegó el sonido de la campana procedente del otro lado del acantilado. Unos nubarrones negros crecían en el horizonte, se oían truenos lejanos y las aves volaban entre la niebla. Aun así, reinaba el silencio. El sendero que

conducía a la casita estaba desierto. No había otros huéspedes en el lugar, que quedaba muy lejos de la aldea.

–Yu Jin –dijo al fin mi hermano–. ¿Vamos a jugar?

Fingí que no lo había oído. El día anterior habíamos paseado por una playa de arena blanca donde ahora estaba el mar. El conserje la llamaba Eusul, el nombre que recibía en el dialecto de la isla el final del acantilado. El nombre me encantó, mientras que Yu Min se fijó en las piedras negras y pulidas que sembraban la playa. Cuando mi madre no le veía se metía un puñado en los bolsillos. Recuerdo que pensé que en cuanto mi hermano empezara a usar el tirachinas no quedaría un cristal intacto en las casas de la aldea.

–Vámonos ya –susurró un poco más fuerte.

Abría mucho sus ojos marrones, que brillaban como indicando que había tenido una gran idea, o, para decirlo con sus palabras, una idea bestial. Que fuese una idea bestial para él no significaba que también lo fuera para mí. Seguí fingiendo que no lo había oído.

Mis padres seguían durmiendo. Aunque se peleaban con frecuencia, obedecían el mandato genético de engendrar y habían tenido dos hijos que se llevaban menos de un año. Mi hermano y yo íbamos al mismo colegio, al mismo curso y a la misma clase, y siempre estaban comparándonos. Según mi madre, Yu Min destacaba más en lo físico, en apostura e inteligencia. En el colegio nos servían la comida según las notas que sacábamos y mi hermano siempre era el primero de la fila. En el colegio fue un líder nato y siempre estaba rodeado de adeptos y aduladores.

En cambio, yo era un niño solitario. No me hacían falta los compañeros de juego; estaba acostumbrado a entretenerme solo. Jugar con otros niños significaba que tenías que seguir unas reglas establecidas y cumplir ciertos compromisos tácitos; era más fácil estar solo que intentar entender o seguir a los demás. Allí donde iba me tomaban por un bicho raro. Una vez un niño

hasta me llamó loco a la cara. Era nuevo e ignoraba de quién era hermano yo. Yu Min le obligó a arrodillarse ante mí para pedirme disculpas. Yu Min era mi protector y a veces mi torturador.

–¡Cuidado! –me amenazó, saltando como si fuera a empujarme por el precipicio.

En su caso, yo no habría avisado. Me habría acercado sigilosamente y le habría empujado. Aun así, no respondí. Sopesé cuál de las dos opciones era peor: que nuestros padres nos castigaran por habernos escapado, o que me negara a participar en los planes de Yu Min. Sabía que quería entablar un juego de supervivencia. La verdad es que a mí no me apetecía: Yu Min me ganaba en todo menos en natación, pero en los juegos de supervivencia estábamos igualados. Él nunca lo reconocía, pero los datos eran claros: habíamos jugado docenas de partidas, y cada uno había ganado la mitad. Precisamente ahí radicaba el problema: Yu Min solo era generoso cuando no veía amenazada su superioridad. Sin su alma generosa, se convertía en un impredecible niño de diez años. Pero yo no iba a dejarme ganar; en cuanto empezábamos una partida, hacía todo lo posible para ganar.

–¿A qué quieres jugar?

Bajé de la barandilla. No debería haberle hecho esa pregunta; en ese momento no podía imaginar hasta qué punto esas cuatro palabras iban a hacer descarrilar nuestras vidas. Pero ¿cómo iba a saberlo? Si hubiera sabido que estábamos ante una peligrosa encrucijada y hubiese conocido el camino que debía seguir, no sería humano.

–Juguemos a supervivencia. Allí arriba.

Y señaló el campanario del otro lado del acantilado.

No me sorprendió que eligiera ese lugar como meta. El día anterior habíamos ido con nuestro padre a ver la torre herrumbrosa donde sonaba la campana. El conserje nos lo había aconsejado porque desde allí se divisaba

toda la isla y las interesantes formaciones rocosas en el agua. Nos contó que si íbamos antes del crepúsculo veríamos un fenómeno óptico atmosférico. Mi padre estaba intrigado y nos llevó.

No estaba muy lejos. En la colina en forma de U que unía nuestra casita con el campanario había bosques de pinos, manzanos y prados. También había panales de abejas, campos ennegrecidos de antiguos bosques quemados y talados y casas viejas y abandonadas. Cuando llegamos al borde del acantilado, el sol se ocultaba tras el horizonte y había dejado un cielo teñido de rojo sangre y un rastro de brillantes tonos encarnados en las agitadas aguas. El campanario y la enredadera que cubría la iglesia derruida parecían estar en llamas. Me pareció que me encontraba en el espacio exterior. Si me quedaba quieto en ese camino rojo, el océano se me llevaría a otro mundo. Era el paisaje más hermoso que había visto en mi vida.

Mi padre aminoró el paso y se detuvo en el borde del acantilado. Advertí que se le había puesto la piel de gallina. Su mirada iba del océano a las formaciones rocosas y al cielo, y volvía a empezar; parecía fascinado. Pero Yu Min solo tenía ojos para el campanario. Corrió hacia la torre, que estaba a unos diez metros de donde nos encontrábamos. Cuando mi padre se dio cuenta, echó a correr detrás de él y lo agarró por la nuca cuando mi hermano empezaba a subir al campanario.

–Ahí no podéis subir.

–¿Por qué? –replicó Yu Min con expresión inocente–. ¿Puedo tocar la campana? ¡Por favor, solo una vez!

Yu Min sabía perfectamente por qué no podía hacerlo, pero los mayores solían dejarse engañar por su cara de niño bueno. Mi padre se lo explicó pacientemente, si bien hasta un crío de dos años lo habría sabido. En primer lugar, el campanario estaba en el borde del acantilado y podría caerse al agua. Segundo: la torre estaba vieja y herrumbrosa, se había derrumbado una viga y

toda la estructura estaba inclinada hacia el mar; además la barandilla estaba rota y podría hacerse daño.

–Ni se os ocurra venir aquí solos. Y también os prohíbo que juguéis a supervivencia en el bosque. ¿Me lo prometéis?

Mi hermano le dio su palabra, pero ahora, medio día después, estaba impaciente por incumplir su promesa.

–El primero que toque la campana gana. El perdedor tendrá que hacerle los deberes.

Le miré a los ojos.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Un mes.

Entré en el cuarto y cogí dos hojas de papel y lápices. Redactamos sendos contratos, que intercambiamos después.

–¿Cuántos disparos? ¿Trescientos? ¿Quinientos?

–Doscientos –respondió mi hermano.

Contamos cuarenta balines y cargamos las pistolas. Dejamos los ciento sesenta restantes en sus cajas. Nos pusimos las gafas protectoras sobre la cabeza y salimos sigilosamente de la casita por la puerta trasera en dirección al estrecho y ventoso camino flanqueado de pinos y manzanos que conducía al campanario.

Hicimos piedra, papel o tijera y Yu Min ganó el derecho a elegir su base. Escogió el bosquecillo de pinos, una elección obvia pues desde los altos pinos podría lanzar ataques sin ser visto. Y eso significaba que mi base sería el montículo que había detrás de los manzanos. Estaba extremadamente expuesta y demasiado alejada del campanario; tendría que correr a toda velocidad a través del terreno escabroso que bordeaba el acantilado. Era como si mi hermano empezara con cien balines más que yo.

Nos colocamos a ambos lados del sendero: él a la derecha, donde estaban

los pinos, y yo a la izquierda, cerca de los manzanos. Intenté recordar el camino que habíamos recorrido el día anterior, qué elementos podían servirme de escondite, dónde acababa el bosquecillo de pinos y cómo era el terreno en esa zona. Quizá empleara esa área para conseguir mi victoria.

–¡Preparados, listos...! –gritó Yu Min.

Me puse las gafas protectoras en los ojos. El mundo se volvió azul y mi respiración se serenó. Poco a poco, el mundo entero fue desapareciendo tras mi conciencia: el cielo nublado, el bosque ventoso, las bandadas de pájaros, el rugido de las olas, mis pensamientos y por último hasta mi propia conciencia. Solo oía la respiración de Yu Min y el constante latido de mi corazón. Ante mis ojos se desplegaba la vista del campanario como un mapa, y los lugares en que pararía y me escondería.

–¡Ya! –chillé.

En vez de echar a correr, mi hermano se puso a dispararme con la pistola de balines. Una emboscada preventiva. Era una estrategia a la que yo recurría a menudo, pero ese día había decidido no usarla. Mi plan era no disparar hasta haber llegado a la cuarta parada. Me lancé a toda prisa al lado izquierdo del camino atravesando el bosque de manzanos hasta que me detuve detrás de una roca alargada. Examiné los daños. Tenía las gafas protectoras rotas, un labio partido, la nariz entumecida, y me dolía la barbilla. De golpe me invadió el olor de la sangre. Estaba muy enfadado. Lo había previsto todo, ¿cómo no había anticipado la posibilidad de que Yu Min me imitara? Me quité aquellas absurdas gafas y las golpeé contra la roca. Me froté la punta de la nariz con el pulgar. La brisa de primavera me acarició la nuca como si quisiera que me tranquilizara.

Yo no pensaba que todas las competiciones tenían que ser justas, claro. Lo importante era ganar. Pero no podía soportar que me ganaran. En ese caso tenían que pagarlo, aunque fuera mi hermano.

Me quité la camiseta, me la amarré a la cintura y volví a ponerme en marcha. Corrí hacia un campo donde había montones de tallos de maíz secos, mi primera parada. Yu Min reanudó los disparos desde el otro lado del camino. No respondí. Me concentré en correr hasta que pasé junto a un tanque amarillo de agua y un depósito de abono que había detrás de un denso bosquecillo. Bajé la cabeza y me tendí boca abajo al pie de un árbol. Los disparos se detuvieron de inmediato. Oí varios clics; Yu Min volvía a cargar la pistola. Ya había gastado cuarenta balines.

Mi siguiente parada eran los panales de abejas. Tenía que correr una buena distancia a campo abierto y debía confiarlo todo a mis piernas de guepardo y a mi capacidad de concentración. Doblé la cintura, incliné la cabeza y corrí entre la indiscriminada lluvia de balines que me llegaba de frente. Algunos me pasaron rozando la coronilla, otros las mejillas y otros me dieron en alguna parte del cuerpo, pero no me asestaron un golpe decisivo. Yu Min recargó la pistola otra vez. Ya había disparado ciento veinte balines.

Corrí hacia la aldea abandonada, que en la entrada tenía una piedra con un nombre: Changsol Li. Refugiándome en los panales de abejas, recuperé la distancia que había perdido respecto a Yu Min. Los balines volvieron a silbar en mis oídos, pero cuando llegué a la última casa de la aldea le adelanté por fin. Yu Min llegó unos segundos después al otro lado de la casa. Pegué el cuerpo a la pared de metal oxidado y le oí cargar el arma una vez más. Había gastado ciento sesenta balines.

Pegado al muro, asomé la cabeza para que acabara de disparar todos sus balines. Yu Min no me defraudó. En un momento, efectuó cuarenta disparos. Oí el sonido metálico al chocar contra la casa, y a continuación se hizo el silencio. Había acabado todos los balines.

Sonreí. Él debía de estar torciendo el gesto y mirando el cargador vacío. Seguramente no se había acordado de que el bosque terminaba a la altura de la

casa; si hubiera sabido que al final tendría que abandonar la muralla de pinos para correr a campo abierto hacia el campanario, no habría gastado toda su munición.

Aún nos separaba una distancia considerable del campanario y yo ni siquiera había disparado un balín. Me aparté de la pared de la casa, y apuntando el arma hacia delante, caminé con cautela en dirección al centro del camino. Era mi turno.

Cuando llegué a una pequeña zanja paralela al bosque, oí un zumbido aproximándose. Antes de averiguar lo que era, me explotó algo en plena frente. Mi cabeza salió bruscamente disparada hacia atrás y se me doblaron las rodillas. Me sujeté la frente con las manos y caí boca abajo en la zanja. Oí un alegre correteo detrás de mí y una risita. Instantes después unos ojos alegres e inocentes me miraban, como diciendo: «¿Todavía no te has muerto?».

—¡Hasta ahora!

Yu Min me hizo señas con la mano y se marchó.

Ví su tirachinas balanceándose en el aire. El mundo se oscureció. La sangre de la frente me cubría los párpados. A duras penas conseguí sentarme. Desaté la camiseta de mi cintura y me sequé los ojos y la cara con ella.

Palpando el suelo con las manos bajé al arroyo que discurría por la zanja. Me senté en el agua helada y me lavé la herida. Recordé todo lo ocurrido desde el momento en que Yu Min me había acuciado para salir a jugar hasta que me había lanzado la piedra. Por supuesto que se acordaba de que el muro de pinos finalizaba a la altura de la casa. Al fin y al cabo, era un campeón del juego de supervivencia, reconocido en el barrio. Debía de haber gastado todas sus balas con el propósito de que yo bajara la guardia y cayera en su trampa mientras me esperaba detrás de un árbol con su tirachinas y sus piedras.

La campana empezó a sonar. Esta vez no era el viento, sino que alguien la estaba tocando. Anunciaba el final de nuestro juego y la victoria de Yu Min.

Me arrastré fuera de la zanja. Me até nuevamente la camiseta a la cintura y recogí la pistola. Empecé a correr en dirección al acantilado. Me ardían las plantas de los pies. El sudor se me había secado y notaba un gusto amargo en la boca. No sentía ningún dolor. Incluso se me olvidó que estaba herido. Me dominaba una firme resolución. Tenía que corregir ese resultado injusto.

El campaneó se detuvo cuando me aproximé a la torre.

—¡Para!

No obedecí. No me detuve ni dejé de correr. Resollando, seguí corriendo en dirección al campanario.

—¡Te he dicho que pares!

La sangre que me brotaba de la frente me inundaba los ojos y no veía bien. Apenas distinguía dónde acababa el cielo y empezaba el mar o el acantilado. La torre del campanario se erguía como una gran escalera roja. Allí en lo alto estaba Yu Min, que parecía una sombra.

—¡Párate, te digo!

Algo pasó silbando junto a mi oído. Supe que se trataba de otra piedra. Una segunda piedra me rozó la nuez. Seguidamente me pasó rozando la coronilla una tercera.

Seguí corriendo, casi brincando, como si me preparara para una competición de salto de longitud. Una zancada, dos... agarré la barandilla de la torre y empecé a subir. Llegué a donde estaba Yu Min y le arranqué el tirachinas de la mano. Él ahogó un grito y se inclinó hacia el mar peligrosamente. Antes de darme cuenta de lo que ocurría, todo había terminado. Mi hermano ya no estaba. Solo su grito retumbaba en mis oídos:

—¡Yu Jin!

Su voz se desvaneció y en su lugar se hizo un silencio pavoroso. No podía respirar; la sangre se agolpó en mis oídos. Me ardía la cabeza y todo el cuerpo

como si me hubiera quedado atrapado en un incendio devastador. Oí que mi madre me llamaba:

—¡Yu Jin!

Aferrando el tirachinas, lancé una mirada al mar ceniciento. No he sido yo. Yo no he hecho nada. Ni siquiera le he tocado. Mi madre volvió a llamarme; esta vez estaba detrás de mí.

—Yu Jin...

UN HOMBRE SE AHOGA EN EL MAR
INTENTANDO SALVAR A SU HIJO

La mañana del 16 de abril un hombre perdió la vida al intentar salvar a su hijo en la isla de Tan (en Shinan, provincia de Jeolla). Han Min Seok (de cuarenta años y nacido en Seúl) y su hijo Yu Min, que pasaban unos días en una casita rural del acantilado con la familia, fallecieron ahogados. El padre se zambulló en el mar con el fin de rescatar a su hijo, que había estado jugando en lo alto del campanario de una iglesia en ruinas y cayó de una altura de quince metros. Los dos sucumbieron al fuerte oleaje y las corrientes. La policía ha informado de que se están investigando los motivos del accidente interrogando al hijo menor del matrimonio, Yu Jin (nueve años), que también estaba jugando en el campanario, a la mujer, Kim Ji Won (treinta y seis años), y al conserje de la casa rural.

En pie ante la mesa de la pérgola, leí varias veces aquella noticia de hacía dieciséis años. La había encontrado pegada en la última página del diario, y más que un recorte de periódico parecía una hoja de árbol prensada. Mi madre debía de haberla recortado y guardado después del suceso. ¿Por qué? ¿Como un recuerdo para rememorarlo? ¿Para acordarse de que todo era mentira y de que yo había matado a mi hermano? Si mi madre me hubiera creído, si hubiera creído que había sido un accidente, ¿habría sido nuestro destino mínimamente diferente? ¿Podría haberme convertido en un adulto inofensivo? ¿Habríamos vivido durante mucho tiempo juntos y en armonía?

Encendí el mechero y aproximé la llama al artículo, que después tiré a la

barbacoa. Fui poniendo encima las páginas del diario una por una, tomándome el tiempo necesario hasta que lo quemé todo. Me sentí como si me hubiese quemado vivo. Las vidas pasadas a las que no volvería oscilaban sobre el fuego moribundo. En mi cabeza se arremolinaban violentamente la ira, la desesperación, la autocompasión. La tristeza que me oprimía las entrañas me produjo un doloroso ardor de estómago. Me sentía muy cansado. Todo era espantoso.

En cuanto se apagaron los últimos rescoldos, la realidad tomó cuerpo. Había llegado un momento en que ya no podía postergar más mi decisión; había averiguado todo lo que tenía que saber y obtenido todas las respuestas. Debía tomar una decisión. ¿Qué iba a hacer? Me estremecí. Le puse la tapa a la barbacoa y salí de la pérgola. Mientras pisaba las baldosas iba mirando el suelo. Avanzaba lentamente a fin de aplazar la decisión aunque fuese unos segundos. ¿Qué habría hecho He Jin en mi lugar? Incliné la cabeza hacia atrás y escruté el cielo. Estaba nevando. El pálido sol invernal se apagó detrás de los oscuros nubarrones. Respiré hondo y solté un largo suspiro que se elevó desde mis labios como una bocanada de vapor. Sentí un nuevo escalofrío en la espalda. El frío me heló los dientes. De pronto me vino a la mente la máxima de Darwin: adaptarse o morir.

Pensé en la posibilidad de morir. Era la solución más fácil. Me podía ahorcar, saltar desde la azotea, o cortarme el cuello con la navaja de mi padre. También era la solución mejor. Me evitaría el bochorno de verme esposado y de afrontar un juicio. Eludiría enfrentarme a He Jin, que se sentiría decepcionado o incluso me tendría miedo, lo que aún sería peor. El único problema era que no quería morir. Al menos no al lado de mi madre. No quería verme obligado a morir; quería poder escoger el momento, el lugar y el método de suicidio.

Aún me apetecía menos confesar mis crímenes. Solo pensar en sentarme

frente a un agente para intentar contar lo que no tenía ningunas ganas de explicar me ponía enfermo. Sería mejor morir que tener que volver a una escena del crimen tras otra para reconstruirlo todo rodeado de policías y periodistas. Descarté esa segunda opción sin pensarlo dos veces. Solo quedaba una alternativa: desaparecer lo antes posible. O ahora o nunca. Ya pensaría en todo lo demás en cuanto hubiera huido.

Regresé a mi cuarto y me senté al escritorio. Todos los veranos mi madre y yo viajábamos a Cebu para visitar a la familia de mi padre. Siempre que me veía, mi abuela me abrazaba y se echaba a llorar. Recordé su cuerpo cálido e impregnado de un agradable olor a hierba, y las palabras que me decía mientras me acariciaba la cabeza: «Ay, pobre niño... ¡Cada día te pareces más a tu padre!».

Saqué el pasaporte de un cajón. Faltaba más de un año para que caducase. Observé las páginas con los visados de entrada. ¿Me abrazaría mi abuela si se enteraba de lo que había hecho? Quizá sí. Quién sabe. La esperanza era lo único que se perdía.

Saqué del cajón el móvil de mi madre y le quité la funda, bajo la que guardaba su tarjeta de crédito. Encendí el ordenador y oí el sonido familiar que hacía al arrancar. Pero enseguida mi voz pragmática acudió a aguar mis expectativas: «¿En serio piensas que va a ser tan fácil? ¿Has olvidado lo que te hizo tu madre? Y eso que es quien te trajo al mundo. En cuanto se enteren de lo que has hecho, tu abuela cogerá el teléfono y llamará a la policía. Aun en el caso de que se decida a ocultarte, ¿cuánto tiempo será capaz de aguantar la presión? Es mejor que te vayas a algún sitio donde nadie te conozca. Busca un lugar así».

Abrí la página web de la aerolínea y busqué todos los países y ciudades con vuelos disponibles para ese día. Katmandú, Yakarta, Manila, Los Ángeles, Dubái, Río de Janeiro. Recordé el día de mi cumpleaños de hacía ocho años.

Era domingo, pero no importaba, pues todos los días hacía lo mismo: iba al colegio a las nueve y volvía a casa a las once de la noche después de pasarme el día estudiando para el examen de reválida. Aquel día también me desperté al amanecer. Tenía un mensaje de He Jin:

«Quedamos a las 10 en la estación de Yongsan».

Enseguida entendí lo que quería decirme. Unos días antes He Jin me había preguntado qué quería hacer el día de mi cumpleaños. Me dio la impresión de que llevaba bastante tiempo ahorrando, pues exclamó alegremente: «¡Pide lo que quieras!». Le respondí que quería ir al sitio más lejos posible y volver a casa el mismo día sin que se enterara mi madre. No pensaba que pudiera hacerlo, pero al parecer He Jin tenía un plan.

Sonreí a mi pesar. ¡La estación de Yongsan! Preparé la mochila con las cosas habituales por si mi madre sospechaba algo: libros, la agenda, cuadernos. Al salir de la habitación, He Jin apareció con la cámara en la mano. Mi madre preparaba el desayuno en la cocina. Ya había cocinado la cena de cumpleaños tradicional, que constaba de sopa de algas, caballa a la plancha –mi plato preferido– y los fideos de arroz que le gustaban a He Jin. Los dos nos sentamos frente a frente. He Jin me preguntó con la mirada si había visto su mensaje. Asentí con la cabeza.

–¿Hoy podréis volver más pronto? –preguntó mi madre poniéndome un bol de fideos delante–. Celebraremos el cumpleaños esta noche.

–Imposible –dije cogiendo los palillos y negando con la cabeza–. Tengo hora de estudio.

–He quedado con los del club para ir a la isla de Debudo –agregó He Jin, metiendo la cuchara en la sopa–. Tenemos que buscar exteriores para la película de fin de curso. Lo siento.

Tenía la cabeza gacha y se había sonrojado hasta las orejas. «Ojalá no lo vea mamá», pensé.

–Por mí no lo sientas –dijo mi madre con los labios apretados–. No es mi cumpleaños.

Era evidente que se había llevado una desilusión. Hizo una pausa para transmitirnos que aún estábamos a tiempo de cambiar de opinión. Enrollé los fideos de arroz en los palillos y He Jin se metió en la boca una cucharada de sopa caliente.

Veinte minutos después mi madre lo dejaba en la parada del autobús, y diez minutos más tarde aparcaba a la puerta de mi colegio. Cuando abrí la puerta del coche, me tendió un billete de diez mil won, el dinero que me daba diariamente para mis gastos.

–¿Te recojo a las once?

–Sí.

Apenas cerré la portezuela, mi madre dio la vuelta al coche rápidamente y se marchó zumbando; me pareció que los faros traseros me miraban malhumorados.

Cuando desapareció de mi vista llamé a un taxi. El corazón se me desbocó cuando me encontré en el metro rumbo a la estación de Yongsan. Lo que hubiera planeado He Jin o el lugar adonde íbamos no tenía relevancia. Lo importante era el hecho de poder irnos a cualquier sitio.

He Jin me esperaba junto a la taquilla. Me tendió dos billetes. Uno del tren de alta velocidad con destino a Mokpo que salía a las 10.37 y otro de las 18.57 destino Seúl. Justo lo que yo deseaba: el viaje más largo que podía hacerse en un día.

–¿Estás contento? –me preguntó He Jin.

Asentí con la cabeza. Estaba encantado y al mismo tiempo me sentía un idiota. ¿Cómo no se me había ocurrido algo tan simple? Quizá porque las reglas de mi madre me impedían pensar. Además a He Jin le daba una paga semanal, por lo que tenía más libertad de movimientos, mientras que a mí me

daba diez mil won todas las mañanas delante del colegio. Según ella era porque yo era muy derrochador. Diez mil won daban para poco. Apenas podías comprarte un par de chucherías en la tienda. De modo que normalmente mi asignación se esfumaba el mismo día. ¿Cómo iba a pensar siquiera en hacer algo así? Quizá ese fuera el objetivo de mi madre: sin dinero, no podía hacer nada.

–Vamos a comprar algo de comer –dijo He Jin.

Fuimos a un Lotteria y yo compré una hamburguesa sabor a gamba con patatas fritas y café, y He Jin, una hamburguesa sabor *bulgoki* y un refresco de cola con hielo. Una vez en el tren, apenas hablamos, pero yo estaba encantado. Me sentía en paz y libre por el simple hecho de sentarme enfrente de He Jin y mirar por la ventana. El tren atravesó montañas con cerezos en flor, verdes campos de cebada azotados por el viento, grandes ciudades y pequeñas aldeas, hasta que llegó a Mokpo.

Disponíamos de unas cuatro horas antes de coger el tren de vuelta, pero solo nos quedaban unos veinte mil won. En ese tiempo y con ese dinero podíamos hacer tres cosas: tomar un tardío almuerzo en un restaurante y echar la siesta en un parque; coger un taxi para ir a la playa, o ir al cine. No hubo discusión, pues enseguida nos decidimos por la tercera opción. En un cine cercano pasaban *Ahora o nunca*. Estaba permitida a menores de dieciocho años, salían dos actores que le gustaban a He Jin, Morgan Freeman y Jack Nicholson, y comenzaba al cabo de un cuarto de hora. Además, podíamos comprar palomitas con el dinero sobrante.

Carter, mecánico de coches, y Edward, multimillonario, se conocen en una habitación de hospital y deciden emprender un viaje juntos. Los dos padecen cáncer de pulmón terminal y comparten la necesidad de hacer las cosas que siempre quisieron hacer, como cazar en el Serengueti, tatuarse, pilotar un coche de carreras, lanzarse en paracaídas, reír hasta llorar, llevar sus cenizas

a un lugar con buenas vistas. Era una película de risa, aunque hablara de la muerte. Habría sido perfecta si no hubiera tenido un pelmazo detrás dándome pataditas en mi asiento.

En cambio, He Jin se pasó toda la película malhumorado. Igual que cuando habíamos visto *Ciudad de Dios*, el único que se partía de risa era yo.

–No me gusta que frivolicen con el tema de la muerte –dijo He Jin justo cuando pasamos la estación de Kwang Myeong.

Yo miraba la oscuridad al otro lado de la ventanilla.

–¿Por qué no? –le pregunté con aire ausente.

–Es hipócrita. Lo edulcoran todo.

–Te lo tomas todo demasiado en serio.

He Jin clavó los ojos en la ventanilla; era la mirada ausente que ponía siempre que se acordaba de su abuelo.

–Según un libro que leí hay tres maneras de protegerse del miedo a la muerte. Una es reprimirlo; te olvidas de que la muerte se acerca y actúas como si no existiera; así vive la mayoría. La segunda es no olvidarse nunca de la muerte y vivir cada día como si fuese el último. La tercera es aceptarla. La gente que acepta la muerte de verdad no le teme a nada. Se sienten en paz, incluso cuando están a punto de perderlo todo. Pues bien; estas tres estrategias tienen algo en común. ¿Sabes qué es?

Negué con la cabeza. A mi modo de ver sería más fácil morir sin más y dejar de preocuparse por el asunto.

–Que todas son mentira. Las tres son manifestaciones del mismo miedo.

–Pero entonces ¿cuál es la verdad?

–Pues seguramente el miedo. Es la emoción más sincera.

No le pregunté por qué. La sinceridad no era algo que yo valorara mucho. He Jin me había hecho un regalo perfecto y la película me había encantado, sobre todo cuando Edward decía: «La verdad es que lo quería mucho y le

echo de menos». Pensé que si el destino llamaba a He Jin antes que a mí, yo diría lo mismo, y creía que a él le pasaría igual conmigo.

–Podríamos hacerlo nosotros también.

–Hacer ¿qué? –He Jin me miró.

–Apuntar algo que queremos hacer antes de morir.

He Jin refunfuñó. ¿Para qué? Era una tontería. Ni que fuésemos críos, le daba vergüenza, pero cuando saqué de la mochila unos post-it y un bolígrafo su actitud cambió. Tapó la nota para que no la viera y escribió su deseo.

–Vamos a intercambiarlas –dije, doblé el papel cuatro veces y se lo tendí.

Dobló el suyo y me lo dio.

–Una, dos y tres.

Desdoblamos los papeles al mismo tiempo y los colocamos uno junto al otro.

«Pasar un año navegando en un yate.»

«Celebrar unas navidades en las favelas de Río de Janeiro.»

El del yate era mi deseo; el de Río el suyo. Intercambiamos una sonrisa. Los dos sabíamos lo que el otro había querido decir.

«Las historias felices no suelen basarse en la realidad.» He Jin había hecho esa afirmación después de ver *Ciudad de Dios*. Quise preguntarle qué verdad pensaba que encontraría en Río, pero no lo hice. El tren ya cruzaba el río Hangang. Teníamos que prepararnos para bajar.

Nos separamos en Dong Incheon. He Jin volvió a casa en autobús y mi madre pasó a recogerme por el colegio. Nunca descubrió nuestro secreto. Estaba tan concentrada en sus propios deseos y esperanzas que probablemente nunca supo cuáles eran los míos ni imaginó que yo haría realidad los de He Jin con su propia tarjeta de crédito.

Saqué del cajón un USB y lo inserté en el ordenador. Año tras año me había encargado de las reservas antes de viajar a Cebu y en ese USB guardaba el certificado de autenticación de la banca electrónica y las copias de mi pasaporte y del de He Jin. Reservé un billete a Río con escala en Dubái y con la vuelta abierta durante seis meses. Era mi regalo de Navidad para He Jin. Para cuando llegara allí, ya se habría repuesto de la conmoción. La verdad sobre lo sucedido en la casa y mi paradero serían un misterio. Me olvidé de mi apurada situación durante un rato mientras pensaba en la sorpresa que se llevaría He Jin cuando viera el billete de avión en su bandeja de entrada. Sonreí al imaginármelo explorando los callejones de las favelas con la cámara al hombro y el rostro bronceado.

Alguien estaba llamando a mi puerta. ¿He Jin? ¿Ya había visto el correo? Mi idea era que lo viera después de mi partida. Metí la tarjeta de mi madre en el cajón y cerré el navegador.

—Un segundo...

He Jin estaba detrás de la puerta. No se le veía sorprendido ni mucho menos contento, sino que estaba pálido y parecía nervioso y confuso.

—Tenemos que hablar.

Su voz sonaba fría y seca. Se me borró la sonrisa.

—Bajo enseguida.

—No, ahora —replicó.

Se acercó un poco más a la puerta. A regañadientes, me aparté para dejarle pasar.

—Entra.

He Jin se detuvo ante el escritorio sacudiendo la cabeza. Parecía alterado.

—¿Quieres sentarte en una silla?

—No. Aquí mismo.

Se sentó en una esquina de la cama visiblemente nervioso. Apoyó las manos

en las piernas y respiró hondo, luego se inclinó y puso los codos sobre las rodillas. Entrecruzó las manos con fuerza y luego las soltó. Se meció hacia delante y hacia atrás y luego se detuvo. Se miró los pies y luego se volvió hacia mí.

Me apoyé en el borde del escritorio.

–Ten... tengo que preguntarte una cosa.

Su voz temblaba como si estuviera montado en una motocicleta en marcha.

Esperé que no me preguntara por el billete de avión. En ese caso tendría que responderle. Quizá le dijera: «¿Te acuerdas de cuando fuimos en tren el día de mi cumpleaños y escribimos nuestros últimos deseos? Este billete es un regalo que te doy. Pronto emprenderé un largo viaje. Estaré un año fuera».

–No sé por qué, pero no dejo de darle vueltas a lo que dijiste antes. Que mamá no se llevara el coche. Nunca va a ninguna parte sin su coche. Y menos cuando va lejos.

Me metí las manos en los bolsillos y me miré los pies. ¿Y?

–Así que he bajado a ver si había algo en el coche...

Sentí un escalofrío; oscuridad, soledad, frío. Intuí que había llegado el momento que tanto había temido.

–Y resulta que junto al coche de mamá estaba aparcado el de la tía.

He Jin me miraba a los ojos. Respiró hondo y exhaló con fuerza. ¿Cuándo había bajado al garaje? ¿Cuándo había vuelto? Yo no había oído abrirse la puerta de la casa. A menos que hubiese sido cuando estaba quemando el diario en la azotea. Me mordí el labio inferior mientras esperaba a que He Jin prosiguiera.

–Me pareció raro que las dos dejaran el coche en el garaje y se fueran a algún lado. Demasiado extraño para ser una coincidencia, ¿no? Pero por alguna razón no quería confirmar nada, así que me puse a trabajar en la

película, empecé a ver un vídeo, limpié mi habitación, ese tipo de cosas. Luego fui al dormitorio de mamá.

Me zumbaban los oídos. Me puse a pensar en alguna explicación. Mi tía había ido a ver a alguien, y había dejado el coche en casa por si bebía, y me había dicho que volvería a casa tarde, pero todavía no había regresado y no era asunto mío lo que hubiera hecho la noche anterior y con quién.

—En el vestidor, en una de las maletas de mamá, he encontrado la ropa, los zapatos y el bolso de la tía. Al principio no lo entendía. Si se suponía que la tía se había ido ayer por la tarde, ¿qué hacían allí sus cosas?

He Jin se frotó los muslos con las manos.

—Supongo que mamá puede haberse ido de viaje sin su cartera, sin bolso y sin coche, y la tía puede haber dejado su ropa y sus cosas e irse descalza, y tú puedes haber decidido por primera vez cerrar la habitación de mamá con llave.

He Jin se levantó de la cama y se plantó ante mí con las manos en los bolsillos. Sus ojos castaños se veían pequeños y duros al mirarme desde arriba, y expresaban una maraña de emociones: impaciencia, sospecha, enfado, incredulidad, deseo de otra cosa.

—Pero ya ves —continuó—, no he podido parar de imaginarme lo peor.

Supe lo que diría a continuación. En mi cabeza gritaba: «¡Basta! ¡Cállate ya! ¡Cierra el pico!».

—Pensé... pensé que había ocurrido algo en la cama de mamá, porque ayer, cuando me llamó la tía, me dijo que estaba cansada y se había tumbado allí.

Quise cerrar los ojos. Me parecía estar cayendo en el vacío. ¿Por qué no has esperado un poco? ¿Por qué no podías esperar hasta que me marchara? Iba a irme en diez minutos, después de hacer la maleta. Los dos habríamos salido ganando. Tú no habrías tenido que hablar de este difícil asunto, y yo habría podido marcharme pensando que seguías estando de mi lado.

–Así que miré bajo de las sábanas. El resto... explícamelo tú.

Nos miramos el uno al otro sin decir palabra. Rehusó echarse atrás, desafiante. La habitación se llenó de tensión, como si todo a nuestro alrededor fuera a venirse abajo.

Sentí un mareo. ¿Por dónde empezaría la historia? ¿Qué le diría? No podía justificar mis actos de un modo racional y lógico, y, sinceramente, era incapaz de decidir qué actitud debía tomar. Perder su confianza me resultaba mucho peor que matar a alguien.

He Jin tragó saliva y la nuez subió y bajó en su cuello. Parecía asustado y expectante, como si esperara haberse equivocado, como si yo fuera a decirle: «No, no lo has entendido». Apreté los dientes para no pronunciar esas palabras. No quería ser un cobarde.

Mi voz sonó inesperadamente fría y serena:

–Siéntate. Es una larga historia.

He Jin sacudió la cabeza y cruzó los brazos.

–Hace dos días... –empecé.

La mirada de He Jin escudriñó lentamente mis ojos como si fueran tan vastos como el sistema solar.

–... me despertó el olor de la sangre.

He Jin estaba junto a la mesa de la pérgola zarandeándose como si estuviese subido al techo de un camión en marcha. Debía de haberse topado con la cabeza de mi madre; a sus pies estarían el plástico transparente, los sacos de abono, la manguera de goma, la sierra... Aunque estaba de espaldas y yo lo observaba desde mi habitación, me di cuenta de que estaba destrozado. No me moví; seguía de pie y apoyado en el escritorio. Nada podía hacer salvo esperar, pero la espera apenas me dejaba respirar. Había hecho todo lo que

había podido, aun así iba camino del infierno. Y muy en el fondo estaba un niño pequeño que quería que lo comprendieran por encima de todo, que lloriqueaba en vano: «Pero estás de mi lado, ¿verdad?».

He Jin no había dicho una palabra en las dos horas que tardé en contarle la historia. No parecía haber respirado siquiera. Era una estatua de piedra que me miraba e impedía que yo dijera mentiras o me inventara excusas. Pero yo no tenía ninguna intención de justificarme. No quería minimizar mis actos, ni engañarle, ni producirle compasión, ni salirme de rositas. Al contrario, hice lo que pude para explicarle claramente todo lo que había ocurrido en los últimos días. Intenté no decirle lo que me hubiera gustado decir, sino solo lo que debía decirle. Y reprimí la tentación de argumentar, justificarme o negar los hechos. No puedo afirmar que fuera totalmente sincero, pero sí en gran parte.

–Es como si estuviera viviendo una pesadilla.

He Jin cambiaba constantemente de expresión. Tan pronto se encendía como su rostro se volvía hermético o glacial. En un momento dado, me callé. No quería explicarme, o pedirle comprensión, y mucho menos aludir a nuestra amistad. El silencio se prolongó un buen rato y se convirtió en una muralla impenetrable que me ahogaba. Era un silencio espantoso e inhumano, y nada se podía hacer excepto esperar a que pasara. Me entregué a la desesperación. Había pensado que, hiciera lo que hiciese, He Jin estaría de mi lado. Seguí esperando. Él tenía que decirme algo. Aunque fuera «Vale», o «Eres un hijo de puta», u «Ojalá estuvieras muerto». Entonces yo saldría de la habitación y me marcharía bien lejos. De pronto He Jin dio unos pasos con rigidez y se detuvo delante de la puerta corredera.

Aunque sabía que era inútil suplicarle, me acerqué a él y le cogí por el codo.

–¿Puedes mirarlo más tarde? ¿Cuando me haya ido?

He Jin se sacudió mi mano. O más bien se estremeció de pies a cabeza. Al

mirarme, sus ojos transmitían su repugnancia claramente. Sentí un escalofrío y se me pusieron los pelos de punta. Cuando He Jin abrió la puerta de cristal, empezaron a temblarme las piernas. He Jin salió a la azotea. Hubiera echado a correr en ese mismo instante. ¿A qué estás esperando? ¡Vete ya!

–Quédate ahí –dijo He Jin con voz temblorosa.

Ya era de noche. He Jin atravesó la azotea rápidamente y se detuvo ante aquel enorme cubo de goma. Levantó la tapa con brusquedad, casi con ira. Oí su exclamación de horror. Se le cayó la tapa del cubo, que rebotó en el suelo.

Visualicé a la tía sentada en el interior del cubo, con la mejilla apoyada en las rodillas y los ojos cerrados como si durmiera. Yo le había cerrado los párpados para que esos ojos sentenciosos no pudieran mirar a nadie nunca más.

He Jin se volvió. Estaba pálido, y dudó, temeroso de seguir adelante con sus comprobaciones. Quise gritarle: «¡Para!». Si no hubiera corrido hacia la pérgola, yo habría salido para interceptarle y le habría preguntado: «¿De verdad tienes que hacer esto?».

He Jin desplazó la tabla de la mesa. Recordé la mañana en que me había enfrentado al cadáver de mi madre en el salón; del impacto, me pareció que la tierra iba a abrirse bajo mis pies, me sumí en una oscuridad total y me quedé paralizado. Había estado mucho rato arrodillado junto a mi madre, esperando que se encendiese una luz en mi cabeza para poder hacer algo, cualquier cosa. He Jin parecía estar viviendo todo el proceso, quizá ahora estaba oyendo los gritos atronando en su cabeza y pensara: «Tiene que ser una pesadilla».

Cuando por fin He Jin se volvió para mirarme, yo estaba más muerto que vivo y tenía la boca seca. No entendía por qué estaba tan ansioso y por qué miraba a He Jin con esa desesperación. ¿Qué esperaba concretamente?

He Jin entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. No miraba nada en particular y no parecía ni aturdido ni enfadado. Lo cierto es que no se le veía

triste, solo ausente. Seguramente no sabía qué hacer, pero ¿acaso no tenía que decirle algo a la persona a la que había ordenado que se quedara?

–Yo ya me voy –anuncié al fin.

He Jin me miró de golpe como si estuviera espantado.

–¿Que te vas? –preguntó, como si dijera: «¿Quién te ha dicho que puedes marcharte? ¿Y adónde te crees que vas?».

–Cuídate.

Le tendí la mano.

Su mirada descendió hasta mi mano y volvió a fijarse en mis ojos. Le palpitaba una vena en la frente. Oía su pesada respiración. Había visto aquellos ojos anteriormente, pero no eran los de He Jin, sino los de mi madre dos noches antes. «Tú, Yu Jin... No mereces vivir...»

Bajé la mano y asentí con la cabeza para indicarle que lo comprendía. Para él, mi madre había sido una salvadora, alguien que lo había acogido y querido los últimos diez años después de que se quedara huérfano. Y tras dos días de angustia, He Jin encontraba el cadáver de esa mujer que consideraba su madre. Era normal que estuviera conmocionado. Era de esperar que en ese momento le costara entenderme.

–Bueno –dije–. Dejémoslo estar. Yo me...

De pronto me asestó un puñetazo en plena cara con todas sus fuerzas. Noté un estallido en mis oídos y la barbilla se me desencajó.

–¿«Cuídate»?

Esta vez me golpeó en el pecho. Noté que me destrozaba las costillas. De mi garganta brotó un aullido y me quedé sin aire. Me abracé el torso y me incliné hacia delante. Sentí un dolor inmenso que me recorría los costados del cuerpo y la espalda.

–¿«Cuídate»?

Su voz temblaba de ira.

Haciendo un gran esfuerzo, levanté la cabeza y lo miré. Quería decirle «Sí, eso», pero no pude emitir ningún sonido. El tercer golpe me dio en la garganta. Sentí un reflujo de jugos gástricos en el esófago. La habitación giraba en derredor. Me caí al suelo.

He Jin se abalanzó sobre mí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, imbécil?

Me cayó una lluvia de golpes; los puños volaban en todas las direcciones: mejilla izquierda, mejilla derecha, ojos, nariz, boca, mandíbula. Eran golpes vigorosos y certeros. Mis ojos no tardaron en hincharse. No podía ver nada. Noté que una sangre tibia me cubría el rostro. Se me cayeron varios dientes. Me dejé ir. Me estiré en la cama y no opuse ninguna resistencia ni me defendí. Me abandoné a mi suerte, permitiendo que me golpeará todo lo que quisiera. Mi mente fue enfriándose mientras He Jin me atizaba. Mi ansiedad cesó. Todo se estaba yendo a la mierda, pero extrañamente yo sentía alivio. Mi pulso recobró su latido habitual. Me sentí como si estuviese haciendo penitencia después de una confesión particularmente difícil.

—¿Cómo te atreves a decirme eso, imbécil?

He Jin me agarró por el cuello de la camiseta y me zarandó con violencia. Me zumbaban los oídos y estaba mareado. Veía su rostro borroso y desfigurado. Me di cuenta de que estaba llorando. Torcía la boca, tenía los ojos rojos y sollozaba.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué motivos tenías para hacer algo así? ¿Y ahora qué piensas hacer, gilipollas de mierda?

Apreté los dientes para reprimir el sollozo que me atenazaba la garganta. Ahora He Jin aullaba:

—¡Tu vida...! ¡Y tú...! —me soltó, y se desplomó.

Se habría dicho que el apaleado era él y no yo. Se quedó tendido de espaldas en el suelo, con las piernas torcidas. Cerré los ojos. Oyendo sus

sollozos recordé que me había preguntado qué pensaba hacer. Quería creer que sus sollozos, que eran mucho más desgarradores que cuando había muerto su abuelo, eran solo por mí.

Tragué la sangre que me llenaba la boca. Se deslizó como una serpiente por mi garganta. El olor de la sangre llegó a mi estómago. Notaba los latidos de mi corazón. Fuera estaba muy oscuro. La nevada arreciaba y los copos se pegaban al cristal de la puerta corredera. Reinaba un silencio tan profundo que me parecía oír los copos caer. Los sollozos de He Jin eran cada vez más débiles. Al final se calló y permaneció quieto en el suelo. Quizá también estaba escuchando la nevada.

El reloj del salón empezó a sonar y rompió el silencio. Una, dos... hasta seis campanadas. He Jin se sentó.

–Levántate. Tengo que decirte algo.

Me puse en pie. La sangre cayó al suelo.

He Jin se levantó y me tendió unos pañuelos de papel. Tenía el pelo empapado de sudor, como si acabara de salir de una piscina. Yo también estaba empapado, pero de sangre. No era un resultado justo, pero no importaba. Por mí no había ningún problema. Cogí obedientemente los pañuelos que me tendía y me los metí por las fosas nasales.

–Voy a darte dos horas –dijo He Jin.

Le miré entre mis párpados hinchados.

–Cuando te hayas lavado y ordenado las ideas, bajas. A las ocho te quiero ver en el salón.

Me encaré con él. Entendía que me dijese que me lavara, pero ¿qué significaba eso de ordenar las ideas? ¿Qué estaba tramando?

–Quiero que vayas a la policía.

Me zumbaban los oídos, igual que dieciséis años atrás, cuando la piedra me había golpeado en la cabeza.

–Es lo único que podemos hacer –concluyó.

Lo miré a los ojos. Seguía teniéndolos llorosos. ¿No lloraba por mí? ¿No gemía por mí? ¿No me había golpeado porque estaba rabioso conmigo por el hecho de que me hubiera convertido en un asesino? ¿O yo lo había entendido todo mal?

–Es lo único que podemos hacer para arreglarlo.

¿Qué iba a hacer él? ¿Cómo podríamos arreglarlo? ¿Con un abogado? ¿Pidiendo reducción de condena por confesar? ¿Me enviaría comida hasta que muriese de viejo en la cárcel?

–Si huyes, no tardarán en cogerte.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Pero quería tomar la decisión yo.

–Lo que quiero es que no hagas nada. Podrías mirar para otro lado, al menos un día.

–Si te vas, llamaré a la policía –dijo con una mirada glacial.

Mi respiración se aceleró y me acaloré.

–No intentes escapar –me advirtió–. Estaré en la puerta de abajo, y si intentas salir por la azotea Hello me avisará. –Alargó una mano–. Dame la navaja.

Casi se me escapa la risa. ¿Para qué quería la navaja? ¿Temía que le degollara a él también? Había un montón de herramientas en la casa con las que podría cortarle el cuello: la sierra de la azotea, un cúter en mi escritorio, y en la cocina los cuchillos de fabricación alemana que a mi madre le gustaban tanto. Si me lo proponía, podía partirle el cuello hasta con las manos. ¿Me tomaba por un hombre dócil solo porque le había dejado golpearme un poco? Me quité los pañuelos de papel de las fosas nasales y me pasé el dorso de la mano para limpiarme la sangre. Abrí el cajón y saqué la navaja. Noté que He Jin vacilaba.

–Dos horas. No esperaré más.

Tenía la mirada apagada y fría y hablaba a media voz. Nunca había visto a He Jin así, pero su actitud me resultaba familiar; era como si hubiera sido poseído por el espíritu de mi madre.

–¿Lo dices en serio?

–Totalmente en serio.

He Jin se metió la navaja en el bolsillo y salió de mi cuarto con paso firme.

Me flaquearon las fuerzas y caí al suelo. Con la espalda apoyada en el escritorio, pensé: «¿Confesar?». La sola idea me espantaba. Tampoco podía marcharme a otro país. No solo no llegaría al aeropuerto, sino que ni siquiera lograría salir del vecindario. Si He Jin cumplía con su palabra, llamaría a la policía en cuanto yo saliera por la puerta. No es que no hubiera pensado que era posible que He Jin reaccionara de ese modo, pero el hecho de que lo hubiera hecho me confundía. Me plantearía confesar si fuera a facilitarme la vida, pero no tenía sentido hacerlo si acababa en la misma situación tanto si confesaba como si me pillaban huyendo. Si había algo que considerar era, en todo caso, el peso de la culpa. No la mía, sino la de He Jin por no haber tenido ni idea de lo que iba a ocurrir, su culpabilidad en relación con la muerte de mi madre. No podía quitarme de encima la sospecha de que He Jin estuviese intentando, precisamente, compensar su sentimiento de culpa consiguiendo mi entrega. O quizá lo empujaba el tonto sentido del deber o de la moral. O estaba tan enfadado por lo que yo había hecho, o tan rabioso por la muerte de mi madre, que no podía dejarme ir. Cualquier compasión que sintiese hacia mí se había diluido en su llanto.

Al final, tenía que decidir. O He Jin, o yo. La respuesta era evidente, pero no era una decisión fácil. Por supuesto que no lo era; debido a mis sentimientos, claro. Si no tuviera sentimientos, sería lo mismo que comprar un par de zapatos; solo habría que pensar en la correlación entre el coste y los beneficios. El problema es que no estaba decidiendo entre dos pares de

zapatos. Los sentimientos que He Jin me inspiraba eran puros e íntegros. Independientemente de la opción que escogiera, sabía que me arrepentiría el resto de mi vida. Estaba atrapado. El tiempo se agotaba. El reloj pasó de las seis y media y se acercó a las siete. Al fin mi mente sacó a la superficie una idea que había estado sumergida desde el día anterior: había que tomar una decisión.

Me levanté. Dejé de debatir conmigo mismo. En la cabeza tenía el plan completo de lo que iba a hacer, como si todo ese tiempo lo hubiera diseñado en mi subconsciente. La única variable a tener en cuenta era la patrulla de policía que daba vueltas por el vecindario regularmente.

Primero saqué los objetos que había guardado en el escritorio: el teléfono móvil de mi madre, la tarjeta de crédito, el pendiente con perla, la llave de la azotea. Me puse los guantes de látex y limpié mis huellas dactilares de los objetos. A continuación, saqué del ropero la cazadora de «Clases particulares» y metí los objetos en los bolsillos. Salí a la azotea y metí la cazadora debajo de la mesa de la pérgola. Con un trapo froté el cubo de goma y el grifo para eliminar mis huellas. Luego prendí fuego a los guantes de látex en la barbacoa.

Cuando regresé a mi cuarto, el reloj marcaba las 7.47. Tenía que darme prisa. Partí la cuchilla del cúter unos dos centímetros y cogí dos billetes de cincuenta mil won que guardaba en el cajón para emergencias y la llave del coche de mi madre. Lo metí todo en una bolsa de plástico, la cerré con cinta adhesiva y me la adherí al muslo. Me enfundé unos pantalones de chándal holgados y una camisa de cuadros, y dejé los botones de las mangas sin abrochar. Abajo sonó el timbre de la puerta. Me detuve. Oí los pasos de He Jin yendo al recibidor, luego la puerta abriéndose. Empezó a sonarme el móvil. Descolgué.

–Baja –dijo He Jin a media voz.

He Jin estaba apoyado en la puerta de la habitación de mi madre, de brazos cruzados, y me observaba bajar la escalera. Solo cuando llegué al último peldaño reparé en la presencia de dos personas más. El joven detective de ojos de cabra y el otro de mediana edad con gabardina negra estaban sentados uno junto al otro en el sofá del salón. Los recordaba: eran los detectives del caso del pendiente que había conocido en el puesto del señor Yongi. Me quedé paralizado de la forma más torpe, con un pie en el salón y el otro aún en el último peldaño. En mi cabeza buscaba la trayectoria más rápida de fuga; podía subir la escalera, salir por la azotea y bajar por la escalera de emergencia. Pero debía de haber el doble de policías esperando abajo. Hasta era posible que hubieran rodeado el edificio. Después de todo era un caso de extrema gravedad. El pánico me atenazó el estómago, y se me cayó el alma a los pies. No había imaginado esa situación. ¿Cómo me podía haber hecho eso He Jin? Me pondrían las esposas y me arrastrarían fuera a la vista de todos los vecinos sin darme ninguna oportunidad a explicarme. Miré a He Jin entre los párpados hinchados. ¿Cómo has podido? Me había prometido esperar. Yo no había huido. No eran ni las ocho.

He Jin miraba la isla de la cocina, como indicándome que me dirigiera allí. Los agentes nos observaron, primero a mí, y luego a He Jin. Seguramente estaban impresionados por la atroz paliza que yo había recibido. Debía de parecer peor de lo que era porque aún no me había lavado la sangre. Resultaba evidente quién era el autor, a no ser que yo estuviera tan loco como para autolesionarme hasta ese punto. Me sentí avergonzado. Si me daba la media vuelta y escapaba, además de apaleado quedaría como un tonto y un cobarde. Y cuando me atraparan, sería un tonto y un cobarde, y un gilipollas que ni siquiera sabía cómo huir.

Caminé hacia la isla de la cocina con la cabeza bien alta. Intenté respirar

pausadamente y que mi expresión no revelara nada. Afortunadamente, cuando llegué a la isla de la cocina tenía la cabeza fría.

Entretanto, He Jin se había trasladado hasta la pared que separaba la cocina de la escalera y, sin mirarme, dijo:

–Estos señores dicen que vienen de la comisaría.

¿Qué es lo que dicen? ¿Por qué hablaba así He Jin de repente? Me apoyé en la isla y crucé los brazos. El reloj empezó a sonar. Una, dos... ocho campanadas.

He Jin miró a los dos hombres.

–Por favor, díganme qué les trae por aquí.

El agente de mediana edad se levantó del sofá. Era más rápido de lo que aparentaba; en un instante se plantó delante de nosotros. Nos mostró su placa de forma expeditiva. Apenas pude leer nada, salvo su nombre, Choi Ihan, y su rango, inspector. Dirigiéndose a He Jin, dijo:

–¿Su madre se llama Kim Ji Won?

–Sí –respondió He Jin.

¿Por qué hablaba de mi madre, y no de mí? ¿Qué estaba pasando? ¿Y por qué He Jin había preguntado «qué les trae por aquí»? Nadie diría eso después de haber llamado a unas personas para que vinieran a su casa, sino cuando esas mismas personas se habían presentado en su casa de improviso. Entonces, quizá los dos policías no habían venido a detenerme.

–¿Cómo se llama? –le preguntó el inspector Choi a He Jin.

Cuando este respondió, Choi me miró a mí. Parecía que el inspector Choi y el hombre de los ojos de cabra no me habían reconocido. Y con razón: ¿cómo podían pensar que el estudiante que habían visto de pasada en el puesto de tortitas era el mismo asesino ensangrentado y magullado que tenían delante? Abrí la boca hinchada y balbuceé:

–Han Yu Jin.

–Entonces tú debes de ser la persona que estaba anteayer en casa cuando vinieron nuestros compañeros por la denuncia que había puesto la señora Kim Ji Won.

He Jin me miró extrañado.

–Sí.

Así que He Jin no les había llamado. Eso tenía más sentido. No era propio de He Jin, por impactantes que fueran los hechos. Sentí alivio, pero al instante me estremecí. El final sería el mismo. Solo se retrasaba un poco. Mi vida seguía en manos de He Jin.

–¿Y dónde está Kim Hye Won?

Me estremecí. No había esperado esa pregunta. Casi se me escapó: «¿Mi tía?».

–¿Mi tía? –preguntó He Jin.

–Sí, nos dijo que ayer estuvo aquí. ¿Se ha marchado?

He Jin se volvió hacia mí.

–Vino sobre las dos y se fue hacia las cinco.

–¿A las cinco? ¿Quién más había en casa a esa hora? ¿Vosotros dos?

–Estaba yo solo –respondí.

–¿Viene mucho por aquí vuestra tía?

–No.

–Entonces ayer vino por algún motivo. ¿Puedo preguntar qué la trajo por aquí?

Eché un vistazo a He Jin, que estaba apoyado en la pared, con los brazos todavía cruzados, mirando al suelo. Entendí que quería que respondiera yo. Intenté ser lo más claro y conciso posible; expliqué que mi tía se había enterado de que había superado unas pruebas de acceso a la universidad y había venido a celebrarlo conmigo.

–¿Y no dijo nada fuera de lo normal antes de marcharse?

–No.

–¿Recuerdas cómo iba vestida?

Hice memoria. Cazadora acolchada gris, vaqueros, suéter negro, collar.

–Diría que llevaba vaqueros y un suéter. Pero no estoy seguro. No me fijé.

–Y tú, ¿dónde estabas ayer? –prosiguió el inspector Choi, mirando a He Jin.

–En Mokpo, por motivos de trabajo –respondió He Jin, alzando la vista–.

¿Por qué quiere saberlo?

El inspector Choi continuó:

–¿Un viaje de trabajo?

–Algo parecido.

–¿A qué hora regresaste a casa?

–Un poco después de las diez. Dígame, ¿de qué se trata? –He Jin parecía impacientarse.

–¿A qué te dedicas? ¿Trabajas en una oficina?

He Jin dejó de responder como para indicar que no diría una palabra más hasta que los policías explicasen el motivo de su visita.

Mientras tanto, el otro detective se había levantado del sofá y se había aproximado a la vitrina.

–¿Qué es este olor? –dijo en voz alta–. Huele a lejía, y a algo metálico.

Estaba de espaldas a nosotros y miraba el retrato familiar colgado de la pared, la foto que nos habíamos sacado nuestro primer día como hermanos.

Lo miré antes de volver a concentrarme en Choi. Ya no había sangre en ninguna parte. Yo lo había limpiado todo minuciosamente. Si se me había pasado alguna mancha por alto, quería creer que al inspector le ocurriría lo mismo.

–Estamos aquí porque no podemos contactar con Kim Hye Won –dijo por fin el inspector Choi–. La llamamos para formularle unas preguntas en torno a la desaparición de ciertas personas que ella denunció, pero su móvil estaba

apagado. Llamamos a su domicilio, donde la asistenta nos dijo que la señora Kim Hye Won había ido a casa de su hermana. Así que decidimos venir aquí para hablar con ella personalmente. No es habitual recibir una denuncia por robo y otra por desaparición de la misma familia y en tan poco tiempo, ¿no os parece?

He Jin se enderezó, con cara de asombro.

–¿Una denuncia por desaparición?

–La denuncia se efectuó ayer en torno al mediodía. La puso Kim Hye Won. Así que, según lo que me habéis dicho, vino aquí después de poner la denuncia. ¿Os dijo algo al respecto?

He Jin y yo intercambiamos una mirada. Ahora entendía lo que había pasado. Mi tía debió de pensar que el único medio de averiguar dónde estaba mi madre era poniendo una denuncia por desaparición. El problema era que la policía no se moviliza para buscar a una persona adulta que lleve uno o dos días ilocalizable. Le hacía falta algo más para conseguir que actuaran. La denuncia por robo había sido una estrategia para levantar sospechas. Que una vecina de un barrio donde se había producido un homicidio llamara para hacer una denuncia falsa y que la misma persona, al día siguiente, desapareciera, era lo bastante extraño como para alertarlos. Tal vez hasta pensara que la policía se pondría a investigar de inmediato. Eso debió de pensar cuando irrumpió valientemente en casa sola. Pero la policía se había movilitado un día más tarde de lo que mi tía había calculado.

–Y dices que estabas en Mokpo por trabajo, ¿no? ¿A qué te dedicas? – volvió a preguntar el inspector a He Jin.

He Jin dijo que trabajaba en una película y empezaron a hablar de cosas intrascendentes. ¿Qué hacía exactamente en la película? ¿En qué películas había participado hasta la fecha? ¿Se habían estrenado en cines comerciales? ¿Había ido a Mokpo a trabajar en un rodaje? He Jin fue respondiendo a cada

una de las preguntas, explicó cuándo y por qué había ido a Mokpo, en qué tren había regresado, y a qué hora había llegado a casa.

–Así que a las dos ya habías acabado de trabajar y estabas en Yeong Jeong. ¿Correcto? –resumió el inspector Choi–. ¿Fuiste con alguien?

–No, fui solo.

–También tomarías el tren solo.

–Sí.

El inspector asintió con la cabeza.

–Bueno, hablemos de vuestra madre.

¿Ahora? ¿Cuándo terminaría esta pesadilla? ¿Cuando muriese de viejo? Miré el reloj. Pero ¿dónde estaba el otro tipo? ¿Había entrado en el dormitorio de mi madre? Aunque sabía que era imposible, grité:

–Eh, ¿adónde cree que va?

El hombre asomó la cabeza desde la escalera.

–Solo estaba echando un vistazo al piso, es que nunca había visto un dúplex –alegó el de los ojos de cabra. Volvió al salón y añadió–: Soy un poco pueblerino. Pero ¿qué es este olor tan espantoso? No puedo ni abrir los ojos, de verdad te lo digo.

El detective se acercó a He Jin y se detuvo a la entrada de la cocina. Miró dentro y murmuró para sí mismo:

–Es como si hubiera un cadáver descomponiéndose o algo así...

Lancé al inspector Choi una mirada de fastidio: no estaría de más que controlara un poco a su subordinado. Choi me ignoró.

–¿Cuándo salió vuestra madre de casa exactamente?

–El 9 de diciembre por la mañana –respondí–. Pero desconozco la hora exacta. Cuando me desperté, ya se había ido.

Notaba la mirada de He Jin clavada en el rostro. Ahora repetí la historia que le había contado a él al principio. Puesto que no podía explicar la verdad,

no había ninguna razón para avergonzarse de esa historia; el hecho de sentirme avergonzado no iba a dignificar la mentira. El inspector Choi me escuchó asintiendo con la cabeza y me bombardeó a preguntas. ¿Había notado yo algo extraño en su comportamiento, o en sus palabras? ¿Acudía ella con frecuencia a retiros espirituales? ¿Iba siempre sola? ¿Habíamos podido contactar con ella? ¿No habíamos pensado que era extraño que no respondiera al teléfono?

–No, la verdad es que no. Siempre que mi madre va a un retiro apaga el móvil.

–Es extraño –apuntó el inspector–. ¿Por qué una mujer que ni siquiera vive con su hermana denunciaría su desaparición cuando el hijo, que sí vive con ella, no se preocupa en absoluto? Y para colmo hace la denuncia sin consultar a los hijos.

No respondí.

–¿Adónde crees que fue tu madre? ¿Sabes de algún lugar al que le gustaría ir?

–Ni idea.

–¿Tiene amigos íntimos?

–A veces se reúne con gente de la iglesia, pero desconozco si esta vez fue con ellos o no.

–Por casualidad, ¿tienes el teléfono de esas personas? O una libreta donde tu madre los haya apuntado.

–No. Los tendrá en los contactos del móvil.

–¿Y tú no sabes el número de nadie?

–No.

Me miró con incredulidad. Tenía ganas de preguntarle si conocía a los amigos de su madre y si sabía sus teléfonos.

–¿Tampoco tú viste salir a tu madre? –preguntó entonces el inspector Choi a He Jin.

–No.

–¿Por qué no?

He Jin se sonrojó al notar mi mirada. Aun así no la retiré, para que no cambiara de opinión y dijera algo inoportuno.

–Me quedé a pasar la noche en el estudio de un amigo en Sang Am-dong.

–Entonces tu amigo estuvo contigo esa noche.

–No, no vive allí –replicó He Jin–. Estuve solo.

–¿Así que cuando tu madre y tu tía desaparecieron de esta casa, estabas solo?

He Jin hizo un amago de responder, pero no dijo nada. Ahora estaba sonrojado hasta las orejas. A Choi no se le escapó la expresión de desconcierto y el rubor de He Jin. El otro detective estaba junto a la vitrina, fingiendo mirar las muñecas de cerámica.

–Así que nadie ve a vuestra madre salir de casa –resumió Choi–. El hermano mayor está fuera y el menor está durmiendo en su cuarto. Esa tarde, la persona que responde al nombre de Kim Ji Won interpone una denuncia falsa por robo con allanamiento de morada. Al día siguiente, su hermana Kim Hye Won denuncia su desaparición, después acude a su casa y al poco rato deja de responder al teléfono. El hermano mayor sigue fuera, pero el menor está en casa. ¿Correcto?

–Sí –dije.

–¿O sea que han venido porque mi madre y mi tía están en paradero desconocido? –preguntó He Jin.

–Hace un par de días se produjo un homicidio en esta zona. Estáis al tanto, supongo –intervino el de los ojos de cabra deteniéndose junto al inspector Choi. He Jin y yo guardamos silencio–. Pues bien, a una hora similar, en el mismo vecindario, desaparecen dos mujeres, curiosamente hermanas, una a continuación de la otra. ¿Cierto? En ambos casos dejan de estar localizables al

poco tiempo de abandonar este domicilio. ¿No es razonable considerar una posible conexión con el asesinato? Creo que sí, y por eso os tengo que pedir un favor.

El hombre miró primero a He Jin y después a mí.

–Me gustaría echar un vistazo al dormitorio de vuestra madre. En vuestra presencia, claro.

Casi di un respingo. No podía respirar. He Jin era la última persona que había entrado en el dormitorio de mi madre. Era totalmente imposible que antes de subir a mi habitación lo hubiese dejado todo arreglado. Los objetos personales de mi tía estarían fuera de la maleta, las mantas y las sábanas tiradas por el suelo de cualquier manera, y las manchas de sangre del colchón habrían quedado a la vista.

–¿Por qué? –preguntó He Jin.

–El espacio donde vive una persona lo dice todo sobre esta, ¿no crees? Nos puede ser de gran ayuda para imaginar las circunstancias: si se ha ido a un retiro, como decís, o si le ha pasado algo.

He Jin clavó la mirada en el inspector y apretó los labios. Cada vez enrojecía más. Yo apenas podía respirar, me veía con la soga al cuello. Todo estaba en manos de He Jin. Si yo me negaba a la petición de los policías, bastaba con que He Jin les dijese «Adelante» para que ellos se pusieran en marcha.

–Cuando mi madre se entere, no le gustará –dijo He Jin al fin.

Choi pareció decepcionado.

–Si le ha pasado algo a vuestra madre... –empezó a decir el otro detective.

Pero He Jin le interrumpió bruscamente:

–Vuelvan con una orden de registro.

–Ve a buscar la cazadora y baja –dijo He Jin sentado a la isla de la cocina y contemplando un vaso de agua.

Al salir de la cocina me volví hacia él.

–Tenemos que ir a la comisaría para que confieses –aclaró.

Creí no haber oído bien. Los detectives se habían ido hacía cinco minutos. ¿Confesar? ¿O sea que no me había protegido de los policías? ¿Acaso no estaba de mi lado? ¿O había cambiado de parecer?

–¿Hablas en serio? –dije mientras me empezaba a temblar la mejilla hinchada.

–No quería que te detuvieran aquí y te sacaran a rastras –dijo He Jin mirándome a la cara.

Sus ojos reflejaban sentimientos encontrados.

–¿De verdad? –insistí.

–Abrígate bien. Hace frío.

¿Frío? ¿De qué estaba hablando? Asentí y me miré los pies inflamados. De pronto recordé el acantilado junto al mar. Durante mucho tiempo, cuando me despertaba de un sueño, pensaba que podía volver atrás y conseguir que la piedra no me alcanzara. Pero ahora ya lo había entendido. La vida consistía en vivir una serie de variaciones sobre un mismo suceso. La variación que tocaba ahora era que yo lanzara la piedra.

–Vale.

He Jin abrió la boca pero la cerró enseguida. Se le puso la punta de la nariz roja y pareció que quería molerme a palos de nuevo. Pero no lo iba a hacer; no iba a castigarme dos veces por los mismos hechos.

–Pero comamos algo antes. Estoy hambriento.

Volví a la cocina, saqué la tarta de mi tía de la nevera, cogí un tenedor y me la comí entera de pie, apoyado en el fregadero. La mastiqué cuidadosa y

lentamente, como si fuera una anciana. Conseguí calmarme. Lo que necesitaba no era valor ni capacidad de decisión, sino carbohidratos. Y suerte.

He Jin me observó incrédulo. ¿Cómo puedes siquiera comer?

Me habría gustado hablarle de algo que había oído hacía mucho tiempo, sobre que una de las maldiciones de la humanidad era que podía adaptarse a cualquier circunstancia. Mírame a mí, me estoy adaptando la mar de bien a la idea de traicionarte. Tiré la caja del pastel y puse la llave del coche encima de la isla.

–¿Qué es esto? –He Jin miró la llave.

Sabía lo que era, claro; había conducido el coche de mi madre un millón de veces.

–Conduce tú.

He Jin cogió la llave y se levantó, el rostro serio e inexpresivo. No era el He Jin que yo conocía, tan transparente. Era como si los diez años de amistad, la década en que habíamos vivido como hermanos, se hubieran esfumado, así como la confianza, la consideración, la comprensión y la compasión que habíamos compartido, las emociones que habíamos experimentado en nuestro amor fraternal. Quizá Dios no había tenido intención de crear el amor. Si hubiera querido, lo habría hecho de manera que todos los seres se amaran unos a otros, en lugar de atarlos con una cadena alimentaria donde su supervivencia dependía de que se devoraran unos a otros.

–Está nevando. Ponte la cazadora –dijo He Jin metiéndose la llave del coche en el bolsillo.

En el otro bolsillo llevaba algo alargado. ¿Sería la navaja?

–Da igual, en el coche no tendré frío –murmuré.

Me encaminé hacia el recibidor. He Jin me siguió con un suéter y vaqueros, tampoco él se abrigó, y se puso los zapatos sin calcetines. No podía dejarme escapar, pero se había propuesto pasar frío igual que yo. Abrí el armario de

los zapatos y saqué las zapatillas que había llevado hacía dos noches. Seguían empapadas y llenas de barro. Al meter los pies produjeron un ruido de succión.

Hello empezó a ladrar en cuanto salimos del apartamento. Parecía estar fuera de su piso; debían de estar sacándolo a pasear. Llamé al ascensor y puse las manos a la espalda; metí la mano derecha dentro de la manga izquierda y me así la muñeca. He Jin se estaba poniendo bien las zapatillas.

Llegó el ascensor. Entré primero con las manos aún detrás de la espalda. Para evitar que la cámara de seguridad me captara desde detrás, me di la vuelta y me apoyé en la parte izquierda del ascensor. He Jin me siguió y apretó el botón del garaje. El ascensor se detuvo en el piso veintidós. Al abrirse la puerta, apareció el perro aullador en los brazos de su dueña, que nos sonrió con sus labios pintados de rojo. En un instante se le desvaneció la sonrisa; abrió los ojos de par en par e hinchó las fosas nasales. Se quedó mirando mi cara inflamada y ensangrentada y mi incómoda postura. Finalmente, se fijó en He Jin, que se puso tenso y me pareció que iba a decir «Yo no le he hecho nada», antes de darse cuenta de que sí que me lo había hecho él.

La mujer bajó la mirada y se giró; se la notaba incómoda. Hello parecía sentir lo mismo; empezó a ladrar, estirando el cuello, con las patas encima de los hombros de su dueña. Cada vez ladraba más fuerte, y cuando llegamos al sótano el ladrido dentro de la cabina sonaba tan estruendoso que pensé que me iba a explotar la cabeza. Al abrirse la puerta, la mujer abandonó el ascensor como una exhalación y desapareció por la salida de emergencia.

–¡Vamos! –dijo He Jin.

Yo no me moví. He Jin me cogió del brazo y me arrastró fuera del ascensor. Cuando me soltó ante la puerta de emergencia, me detuve de nuevo.

–¿Qué haces? –dijo He Jin abriendo la puerta y tirándome del brazo.

Avancé a trompicones y a regañadientes. Cuando He Jin tiraba de mí

avanzaba unos pasos; cuando me soltaba, volvía a detenerme, y así avanzamos torpemente hasta llegar al coche de mi madre. He Jin parecía pensar que yo había cambiado de opinión. Agarrándome del codo, abrió la puerta del copiloto con la llave y me empujó dentro. Fingí que me resistía antes de hacerme un ovillo en el asiento. He Jin cerró de un portazo. No tardó ni diez segundos en rodear el coche y sentarse detrás del volante, pero bastó para que yo tuviera tiempo de soltar la clavija de alimentación de la caja negra.

–Ponte el cinturón –me dijo abrochándose el suyo.

Lo hice, hundiéndome en el asiento y quitándome las zapatillas. Puse los pies descalzos encima de la guantera.

He Jin arrancó sin lanzar ninguna mirada a la caja negra. Posiblemente no se había dado cuenta. Solo estaba concentrado en llevarme a declarar a la policía. Al salir del aparcamiento coincidimos nuevamente con la dueña de Hello. He Jin le hizo luces para que pasara delante con su coche, pero ella no se movió.

–Vamos a la comisaría de Kundo –dijo He Jin tras salir del garaje.

Esa comisaría estaba en el distrito I, al otro lado del puente de después del cruce. No tardaríamos ni cinco minutos en llegar. Allí encontraríamos a los dos detectives que acababan de salir de casa. Allí estaría su cuartel general.

–Me da igual –respondí mirando por el parabrisas.

Estaba nevando. Era la primera nevada seria del año. Nevaba mucho, pero los copos caían con suavidad; no parecía haber viento. Al menos tenía eso a mi favor. He Jin puso en marcha el limpiaparabrisas. El reloj marcaba las 20.36. No pude evitar pensar en el señor Yongi. ¿Cerraría temprano ese día? La primera nevada del año sería una de las razones que esgrimiría para cerrar antes, ¿no? También era posible que quisiera irse antes por miedo, igual que había hecho dos noches atrás cuando ocurrió el asesinato.

He Jin condujo hacia la salida de detrás. Miré por el espejo retrovisor; la

dueña de Hello salió del garaje y los faros de su coche destellaron. Nos dirigimos hacia el cruce y ella nos siguió; debía de ir al malecón.

–Estás haciendo lo mejor –dijo entonces He Jin, mirándome de reojo–. Es la única opción.

Parecía seguro de sí mismo, pero al mismo tiempo noté que sentía culpabilidad, inquietud ante la posibilidad de que yo intentara algo en mi estado anímico de derrota y miedo, y el peso de la responsabilidad de llevarme a la comisaría. Seguramente había dicho esas palabras para infundirse valor. Para mí lo mejor no era siempre la única opción. Lo mejor podía no ser lo obvio, y lo obvio ahora era que me dejara vivir mi vida. Esa podría ser la mejor opción para los dos.

–Siempre –respondí mirando a través del parabrisas.

El semáforo estaba en rojo.

–Cuando salí del ascensor ayer, nunca me habría imaginado esto –comentó He Jin.

Nos detuvimos en la línea blanca y la dueña de Hello se paró detrás en lugar de ponerse a nuestro lado.

–Incluso esta mañana –prosiguió–. Nunca habría pensado que estaríamos ahora en el coche de mamá y en esta situación. Notaba algo raro. Cuando estuve esperando a que bajaras, me preguntaba si no sería todo un sueño. No me pareció real, ni siquiera cuando vi los cuerpos con mis propios ojos.

Yo me mordisqueaba la mejilla por dentro. Todo lo que decía se parecía a lo que había escrito mi madre en el diario: «Te quiero, pero tengo que hacerlo; es más duro para mí que para ti, aunque seas el que lo recibe. Espero que te des cuenta de ello».

–Y ahora te estoy llevando a la comisaría. Qué pesadilla.

El semáforo se puso en verde.

–Quiero pedirte algo –dije cuando reanudó la marcha.

–¿Qué? –He Jin miró por el retrovisor.

–¿Podemos retrasarnos veinte minutos?

He Jin me miró con expresión suspicaz.

–Quiero pasar por el Mirador.

–¿Por el mirador de la Vía Láctea?

¿Qué otro mirador había?

–No te preocupes, no voy a escapar. Además, tú eres el único que conduce.

–No me preocupo, pero...

–Solo quiero parar allí un momento antes de ir a la comisaría.

Recordé las innumerables noches que sufría dolor de cabeza y me pitaban los oídos. Rememoré todas las madrugadas que corría hacia el mirador. La barandilla del paseo, desde donde podía ver el puesto del señor Yongi al otro lado de la calle. Entonces no sabía nada, y soñaba con declararme independiente de mi madre. El puente apareció ante nosotros.

–Una última vez. Después ya no podré volver. No hace falta que me baje, crucemos el puente en coche.

He Jin pasó el puente, decidido a satisfacer mi último deseo. En el malecón, la dueña de Hello giró a la derecha en dirección a Incheon y nosotros doblamos hacia la izquierda rumbo al parque marítimo. La carretera del malecón estaba más oscura y desierta que nunca, y apenas circulaban coches. Miré a He Jin. Podía dejarme allí y yo podía hacerle un favor y esfumarme. Él sabía que le estaba mirando, pero no desviaba la vista del parabrisas. Miré el puesto de Yongi, que aún estaba iluminado aunque había cerrado. El señor Yongi debía de estar dentro, transformándose en un hombre elegante que vuelve a casa después de un viaje de negocios. Los coches de policía que habían estacionado a la entrada del muelle ya no estaban.

Diez minutos más tarde, nos adentrábamos en el puente colgante; habíamos llegado a un punto sin retorno. A mitad del puente encontramos un coche de

policía que volvía tras dar una vuelta por el parque. Con un poco de suerte continuaría su camino sin prestarnos atención. Sus faros se desvanecieron detrás de nosotros. Pero cuando entramos en el parque, las luces aparecieron de nuevo. Y comenzaron a hacernos señales con las largas.

–Quieren que paremos –comentó He Jin.

Noté un sabor amargo en la boca. Era la única variable que me había preocupado. Iba a ser decisiva. Aunque estaba muy cansado, no pensé en abandonar. Acabábamos de dejar atrás un letrero donde ponía que faltaban quinientos metros hasta el mirador, un tramo de carretera recto y ancho como una pista de aterrizaje. Era el momento.

–Da igual; acelera.

–¿Qué? –He Jin me miró de soslayo.

Abrí la ventana.

–¡Te he dicho que aceleres, idiota!

El viento entró por la ventanilla y ahogó mi voz. La nieve irrumpió en el coche.

El coche patrulla encendió la sirena. Bajé los pies de la guantera.

He Jin puso una mano en los botones de la ventana.

–¡Quieren que parem...!

Con el codo izquierdo le asesté un golpe en el ojo a He Jin, que ahogó un grito y soltó el volante, echando la cabeza y el torso hacia atrás. Sacó los pies de los pedales. Metí una pierna por delante del asiento del conductor para pisar el acelerador con todas mis fuerzas. Mientras sostenía el volante con la mano derecha, le aplastaba la cara con el torso. Me aferré al volante y lo mantuve sujeto. Uno, dos, tres...

El coche de mi madre, que tenía un motor potente, soltó un rugido y se lanzó a la carrera. He Jin forcejeaba debajo de mí, pero no cedí. Corrimos hacia el acantilado. La barandilla de metal amarillo avanzaba hacia nosotros a toda

velocidad. Retiré el pie del acelerador y me deslicé hasta mi asiento justo cuando chocamos contra la barandilla y nos lanzamos a un blanco remolino de nieve.

Me sentí levitar. Al igual que la noche anterior cuando había matado a mi tía, el tiempo comenzó a discurrir muy despacio. Los nervios de mi cuerpo se volvieron ojos que leían la situación un instante tras otro. De pronto, el cinturón de seguridad sujetó mi cuerpo proyectado hacia delante, y la cabeza y la nuca impactaron contra el respaldo. Oí un estruendo enorme. El coche cayó. Los airbags se abrieron y quedé atrapado. Los airbags se desinflaron cuando el agua irrumpió por la ventanilla abierta.

La oscuridad y el silencio descendieron sobre nosotros. El vehículo se inclinaba hacia delante y parecía que iba a dar una vuelta de campana. El oleaje era constante. El agua me llegaba al cuello y el frío me calaba los huesos. Arriba se oía la sirena del coche patrulla. A los pocos minutos, después de recibir el aviso por radio, llegarían más. Tardarían bastante en sumergirse en el agua o movilizar a la infantería de marina. Para entonces, el coche habría llegado al fondo.

Me quité el cinturón de seguridad y salí por la ventanilla abierta. Me apoyé en el coche, agarrándome al techo, y me quité la camiseta y los pantalones. El reflector atravesó la superficie del agua. Me ayudó para saber qué dirección debía tomar. Habría sido más fácil si no hubiera policías; solo tendría que haber escalado por el acantilado. Y no habría tenido que nadar en mar abierto en plena nevisca. Al menos la marea estaba subiendo.

Respiré hondo varias veces. Cerré los ojos. No estaba en el océano, sino en una piscina. Y estaba a punto de empezar una competición de 1.500 metros, mi especialidad. Y era la última carrera de mi vida. Ignoré el hecho de que no había entrenado desde que tenía quince años. Meforcé a olvidar que no me había metido en el agua desde que había ido a Cebu el año anterior. En vez de

eso, escuché las palabras de la voz optimista que habitaba mi mente: «Puedes hacerlo. Como mucho son dos kilómetros. No es nada. Tómalo con calma».

Empecé a serenarme, y el corazón volvió a su latido habitual. Contemplé el mar, que estaba creciendo. La marea debía de estar subiendo de siete a quince kilómetros por hora, a dos o tres veces mi velocidad. Si aprovechaba la corriente de la marea, no tardaría más de media hora.

Antes de marcharme, miré atrás. El coche se hundía en las oscuras aguas y He Jin ya estaba sumergido. Una espesa bruma y la nieve me rodeaban. No tenía tiempo de esperar a que el reflector me alumbrara. El aire helado se me clavaba como un hacha y notaba una fina capa de hielo en las axilas. Al menos el viento no era muy fuerte.

Me impulsé apoyando el pie contra el coche y empecé a nadar. Mi cuerpo ascendía y se hundía con las olas. Tenía un largo camino por delante, y notaba el cuerpo congelado. Me dolía el costado, pero intenté respirar normalmente. Si me ponía nervioso, moriría. Si me exigía demasiado esfuerzo, me ahogaría a medio camino de la costa. Tenía que mantener la calma, no correr, y dejarme llevar por el agua.

La luz del reflector se acercó lentamente y pasó sobre mí. Después la oscuridad fue absoluta. La negrura era tan opaca que pensé que podría arrancar un trozo estirando la mano. La niebla se volvió más densa y dejé de ver. El océano se me echó encima. Me sentía cada vez más débil. A cada rato me hundía, y respiraba con dificultad. Cuando abría la boca se me inundaba de agua salada. Tenía las extremidades entumecidas. Ya no nadaba, solo salpicaba infructuosamente. Mi mente se evadió en el espacio y el tiempo y se trasladó al pasado.

Regresé al acantilado de aquella isla, donde mi hermano Yu Min y yo jugábamos a la supervivencia. Me encontraba tendido en el suelo después de

sufrir el impacto de la piedra. Oí su risa mientras me sostenía la frente con las manos, y su voz que me decía: «¿Todavía no te has muerto?».

«Espera –contestó mi voz interior–, creo que voy a morirme pronto.»

La campana sonaba en la lejanía.

«Para –gritó mi hermano–. ¡Te he dicho que pares!»

Una piedra me pasó rozando el cuello. Todo me daba vueltas. Las campanadas estallaban en mis oídos. «¡Te he dicho que pares!»

Una ola negra y gigante me levantó y me arrastró en su cresta. El agua me cubrió la cabeza y me esforcé por volver a la superficie. La voz de Yu Min se desvaneció, como también el acantilado, el bosque de pinos, las campanadas. En la niebla, las luces se movían rápidamente. Me pareció percibir el ruido de un motor. Sería una lancha de la guardia costera que acudía a rescatar a alguien.

La oscuridad penetró en mi cabeza y el mar irrumpió en mi cuerpo. Mis pulmones dejaron escapar el aire que les quedaba. Estaba agotado y notaba que mi voluntad de vivir se quebraba. ¿Habrían sentido lo mismo mi padre y Yu Min? ¿Habrían acabado así sus días? Las olas me voltearon. Me tendí sobre el agua turbulenta y me abandoné. Dejó de nevar. El cielo se despejó. Las estrellas cayeron sobre mí. Cuando la luz me tocó la frente, una voz murmuró: «Tu madre tenía razón...».

Epílogo

Aquella noche sigue vívida como si hubiera sido ayer, con todo detalle y realismo. Solo los momentos en que sonaba el reloj de la muerte permanecen confusos. No estoy seguro de si perdí la conciencia. Lo que sí sé es que mi cabeza chocó contra algo y me desperté. Estaba enredado en unas amarras del puerto, como la mujer del pendiente. El mar estaba cubierto de blanco; la niebla era tan espesa que no se distinguía lo de arriba de lo de abajo. Oía sirenas en el parque y botes entrecruzándose en el agua. Coches patrulla recorrían a toda velocidad la carretera del malecón en ambos sentidos. Sin embargo, el muelle estaba desierto. Había conseguido regresar a las frías y negras márgenes de la vida.

No tenía tiempo para felicitarme por haber regresado del borde de la muerte. Me sentía pesado, como cargado por una armadura de hierro. Me costó salir del agua. Todo me parecía borroso y tembloroso y no notaba nada. Me castañeteaban los dientes y me crujían las articulaciones, congeladas. El aire helado me rajaba la garganta. Pero seguían resonando las mismas palabras. «Tu madre tenía razón...»

El tiempo, dividido en docenas de fragmentos, flotaba lentamente pasando de largo: yo corriendo decidido hacia el campanario, Yu Min gritándome que parase mientras tañía la campana, yo saltando por encima de la barandilla y dándole un puñetazo, Yu Min trastabillando con una mano todavía en la cuerda, yo pateándolo en el pecho, él despeñándose por el acantilado y la cuerda sacudiéndose en su mano. El océano había abierto sus fauces para

tragárselo entero mientras yo presenciaba la desaparición. Recuerdo lo que estaba pensando en ese momento: «No te engañes. Gana el que sobrevive».

La farola del muelle emitía un resplandor amarillo. Me agarré a la barandilla metálica de las escaleras y subí al área de descanso con las manos entumecidas y obligando a las piernas a trepar, jadeando. Fue como escalar el Himalaya batallando contra el mal de altura. El puesto de Yongi, justo por encima de mí, me parecía Plutón. Seguí subiendo. No fue fuerza de voluntad ni, desde luego, un milagro. Fue mera simplicidad; me concentré únicamente en donde colocar el siguiente pie. El negro tenderete me recibió en el malecón. Me alegré de que el señor Yongi se hubiera ido a casa. Me guiaba la suerte; justo al salir a la carretera no circulaba ningún coche ni camión. Solté la cinta que todavía llevaba en el muslo y extraje el trozo de hoja del cúter. Corté la lona de detrás del puesto de tortitas. Entré. Dentro se respiraba mejor. Me invadió una sensación de alivio. Iba a conseguirlo.

Palpé el bastidor de madera que servía de tejado y encontré un mechero con forma de pistola. Apreté el gatillo y se encendió la llama. Ahora veía. Vi el paño del señor Yongi colgado a un lado. El uniforme colgaba del poste, como de costumbre. Me sequé el pelo y el cuerpo y me puse sus pantalones acolchados, el chaquetón, la gorra con orejeras, la mascarilla, los gruesos calcetines de montaña y los botines de goma. La ropa me iba un poco corta, pero no tenía tiempo para preocuparme por cuestiones de estilo. Sencillamente di gracias por poder entrar en ella.

Me arrastré hasta el autobús interurbano con dirección a Ansan. Pasé la noche en una sauna abierta veinticuatro horas, lavándome la sal, sudándola, y echando una cabezada en el suelo caliente. Al día siguiente, al amanecer, cogí un tren a Mokpo. Doce horas después, me embarqué en un marisquero como aprendiz. Durante el año siguiente surqué los mares, durmiendo en el vientre del barco, cocinando, limpiando y ayudando con las redes.

Lo único que sabía sobre lo que le había ocurrido a He Jin era lo que había visto en las noticias de la YTN en el tren. La policía había recuperado el coche y el cadáver. Según decían, llevaba puesto el cinturón de seguridad y había intentado escapar. De modo que en aquel momento final, cuando miré atrás antes de encaminarme hacia la orilla, él estaba debatiéndose solo y a oscuras. Me lo tomé con más calma de lo que esperaba, salvo por el bulto caliente que se me quedó atragantado en la garganta una larga temporada. ¿Qué éramos el uno para el otro? ¿Éramos hermanos? Todavía no lo sé. Lo que sé es que si me hubiera marchado un poco antes o He Jin lo hubiera descubierto todo un poco después, nuestra amistad se habría mantenido intacta.

Después, ya no supe nada más de la investigación. El barco tenía radio, por supuesto, pero yo no tenía tiempo para escuchar las noticias. Por primera vez en mi vida, peleaba por ganarme el sustento, me concentraba exclusivamente en sobrevivir. Hacia las siete de esta mañana he desembarcado con el poco dinero que he ganado en el bolsillo. Primero, he ido a unos baños públicos por primera vez desde hace un año. Me he lavado, afeitado e hidratado. Luego he comprado ropa y una gorra y unas zapatillas deportivas, he comido y me he tomado un café de filtro. He Jin adoraba el café de filtro. Me he acercado a un cibercafé. Sentado entre patéticos jugadores he revisado las noticias de hace un año.

Lo llamaron los Asesinatos de la Cuchilla. Se los atribuían a He Jin. La gente le llamaba «El Carnicero». La policía había concluido que había asesinado a una desconocida, así como a su madre y su tía adoptivas, antes de intentar escapar por mar. Al no conseguirlo, se había suicidado. Todas las pruebas confirmaban dicha conclusión, inclusive la cuchilla encontrada en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, la cazadora de «Clases particulares» que habían localizado en la mesa de su dúplex y el billete a Río que había reservado con la tarjeta de su madre. Asimismo, una vecina me había visto a

mí, su hermano adoptivo, tras ser apaleado, atado, metido en un coche y conducido hacia el parque. El hermano se daba por desaparecido. Lo buscaron durante tres días sin encontrar nada más que la ropa. Consideraron la posibilidad de que hubiera sobrevivido puesto que era un consumado nadador, pero no aparecieron pruebas ni testigos que dieran credibilidad a dicha teoría. Reflejo de la impresión causada por el crimen, se habían publicado varios cientos de titulares en un par de días y cada artículo había recibido cientos de miles de comentarios, que en esencia decían todos lo mismo: ¿Qué esperas cuando introduces en tu familia al niño de otro?

Cerré el buscador. Mientras surcaba los mares, la conmoción por los crímenes se había ido apagando y, como es natural, todos se habían olvidado del hermano desaparecido. Estaba a punto de apagar el ordenador cuando decidí entrar en el correo de He Jin. No me costó recordar su dirección y contraseña. Había cientos de correos por leer, la mayoría anuncios de empresas de seguros, páginas comerciales o productoras de cine. Retrocedí veinte páginas más o menos antes de dar con el correo que le había mandado por estas fechas hacía un año, confirmándole la compra de un billete a Río.

Nombre del pasajero: KIM HE JIN

Reserva: 1967-3589

Número de billete: 1809703202793

He Jin no llegó a abrir el correo. No le daría tiempo antes de dejar el apartamento. Y después ya no pudo. Si hubiera podido despedirme tal como había planeado, yo tampoco lo habría abierto. Había llevado ese regalo de Navidad para He Jin grabado en la conciencia todo el año pasado. Muchas noches, mientras flotaba en el mar, pensaba en nuestros últimos deseos. ¿Qué habría ocurrido si aquel día me hubiera dejado marchar? ¿Habría pasado He Jin las navidades en Río? Pero como no lo había hecho, solo se había

cumplido mi deseo. Ciertamente, era un barco marisquero en lugar de un yate, y cada jornada era tan dura que me creía morir. Con todo, había conocido la paz. Hasta que he desembarcado esta mañana, había estado viviendo como un animal sin cerebro. Había regresado al mundo, pero no estaba seguro de poder vivir como un ser humano, entre personas.

Cerré el buscador y me marché. Eché a andar, en busca de un lugar donde dormir. Las calles estaban desiertas, la noche era lóbrega y el mar neblinoso y frío. Por delante, en la niebla, alguien caminaba. Oí pasos de mujer. El viento salado me trajo el olor de la sangre.

Demencial y obsesivo: el mejor thriller viene ahora de Corea.



HUELE A SANGRE

Me despertó el hedor metálico de la sangre. Cuando bajé las escaleras, encontré a mi madre en el suelo, muerta, con un tajo de oreja a oreja y el camión manchado de un intenso color rojo.

NO RECUERDO NADA

Mi nombre es Yu Jin y, para controlar los ataques de epilepsia, debo tomar la medicación cada día. La enfermedad interrumpió mi fulgurante carrera como nadador olímpico. Las pastillas me provocan insufribles dolores, así que decidí saltarme algunas tomas. Anoche sufrí un colapso de los que me nublan la memoria y ahora no recuerdo nada: ¿quién ha matado a mi madre? ¿Por qué creo que la oí gritando mi nombre? ¿Me pedía auxilio o imploraba clemencia?

DEBO HALLAR EL ORIGEN DEL MAL

El buen hijo es un *thriller* demencial y obsesivo, de una agudeza psicológica excepcional, escrito en un ritmo eléctrico y jadeante.

«Sin duda, comparable a Stephen King.»

Die Zeit

«Un thriller original y laberíntico, impregnado de una locura que va creciendo como la marea. Un libro provocador y a la vez profundo, repleto de detalles humanos y amenazantes. Deleitará a los lectores de Jo Nesbø y Patricia Highsmith.»

A. J. Finn, autor de *La mujer en la ventana*

«Saludemos a los herederos de los nórdicos: en Corea han reinventado el thriller.»

The Guardian

«Si los comparamos con la madre y el hijo que protagonizan esta novela, los habitantes del motel Bates parecen de lo más normal.»

The Daily Telegraph

«Apabullante... Un thriller improbable en el que, gracias al dominio de la prosa de la señora Jeong, seguimos pasando páginas con fascinación enfermiza. Toda una demostración de habilidad narrativa y control sobre la trama, hasta la última y amarga página.»

The Wall Street Journal

Sorprenderá incluso a los lectores más avezados del género.»

CrimeReads

«Jeong sabe incrementar la tensión con mano experta en una historia perturbadoramente elaborada.»

The Guardian

«Una historia dramática sobre las relaciones madre-hijo que lentamente te encogerá el corazón... hasta partírtelo.»

Entertainment Weekly

«Jeong logra maniatar a los lectores con un cable de alta tensión [...] Una historia truculenta, insidiosa, sutil en la que nada es lo que parece.»

Kirkus

You-Jeong Jeong (1966) es la más destacada autora de intriga de Corea del Sur. Tras graduarse en la Escuela de Enfermería, ejerció varios años como enfermera. Debutó en el mundo del libro en el año 2000 y consiguió su primer premio literario en 2007. Desde entonces se ha dedicado exclusivamente a la escritura y ha publicado cuatro novelas: *Dispara mi corazón* (2009), *Siete años de oscuridad* (2011), *28* (2013) y *El buen hijo* (2016), además de un libro de viajes sobre el Himalaya. El tema principal en su obra es la existencia del mal en el ser humano; en su país ha sido descrita como «la Stephen King coreana». Sus libros han sido traducidos a catorce idiomas.

Título original: 종의 기원

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2016, You-Jeong Jeong

Barbara J. Zitwer Agency, KL Management y SalmaiaLit

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Luis Alfredo de los Frailes, por la traducción

Este libro ha sido publicado con el apoyo del Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea)

Diseño de portada: Adaptación de la portada original de Little Brown: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17511-37-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El buen hijo

Prólogo

1. Una llamada en la oscuridad

2. ¿Quién soy?

3. Depredador

4. El origen de las especies

Epílogo

Sobre este libro

Sobre You-Jeong Jeong

Créditos